

Pablo Kornblum

LOS CISNES NO SOLO SABEN AMAR



Kornblum, Pablo

Los cisnes no solo saben amar / Pablo Kornblum. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Almaluz, 2025.

410 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-631-6563-60-6

1. Novelas. I. Título.

CDD A860

Diseño gráfico: Lihuel Sturla; Tamara Sturla

Edición especializada: Lic. Adriana Rodríguez

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por la ley.

Hecho el depósito que prevé la Ley 11.723
Impreso en Argentina

© AÑO - Almaluz Editorial S.A.

e-mail: editorialalmaluz@gmail.com

Dedicatoria

A Malena y Camila, que vuestra resistencia hacia lo injusto, sea siempre con el escudo del amor, la ética y la razón.

A Fanny, mi vida.



Prólogo

“La realidad es que los cisnes buscan una pareja toda la vida. La búsqueda comienza a los dos o tres años de vida y, una vez que la han encontrado, permanecen junto a ella hasta que se muere o se pierde. Pero, en el fondo, también es una alegoría al socialismo más puro, aquel que uno se enamora cuando lo lee, cuando siente que la utopía es posible. En el fondo, es el socialismo que uno nunca deja de amar, y sueña con algún día alcanzarlo”.

Esta nueva obra, y segunda novela del autor, nos sumerge en un mundo del futuro, tan lejano, pero a la vez tan cercano, con las mismas contradicciones del sistema actual y de personas que, a pesar de todo, siguen creyendo en la esperanza de alcanzar una sociedad mejor. Un mundo donde reinen los valores de la amistad, la fraternidad, la hermandad, el amor y la solidaridad; todo ello a pesar del dolor, las injusticias, el individualismo, el odio, el miedo, el desánimo, y las luchas por el poder y la riqueza en las que se encuentran embebidos.

Esta es una historia que se recorre a través de sus páginas con un lenguaje ágil y simple; logrando imaginarnos, a medida que avanza, escenas de una película o de una serie que recorre nuestra mente hacia un final inesperado. Pero a la vez resulta un idioma profundo, complejo y metafórico, en cada parte del relato. El creador tiene la capacidad de lograr, increíblemente, recorrer la narración con citas que van desde Lacan hasta Hobsbawm; desde Deleuze y Foucault hasta Charly García; pasando por Gramsci, Baudrillard, Benjamin, Arendt, y Calvino, hasta llegar a Kafka, Brecht o Rousseau; interpellando a Rosa Luxemburgo o Hayek, hasta finalizar con Georg Lukács o Margaret Thatcher.

En su relato, nos encontramos en una sociedad distópica, en donde la tecnología por sí sola no mejora la calidad de vida, sino que reproduce las desigualdades del sistema; un escenario en el cual las guerras y el mundo polarizado entre Occidente y Oriente siguen vi-

gentes, con falsas dicotomías y contradicciones de ambos sistemas. Sociedades donde el explotado reivindica su propia explotación.

Se trata de una reflexión sobre una futura Argentina, sobre nuestras raíces, pero también sobre lo que ocurre en el resto del mundo. Países como Finlandia, Rusia, China, Estados Unidos y Canadá, se ven reflejados con sus propias culturales, ideologías e idiosincrasias.

Siempre queda latente, resonando, la idea del pesimismo de la inteligencia; sin embargo, como contraparte, nos encontramos con un optimismo de la voluntad, un objetivo utópico que implica un juego permanente de “intereses desinteresados”: intereses no egoístas, los cuales parecen nunca llegar, pero que sirven para caminar.

Entre tanto dolor y tanta oscuridad, lo interesante es que se deja entrever que siempre, el futuro depende de nosotros. El deseo y la pasión por algo, aunque pasen los siglos, deberían seguir siendo los objetivos supremos para todo ser humano. El mensaje es que nunca hay que rendirse, y siempre hay que luchar por nuestros sueños. Por supuesto, sin dejar de preguntarnos, con la racionalidad siempre necesaria, cuánto vale nuestra vida en pos de pelear por nuestros ideales.

Volviendo al texto, el mismo trata temas tan variados como lo son el cuidado del medio ambiente, la política, la economía, el choque de culturas, el no querer acostumbrarnos al presente tal cual es, la pos verdad, la inteligencia artificial, la clonación, la ética, la negación del individuo, las diversidades, las minorías, el feminismo, la otredad, la voluntad o el deseo, entre otros.

A medida que vamos adentrándonos en la obra, más se demuestra que la esperanza también es un asunto político, en medio de una sociedad cada vez más anestesiada. Ese es el gran desafío. Reflexionar e involucrarse. En este sentido, entre tantas miserias humanas, de nuevas formas de dictaduras, la pregunta es si el futuro puede y debe ser mejor. Y dos protagonistas, dos amigos, que quieren trascienden por estar en el lugar y el momento indicado, que luchan hasta que lo

imposible se vuelva inevitable, lograrán tocar el corazón y el alma de los lectores.

Por supuesto, habrá más preguntas y quedarán otras en el tintero. Entre las más relevantes se encuentra el qué sentido tiene intentar cambiar las cosas, si en el fondo, ni siquiera podemos imaginar qué proponer después. En donde la verdad se deriva cada vez más de una lógica emocional. ¿El amor y la amistad pueden finalmente triunfar? ¿O es solo un mensaje fantasioso, en medio de un estado mundial de ansiedad inmune a los datos y a los hechos?

Será necesario entonces una emancipación del individuo respecto del sistema, un abrir los ojos, un discernir las contradicciones. “... Aunque sea más fácil odiar que amar, cuando la igualdad supere a la mezquindad, la bondad a la perversión, la valentía a la cobardía, la humanidad a la brutalidad, el talento a la mediocridad, y la solidaridad a la usura infame, habremos triunfado”, sostiene el texto.

El volver a empezar, la redención, la amistad y el afecto como bandera, deberán ponerse por delante de la superflua materialidad en las que nos encontramos, bajo esta lógica de un sistema mundo donde prima la acumulación de capital a cualquier costo. Para ello se necesita encontrar un modelo superador, en donde la política de la transformación social vaya más allá de los Estados y de las instituciones colectivas, creando áreas de entendimiento comunes, homogeneizadores, por fuera de los Organismos que solo han buscado a lo largo de la historia enquistar el statu-quo.

Aunque vivamos en una ‘sociedad rota’, debemos buscar esa oportunidad en la cual la injusticia no sea la norma sino la excepción; en donde el objetivo último sea siempre transformar la realidad, no importa en qué momento de la historia de la humanidad nos encontremos. Como bien lo dice Víctor Hugo, “la utopía es el porvenir que se esfuerza en nacer, mientras que la rutina es el pasado que se obstina en seguir viviendo”.

Las palabras del libro gritan por la verdadera libertad, por la real

solidaridad, por una búsqueda de un sentido de pertenencia en común en sus páginas. Ese algo por lo que luchar, lo que defender. Por una ética que mejore nuestra calidad de vida; por una tecnología que implique desarrollo y ocio para todos, pero sobre todo para los más necesitados.

El autor sostiene que “lo que da vida en medio de la muerte, es el amor”. Nunca más acertadas palabras, las cuales implican siempre el evitar rendirse: debemos levantarnos hasta que se acabe la vida, o hasta que nuestros sueños sean más grandes que nosotros mismos, y puedan trascender por el resto de las generaciones. Después de todo, la historia ha mostrado que siempre, “las revoluciones se producen en los callejones sin salida”.

Como podrán ver, en este prólogo no se hace referencia a la historia, los personajes o las diferentes situaciones que recorren el libro. Lo descubrirán ustedes mismos mientras disfrutan de sus páginas. Sí puedo decir que el final será, de algún modo, prometedor, aun en la mayor de las oscuridades. Ya lo dijo Álvaro García Linera: “Luchar, vencer, caerse, levantarse, luchar, vencer, caerse, levantarse. Hasta que se acabe la vida, ese es nuestro destino”. Y yo agrego, hasta mucho después de nuestras propias vidas.

Gracias al autor por hacerme partícipe de este hermoso mensaje; ojalá le llegue a todo aquel que necesite un “empujón emocional” para seguir luchando por sus sueños. Y, por supuesto, que no solo sea individual, sino también colectivo. En este sentido, este libro no los defraudará.

Luciana Flesler.

Capítulo 1

“¡Javier, levántate que llegas tarde a la escuela!”. Como un deja vú, una vez más, las palabras de mi mamá Andrea retumbaban en mi cabeza. De las dos, era la más estricta: siempre decía que una persona con convicciones tenía que ser consistente y dedicada en todos los ámbitos de la vida.

Me calcé unas bermudas, mi remera preferida, las zapatillas más cómodas. Caminé lentamente hacia el comedor con mi computadora bajo el brazo, mientras trataba de recordar donde había dejado la mochila.

“¿Hoy también con manteca, o preferís con queso blanco las tostadas?”, me preguntó Claudia, mi otra mamá, apenas me senté en la silla. Ella era mucho más suave y permisiva, al menos conmigo. Andrea me contó en varias ocasiones que, durante su juventud, Claudia había tenido muchos inconvenientes con su familia por su carácter. Mejor dicho, por la fiereza con la que defendía sus convicciones. Sobre todo, por sus ideas políticas.

Claudia era una ferviente comunista. Desde chica se había enamorado de los escritos de Marx, Trotsky, el Che Guevara. Creía en la igualdad material como eje rector de la vida en sociedad. También la necesidad de abolir, a como sea, la ‘esclavitud del hombre por el hombre’. Y como toda buena comunista, cada vez que podía trataba de inculcárselo a su único hijo.

Andrea era menos radical. En realidad, no le interesaba mucho la política, pero la acompañaba a Claudia desde su amor como pareja. Había aprendido algunos conceptos básicos - le preguntaba cuando no entendía algo -, y siempre la apoyaba ante los bajones lógicos que implicaba una militancia que conllevaba muchas más frustraciones que alegrías.

Es que la izquierda ya no tenía ningún tipo de adición de masas. Vapuleados y bastardeados por el poder de los medios de comunicación hegemónicos, ni la desigualdad ni la pobreza estructural le

generaban volumen político. Siempre había alguna razón – como suele ocurrir ante cualquier debate en las ciencias sociales – más valedera que la ética socialista.

Por su parte, los partidos políticos de centro, con una lógica sistémica de concordia y consenso social, estaban languideciendo. La centro-derecha se encontraba con reclamos sociales imposibles de saciar, mientras que la centro-izquierda oscilaba entre la tibieza y la falsedad ideológica para justificar lo injustificable.

Además, ambas se encontraban un tanto extasiadas porque vivíamos una coyuntura especial: las elecciones se aproximaban y el Partido Nacionalsocialista Libertario – increíblemente lo habían formado con ese nombre, sin tapujos y apelando a reminiscencias de la historia más oscura de la humanidad –, a tono con lo que estaba ocurriendo en el resto del mundo Occidental, iba camino a ganar por primera vez en la historia las elecciones presidenciales.

Según Claudia, no solo eran misóginos, individualistas, e inmorales: principalmente querían terminar con las ‘ratas comunistas’ a como dé lugar. Y ante una sociedad anestesiada y agobiada por la falta de comprensión histórica y perspectiva de futuro promisorio, su victoria era factible. Y ello les generaba mucho temor a mis madres.

Por otro lado, en la actual ‘guerra fría’, en Oriente se encontraba el ‘otro modelo’. Rusia y China habían convencido a sus aliados que el nacionalismo con ‘rostro humano’ era la solución a los diferenciales de riqueza. Que la utopía socialista requería de demasiados esfuerzos de ética social y que, dadas las necesidades de producción y consumo, eran inviables para llevarse a cabo en las históricas condiciones del ‘materialismo histórico’. Hoy en día se necesitaba un ‘nuevo manifiesto comunista’.

Era el turno de darle rienda al ‘gran hermano’, a un gobierno de partido único que actúa por el bien del pueblo; porque el ‘hombre es bueno, pero si se lo controla es mejor’. Pero, además, del otro lado

del mundo sostienen que es el Estado exclusivamente quien tiene la capacidad de elevar los niveles de productividad hasta el punto de poder competir con el ‘enemigo occidental’. Un colectivismo de bienestar que, discursivamente, convencía hasta los otrora socialistas y comunistas como la única salida para oponerse a las ortodoxas políticas neoliberales que arreciaban en Occidente.

Ya había escuchado un par de veces que mis madres pensaban en la posibilidad de emigrar hacia el ‘paraíso cuasi-socialista’, donde seguramente estaríamos mejor que aquí. Al menos en términos relativos. Igualmente, por supuesto yo no podía hacer nada. Así que lo más razonable que podía hacer es continuar con mi cotidianeidad y, como todo adolescente de diecisiete años recién cumplidos, tratar de disfrutar de la vida.

La palabra ‘amistad’ para mí era muy importante, sobre todo por la relación que tengo con Daniel. Él es como un hermano que me acompaña en todo, que no me falla nunca. Con quien puedo hablar de todos los temas y, aunque no siempre coincidíamos, ambos sabemos que nuestra fraternidad siempre se encuentra por delante de todo.

También estaba Julieta. Me gustó desde que la conocí, hace más o menos un año cuando ingresó a la escuela junto a Camilo, su hermanito menor. Venía desde Entre Ríos, ya que a su madre la habían trasladado en la empresa que trabajaba. Sus padres estaban separados, y su padre se quedó allí.

Me dijo que la relación no estaba bien desde hacía tiempo; sobre todo porque la madre había crecido profesionalmente y él estuvo varios años desocupado. Ella le reprochaba que no buscaba empleo con suficiente ahínco; él le respondía que había enviado muchos currículums, pero que a los cincuenta años solo se conseguían trabajos por algún contacto.

A aquel contexto se le adicionaba un problema de fondo: al haber denunciado unos diez años atrás a uno de los sindicalistas de la fá-

brica donde trabajaba por hacer negocios con ‘la patronal’, no solo lo despidieron, sino que se encargaron de diseminar su nombre en todas las empresas del sector que había en la ciudad (que no eran más de siete u ocho), como un tipo ‘problemático’ para emplear. Aquello fue un golpe muy duro para su padre: su honestidad no solo había sido vilipendiada, sino que, además, el costo de su rectitud había sido enorme.

A pesar de que la madre de Julieta le había dicho en su momento que dispusiera de los ahorros que tenían para que realizara un emprendimiento, la respuesta del padre fue tan tajante como desesperanzadora: “que no sé hacer otra cosa, que la gente no tiene dinero para comprar nada, que te matan con impuestos”. Aunque podría tener bastante razón en su discurso, ¿Cuál era la solución entonces? ¿Vivir eternamente de un plan social para desocupados, que apenas alcanza para comer? ¿Tirarse deprimido en una cama a esperar que pase el tiempo?

Lo peor es que, por otro lado, se negó a aceptar que la culpa no era suya – al menos la mayor parte –, sino del propio sistema que le había dado la espalda. Tampoco aceptó la ayuda de su mujer – según Juli tenía mucha bronca que, precisamente una mujer, SU mujer, fuera exitosa y él, ‘un fracasado’ –. Y al final se quedó sin nada. Volvió a la casa de sus padres, ya fallecidos, donde pasa sus días quejándose de los errores que cometió en su vida que lo catapultaron a esta situación.

Las doce cuadras hasta el colegio las hacía siempre caminando. Todavía quedaban casas bajas, una arboleda frondosa. Se respiraba un aire de tranquilidad, sobre todo bien temprano en la mañana. Un par de cuadras antes de llegar, se empezaban a congestionar las veredas de alumnos y autos. Algunos preferían entrar rápido, directamente. Por el contrario, a mí me gustaba saludar a mis conocidos en la puerta e intercambiar algunas palabras antes de ir al aula.

En los pasillos todavía había pocos alumnos. Seguramente, al ser

una fría mañana de invierno, muchos se habrán quedado remoloneando en la cama. Pude divisar a Juli sentada mirando su celular en uno de los pocos espacios soleados que quedaban en el patio. Me acomodé para sentarme junto a ella, mientras la saludaba con un beso en su mejilla izquierda. Entre nosotros, solo estaban apoyadas en el piso las mochilas y sobre ellas, mi campera y su sobretodo. Entonces, pensé que era un buen momento para hacerle la propuesta que venía pensando hace varios días.

“Juli, ¿Qué te parece si nos vamos a Paraná? Sé que te encantan la diversidad de espacios abiertos que tiene la ciudad, la tranquilidad de sus tardes, los mates con tortas fritas. Podemos parar en algún hostel. Solo van a ser unos días; vas a ver que va a estar bueno. Entiendo que vas habitualmente a visitar a tu familia, pero te prometo que conmigo va a ser más divertido; además no van a estar encima tuyo viendo qué haces o con quién te juntas”. Se notaba claramente que la había agarrado desprevenida. Me regaló una tibia sonrisa bajo una mirada que se perdía en el horizonte del patio.

“Te agradezco haber pensado en mí Javi. La idea está muy buena. Igual lo tengo que hablar con mi mamá. También tenemos que pensar donde pararíamos. Para que no gastemos en alojamiento, entiendo que no habría problemas que nos quedemos en la casa de mi abuela materna; pero bueno, eso también habría que verlo”. Mi alegría por su respuesta se la devolví con una sonrisa: es que mi idea le había gustado, lo que implicaba que, y ello era lo más importante, sus ganas estaban. Todo el resto de la logística y el financiamiento podría arreglarse.

La verdad es que no había consultado con mis madres, pero estaba seguro que con ellas no iba a tener ningún problema: tenía su apoyo incondicional en todo tipo de actividades recreativas, siempre y cuando cumpliera con mis deberes escolares. Por eso, cuando comenzó la clase de historia medieval, traté de concentrarme, aunque se me hiciera difícil. Creía que era mirar demasiado para atrás, que

el mundo era demasiado diferente como para tomar ejemplos o propuestas que parecieran no aplicar para nada al presente.

Sin embargo, tenía muy presente las palabras de Claudia: “Siempre trata de sacar el mejor provecho a todo, ‘exprimir el jugo lo máximo posible’ a cada proceso de aprendizaje. Y ello te ayudará a comprender más las diversas posiciones que toman los adultos para enfrentar los dilemas de la vida cotidiana”.

Justo antes de que toque el timbre para ir al recreo – pareciera haber sido a propósito –, el profesor dijo unas palabras mientras terminaba de comentar el resultado de una batalla del Imperio Bizantino, que me hicieron recordar a mi madre: “Aunque a algunos de ustedes lo que hemos aprendido en la clase de hoy les parezca lejano o inútil, recuerden siempre que la historia de la humanidad tiene una sola constante: la lucha por el poder y la riqueza. Ayer, hoy, y siempre”.

Evidentemente, por la situación que se vive en el país y en el mundo, aunque el contexto sea diferente, mientras haya seres humanos involucrados, el dilema de cómo se construye una sociedad y que intereses se encuentran en juego, estará siempre latente.

“Antes que se vayan, déjenme agregar algo más”, nos instó el profesor mientras la mayoría ya estábamos parados dirigiéndonos a la puerta. “A lo que les mencioné, le añadiría un par de variables: el amor y la pasión también se han conjugado en cada paso que ha dado la humanidad; tanto en su vertiente positivista, como a la hora de transformar la violencia y el dolor en fortaleza y esperanza. Todo es parte del mismo ser; de lo que somos y lo que seremos. Bueno, eso es todo. Nos vemos la semana que viene”.

Cuando a la tarde volví a casa, estaba bastante cansado. Las clases de educación física de los martes a la tarde no son mi fuerte – me estresa el solo pensar que tengo que correr detrás de una pelota sin un objetivo más interesante que el engrandecer el ego de mis compañeros cuando le hacen un gol a la división de al lado –, y solo pensaba en darme una ducha mientras caminaba las últimas cuerdas.

Llegué un poco antes de las cinco y no había nadie. Claudia estaba dando clases en la Universidad y Andrea todavía no había salido de la oficina. Luego del baño, fui hacia la cocina para prepararme la merienda. El capuchino con leche me lo preparé como me gustaba: tibio y con una cucharada pequeña de edulcorante. A la tarde prefería el queso cremoso sobre la tostada, pero se había acabado; tuve que conformarme con la mermelada que le gustaba a Andrea. ¿A quién le tocaba ir a hacer las compras esta semana? Lo único seguro es que a mí no.

Es que la división de tareas en el hogar era un ‘claro-oscuro’ insalvable. A veces iba Claudia, a veces Andrea. Pero siempre discutían, porque a ninguna le gustaba. “Recordá que ya no estamos en la edad de piedra, donde la mujer se hacía cargo de las cuestiones domésticas”, comenzaba Andrea. “Y vos no te olvides que esto un hogar lésbico; aunque vos me veas como el hombre autoritario de la casa” le retrucaba socarronamente Claudia. Así estaban unos cuantos minutos en intercambios estériles. En cuanto a lo que a mi conciencia, lo único relevante era que en este momento no tenía el queso blanco para untar.

Justo cuando me estoy acomodando para mirar la tele en el sillón con la bandeja sobre mis piernas, me llegó un mensaje de texto de Juli. “Confirmado Javi, vamos de viaje. ¿Te parece que lo invite-mos a Daniel? Va a ser más divertido si vamos de a tres, en grupo. Además, por si surge algún problema, creo que me voy a sentir más segura”.

Por supuesto me puse contento por la confirmación, aunque no podía negar que invitar a Dani me generaba cierto sabor amargo. Lo adoraba, era mi mejor amigo; pero simplemente sentía que perdía la intimidad que deseaba; esa oportunidad única para conocernos con Juli a fondo y, quien dice, poder avanzar y ser algo más que amigos. Aunque, si lo pienso bien, poner obstáculos a que venga con nosotros me mostraría egoísta, desconsiderado a su deseo, y por qué

no, ‘celoso’ sin motivo. “Perfecto Juli, mañana le decimos a Dani y empezamos a coordinar el viaje”.

Luego de merendar, me acosté en la cama. Puse un rato la tele y lo que observé realmente me preocupó: discursos fascistas con un nivel de agresividad exasperante. Y no lo siento como un temor simbólico: con mis diecisiete años, estas declaraciones me generaban miedo; terror a que mi micro mundo personal, construido pacientemente bajo una estructura familiar y social de amor, educación, y felicidad, se esfumaran después de las elecciones.

“Vamos a perseguir a los zurdos como ratas, que no se puedan ni esconder en sus madrigueras”, expresaban sin tapujos primeras líneas del Partido Nacionalsocialista Libertario. Se me vino a la cabeza aquellos documentales que había visto de la Segunda Guerra Mundial: judíos de clase media y alta, despojados de todas sus pertenencias, sus empleos, su ser, en la entonces ascendente Alemania Nazi. Ha ocurrido y puede volver a ocurrir; de un día para el otro, la vida te puede cambiar ciento ochenta grados.

A eso de las siete de la tarde escuché el ruido de apertura de la puerta de entrada. Salí de la cama y me dirigí al living. Era Andrea. “¿Ma, podemos cenar milanesas con papas fritas? Me dieron ganas”, fue lo primero que atiné a decirle. “Dale, dame unos minutos que me acomodo y empiezo a cocinar. Aprovechemos además que Clau hoy tiene un evento y no viene a comer”, me respondió con una hermosa sonrisa cómplice.

Se me ocurrió que era un buen momento de distensión para hablar de política. Me senté junto a ella en la mesa del comedor. Mientras me pasaba la mayonesa, me pronuncié sin rodeos: “¿Te puedo hacer una pregunta? Por favor seme sincera. ¿Nos van a encerrar? ¿Existe la posibilidad de que nos maten si gana el Partido Nacionalsocialista Libertario?”.

Me miró fijo a los ojos. “Mirá Javi, el futuro no lo sabe nadie. Pero lo que sí te puedo asegurar, y vos lo sabés muy bien, es que con

Claudia hemos decidido desde que nos conocimos llevar una vida ‘a fondo’, sin tibiezas ni miramientos en relación a lo que pensamos, al mundo que soñamos y queremos. Claramente un mundo mucho mejor que este”.

Luego hizo una pausa. Observó su plato, como tomándose unos segundos para pensar la continuidad de su argumento: “En el fondo, lo hacemos también por vos”. Sentí que titubeaba. “Las cosas cambiaron, uno a veces piensa una cosa y después cambia de opinión. La vida es dinámica, y uno tiene que tratar de ir acomodándose”, concluyó.

“Gracias Mamá”, le respondí tibiamente, evitando darle profundidad a un tema que se notaba le incomodaba. Entonces cambié de eje para descomprimir la situación; pero, además, a sabiendas que Andrea era mucho más permisiva, más relajada, que Claudia: “Ma, otro tema, ¿puedo ir de viaje por unos días con Juli y Dani? Sería a Paraná, Entre Ríos. Tengo muchas ganas, estoy seguro que la vamos a pasar muy bien”.

“Lo hablo con Clau, pero vos tenés bien en claro cómo nos manejamos, no creo que haya problemas. Por mi parte, con gusto. Por supuesto, siempre y cuando no te afecte con el estudio. Y tengas mucho cuidado en donde vas a estar. La situación de inseguridad nos preocupa mucho y no queremos que te pase nada. Aunque creo que los tengo, igual pasame después los teléfonos celulares de Juli y Dani. Y también quiero los contactos de sus familias”, me respondió ya más animada.

“Quedate tranquila, con las tareas estoy al día; además te prometo que, por lo menos, voy a enviarles un mensaje todos los días. Y lo más importante, no les voy a pedir dinero: me voy con los ahorros de los regalos de los cumpleaños y lo que trabajé en el verano”. Mientras la abrazaba y le besaba la mejilla, ella volvió a sonreír. “No quiero que te preocupes por la plata: lo que necesites, pedíme”.

Volví a mi habitación y me propuse ir a dormir con la mente en

blanco. No ganaba nada haciéndome malasangre con los temas políticos. Como dijo una vez hace ya muchos años un director técnico de la Selección de Fútbol de Colombia, cuando le preguntaron sobre el conflicto entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. “Yo me ocupo de lo que puedo cambiar, no por lo que no puedo hacer nada; la política o el rol de la guerrilla son cuestiones que me exceden”.

Me levanté temprano. Mis mamás todavía dormían. Realicé mi rutina de siempre: ducha, desayuno y directo a la escuela. El objetivo del día de hoy no era menor: con Juli teníamos que hablar para que Dani se sumara al viaje. A pesar de que al principio tuve esa sensación de ambigua celosía, ahora que lo pienso bien creo que va a ser lo mejor que Dani venga. Si Juli quiere estar con alguno de los dos, sería una demostración de madurez dejar que las cosas fluyan y que sea lo que tenga que ser. Siempre con ‘buena onda’ y, sobre todo en un viaje, tratando de disfrutar al máximo.

Caminé hasta la escuela. Faltando unas tres cuadras para llegar, justo me lo crucé a Dani. Su cara decrepita no auguraba nada bueno. “¿Cómo andás Dani? ¿Se te nota cansado, pasó algo?”.

“Más que cansado, malhumorado”, me respondió con cierto desdenguado. “Viste como es mi mamá, está todo el tiempo encima mío. Graciela no es como el resto de las madres: su obsesión a que dedique la mayor parte de mi tiempo al estudio de las ciencias duras, la tecnología, la lógica del espacio, es desgastante”.

Tomó un respiro y prosiguió. “No digo que me disgusta totalmente, pero tenemos diecisiete años y, aunque le repetí muchas veces que lo que más me interesa es jugar al fútbol, las consolas de videojuegos, mirar series y conocer chicas – aunque esto último no se lo mencioné -, ella insiste que es el momento de esforzarse, de sembrar para cosechar cuando seamos adultos. Sé que lo hace por mi bien, pero me quita mucho tiempo. Justo ayer pensaba en todo esto mientras jugaba con Amelie – cuyo nombre se basaba en esa alma libre

de la película francesa de finales del siglo pasado –. ‘¡Ojalá que no la presione a ella como lo hace conmigo!’”.

Dani me había contado que ni sus padres esperaban a la pequeña: su madre tenía cuarenta y tres y su padre cincuenta cuando quedaron embarazados. La sorpresa fue un motor que potenció la felicidad desde el día que nació. Mimada y protegida, Dani y sus padres procuraban que ella se sintiera plenamente feliz todo el tiempo. Y la realidad es que, además, Amelie es un amor. Lleva siempre consigo esa sonrisa que la distingue; pícara, ocurrente e inteligente para lo que es una niña de solo ocho años.

Dani siempre se toma al menos una hora por día para jugar con ella, llevarla a la plaza, andar en bicicleta o ir a la pileta; además de encargarse de enseñarle todo lo que puede hacer y lo que no. Yo, por lo que observo, creo que mi amigo cumple un poco el rol de padre y hermano a la vez.

Es que Benjamín, su papá, no se dedicaba a él ni a Amelie prácticamente en absoluto; al menos en cuanto a la educación, las actividades extra-curriculares, o mismo el ocuparse para que sus hijos cultivasen amistades. Era un empresario que se encontraba todo el día atendiendo sus negocios del campo, aquellas hectáreas heredadas de los cimientos oligárquicos de una otrora Argentina floreciente – para unos pocos -, que él muy bien se encargó sostener e incrementar cuando pudo. No diría que la de Dani era una familia súper rica, pero sí que tenía asegurado un muy buen pasar por varias generaciones.

“Para que las cosas estén bien Dani, tenemos que asegurarnos que gobiernen los que saben”, le decía continuamente Benjamín a su hijo cuando la situación lo requería. Nunca lo negó: tenía muy buenos contactos con el poder político, con los cuales compartía parte de sus beneficios a cambio de ‘facilidades’ para la exportación de su producción o lograr exenciones impositivas ‘excepcionales’, entre otros ‘diferenciales’ que tenía en relación a la mayor parte de la empobrecida población.

Benjamín apoyaba fervientemente al Partido del Consenso Democrático y Republicano, el cual gobernaba hacía cuatro períodos el país. Era un Partido de Centro-Derecha, Conservador, que abogaba como ‘leit motiv’ el cuidado de la propiedad privada, el mantenimiento del orden social, y la productividad creciente durante el proceso de acumulación capitalista.

Sin embargo, esta vez los libertarios, aquellos a los que tanto temía por su virulencia declamativa, se encontraban bastante adelante en las encuestas. Y parecía que no había vuelta atrás. Con una campaña mediática agresiva, y tergiversando la realidad – especialmente culpando a los propios pobres de su situación debido a sus ‘malas decisiones’ -, habían generado un imán que atraía a las mayorías que los dejaba a tiro de tomar el poder. Por ende, parecía que el padre de Dani, después de muchos años de ‘navegar en su zona de confort’, tendría que volver a negociar, o mejor dicho pujar por sus intereses, con las nuevas autoridades.

¿Y vos cómo andás, Javi?, me preguntó Dani apenas cruzamos la puerta principal de la escuela. “La verdad es que estoy un poco preocupado por las elecciones. Tengo miedo a las implicancias que pueda tener a futuro, sobre todo por la seguridad de mi familia”, le respondí con un temeroso suspiro derrotista.

“Yo ya te lo dije: decile a tus mamás que se dejen de joder con eso. No te digo que no hagan lo que les gusta; pero puertas para adentro, sin hacer quilombo”, me respondió efusivamente. No era la primera vez que me lo decía.

Levanté mi cabizbaja mirada, queriendo darle firmeza a mi respuesta. “Dani, vos no lo entendés porque en tu familia tienen otra cabeza, otra historia. Yo te lo dije varias veces: mis mamás tienen una pasión por su ideología, enraizada hace décadas en sus cabezas. Su objetivo superador es cambiar las cosas que ellas entienden como injustas. Lo llevan adentro desde que tengo memoria; no sé cómo explicarlo, pero es así”.

“No es que no lo entienda Javi; pero si ven que está en juego su seguridad, tienen que dejar de auto boicotearse y pensar en otra forma de seguir haciendo lo que les gusta”. “Es que no lo vas a entender, no hay otra forma”, lo interrumpí. “Ellas me lo repiten todo el tiempo: tienen un compromiso revolucionario y, si es necesario, van a dar la vida por ello”.

Quedó mirando fijamente a mis ojos. “Ok, ok, ya lo entendí Javi. ¿Te puedo ayudar de alguna manera?” “No creo, que sé yo. Por ahora no. Más adelante por ahí tu viejo, que es un tipo que tiene poder, quien dice nos puede dar una mano. Aunque no sé si mis viejas van a querer su ayuda; sería como las películas de Hollywood, donde el enemigo le tiende la mano al héroe antes de caerse al precipicio desde la azotea”. Se sonrió. “Dejate de joder Javi, mi viejo no es tan malo”.

Aproveché el segundo de distensión, para salir del tema irresoluble. “Cambiando de conversación, tengo una propuesta para vos. Espero que no me falles”. Dani abrió los ojos. “Escucho Javi”. “¿Te querés venir a pasar unos días a Paraná con Juli?”, le hablé con tono exultante. “¿En serio? ¡Gracias por pensar en mí! ¿Cuándo sería? ¿Cómo iríamos? Por supuesto que tengo ganas. Seguro la vamos a pasar espectacular”. Su rostro, de repente, se había transformado en pura felicidad.

“Todavía no lo coordinamos, esperábamos tu respuesta para organizar todo”. Su nivel de excitación conllevó a un fuerte abrazo. “¡Excelente Javi! Después de hablar con mis padres, a la noche te lo termino de confirmar. Te mando un mensaje por el celular”.

La verdad es que no podíamos esperar al recreo. Durante la clase, entre los tres nos pasábamos mensajes de papel por debajo de la mesa hablando de lo bien que seguramente lo íbamos a pasar, los lugares que podríamos recorrer, la libertad de poder hacer una ‘escapada’ y relajarnos unos días entre amigos.

Por suerte Dani no tuvo problemas con su familia y el sábado

nos juntamos los tres en casa para planear el viaje. No era algo muy complicado. Tomábamos el micro en Retiro, parábamos en la casa de la abuela de Juli, y luego veríamos lo que fuera surgiendo. Teníamos pensado un par de lugares para visitar, pero nada muy estructurado. Había que llevar algo de dinero – lo que pudiéramos –, pero decidimos que ‘el problema de la escasez’ no se trasladaría a nuestras primeras vacaciones sin padres. Es que hasta ahora solo me había ido con Dani y su familia el verano pasado a la costa, y creo que Juli se había ido a las Sierras de Córdoba con una de sus mejores amigas. Pero nunca solos.

Tres semanas más tarde sería el próximo fin de semana largo de cuatro días. Podíamos salir antes de la escuela el viernes – evitábamos los embotellamientos de los fines de semana –, y volver el miércoles subsiguiente – el feriado era hasta el martes inclusive -. Ninguno tenía problemas con las notas en la escuela, así que nuestras familias nos autorizaron a faltar.

Los feriados largos ya sobrepasaban a los ‘comunes’ de dos días. Mucho antes de que yo naciera, el gobierno nacional decidió incrementarlos dándoles entidad por cualquier razón – desde el día que se sancionó una ley que reivindicara un derecho, hasta la creación de una vacuna de relevancia, entre otros –, ya que no aceptaba de ninguna manera la presión de las masas en su reclamo por disminuir los días laborales: hubiera sido mostrarse débiles, haber ‘torcido el brazo ante el avance del comunismo’.

Sin embargo, el pedido era, al menos en términos de puja distributiva, racional. Cuando partidos de izquierda, organizaciones sociales y sindicatos esgrimían que durante décadas la productividad laboral se había incrementado exponencialmente mientras los salarios se encontraban estancados – por ende, las ganancias del capital se habían multiplicado –, la respuesta de la Elite era que “la competencia a nivel global es muy grande, y los mercados se encuentran constreñidos. Además, ustedes mismos, el pueblo, piden cada vez

más y más bienes y servicios. Y alguien tiene que producirlos”.

Coeficiente de Gini por medio – traducido en ‘lucha de clases marxistoides’ -, requirió entonces una decisión salomónica (y no porque la Elite hubiera pensado en ceder piadosamente, sino porque las revueltas sociales ya estaban sobrepasando su capacidad de control y coerción): muchos feriados. Por supuesto pagos; las empresas que pudieran ‘bancar’ una mayor cantidad de días sin trabajar – casi exclusivamente las monopólicas que operan en convivencia con las elites políticas -, sobrevivirían. El resto, debería buscar una alternativa. O la quiebra. Punto.

Sacamos los pasajes, preparamos los bolsos y nos encontramos ese viernes en Retiro. Desde la altura del piso superior del micro, todo se ve más claro. Sumado a la paz que da el saber que desde que arranca el motor uno ya está de vacaciones, es un buen momento para apreciar el paisaje, reflexionar sobre lo que observamos, la realidad que nos rodea, pero también para relajarnos y disfrutar el momento.

Lamentablemente, lo primero que me vino a la cabeza fueron mis madres. Es que hasta bien entrada la autopista, lo que más resaltaba del camino era la miseria que lo rodeaba. No es que no sabía que existiera; por supuesto que en mi vida he visto gente pobre, asentamientos. Pero nunca tantos kilómetros y kilómetros de villas de emergencia.

Entiendo que muchas veces he pasado por autopistas y rutas con esta visual. Pero, como les suele pasar a muchos, evidentemente no le he prestado la suficiente atención. No creo que no lo haya querido ver. Simplemente, era muy chico, o no era el momento. No me puedo culpar ni auto flagelar por ello: en definitiva, no es mi responsabilidad. Si la de muchos que, a sabiendas que existe esta situación, y teniendo las herramientas y sobre todo la responsabilidad para cambiar las cosas, no hacen nada.

El micro realizó una parada para que subiera gente en una termi-

nal del tercer cordón del conurbano. Ahí pude ver más de cerca, a través del vidrio, niños enflaquecidos y diminutos, hombres jóvenes sucios con la mirada pérdida, mujeres desahuciadas cargando bebés como si fueran bolsas de alimentos. Algunos con visibles rasgos de llevar sus vidas bajo el halo de los estupefacientes. Otros con los ojos brillosos de bronca y resentimiento, agazapados esperando lo oportuno de ‘manotear algo’. Esos ‘amigos de lo ajeno’ que no tienen la oportunidad de robar de traje y corbata: la corrupción de ‘guante blanco’ tiene un aroma impoluto, flexible, tolerable para las mayorías anestesiadas.

Juli y Dami charlaban plácidamente. Estaban en su mundo. Y yo tampoco los quería interrumpir; menos para hablar de la gravedad de la problemática socio-económica. Además, la sociedad había normalizado una situación de profunda inequidad, de que la riqueza sea de unos pocos y para el resto, ‘a lucharla’. O directamente la exclusión social. Mejor dejarlos disfrutar el momento.

Sin embargo, yo no podía quitar la vista de esa abundante miseria. ¿Cómo es posible que, pisando el siglo XXII, todavía tuviéramos seres humanos viviendo en casas de chapa? ¿Cómo aceptamos que no tengan agua de red o gas natural? Hace mucho tiempo era el problema de la creación de los medios para la generación. Luego fue el problema de distribución, de prioridades. Y después vino el tema de la escasez. Finalmente, el problema era el todo; porque siempre faltaba algo. Yo tomo las palabras de Claudia: son pocos los que salen permanentemente favorecidos. Y para el resto, nada. O muy poco.

Luego de una hora, me encontré con el verde césped, llano, que florece con los riegos artificiales. Me contó un chico de la escuela - cuyos padres tenían muchas hectáreas de campo -, que, aunque el agua fuera un problema global, siempre ‘el campo’ se las ingenia para desarrollar la última tecnología de punta para no perder su negocio.

En este sentido, aunque algunos miembros de las elites tardaron en darse cuenta, en las últimas décadas no cabían dudas: el agua y los alimentos eran la prioridad y debían ser cuidados con enorme celosía. Y, por supuesto, se debía generar – como sea – la energía suficiente para transportarla en escala. El resto se vería. Se podía prescindir de todo tipo de bienes y servicios, como cientos de años atrás. Computadoras, teléfonos inteligentes, monedas digitales, ropa, arte, etc. Pero lo único que nunca podía faltar era lo que nos permitía movernos y sobrevivir.

¿Era una involución? Andrea siempre decía: “Al mundo lo hemos gastado; mejor dicho, desgastado. Entonces, como si fuera un castigo divino de la naturaleza, debemos volver a las fuentes, a los principios. Y ello requiere empezar de cero, bajo un proceso económico que sea sustentable para todos: seres humanos y medio ambiente”.

Entrado el atardecer, Juli comenzó a abrir lentamente sus ojos marrones – con Dani se habían tomado una siesta apenas pasamos Zárate -. “Javi, donde estamos”, me preguntó. “Recién pasamos la mitad del camino, estamos cerca de Rosario”.

Aquella ciudad que se había desangrado por el narcotráfico a principios de siglo, tuvo su quiebre, su punto de inflexión, a finales de la década de 2040: la concentrada Elite Rosarina, en todos sus estamentos – política, económica, judicial y hasta policial –, le traía demasiados problemas a quienes dominaban el poder a nivel nacional: la violencia no es solo sinónimo de negocios millonarios con los estupefacientes, sino que también genera descontrol y subversión social. Por ende, si el poder fáctico rosarino no podía manejar el narcotráfico de manera ‘suavizada y responsable’, no era viable para con la demostración de poder y ‘paz ciudadana’ que reclamaban las Elites nacionales.

Con cerca de diez mil militares – la gendarmería no poseía el necesario adoctrinamiento y poder de fuego -, fue suficiente. Barrida la ley que prohibía la inmiscusión de las Fuerzas Armadas en asuntos internos, arrasaron con todo lo que tenían adelante.

Cortes de luz provocados adrede en áreas donde vivían los narco-trafficantes, allanamientos derivados de ‘supuestos robos’, o muertes por enfrentamientos armados ‘poco esclarecidos’, durante poco más de dos meses, terminaron con el narcotráfico en la ciudad. Al menos con el menudeo – porque a los grandes nunca se los toca –, el cual era aquel que mostraban los medios de comunicación y generaba rabia y temor, en una sociedad ya espantada por su día a día y su falta de esperanza a futuro.

Pero también, hay que decirlo, en la razia fallecieron inocentes, como suele ocurrir. Los perversamente nombrados ‘daños colaterales’, se llevaron la vida de mil doscientos niños, mujeres, y personas mayores inocentes. Ello me llevó a recordar que el ingreso de las fuerzas armadas en la represión interna era parte de un paquete completo, una combinación de fuerzas que exaltaba el ‘fin de la historia’: es que eran las ciencias sociales las que debían ser borradas de las mentes; inclusive ese halo de violencia setentista – que había quedado impregnado con dolor en el imaginario social del progresismo –, donde los militares habían sido parte fundamental para con el cometer el asesinato de miles de personas, y que las Elites conservadoras y libertarias – sí, increíblemente los libertarios habían apoyado el fin de la ley –, habían logrado cuasi borrar ‘de la faz de la tierra’ en las últimas décadas.

‘Era estrictamente necesario para la cohesión social’, retumbaban en los discursos de aquella época. Una cohesión bajo un ‘orden necesario para el progreso’, como indica la bandera del Brasil. Un slogan del siglo XIX, pero que claramente era funcional a las necesidades del momento. Que, aunque quedaran vetustas, se repiten cíclicamente. Como el objetivo de poder y riqueza que ha sostenido el statu-quo de unos pocos, a costa del esfuerzo de las mayorías. Aunque sea con ‘excesos’ que impliquen sangre.

“Tengo hambre Javi, trajiste algo para ir comiendo en el viaje”, me preguntó Juli, acomodándose de manera remolona en toda la

extensión de su asiento. “Uf, no traje nada, entre tantas cosas que tenía en la cabeza en este primer viaje que me preparé todo solo, me olvidé completamente. Dejame que le revise el bolso a Dani, seguro que tiene algo”.

Las filas eran de dos asientos. Yo me sentaba al lado de Juli en la última fila de la derecha, mientras Dani estaba sentado solo delante de nosotros. Me fui hacia adelante, me senté a su lado y abrí su bolso. A primera vista solo se veía un buzo y un par de remeras. Decidí hurgar un poco a ver si en el fondo o en algún bolsillo interior encontraba algo. Mientras tanto, dado que el tráfico se hacía más espeso y el calor santafesino se hacía cada vez más espeso, Juli se había dispuesto a preparar el tereré que habíamos traído.

En una bolsa de plástico, de costado, encontré un polvo blanco. “Juli, asómate por favor y vení a ver esto”. Juli dirigió su cabeza levemente hacia el interior y, luego de unos segundos de permanecer petrificada, alzó la mirada hacia mi persona. “Cocaína”, me dijo en voz baja. Acomodé la ropa y los elementos de higiene, y luego cerré el bolso.

“No lo puedo creer Juli, no sabía nada. ¿Vos?”. “Yo tampoco, Javi. ¿Qué hacemos?”. “Creo que lo mejor es dejar que se despierte y hablarlo con tranquilidad. Si lo levantamos y lo encaramos en seguida, se puede sentir increpado, atormentado, y no creo que sirva para algo. Eso sí, vayamos pensando que hacer”, le respondí mientras vertía el jugo de naranja sobre el termo helado. “Ok, lo que nos salga. Sugiero que intentemos que nos cuente lo que quiera. A mí lo que más me preocupa es que, si nos agarran las fuerzas de seguridad, tengamos un problema enorme. Por supuesto que me interesa su salud, pero ahora tenemos que solucionar lo urgente”.

Las drogas habían destruido generaciones enteras. Cuerpos y, sobre todo, mentes destrozadas, inertes, inutilizables. Todos tenemos familiares, amigos o conocidos que se han drogado o se drogan. Algunos han podido salir – los menos –, y muchos aprenden a con-

vivir con ello. La mayoría nunca se puede recuperar. Y terminan en la miseria, abandonados por un sistema que ya no puede – ni quiere – asistir, abastecer, proteger.

Miles y miles de jóvenes – y no tanto - que, ya sea porque no encuentran respuestas a su razón de ser, o mismo por los propios estímulos desde los medios de comunicación controlados por las Elites y las enormes corporaciones embebidas en el negocio de los estupefacientes, fueron acarreados hacia las drogas como ovejas, bajo un discurso ambiguo de consumo responsable en un primer momento, hasta una posterior prohibición cuasi total, salvo excepciones, con estrictos fines medicinales.

Por el contrario, hace muchos años, la permisibilidad sobre el consumo de estupefacientes comenzó a ser avalada e incentivada por la lógica gubernamental: había que generar el círculo vicioso que ‘quemara’ las mentes de esas generaciones jóvenes para obstaculizar su racionalidad y su comprensión, obnubilar su pensamiento crítico en pos de un proceso de consumo que se limitaba a trabajar para reproducir el sistema sin resignificarlo, o, en el peor de los casos, al mero hecho de pasar el día viendo cómo conseguir dinero para pagar las drogas. Aquellos estupefacientes que tenían la función de alejarlos de la realidad cotidiana, de las miserias sistémicas que los cohibían de un, teóricamente, futuro de prosperidad y felicidad.

Luego ello se volvió un boomerang. La violencia irrefrenable y el gasto público creciente para coaccionar una población descontrolada – no para prevenirlo a través de la asistencia y el trabajo social -, tuvieron un freno abrupto cuando, literalmente, la necesidad de ser más productivos para competir a nivel internacional requirió de mentes – o capital humano llamado por algunos – con cierta lucidez.

Entonces, para que el trabajador pudiera pensar, el flagelo del consumo de la droga debía terminar. Al menos en ciertos sectores sociales y en cuotas cuantitativamente aceptables. Los estupefacientes, como piensan la mayoría de las Elites en el mundo, es mejor

producirlos y/o procesarlos en casa, para luego exportarlos a un alto precio, en lugar de consumirlos masivamente a nivel doméstico. Y así estamos al día de hoy.

“¿Cómo están chicos, dormí bastante no?”, se dirigió hacia nosotros Dani apenas se levantó. Ya estábamos cerca de Paraná. “Bien”, fue mi seca respuesta, mientras observaba la totalidad del sector superior del micro, con el objeto de apreciar si alguien se encontraba lo suficientemente cerca para escuchar la conversación que íbamos a tener. La única persona ubicada a una distancia prudencial, dormía plácidamente con unos auriculares puestos en diagonal a cuatro filas nuestro.

“Dani, queremos hablarte con toda la franqueza. No voy a andar con rodeos. Cuando me levanté tenía hambre y con Javi nos olvidamos de traer comida. Por lo que, sin hacer ruido para no despertarte, buscamos en tu bolso para ver si tenías algunas galletas u otra cosa. Y, para nuestra sorpresa, encontramos droga. Más allá que nunca nos imaginamos esto, creo que somos tus amigos y deberíamos saberlo. Y encima la traes al viaje, sabiendo que existen varios grupos de ultraderecha dentro de la policía y la gendarmería que odian a los adictos y, si nos atrapan, pueden hacernos cualquier cosa”, lo interpelló Juli.

Enmudeció por unos segundos. Bajó la mirada, para luego girar la cabeza en círculos. “Miren chicos, la realidad es que empecé no hace mucho y no les conté porque no me animé. Lo siento algo íntimo, no es social. Estaba angustiado por muchas cosas que viví en casa, y algunos me recomendaron que pruebe un poco, que me va ayudar a levantar el ánimo”.

“Espera un poco. ¿Qué pasa en tu casa? ¿Quién te recomendó que te drogues para estar mejor?”, repliqué raudamente. Estaba enojado, con bronca. Por él y por nosotros, que no nos merecíamos estar viendo esto apenas arrancamos este viaje tan ansiado.

“Una persona que conocí en Internet, con el cual compartíamos

algunos juegos en línea. Le conté un poco de mi situación, nada en profundidad, y me recomendó la reformidixina, que no es exactamente cocaína, sino un tipo de variante proveniente de otra planta que se cultiva en el sudeste asiático; él me aseguró que no me iba a pasar nada y me permitiría estar siempre alegre, olvidarme mis problemas. Confíe en él. Es verdad que en seguida me generó cierta dependencia, que algunas veces al día me dan ganas de aspirar un poco; pero la verdad es que me siento bien cuando lo hago”.

“No quisiera saber cómo conseguís el dinero para comprarla, porque seguro es muy cara”, continuó Juli, “Pero si te voy a pedir una cosa: si querés que continuemos con estas vacaciones, tirás esa bolsa a la mierda y no quiero volver a ver nada de esto durante todo el viaje. Si no me vuelvo. Después tendremos tiempo para hablar de lo que te pasa y cómo vas a salir de esto”.

Los ojos se le oscurecieron, la miró con bronca. Se mordió los labios, pero no le contestó nada. Decidió girar su cabeza y mirar el camino a través de la ventanilla. Le puse mi mano derecha en su hombro izquierdo. No sé si fue por el gesto, pero a los pocos segundos noté sus músculos más distendidos, como si se estuviera tranquilizando.

“Ok, lo tiro a la basura apenas nos bajamos del micro. Prometo no comprar ni tomar nada durante el viaje”. No eran palabras firmes, más bien parecían de una persona resignada; pero al menos pudieron salir de su boca. “Yo espero que no lo hagas nunca más”, le respondí antes de volver a mi asiento. Y esperamos en silencio los aproximadamente quince minutos que faltaban hasta llegar a la terminal de micros de Paraná.

Apenas bajamos, muy discretamente Dani tiró en el primer tacho de basura visible la bolsa envuelta en la más desgastada de sus remeras que había traído. Unos diez metros ya alejados, me di vuelta para cerciorarme de que nadie se acercara o sospechara nada. Caminamos unas cuadras hasta la parada del colectivo, y solo esperamos

unos minutos para subirnos a la línea cinco con destino a la casa de la abuela materna de Juli.

Se notaba que Paraná no era Buenos Aires. Era una ciudad/pueblo, con calles sosegadas, gente tranquila, relativamente pocos edificios que se combinaban con pulmones verdes que hacían más agradable la visión y el espíritu. Por supuesto, los barrios de emergencia, las villas, no podían faltar: cuadras y cuadras de casas de chapa, calles de barro, falta de medios y recursos.

“Javi, Dani, creo que estaría bueno venir algún día a charlar con la gente, acercarnos de algún modo al barrio. No solo para ayudarlos, sino también creo que es importante entender cómo viven. ¿Qué les parece chicos?”, nos preguntó Juli mientras tratábamos de balancearnos entre el resto de los pasajeros.

“Mirá, como sabrás vivimos hablando de estos temas en mi casa, aunque, en realidad, yo nunca estuve personalmente en una villa. Pero me parece bien, al menos un rato. ¿Qué se te ocurre? ¿Hablar con algún puntero?”, respondí enseguida. Mientras tanto, Dani nos miraba intercaladamente, visiblemente ofuscado: “A mí me parece una pérdida de tiempo. ¿Veníamos a divertirnos o a ver pobres? Primero lo del micro, ahora esto. Déjense de joder. No sé para que acepté venir con ustedes”.

“Ok Dani, tranquilo, después lo hablamos. Ahora lleguemos y acomodémonos”, repliqué inmediatamente. Ya habíamos tenido bastante para lo que era un viaje que recién comenzaba. Entonces tomó la palabra Juli: “Podemos tener rispideces, pero todo se debe poder resolver dialogando en una convivencia pacífica entre tres personas que, creo, somos razonables. Hagámosle honor a nuestro primer viaje juntos, disfrutemos a full estos días en Paraná, y lo que no podamos solucionar lo conversamos a nuestro regreso en Buenos Aires”.

Después de unos veinticinco minutos de viaje, llegamos a un barrio que podría denominarse de clase media, de calles con pendien-

tes variadas y una frondosa arboleda. La cuadra de la abuela de Juli no se distinguía de las otras; casas bajas, la mayoría agrietadas por la dejadez, que se conjugaban bajo una singular belleza entre desni-velados adoquines con impronta colonial.

A unos cuarenta metros de la esquina, sobre la mano izquierda, se encontraba la casa de la abuela. Tenía un frente de unos seis metros, color amarillo, acompañado de un pequeño ventanal a dos aguas de madera a la derecha de la puerta grisácea. Al llegar, Juli tocó el pequeño timbre blanco ubicado en el extremo derecho superior, muy cerca del marco.

“Ya voy”, exclamó una voz gruesa desde el interior. A los pocos segundos se asomó una señora de alrededor de ochenta años, vestida con una pollera marrón y una blusa floreada algo desteñida. Era la abuela Rosalía. Su pelo totalmente blanco denotaba descuido; sus manos gastadas y su cuerpo encorvado denotaban una vida de sacrificios.

“¡Juli, tanto tiempo, estás hermosa! Pasen chicos, entren por favor”, se dirigió hacia los tres con una sonrisa exultante. Seguramente representábamos una compañía que, al menos por unos días, enfrentaría su diaria soledad.

Adelante había un pequeño living-comedor. Atrás, la cocina con un baño, y pasando el mismo, una especie de colorido jardín, con algo de cemento y una parrilla que denotaba años de desuso. Allí destacaban pequeños cerezos y un limonero, los cuales acompañaban a una diversidad de flores desparramadas a lo largo y ancho del rectángulo simétrico que representaba aquel espacio trasero.

En el interior a la izquierda, se encontraba un pasillo que llevaba a las habitaciones, donde uno se ‘chocaba’ con el baño principal de frente. Extrañamente, no había fotos familiares, solo un par de óleos sobre lienzos en las despintadas paredes verde agua. A la izquierda del pasillo, estaba la que sería la habitación de Dani y mía. A la derecha, la de Juli y, unos metros más adelante, la de su abuela.

Llevamos nuestros bolsos a las piezas. La nuestra era la más amplia, aunque un poco oscura y solo tenía un pequeño ventanal vidriado en el techo. Sin embargo, dos camas y un enorme armario eran más que suficiente para pasar nuestros días aquí. La habitación de Juli era más pequeña, pero tenía una ventana que ocupaba prácticamente toda la pared posterior, con una hermosa vista al jardín.

Una vez que nos acomodamos, fuimos los tres para el living. Muebles austeros de pino, una mesa grande con varias sillas, un florero que desentonaba con el mantel. La abuela nos esperaba parada, ansiosa por mostrar una cuota de servilismo que ya no se veía con frecuencia. “¿Qué desean tomar y comer chicos?”. “Cualquier cosa va a estar bien”, le respondí rápidamente con gratitud.

Se dio media vuelta y fue a la cocina. En seguida trajo una botella con algún tipo de jugo multifructal y galletas dulces diversas. “Merienden tranquilos así toman fuerzas para disfrutar de Paraná. Siéntanse como en su casa”, comenzó Rosalía. Asentimos con las cabezas. “Está todo muy rico”, la alabó Dani. “Me alegro mucho. Bueno, cuéntenme algo, lo que quieran. De ustedes, sus familias, todo me interesa”, prosiguió la señora dirigiendo su mirada hacia mi persona. No me quedaba otra opción que comenzar.

No quise dar muchos detalles de mi vida. Había aprendido de mis madres que, por todas las persecuciones que vivían habitualmente, no debía dar nunca información sustanciosa a un interlocutor que no conocía, aunque pareciera una persona inofensiva. Y a veces no por la persona con la que uno está interactuando, sino por las derivaciones que pueda tener; es decir, con quien esa persona pueda llegar a hablar, que llegue a contar, y como lo dirá – o sea, consciente o inconscientemente, como se puede tergiversar la conversación -.

“Somos compañeros de escuela con Juli, nos conocemos hace mucho. Desde hace varios años tenemos una muy buena relación, compartimos muchas salidas. La felicito por la nieta que tiene, es una chica divina”, fue mi escueto discurso. “Es así, tal cual lo dice

Javi”, continuó Dani. “Los dos vivimos con nuestras familias. Yo tenía abuelos, pero lamentablemente no los llegué a conocer. Uno falleció en la guerra, dos en un trágico accidente de autos, y la última de un cáncer fulminante”.

No sé qué le pasaba a Dani, pero la verdad es que no podía haber sido más inoportunamente tétrico. Está bien que quería mencionarle a Rosalía sobre personas de su generación; pero hablarle de muerte a una persona mayor que recién conoce, me parecía totalmente inoportuno. Más bien, creo que es agresivamente estúpido.

“¿En qué guerra falleció su abuelo?”, preguntó frunciendo ambos ojos. “En la guerra con Irán. Era un judío sionista que decidió dejar a su familia para ir a pelear aquella guerra terrible. Creo que murió en un bombardeo, pero mi madre nunca me contó mucho. Y la verdad, no quise hurgar en ello; entiendo que debe ser difícil y doloroso”, le respondió Dani.

“Andate ya de esta casa, no quiero judíos acá adentro”, gritó la abuela furiosa. Nos quedamos los tres helados. “Quedate tranquila abuela, Dani es un amigo, por favor, no pasa nada”, salió al cruce rápidamente Juli. “No me interesa Julieta, no lo quiero acá. ¡Llévatelo o son van todos!”, continuó irascible.

Dani quedó boquiabierto, enmudecido. “Dejá Juli, nosotros buscamos nuestras cosas y nos vamos”, dije tratando de poner paños fríos a la situación. “Dale, espérenme un rato en la puerta que ya voy”, me respondió todavía anonadada. Agarramos nuestros bolsos y salimos; por suerte, solo unos metros a la izquierda de la casa, había un gran lóbulo de sombra debajo de un gran árbol. Todavía desconcertados, sin decir una palabra y mirando el horizonte vacío, nos sentamos en el cordón de la vereda.

¿Por qué le hablaste de la guerra Dani? Me expresé con bronca. Pero inmediatamente después me arrepentí y le pedí perdón. Él no tenía la culpa de contar su historia, su verdad. Es que me daba rabia que desde que salimos de Buenos Aires todo había sido problemas.

Entonces respiré hondo y, para tranquilizarme, me puse a recordar la historia causante de nuestra prematura expulsión de la casa de Rosalía.

En el año 2049, Irán había aprovechado el debilitamiento relativo de Estados Unidos de Norteamérica frente a sus pares de Rusia y China, y decidió atacar – una vez más - a Israel, ante la indiferencia de la OTAN y otros Estados de la región, como Arabia Saudita – el cual, aunque le disputaba el poder regional al régimen persa, decidió apoyar ‘moralmente’ la lucha contra el enemigo sionista -.

Siete millones doscientos mil muertos en total - armas nucleares y bacteriológicas mediante -, fueron suficiente hasta alcanzar una frágil y temporal tregua. Sin avances posicionales ni destrucción total del enemigo, el ataque fue un llamado de atención para los hebreos. Los judíos, como tantas veces a lo largo de la historia, habían quedado huérfanos. Y Dani sin su abuelo.

Habrán pasado unos diez minutos hasta que Juli salió de la casa. “Chicos, Dani, mil disculpas. Lo siento, la verdad jamás me imaginé que algo así podía llegar a pasar”, nos comentó apesadumbrada. Tomó aire y luego continuó con la explicación: “Ella realmente no entiende de política. Siempre vivió en un hogar donde se hacían comentarios, con bastante frecuencia, sobre los judíos de manera despectiva. A veces su padre, otras algún cuñado. Es que la comunidad judía aquí supo tener algún peso y, como suele pasar, al ser una minoría en un ‘pueblo grande’, la gente escucha rumores y repite. Que los judíos son prestamistas codiciosos, que son avaros, que no les interesa el resto de la sociedad”.

Ambos escuchábamos el relato con interés. Más allá del mal momento, este sería uno de los ‘beneficios indirectos’ que no te enseñan los libros: el aprendizaje empírico se torna un elemento central para conocer, aprender, y, al final del día para quien le interese, poder contrastar la teoría.

“Pero a ello se le adiciona algo más: ella se quiso poner de no-

via con un chico judío cuando era muy joven”, prosiguió sin poder contener las lágrimas. “Ellos se amaban mucho, querían formar una familia. Pero la familia del chico era muy conservadora y no quería ‘mezclarse’ con católicos. Sí, así como lo escuchan”.

Nos quedamos sorprendidos. Pero no dijimos ni una sola palabra porque su rostro indicaba que ella quería continuar. “Mi abuela mucho no les creyó. Me dijo que ella los conocía y se hacían los creyentes abyectos cuando les convenía, ya sea para mostrar una diferenciación en términos de poder, o simplemente para sacar algún rédito económico. Ello le generó aún más bronca”.

“¿Y cómo terminó todo?”, le preguntó con intriga Dani. Entonces Juli tomó fuerzas para terminar el relato: “Finalmente el chico la dejó. Ella lloró mucho, hasta pensó en quitarse la vida. Pero a las pocas semanas conoció a mi abuelo. Aunque creo que nunca lo quiso tanto como al joven judío – digamos que no tuvo una gran vida con él, ni en cuanto a lo afectivo, la comprensión, o lo material -, pero en aquel momento fue la persona que cubrió ese espacio. Pero a partir de ese momento, evidentemente el odio a todo lo que tenga que ver con la colectividad judía le quedó impregnado en su cuerpo”.

“Ok Juli, no te hagas problema, no es tu culpa. Hasta la entiendo a tu abuela. Las heridas del corazón son complicadas”, la tranquilice. “Ahora solo tenemos un problema, ¿a dónde vamos a ir a parar?”, tomó la palabra Dani. “Porque dinero para pagar un hotel o similar no tenemos, o estamos muy justos. Y la idea era utilizar el dinero para poder disfrutarlo, y no para pagar un alojamiento”.

“Miren chicos”, continuó Juli. “Lo único que se me ocurre así, rápidamente, es que vayamos a la casa de mi padre y nos quedemos con él”. “Y bueno, mucha opción no tenemos. Vamos para allá”, dijo Dani sin demasiada reflexión. Digamos que yo tampoco dude demasiado. Así que agarramos nuestros bolsos y caminamos unas seis cuadras, hasta encontrar la parada de colectivos del siete, que iba a dejar en la casa de Sebastián.

Llegamos a un edificio de unos cincuenta años, el cual denotaba poco mantenimiento. A pesar de que se ubicaba en la zona céntrica, no había mucho movimiento porque ya habíamos pasado el mediodía y no podía faltar la costumbre de antaño: dormir la siesta para retomar energías y volver a las actividades al atardecer.

Juli no se acordaba del piso. Y la verdad que mucho contacto por el teléfono celular no tenía, ya que nos contó que Sebastián solía dejarlo apagado por días. Efectivamente, no contestaba los mensajes ni el llamado. Tocamos el timbre del encargado y tampoco estaba. A esperar entonces en la puerta a que entrara o saliese alguien, así le preguntábamos a algún vecino sobre el papá de Juli.

“Buenas tardes, perdón que la moleste señora, soy la hija de Sebastián. Hace mucho que no vengo a Paraná y no recuerdo el piso donde vive mi padre. Estamos aquí hace un rato porque no me atiende el teléfono”, le comentó Juli a una mujer muy delgada, de unos cuarenta años, que parecía salir a pasear con su beba en cochecito.

“Que tal, mirá, hace rato que no lo veo. No me quiero meter en temas familiares, pero las pocas veces que lo vi los últimos meses lo encontré bastante desalineado, desmejorado, hasta te diría sucio. Nunca saluda y siempre camina con dos bolsas vacías por el barrio. Más allá de ello, vive en el 4to ‘C’”, explicitó la mujer. La cara de Juli se desdibujaba con cada palabra que salía de la boca de la vecina. No sé si estaría al tanto de la real situación de su padre; pero siempre es difícil escuchar la degradación de los progenitores de uno.

Le agradecemos y aprovechamos que muy amablemente nos dejará pasar. Seguramente porque le dijimos que veníamos de Buenos Aires; pero, además, era muy probable que, ante tal situación de dejadez, su timbre no funcionará. O él mismo no lo reconociera. Por lo pronto, tomamos el ascensor y, al llegar a su piso, caminamos unos metros hacia la izquierda hasta la puerta del departamento. Juli golpeó; primero suavemente, luego con más fuerza. No hubo res-

puestas.

“Hola, ¿quiénes son ustedes?, respondió una joven mujer trigueña, en ojotas y con un vestido corto floreado, mientras entornaba la puerta del departamento ‘D’ que se encontraba enfrente. “Soy la hija de Sebastián y ellos unos amigos, vinimos a visitarlo desde Buenos Aires, pero no nos podemos comunicar con él”, le respondió Juli. “Seguramente se encuentre durmiendo la siesta; siempre lo hace a esta hora. Pero no se preocupen, yo tengo las llaves porque una vez por semana le hago limpieza general al departamento. Entremos; se va a poner contento que lo visitan. Nunca viene nadie”, explicó la mujer, mientras alzaba su brazo derecho como queriendo buscar en la pared las llaves del departamento del padre.

Lo que sí me sorprendió es la confianza que habíamos generado, tanto en la señora con el bebé que nos dejó pasar al edificio, como en esta joven mujer que nos iba a permitir ingresar al departamento de Sebastián. Es extraño como, en un contexto de permanente temor por la violencia ciudadana basada en el malestar socio-económico, las drogas, y un exceso de ‘yoismo’ que obstaculizaba cualquier tipo de empatía con el prójimo, estas actitudes ‘aisladas’ me resultaban sumamente llamativas. Pero, además, no solo me hacían acordar a los valores más puros que siempre me transmitían mis madres, sino que me generaban un halo de esperanza de que, si se multiplicaran este tipo de personas y sus consecuentes actos, por más mínimos que sean, podríamos vivir en un mundo mucho mejor.

Ingresamos lentamente. El departamento se encontraba sucio, desordenado. El living era de aproximadamente de cinco por tres metros. Una mesa con cuatro sillas, un viejo mueble color caoba con algunos adornos, y algo de ropa dispersa por el sinuosamente gastado piso de madera. Me asomé a la cocina; parecía tener poco uso: dos platos y algunos cubiertos en la bacha, y una desbordada bolsa de basura apoyada sobre la pared.

“Está completamente dormido”, nos comentó sigilosamente Juli

mientras se asomaba a una de las piezas. Caminé lentamente con Dani hacia aquella habitación – había otra enfrente que se encontraba cerrada –, y observamos al padre entre las sábanas, solo cubierto por un short color rojo que le dejaba entrever una parte de su cola.

“¡Levántate Sebastián!”, gritó sin estupor la vecina desde la puerta del departamento, mientras retornábamos raudamente al comedor. “¡Tenés visitas!”. Lentamente se empezó a mover. Primero giró su cuerpo hacia la derecha, luego movió la mano izquierda, la cual se encontraba en toda su extensión fuera del colchón.

“Ya voy. Denme unos minutos”, respondió con voz aguda. Esperamos en silencio un minuto, hasta que salió de la habitación. “Julietta, ¿Qué hacés acá?”, le preguntó con una sorpresa que, claramente, sopesaba largamente la alegría de lo que debería ser un reencuentro con una hija que no se ve hace tiempo.

“Hola papá, perdón por aparecer así, de improvisto. Vinimos a pasear con mis amigos de Buenos Aires a Paraná, y nos íbamos a quedar en la casa de la abuela Rosalía. Yo te iba a llamar para que nos viéramos en algún momento después que nos acomodáramos. Pero tuvimos un inconveniente y no nos pudimos quedar con ella; por eso pensé en vos”, continuó Juli, sin dar cuenta de la falta de afecto de su padre. Evidentemente era algo que ya lo tenía elaborado en su psiquis: entendía que la situación personal de Sebastián lo había convertido en una persona desafectiva.

Sin inmutarse, su padre respondió: “No hay problema, pero ¿tienen plata para pagar la comida? Porque saben que yo no tengo un mango”. Nos miramos los tres al mismo tiempo y ya sabíamos que eran innecesarias las palabras de consenso. “Gracias pa, serán solo unos pocos días. Prometo que no te vamos a molestar y compraremos la comida durante nuestra estadía”, finalizó Juli, dando por cerrada nuestra urgencia. Sebastián se levantó de la silla y, sin siquiera dirigirnos la mirada, fue hasta la cocina, puso la pava para hervir agua, y buscó un juego de llaves para que pudiéramos entrar y salir

sin necesidad de su presencia en el departamento.

Dejamos nuestras pertenencias y nos fuimos a recorrer un poco la peatonal del centro, para luego, a la vuelta, pasar por el almacén más cercano para hacernos de unos víveres para los próximos días: agua y gaseosas, galletitas, snacks, pan, fiambre y mayonesa. “Por ahí estaría bueno, como agradecimiento a tu viejo por dejarnos estar en su casa, hacerle un asadito, aunque sea al horno. Pensémoslo y cualquier cosa mañana compramos la carne y algunas achuras”, le comenté a Juli con cierto entusiasmo; no tanto por mí, sino especialmente por ella. En definitiva, no dejaba de ser su padre.

Pero, además, podría no solo ser una ‘caricia a su alma pertrechada’, sino la posibilidad de charlar un poco de su vida y, quien dice, Juli tenga la posibilidad de acercarse más a él, en un ambiente colectivo más relajado. Cuando me contestó afirmativamente, me di cuenta que mi predicción no había fallado: es que, a mi entender, no había sido un mal padre; por su historia, probablemente solo había caído en algún tipo de depresión, la cual se había potenciado por un sistema socio-económico viciado de exclusión y abandono.

Saliendo del almacén, caminamos varias cuadras hacia la izquierda, para luego girar en U hasta llegar a una plaza, en la cual decidimos columpiarnos en unas hamacas de madera que se encontraban bastante corroídas. “¿Las autoridades no se dan cuenta en esta provincia que también llueve y el viento moviliza el polvillo?”, se refirió Dani con una sonrisa burlona. “La verdad que es muy triste. Estas hamacas y el resto de los juegos de la plaza son para los niños, aquellos que deberían tener la prioridad en las políticas públicas. Es una pena que todo esté tan descuidado”, continúe mientras miraba algo desahuciado el horizonte.

“Parece increíble. Los funcionarios están para mejorar la calidad de vida de las personas, sobre todo los más débiles, aquellos que no tienen voz. No les importa nada”, esgrimió impotente Juli. Tomó un respiro y luego prosiguió: “Por eso es que quería que vayamos a

conocer un barrio humilde. Imagínense que, si no cuidan los bienes públicos, menos aún a los más necesitados. Creo que es una cuestión moral; quien cuida, protege y tiene rectitud para con su deber, lo hace con todas las ganas, con todas sus fuerzas”.

“Vuelvo a insistir Juli: en ningún momento hablamos de hacer caridad al armar estas vacaciones. ¿No iba a ser un viaje para divertirnos?”, le contestó Dani con visible enojo y mirándola fijo a los ojos. “Perdón que no lo planteé cuando lo planeamos, admito que fue un error; pero es un deseo personal y les prometo que no llevará mucho tiempo. Por supuesto, estaré feliz si me acompañan”, esgrimió Juli algo compungida, aunque esperando cierta piedad de nuestra parte.

Creo que se dio cuenta que se equivocó; entiendo que el temor a nuestra negativa la hubiera dejado en una posición compleja para decidir qué hacer. Pero, evidentemente, sus ganas eran demasiado grandes, y por ello decidió avanzar por su cuenta sin nuestro aval.

“Me llegó un mensaje de confirmación cuando estábamos en la casa de mi abuela. Hace unos días me contacté con una referente social del Barrio Macarone, y quedé que me van a mostrar el trabajo social que hacen para intentar mejorar las condiciones de vida de la gente que vive allí, supliendo la falta de un Estado ausente. En fin, ¿les parece mañana disfrutar el día en la Costanera y pasado mañana vamos bien temprano para allá? Les prometo que será solo un rato y lo van a disfrutar, todos vamos a aprender un poco, y creo, en definitiva, que nos va a ayudar a ser mejores personas”.

Nos miramos con Dani a los ojos. Lo conocía tan bien que sabía que debía ser lo último que él quisiera de este viaje. Yo no estaba tan convencido. Estaba con Juli, entendía y compartía su punto de vista, pero tampoco era un deseo primario. Es más, mi objetivo se centraba en encontrar el momento perfecto para poder hablar tranquilo, solo, con ella.

“Ok, está bien, vamos para allá”, le contestó Dani. No era tan sorprendente la respuesta, tenía su lógica: no era una mala idea aceptar

la visita para ‘redimirse’, de algún modo, de lo que había ocurrido en el micro con la droga que le habíamos encontrado.

Entonces ambos pusieron sus ojos en mí. Yo tampoco tenía mucho margen para negarme; éramos un grupo que había venido a disfrutar unas vacaciones juntos, no cada uno haciendo su vida. “Listo, vamos chicos. Confírmale Juli si querés a la gente del barrio bien el día y la hora”. Después de que ella se encargó de coordinar todo por mensajes de texto, tomamos unos mates más y nos volvimos al departamento.

“¿Les parece ir a algún bar a la noche?”, nos preguntó Dani apenas ingresamos a casa. Nos miramos con Juli y solo restaba quien le iba a responder. “Yo realmente estoy cansada, tuvimos un día bastante movido. ¿Les parece mejor que nos acostemos después de cenar y salimos mañana bien temprano a disfrutar del sol al aire libre?”. “Me parece una muy buena idea”, continué, mientras observaba la cara de Dani masticando bronca. La cena y la ducha fueron un trámite; antes de medianoche, estábamos todos dormidos.

La mañana no era la ideal: algunas nubes cubrían el horizonte y el viento golpeaba con inusitada fuerza nuestros rostros. Ello no impidió que viéramos el costado positivo: dado el clima – además de ser un día de semana y fuera de la temporada de vacaciones –, seguramente tendríamos mucho espacio verde y tranquilidad para poder caminar y recostarnos sobre el pasto a la vera del río.

Llegamos al parque y compramos unas tortas fritas y café a una señora que se encontraba bajo la sombra de un árbol. “¿Por qué hay tan pocos puestos de ventas de comida, y están todos como escondidos? Me acuerdo que cuando era muy pequeña había un montón”, le preguntó Juli mientras sacaba de su billetera el dinero para pagarle. La vendedora la miró sorprendida. Posteriormente redirigió su mirada hacia Dani y mi persona. Se notaba una mínima vibración en sus labios, como que quería decirnos algo. Pero finalmente no dijo nada. Agarró el dinero y nos entregó lo que habíamos comprado.

Mientras nos retirábamos buscando un banco con sombra donde sentarnos a descansar y disfrutar de la comida, escuchamos a nuestras espaldas la voz de la señora vendedora: “El gobierno nos ha prohibido porque este es un oficio no registrado. Ellos quieren que paguemos impuestos para trabajar; pero, realmente, para nosotros se hace imposible. En los últimos años los costos se quintuplicaron, y nuestros ingresos netos, apenas nos dejan margen para comprar la comida del hogar y tener ciertos servicios básicos”.

Se hizo un silencio. Nos dimos vuelta y vimos su mirada cabizbaja, donde se notaban lágrimas que brotaban de las esquinas de sus ojos: “Nos han perseguido, nos han golpeado, nos han requisado la mercadería y nos dejaron sin nada. No hay otra posibilidad de sobrevivir, no hay trabajo digno y necesitamos mantener a nuestros hijos. Pero ni al gobernador ni al intendente les interesamos”, concluyó con palabras entrecortadas.

“¿Y cómo hacen entonces para ganar las elecciones? Entiendo que hay mucha gente en su situación que no creo que los vote...”, pregunté con cierto halo de ingenuidad.

“¿Sabe lo que pasa joven?”, mientras volvía a levantar su mirada hacia mi persona: “Acá se conocen todos. Y nadie lo dice, pero los servicios de inteligencia están en todos lados. Amedrentan a los que se atreven a oponerse, los castigan. Les quitan todo. Y como ocurre en la mayor parte de las latitudes del planeta, han quedado afuera los tibios centristas y el statu-quo inoperante. Pero muchos se llenan la boca con ‘la revolución y el caos’, pero cuando llegan al poder hacen que todo cambie, para que realmente nada cambie”.

Nos quedamos en silencio. Entonces ya, más tranquila, esbozó una sonrisa y comenzó a hablar nuevamente: “Pero bueno, ahora confío en que vendrá un nuevo gobierno que, para empezar, nos aseguró que va a cuidar las urnas para que no haya fraude. Y luego va a terminar con estos políticos inútiles y corruptos. Ellos son como nosotros, saben lo que es trabajar. Entienden al pueblo. Con la ayuda

de ellos y de nuestro dios todopoderoso, lograremos el tan deseado y necesario bienestar”.

“Discúlpeme, ¿a qué partido se refiere?”, volví a repreguntar, intrigado a pesar de ya haber anticipado su respuesta de algún modo. “Al Partido Nacionalsocialista Libertario”. Mi silencio posterior fue reflexivo. El partido de ultraderecha había logrado su tan mentado cometido: hacer que la población, las mayorías humildes, autogeneren un halo de pseudo-seguridad y les entreguen mansamente sus votos. Creo que lo más preocupante es que los votantes de estos partidos ultra conservadores recalcitrantes, no se ven a sí mismos como personas de derecha. Lo son, claro, pero ellos piensan que no. Y para los políticos, eso es de vital importancia.

Como dice el viejo dicho popular que siempre menciona Andrea, ‘el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones’. ¿Comprenderá entonces esta señora que el país seguramente se dirigirá a una economía todavía más concentrada y con más excluidos? ¿Se dará cuenta que probablemente ella no reciba ningún derrame – si es que existe alguno – de la riqueza que potencialmente se generará? ¿Entenderá que vamos hacia un país menos racional y más mesiánico? Creo que la respuesta es no. Es una premonición preocupante; pero soy muy joven, y tengo la esperanza de estar equivocado.

Pero poco importa que el Partido cuasi fascista no esgrima un programa coherente. Tampoco su vaguedad conceptual. Su retórica no apela a una memoria ni conjura un futuro muy preciso; pero conecta eficazmente con un estado de ánimo presente. En su apelación al sentido común, encadena insatisfacciones y representa miserias de posición que se centran en la percepción de corrupción sistémica.

Por ende, el Partido Nacionalsocialista Libertario es, lisa y llanamente, un Partido que abraza la volatilidad y la inconsistencia de los estados de opinión pública. Y ello no solo lo fortalece, sino que puede ser decisivo porque afirma una cuestión central: que la apatía, el desánimo, y la falta de comprensión situacional, tanto de clase

como personal, ha triunfado.

¿Las consecuencias? Un recrudescimiento del autoritarismo como modelo político, sin dudas; una suerte de perestroika sin gláznost que se contrapone con una implícita dialéctica económica: se necesitan más heladeras llenas y menos promesas revolucionarias. Y en ello tiene mucho que ver la discursiva política: cuando se deja de hablar de una temática de menor relevancia o valoración en la inmediatez, para atacar un dilema estructural.

En este sentido, un claro ejemplo histórico fue cuando la candidata del Partido Agrupación Nacional, Marine Le Pen, en su discurso en pos de ganar las elecciones presidenciales de 2022, dejó de hablar del peligro musulmán y empezó a mencionar como eje central de su futuro gobierno el poder adquisitivo de las clases populares olvidadas, de los perdedores de una globalización que sólo había favorecido a las élites, y que tenía al Presidente de ese entonces Emmanuel Macrón – quien finalmente consiguió la reelección –, como uno de sus adalides. Más aún: su sed de victoria le había hecho remozar el discurso de su formación, matando figuradamente al padre – el ultra-derechista Jean Marie Le Pen – y fabricando una neo lengua capaz de confundir a izquierdistas poco avezados.

Entonces me acordé de las críticas que recibían mis madres por su falta de pragmatismo racional. “Acumulan reivindicaciones, pero no saben ni cómo darles respuesta, ni cuáles deberían ser las prioridades”, me decía siempre el padre de Dani cuando me quedaba a cenar en su casa. “Denunciar que el diez por ciento de los hogares más ricos posee casi el cincuenta por ciento de la riqueza total y ciento sesenta veces más que el diez por ciento más pobre, como sostiene la marginal izquierda, hoy ya no alcanza”. Y en algo de ello tenía razón. Es bien sabido: cuando hay un vacío de propuestas concretas y sustanciales, la derecha domina. Nada más y nada menos que aquellas fuerzas conservadoras que quieren preservar el sistema tal y como está.

“Además, siempre se viven peleando entre ellos, parece que no quieren gobernar. Por eso se han diluido hasta ser un grupo minúsculo inexistente. Uno entiende que cada momento histórico es diferente, pero sería interesante si hubieran puesto alguna vez las barbas en remojo para rememorar el acuerdo de ya hace más de medio siglo entre el comunista Pablo Neruda - quien declinó su candidatura presidencial - y Salvador Allende, para que la izquierda llegara democráticamente por primera vez al poder en Chile. Pero nunca quieren ceder en nada. Parece contradictorio, pero en el fondo, cada uno de ellos es muy individualista y busca su propio beneficio”, recuerdo que me mencionó en la última comida. Se notaba que era un hombre experimentado en la política y conocía bien el paño. Y sus palabras se encontraban bastante en sintonía con lo que comentaba Claudia cuando volvía de sus reuniones políticas.

Pero Benjamín fue siempre muy diplomático y sereno al hablarme, y, sabiendo que no podía torcer la historia familiar, nunca quiso incomodarme: simplemente quería explicarme su punto de vista para mostrarme su verdad. Yo lo escuchaba y, por respeto, nunca le contestaba. Por supuesto, nada de estos comentarios, que podrían sonar hirientes, quise que se les extienda a mis madres. La armonía interfamiliar era siempre preferible: sobre todo para habilitar buenos momentos entre todos. Además, nunca hablaban de política cuando se cruzaban: los adultos también entendían que lo importante era mi amistad con Dani.

Al final encontramos un espacio con abundante pasto y generosa sombra debajo de un árbol, con una hermosa vista panorámica del oleaje ribereño, y decidimos estirar una manta allí. Mientras disfrutábamos de las exquisiteces que saboreábamos, el paso de los minutos se hizo horas. Charlamos sobre temas diversos, pero nada profundos: desde el momento en que nos conocimos, algunos compañeros de la escuela, nuestros mayores gustos. Mucho pasado maravilloso y disfrutar el presente; nada de pensar en el futuro. Este se mostraba complejo y, sobre todo, preocupante en varios escenarios:

trabajo, seguridad, y, aunque cueste creerlo en una edad tan pura e idílica como debiera ser la adolescencia, si íbamos a poder ser felices.

“Chicos, ya son casi las seis de la tarde y, si queremos hacer el asado, debemos irnos ahora antes de que cierre la carnicería”, irrumpió Daniel, luego de que unas nubes taparan el último rayo de sol y se acabara la última gaseosa que habíamos comprado. Entonces guardamos las cosas y nos dirigimos a la parada del colectivo. En menos de media hora, ya estábamos en nuestro destino.

“Buenas tardes, ¿qué cortes tiene?”, le preguntó Juli al carnicero, un señor de unos cincuenta años, muy delgado y con arrugas prominentes que daban un aire de vida curtida por el trabajo. “¿Tengo tapa de asado, te sirve? Te puedo ofrecer además unos chorizos. Morcilla me queda una chica”, comenzó su alocución.

“Estaría lindo unos sándwiches de lomo”, replicó Dani, abriendo los ojos con cara de deseo irrefrenable. “No chicos, lomo acá no hay. Lo debes comprar en otro lado. ¿Son de otra ciudad no?”. “¿Cómo se dio cuenta?”, le contesté apresuradamente, con interés en seguramente aprender sobre algún modismo regional.

“El lomo es carísimo, y solo traigo a veces, algo para algunos vecinos puntuales que me piden. No hay tanta gente por aquí que tenga dinero para comprarlo. Menos con la inflación incontrolable de este gobierno, que solo imprime papel picado para sostenerse. Los que pueden comprar las cosas caras son siempre los mismos que, claramente, no viven acá. El lomo, el peceto, es todo para las Elites y para exportar”.

Mientras el carnicero hablaba, pensaba sobre la brutal caída del consumo; o, peor aún, que increíblemente relevante se ha tornado poder acceder a comer carne, cuando a esta altura de la historia de la humanidad debería ser lo más común y corriente del mundo. Por lo menos en este país.

Por el contrario, en la escuela había estudiado el caso chino de finales de siglo XX y principios del corriente siglo XXI: a medida que se incrementó el nivel de ingreso de millones de nuevos ciudadanos que se incorporaron progresivamente al mercado de consumo, aumentaba *pari passu* la adquisición de carne. Y no era un símbolo de estatus; sino, simplemente, el poder disfrutar de una comida sabrosa y rica en proteínas. Igual era una idea muy personal centrada en el nivel de ingresos, que justamente no compartía con Juli en términos alimenticios, ya que ella estaba debatiendo para consigo misma el comenzar con una dieta vegana.

El otro tema era la inflación. Había aprendido por diversos profesores que cuando se emite ingentes cantidades de dinero, sin una contraparte de incremento de producción de bienes y servicios en la ‘economía real’, es muy probable que se empuje al país a un escenario inflacionario a través del efecto multiplicador del dinero y el consecuente recalentamiento de la macroeconomía.

Y ello no es un tema menor: para la histórica ‘casta neoliberal’ que ha regido históricamente los destinos macroeconómicos del país (y en la mayor parte del, denominado en occidente, ‘mundo libre’), uno de sus ejes dogmáticos centrales es mantener a raya el nivel de precios. Por ello, “hay que ser siempre, y en todo momento, responsable en el gasto fiscal”.

Desde la izquierda, sin embargo, existe otra visión: se proponen otras medidas estructurales, como lo es un control de precios mediante comités de trabajadores y usuarios, o la apertura de los registros contables de las grandes empresas y distribuidoras de bienes de primera necesidad que permitan frenar la especulación en las cadenas de valor, entre otros.

En definitiva, más allá de que posición ideológica, lo que está claro es que un escenario de subas de precios fuera de control perjudica, sobre todo, a los que menos tienen. Que, lamentablemente, hoy en día son las mayorías. Y a los otros, los menos, apenas les genera

un cosquilleo. Como me dijo no hace mucho Andrea: “Al final de cuentas, los mismos de siempre, desde las mieles de una bonanza derivada de la combinación perfecta de poder en exceso y riqueza en abundancia, vivencian cada proceso inflacionario como uno más de tantos que, por supuesto, pase lo que pase, nunca los afecta”.

Sin mucho conformismo, pero tampoco con ganas de buscar en otra carnicería – la más cercana estaba a unas siete cuadras –, compramos lo que se nos ofrecía y volvimos al departamento. Aunque teníamos llave, tocamos la puerta. “Pasen chicos”, nos dio el visto bueno Sebastián, una vez que le confirmamos que éramos nosotros.

“Pa, compramos algunas cosas para comer un asadito rico esta noche, ¿qué te parece?”, le preguntó Juli. Abrió los ojos con un halo de sorpresa, y balanceo su cabeza observándonos a los tres: “Me encanta la idea; muchas gracias por haber pensado en mí”. Su respuesta se encontraba a tono con la carencia material y de afecto, que en los últimos años desbordaba su ser.

Luego de bañarnos, Juli se encargó de poner todo lo que habíamos comprado en el horno, mientras que con Dani preparábamos la mesa. Sebastián, bajo una inmensa pasividad, miraba un inocuo programa de chimentos en la televisión. Se sentiría el invitado de honor, aunque fuera en su propia casa.

“¡Ya está la comida! ¡Todos a la mesa!” exclamó Juli, mientras repartía la ensaladera y apoyaba sobre la mesa la tabla de madera con los cortes de carne. Sin que todavía pudiéramos llegar a acomodarnos, sorpresivamente Sebastián tomó la palabra: “Una vez más, les quería agradecer chicos. No sé si mi hija les contó algo de mí; yo hace tiempo no estoy bien”.

En ese momento todos entendimos que se venía un descargo, una especie de diálogo psicoanalítico colectivo. No sabíamos si incluía, o mejor dicho esperaba, alguna devolución nuestra; pero estaba seguro que, al menos, buscaba unos oídos que le prestaran atención y escucharan su historia.

“La verdad es que me cansé; es como un auto al que se le fundió el motor. Me sentí como la frase ‘el mundo sobre mí’, que todo me salía mal, que nadie me comprendía. Me costaba ver la culpabilidad individual; yo siempre creí en un proceso colectivo, de un bienestar – o malestar - conjunto. Lo único que observaba era un proceso de ‘ganancias individuales, pérdidas socializadas’, pero nunca me sentía el ganador. Solo lo disfrutaban los ‘pocos’, aquellos triunfadores de una dinámica sistémica concentradora que, por si no lo saben, ha hecho mella a lo largo de toda nuestra historia”. Hablaba pausado, cabizbajo, moviendo su cabeza de un lado al otro como quien busca respuestas que nunca encuentra.

“Ya sabemos de los fracasos de la centro-izquierda y la centro-derecha. Discursos vacíos de valores que no llenan ni el estómago ni el alma, donde gran parte de la población vive con ingresos que apenas sobrepasan la línea de pobreza. Y yo soy uno de ellos. Perdón que les comente esto, no es para arruinarles su viaje, solo quería que entendieran un poco mi situación”. Agarró sus cubiertos y, sin decir una palabra más, comenzó a deglutir, lenta y plácidamente, el primer trozo de carne.

“Disculpe que le pregunte”, interrumpí. Inmediatamente Juli y Dani posaron su mirada en mí, como intentando descifrar que iba a decir; es que, ante una persona tan inestable psíquicamente, había que ser meticuloso en cada diálogo, cada frase. Entiendo que lo mejor era que le contemos algo de nuestras vidas, para relajar la situación. Pero estaba intrigado; y creo que mostrar interés en su vida, hasta podría ser beneficioso para su autoestima.

“¿Nunca tuvo la posibilidad de pedir algún tipo de crédito para llevar adelante un proyecto, una idea que se le haya ocurrido para poder dar ese cambio radical que, evidentemente, era necesario en su vida laboral? No sé, algo que lo apasione y que tenga algún conocimiento. Al menos para intentar algo”, le pregunté con la firme proactividad de alguien que realmente quiere ayudar.

“Podes tutearme Javier, no hay problema”, me respondió primariamente con una sonrisa cómplice. Yo estaba acostumbrado, porque así me habían enseñado mis madres: debemos ser respetuosos con las personas adultas. Era una práctica que estaba en desuso, pero así me habían educado. Pero, además, me parece que está bien. Hay que ser cordial con todos, pero principalmente con aquellos que nos anteceden y nos pueden enseñar un montón de cosas positivas derivadas de su experiencia de vida.

“Mirá, fue imposible. Créditos, ni hablar: parece ilógico, pero los créditos se los dan a los que tienen ‘espalda financiera’. Y yo era calificado como ‘insolvente’ de todas las maneras posibles. En cuanto a las ideas, la verdad es que nunca me gustó mi trabajo, solo lo hacía para pagar los gastos de la casa. Después de que me echaron, conocí a un tipo tomando unas cervezas en un bar, y me dijo que un amigo había hecho mucho dinero con las criptomonedas”.

Tomó un vaso de agua, y suspiró antes de continuar: “Yo sabía que era ilegal y las únicas monedas digitales autorizadas eran las estatales. Pero me metí igual porque me dijo que era muy sencillo ‘blanquearlas’, reintroducirlas en la economía real. Pero a los pocos meses desapareció, y con él también su ‘dinero virtual’ de la aplicación. Eso me terminó de sumergir en la depresión. Y ya no tenía ni dinero para comprar una botella de alcohol que matara mis penas. Me quedé absolutamente sin nada. Había vuelto a perder”.

Tuve entonces un deja vú y recordé cuando habíamos visto el tema de las criptomonedas en la clase de ‘economía y tecnología’. Las monedas digitales estatales eran las únicas que poseían la característica de ser seguras y sustentables en el largo plazo, dado que eran producto del respaldo de instituciones no pedercederas, como son los bancos centrales estatales y trasnacionales; siendo estos avalados, respaldados y regulados por y bajo las leyes de los Estados-Nación. Pero, además, que los gobiernos hayan desestimado y deslegitimado permanentemente las diversas monedas digitales ‘privadas’ que

existían, se dio por el mero hecho que no detentaban el control que querían sobre ellas. Y los gobiernos, que ya sabemos que son como un ‘Gran Hermano’, de ninguna manera lo iban a permitir.

Creí que era el momento de cambiar de tema. Pero ninguno de los tres se animaba a decir nada. Hasta que Sebastián volvió a tomar la palabra: “Les cuento lo último y, si les parece, podemos hablar de cosas más lindas. No sé si Juli les contó esto, pero a mí me hicieron un vacío enorme en esta comunidad por mi pasado combativo. Aclaro: combativo para defender los derechos de mis compañeros explotados”. Entonces tomó aire unos segundos, para luego, ya con lágrimas en los ojos, dar su descarga final: “Y en este país, sin contactos no sos nada. Podes estar muerto que nadie se entera”.

Sus frases lo habían sintetizado todo: un electorado apático por las monumentales promesas no cumplidas, con una desigualdad y marginalidad insoportables, a lo que se le adiciona objetivos específicos de cada ciudadano (conquistas de género, ecología, derechos humanos, etc.) que, bajo un halo de sinceridad, habían generado un abandono de los deseos de las siempre inconclusas grandes epopeyas ideológicas colectivas. Un capitalismo líquido donde unos pocos lo vivencian como la bendición de la frugalidad, la inmediatez, y la capacidad de adaptación al cambio; pero con mayorías que transcurren su coyuntura de insustentabilidad económica al calor del pavor a perderlo todo; a caer empinadamente dentro del ya frágil estatus social-económico que les tocó en suerte.

“Ojalá pueda solucionar sus problemas”, tomó la palabra Dani. Lejos de una sincera muestra de piedad, él no tenía la concepción del fracaso por cuestiones sistémicas, sino que, tal como sostenía la discursiva de su padre, los problemas económicos siempre tenían un alto componente de ‘falta de esfuerzo’ de la persona: el «emprendedorismo», ese individualismo del capitalismo liberal clásico, hubiera sido la decisión correcta que hubiera tenido que tomar Sebastián. Lo que Benjamín y Dani no reflexionan es que, sin educación ni

capital financiero (algo que escasea para las mayorías), alcanzar el ‘Sueño Americano’ – como solían decir en los Estados Unidos en el siglo XX – es, lisa y llanamente, cuasi imposible.

Luego sí, Juli comenzó a hablar de su vida en Buenos Aires. Después seguimos con la escuela, nuestras salidas, experiencias juntos. Todo bajo el ámbito de una conversación más relajada, mientras Sebastián escuchaba con atención. Se notaba que lo disfrutaba. No sé si con nuestras historias de adolescentes; creo que más bien era por nuestra mera presencia.

Luego de cenar, le agradecemos una vez más el hospedaje; lavamos los platos y limpiamos la mesa antes de irnos a la única habitación libre en donde deberíamos dormir los tres. Una vez que acomodamos unos colchones y frazadas, decidimos descansar. Mañana, bien temprano, debíamos salir para el barrio Macarone.

Nos levantamos alrededor de las nueve de la mañana. Por suerte, el día estaba soleado y no hacía mucho frío. Luego de desayunar, partimos con nuestras mochilas, a las que le habíamos puesto botellas de agua y algunas frutas. Un viaje en colectivo de unos veinte minutos, nos depositó en la entrada del asentamiento.

Mientras el asfalto se perdía en la avenida linderera, un olor algo nauseabundo provenía de un ‘lago artificial’ que se había formado sin ningún medio de desagote, ubicado a unos treinta metros en diagonal ya adentrados en el barrio. Sin embargo, ninguno de los tres dijo nada. La crítica hacia el dónde y por qué habíamos venido, ya estaba saldada. Ahora era momento de acompañar y aprender.

Incursionamos en un camino de unos dos metros de ancho, que se iba achicando con el correr de nuestros pasos. Se veían construcciones muy precarias ubicadas en las angostas calles transversales que iban apareciendo de forma irregular, cada cincuenta o sesenta metros. En el mientras tanto, el polvillo de la tierra se impregnaba rápidamente en nuestras zapatillas.

“¿Cuánto falta para llegar?”, preguntó Dani, tempranamente has-

tiado al no poder reconocer la blancura de la tela en sus pies. “Entiendo que falta poco. Por lo que me explicó Jorgelina, debería ser la próxima salida y después solo unos metros a la derecha”. Y así fue. Apenas doblamos ya se veía un grupo de cuatro señoras dialogando en la puerta del merendero ‘La esperanza’.

“Buenos días”, les preguntó Juli mientras se acercaba lentamente. “Ya sé, vos sos Julieta. Bienvenida. Y gracias por querer acercarte a conocernos”, fue la respuesta de una de las señoras, robusta, vestida con una falda y una remera blanca que se dejaba traslucir a través de un delantal cuadrille verde.

“El agradecimiento es nuestro. Estamos entusiasmados con conocer su trabajo. Y, sobre todo, comprender un poco más uno de los tantos lugares de nuestro país olvidados por la política”, respondió Juli. “No te creas”, se escuchó la voz tajante de otra de las señoras del grupo, de alrededor de unos treinta y cinco años y con un bebé en brazos. “Los políticos vienen a veces, pero solo cuando les conviene. Saben cuándo hablar y, sobre todo, con quién hablar. No son ningunos santos y estamos a merced de ellos”, prosiguió con una mezcla de ofuscación y resignación.

Ninguno de los tres decía nada. Y no porque el marco situacional era ajeno a nuestra visita; sino más bien porque lo que planteaba era un tema macro estructural que lejos estaba de cualquier colaboración que pudiéramos brindar. Entonces preferí ser pragmático y ver la forma, si es que existiese, en la que pudiéramos hacer algo por esta comunidad.

“Me imagino que debe haber una diversidad de problemáticas”, pregunté mientras ingresábamos al merendero. El mismo era un espacio de unos quince metros de largo por cuatro de ancho, con una gran mesa alargada y una treintena de chicos – los más pequeños tendrían cerca de tres años, mientras que los más grandes no llegaban a doce -, sentados alrededor con su copa de leche chocolatada y una especie de pan de margarina, que tenía untada una pasta pareci-

da al dulce de membrillo. Los chicos, como en cualquier lugar del mundo, se encontraban jugando y gritando con sus pares.

“Estos niños tienen una vida muy difícil. No conocen el bienestar. Acá lo que intentamos es, además de darles de comer, educarlos y generar actividades recreativas, aquellas que tengan que ver con el arte, la cultura, la música. Es la única forma de alejarlos de las drogas”, continuó otra de las mujeres, muy delgada, piel curtida por el sol, y arrugas que denotaban más experiencia que edad.

“Perdón que sea insistente, pero ¿no recibe ningún tipo de ayuda del gobierno? Porque parece todo hecho a pulmón, y entiendo que es un lugar fundamental para los niños del barrio”, agregué. “Mire, tengo cincuenta y dos años y desde hace veinte me encargo de todo lo que es la parte cultural del merendero. Y la verdad que es muy complicado. ¿Quiere saber por qué? Porque la preocupación por el desarrollo cultural de los pueblos, sobre todo de los pobres, viene por otro lado: tener cultura es pensar; y pensar puede llegar a ser peligroso, subversivo”, prosiguió con sus pardos ojos entristecidos fijados en los míos.

Yo también la miraba fijo, asintiendo sus palabras. Entonces tomó aire y continuó: “Volviendo a tu pregunta, el poner plata, del gobierno, muy poco; yo diría montos irrisorios, insignificantes en relación a lo que se roban las Elites. Solo vinieron muy pocas veces a ver qué tipo de actividades culturales estábamos haciendo. Un ejemplo, con la excusa de que nos habían financiado el decorado, fue el presenciar la obra de teatro que habíamos preparado con los chicos, ‘La tregua’, basada en la novela del brillante escritor uruguayo Mario Benedetti. ¿Conque intenciones vinieron realmente? ¿Qué daño puede causar una historia de amor y redención? Nada. Pero vaya a saber que tienen ellos en la cabeza. Deben tener un Servicio de Inteligencia en cada Ministerio”.

Solo podía reflexionar sobre qué triste y perversa era la situación. Encima de que esta gente tenía que soportar una paupérrima

calidad de vida, los mismos que tenían que cuidarlos y ayudarlos a cambiar su miserable situación, los humillaban obstaculizándoles la posibilidad de aprender, de crecer, de desarrollarse intelectualmente. Aquella posibilidad de ver la vida desde un prisma diferente y, quien dice, poder autogenerarse en algún momento un futuro mejor.

Frente mío se encontraba Juli, jugando con unos niños, mientras hablaba con otra chica que no pasaría los veinte años, pero que ya tenía un niño pequeño en sus brazos. Después de girar mi cabeza de izquierda a derecha y no observar rastros de sus pertenencias, le pregunté dónde estaba Dani. “Ni idea Javi. Él entró con nosotros hace unos diez minutos, pero después estuve en otra cosa y no presté atención”, me respondió extrañada.

“¿Pasa algo chicos?”, nos preguntó una cocinera al observar mi cara de preocupación. Luego de contarle sobre Dani, se ofreció a buscarlo con nosotros. “No puede haber ido tan lejos sino conoce el lugar, y hace pocos minutos yo lo vi, estaba aquí”, brindándonos una respuesta que intentaba ser tranquilizadora.

“Juli, vos quedate por si regresa. Seguí charlando tranquila con la gente, seguramente en un rato va a aparecer. Por ahí salió a tomar aire a la puerta y está a unos pocos metros de aquí”. Dejé mi bolso en un costado, y salimos al exterior del merendero con la expectativa de poder visualizarlo en algún lugar cercano.

Nada. Ni a la izquierda ni a la derecha. “Vayamos por acá, cualquier cosa después damos la vuelta”, me dijo Martha, la señora que me acompañaba. Caminamos para un lado y para el otro, metiéndonos en todos los recovecos habidos y por haber en un radio de unos cien metros. Nada. Entonces comencé a desesperarme. Tuve miedo de que le hubiese pasado algo; no sé, un robo, que le hayan pegado. Se me pasaron mil cosas por la cabeza. Hasta pensé qué le iba a decir a los padres si le hubiera pasado algo grave.

“Mirá, a esta hora los ‘muchachos’ suelen estar tranquilos. Pueden haberle robado, pero nadie secuestra o mata a quien no conoce

un día de semana por la mañana. Bueno, salvo que este muy dado vuelta”. Entonces me iluminé. “¿Hay algún lugar cercano donde vendan drogas? No sé, un dealer, alguna casa”, le pregunté inmediatamente.

“Por allá siempre hay un par de pibes vendiendo ketamina y otras porquerías”, me respondió señalándome con el dedo unos sesenta grados hacia la izquierda desde donde estábamos parados. “¿Por qué me preguntás?”, continuó. “Nada en particular, se me ocurrió que puede ser una opción. ¿Le molesta que vayamos?”. “No hay problema”, me respondió moviendo su cabeza al compás de sus palabras.

Fuimos hacia allá lentamente, sin prisa, pero sin pausa. Me explicó que debíamos tener cuidado, pero si íbamos en ‘son de paz’ y, además estando ella, no debería pasarnos nada. “Cuando nos encontremos con ellos, dejame hablar a mí, yo les voy a preguntar si lo vieron”.

Luego de caminar zigzagueantemente unos doscientos metros con mucho cuidado para no caernos, doblamos en una esquina embarrada por el acopio de agua estancada. A unos cuarenta metros, se observaban tres hombres, uno de ellos apoyado en una motocicleta. Para mi sorpresa – o no tanto –, al acercarnos, aunque estaba de espaldas, pude reconocer la silueta de Dani.

“¿Qué hacés Dani acá?”, le pregunté con un tono de voz lo suficientemente elevado como para que se diera cuenta de mi enojo. Dado mi estado de ánimo, me olvidé de seguir las instrucciones de la señora que me secundaba. “¿Qué te pasa flaco?”, me habló de mala manera el chico de la moto, mientras bajaba lentamente sin soltar el porro encendido en su mano izquierda. “No pasa nada, es amigo mío, vamos Dani. Nos vemos”.

Sin decir una palabra más, me di media vuelta. Inmediatamente sentí el aliento y de Dani siguiéndome, hasta que me alcanzó. Entonces comenzamos a caminar detrás de Martha, que entendió rápi-

damente lo que pasaba, y nos guió a paso ligero en nuestro regreso al merendero.

“¿Sos pelotudo?, ¿qué mierda estabas haciendo?”, lo increpé una vez que perdimos de vista a los dealers. “Tranquilizate Javi, no pasó nada. Fue una boludez, ya estaba por volver”, me respondió. “Vamos por partes, sobre todo lo más importante. ¿Te das cuenta que te podría haber pasado algo?”. “No es tan así. Como no me interesaba entrar en el merendero me quedé afuera, y justo pasaron estos dos pibes. Y bueno, me ofrecieron un poco, te juro que no era nada, y los acompañé a la casa de uno de ellos; eso fue todo, al rato llegaste vos”.

Mi cara se iba transformando, se volvía más agresiva con cada palabra que iba emitiendo su boca. “O sea que no escarmentaste nada con lo que pasó en el micro. Mirá, no le digamos nada a Julieta que está feliz de estar acá. Cuando volvamos a la noche, lo hablamos. Pero esto así no sigue, ya te aviso. Yo esta no me la vuelvo a comer”. No me contestó. Solo miraba hacia adelante. Unos minutos después, llegamos al merendero.

“¿Dónde estabas Dani?” le preguntó Juli apenas entramos. “Me fui a dar una vuelta por ahí, pero ya volví. Disculpame que no avisé”. “No hay problema, pero no lo vuelvas a hacer más, nos hiciste pegar un susto grande”. Luego Juli se dio media vuelta y continuó hablando con dos niñas pequeñas. Aproveché que ya estaba más calmado y me acerqué a ellas.

“Permiso, buenos días chicas, me puedo sentar con ustedes”, les dije mientras señalaba una algo averiada silla de plástico blanca. Ambas asintieron con la cabeza. “Gracias por los regalos”, dijo la más grande, abrazando con fuerza, como no queriendo soltarla, a una de las muñecas que habíamos llevado – Juli había traído algunos juguetes desde Buenos Aires porque sabía que veríamos niños en nuestra visita -.

La muñeca en cuestión era de un tamaño bastante grande - unos treinta centímetros de altura -, y tenía un vestido blanco bordado, una cabellera rubia y unos llamativos ojos celestes: marketing puro basado en el estereotipo de belleza caucásico/occidental, a pesar que la gran mayoría de las niñas de nuestro país no tienen esas características. Y lo que es peor aún, la mayoría de los padres no cuentan con los recursos para comprarlas.

“Me llamo Eliana y tengo once años”, me dijo la otra niña, de menor tamaño. Mi cara de sorpresa era indisimulable. No estaba acostumbrado a estar con niños pequeños. Pero ella no parecía tener más de ocho o nueve. Uno de los pocos docentes que se atrevía a hablar de economía social en las clases, nos enseñó el vínculo cuasi directamente proporcional de bajos ingresos y deficiente alimentación, con su consecuente responsabilidad en la baja talla de los niños.

Me daba bronca. Mucha bronca. Una cosa es la teoría, lo que impantan las palabras. Otra cosa son los hechos, el poder verlo cara a cara, como estaba ocurriendo en este momento. Y ello duele. Duele en el alma.

Aproveché que ambas se pusieron a jugar con las muñecas para preguntarle a Azucena, una de las asistentes del merendero, por las niñas, si las conocía bien. “Se toda su historia, porque he vivido toda la vida aquí. Yo me he superado porque he podido, con mucho esfuerzo, recibirme de socióloga. Pero el esfuerzo no fue solo individual: tuve abuelos presentes, y mi padre nunca dejó de apoyarme, aunque trabajaba lejos y lo veía muy poco”.

Se le notaba un brillo en los ojos que denotaba entereza, resiliencia a pesar del dolor. “Ambas son hijas de ‘madres solteras’, mujeres pobres y marginadas, carentes de educación, inconscientes de su posición subordinada. Han prescindido del discurso reivindicativo, por ello nunca hubieran podido cuestionar el sistema que legitimó y les impuso los embarazos no deseados; solo les quedó elaborar estrategias de supervivencia ‘como pudieron’ aplicadas a su

invisibilidad, en un proceso de sumisión y aceptación formal de las normas sociales como una pantalla que las infringió bajo un halo de normalización como eje de la opresión que sufren cotidianamente”.

Palabras duras, difíciles, que hieren. Que me dieron vuelta por la cabeza las horas restantes que estuvimos por allí. ¿Sirvieron los juguetes que le llevamos? ¿Fue útil el tiempo que compartimos con ellas y el resto de los niños que se fueron acercando posteriormente? Creo que todo suma. No sé si llega a ser una ‘caricia al alma’; pero, al menos, creo que fue un ‘win-win’: donde tanto nosotros, los visitantes, como ellos, los anfitriones, hemos aprendido, absorbido, y disfrutado de un momento diferente. Y, por supuesto, me llevo la sonrisa en la cara de los niños cuando recibieron los regalos. Eso sí que no tiene precio.

“Gracias por recibirnos; seguramente nos volveremos a ver pronto. Seguiremos en contacto”, les dijo Juli visiblemente feliz, mientras saludábamos uno por uno a grandes y chicos con besos y abrazos. Creo que sentía que habíamos logrado el objetivo, que habíamos empatizado con el lugar, que nos habían enseñado que podíamos ser mejores.

Dani, que se había quedado en un costado sentado en una silla sin quitar la mirada de su celular, se paró rápidamente y, con un mero ademán de manos, saludó a todos los presentes. Luego, sin mirar hacia atrás como una forma de evitar la nostalgia, nos fuimos dirigiendo a la salida del barrio, por el mismo camino por el cual habíamos llegado. Ya era pasado el mediodía y el sol iba pegando con dulzura en nuestros rostros.

“Chicos, tengo hambre. ¿Les parece almorzar en la pizzería que está allá enfrente? Después podemos volver caminando; de paso, recorreremos un poco más la ciudad y hacemos ejercicio”, nos preguntó Dani con mirada ingenua. “Dale”, le respondimos con Juli, luego de consensuar con un gesto entre nosotros. “Lo único Dani, no seas chanta, no nos quieras engañar. Como dice el viejo dicho, ‘a papá

mono con banana verde, no'. ¿Cuándo hiciste actividad física?", le dije mientras emulaba una socarrona sonrisa.

Pedimos una pizza grande de mozzarella para los tres. Yo quise agregar dos fainás, pero no tenían. No era común en Entre Ríos. "No se hagan problemas chicos, si me quedo con hambre pido alguna porción aparte de fugazzeta o de jamón y morrones". Pero Dani no me prestaba atención. Se había quedado mirando al mozo mientras se iba, un muchacho con una brillante piel oscura. En solo unos segundos volvió con las gaseosas. "¿De dónde sos?", le preguntó. "De Haití", fue su respuesta sin quitar los ojos de la botella que estaba destapando.

Lo miré fijo a Daniel como para que pensara dos veces antes de seguir hablando. Conociéndolo, no me sorprendería que hiciera algún comentario desubicado. Sin embargo, fue Juli quien tomó la palabra. "¿Hace mucho que estas acá?" Creo que sus inquietudes eran profundas, no solo parte de un 'efecto contagio' derivado de la visita al merendero sobre los porqués de las vidas de las personas. Además, ¿Por qué no charlar un rato? ¿Qué apuro había? ¿O acaso no estábamos de vacaciones?

Levantó la cabeza, la miró suavemente de reojo, y volvió a agacharla para continuar destapando el resto de las botellas. "Hace unos años, creo que ya llevo cuatro aquí en Paraná. Antes estuve en el norte; pero en Paraná sí, casi cuatro años". Los tres nos lo quedamos mirando; queríamos que nos contara más. Cómo y porqué había llegado aquí desde aquel destino tan exótico para nosotros. Pero él solo se dio media vuelta, y se fue. No sé si fue falta de interés, o simplemente la necesidad de atender otras mesas. Por ahí, quien dice, solo fue la propia apatía de saber, de antemano, que nosotros no le íbamos a poder proveer ninguna solución a su vida.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Hasta que Juli volvió a tomar la palabra. "Mirá Dani, con Javi decidimos hacer este viaje y te quisimos sumar. Sabés todo lo que te queremos. Por eso nos

vemos obligados a hablarte. Y quiero aprovechar este momento de tranquilidad para hacerlo. No voy a andar con vueltas: las drogas te destruyen las neuronas, te dañan, no te dejan pensar ni razonar. Por ahí no se visualizan los efectos en el corto plazo, pero en unos años ya vas ver cómo te va a afectar”.

“Nadie te quiere juzgar”, proseguí. “Tampoco nos interesa saber cuándo, cómo, o porqué lo hacés. Solo queremos que dejes de drogarte. Y de mi parte, voy a ser lo imposible para que lo hagas. Por supuesto, depende de tu voluntad. No podemos hacer nada si vos no querés salir. Pero lo último que deseamos es que te arruines la vida”.

Nos observó a ambos, pero no dijo ni una palabra. Luego de unos treinta segundos, bajó su mirada al piso y realizó un suspiro antes de hablar: “Ok. Disfrutemos de este viaje y, cuando volvamos a Buenos Aires, me voy a poner las pilas. Sé que va a ser difícil, pero les prometo que haré todo lo posible”. Ambos asentimos con una sonrisa. Yo acerqué mi mano derecha para agarrar afectuosamente su hombro. Queríamos que supiera que contaba con nosotros, que tenía todo nuestro apoyo.

En aquel momento volvió el joven haitiano con una enorme pizza, la cual denotaba estar recién cortada en ocho porciones, ya que todavía derramaba el queso fundido. “¿Cómo te llamás?”, le pregunté luego de agradecerle la servicial entrega. “Didier”, me respondió con esa típica ‘R’ francófona. “Se ve que están interesados en charlar conmigo”, continuó, ahora sí, con una suave sonrisa.

Se puso su amplia servilleta de servicio al hombro y apoyó sus dos manos sobre la mesa. “Miren, la verdad es que soy economista, y desde que me recibí he querido desarrollar varios emprendimientos en mi país. Y no he podido. Siempre han puesto un pie sobre mi cabeza. Y siempre se benefician los mismos. Las Elites de mi país me hartaron”, comenzó su discurso. “Me interesa lo que decís”, replicó raudamente Juli. “¿A qué te referís cuando hablás del hartazgo? ¿Son sus políticas económicas, o hay algo más?”

En pocos segundos su rostro se transformó, como si rápidamente hubiera tomado un impulso desobediente e incisivo: “He observado claramente la paradoja de como defienden a ultranza el ‘libertarismo’ económico, mientras viven del Estado: antes que ser parte de un mercado competitivo, ellos se benefician de las leyes, los subsidios, la protección de la política. Una conjunción de poderes fácticos - empresarios (que a su vez son los dueños de los medios de comunicación), los políticos, la casta judicial y militar -, cuyo más rentable negocio es el ‘secuestro’ del gobierno”.

Se dio media vuelta, observando meticulosamente al resto de las mesas, seguramente queriendo asegurarse que no lo requirieran. “Espero no aburrirlos mucho, cualquier cosa me avisan. Por suerte no hay muchos clientes”. Con una respuesta sincera, los tres le agradecemos por el tiempo que se estaba tomando para charlar con nosotros.

“Bueno, continuo entonces. Estoy convencido que el gran enemigo de nuestro pueblo no es la falta de insurgencia ante la injusticia, sino que es la gran desigualdad del país que sostiene el dominio y el privilegio de las clases dominantes. Han callado todo el clamor del liberalismo popular y plebeyo: el liberalismo de la reforma agraria, de la revolución productiva, de la mitigación de la desigualdad en el ámbito rural y urbano. Aquel que promueve una modernización democrática y productiva”.

“Estoy de acuerdo”, interrumpió Juli, para luego tomar la palabra: “Como decía la entonces Vice-Presidenta de Colombia, Francia Márquez, nos han matado el ‘vivir sabroso’, aquella metáfora que implicaba el desarrollo socio-económico totalizador del colectivo: el cuidado del medio ambiente, las causas feministas, el apoyo a la diversidad sexual, los derechos de los pueblos indígenas, las mejoras en la salud y educación pública, la generación de una transición energética hacia un modelo económico sustentable”.

“Estoy totalmente de acuerdo, pero eso no es todo”, continuó Di-

dier. “Acá hay una gran astucia de las élites para hacer convivir, por un lado, la imagen demagógica de un pueblo violento, conservador e ignorante y, por otro, un mecanismo de terror para silenciarlo y atemorizarlo – cuando no a punta de asesinatos –”. Evidentemente, necesitaba descargarse. Pero también buscaba cierta complicidad, esa que encontró rápidamente en nosotros, quienes asentíamos con la cabeza cada frase que pronunciaba.

“Pero, además, como complemento necesario cuentan con todo el apoyo de los medios de comunicación masivos tradicionales, quienes siempre se han preciado de ser guardianes y protectores del orden institucional. Por supuesto, el manejo de la información es sutil y efectiva; no se jactan de conservadores y, además, existe un acuerdo tácito de que ciertos episodios no se subrayan, mientras se reacomoda la percepción al concepto civilizatorio con la estrategia del miedo. En mi caso, yo no tenía temor. Pero no podía luchar contra la corriente. Por eso me fui”.

Al momento que terminó de pronunciar su última frase, escuchamos un chistar desde adentro de la pizzería. “Disculpen, pero me llama el dueño. Disfruten la comida. Nos vemos”. A pesar de mostrarse visiblemente desganado por la grosera interrupción a su ímpetu revolucionario, Didier se dio media vuelta y se retiró con un par de nuestras copas ya vacías.

“Que duro relato”, tomó la palabra Dani. “Pensar que en mi casa siempre hubo cierto rechazo a los inmigrantes”. No te culpes, le respondí con un tono tranquilizador. “Son perfectamente entendibles los miedos que generan lo diferente, que, sin la educación suficiente, nos obnubila para razonar con cierta lógica y no nos permite reflexionar bajo un paradigma de ciertos ‘valores humanos mínimos’”.

Juli quedó pensativa; contemplaba la vereda, como queriendo encontrar una respuesta a un dilema – uno más – de los que vivimos como sociedad. Luego de unos segundos, tomó la palabra: “Por ello, no es extraño que, una de sus consecuencias, sea el incremento

del segregacionismo y la violencia social. Por ende, es fundamental formarnos y explicar, las veces que sea necesario, a quienes tienen temor y odio, de la importancia del análisis y la comprensión del complejo entramado antropológico y socio-económico de cada contexto, de cada geografía, de cada momento histórico”.

Terminamos de almorzar tarde, y decidimos caminar las casi cuarenta cuadras que nos separaban del departamento. Ya eran casi las cinco, el sol iba desapareciendo entre las nubes, y el viento se hacía sentir. “La verdad es que refrescó de golpe”, dijo Juli, mientras cruzábamos por la diagonal de una plaza con abundante arboleda y un hermoso lago creado artificialmente en su centro. Yo me encontraba a su derecha e, instintivamente, me quité la campera para colocarla sobre sus hombros. Y luego pasé mi brazo izquierdo sobre su cuerpo, esperando que ella sintiera el calor del abrazo.

“Gracias Javi”, me dijo con toda la brillantez de sus ojos verdes. Hice una pequeña mueca afirmativa, para luego girar la cabeza con la mirada hacia adelante. Tenía temor de decir algo indebido, de que mi noble interés fuera mal interpretado. “Allá cerca de la esquina hay una pequeña feria, ¿damos una vuelta a ver si hay algo interesante?”. “Dale”, me respondió observando el horizonte finito. No sé si esperaba otra cosa. Mientras tanto, Dani estaba a una distancia prudencial de unos cinco metros de nosotros, escuchando algo en sus auriculares. Nos seguía plácidamente, pero sin hablarnos. Solo observaba el medio ambiente a su alrededor.

Recorrimos los veinte puestos ambulantes que había en el lugar, ubicados a ambos lados del camino de piedras que recorría la feria: desde venta de ropa para niños, trabajos hechos en madera, collares, hasta algunos pequeños artículos de electrónica. Nada que nos llamara la atención como para comprar. “Mirá que linda calesita de dos pisos, ¡es enorme! Debe haber unos cuarenta animales de todo tipo entre la parte inferior y posterior. A mí, cuando era chiquita, me gustaba subirme a los caballos. Si había de color negro mejor”, me

comentó Juli, con un dejo de feliz melancolía.

“¿Te gustan los niños?”, le pregunté. A secas. Sabiendo que entraba en un terreno fangoso, donde los diversos matices de grises pueden fluctuar de un momento a otro. Juli me miró sorprendida. “Sí, me agradan los chicos”. “¿Y te gustaría tener hijos? Por supuesto no ahora, más adelante”, continué redoblando la apuesta. “Creo que sí, aunque la verdad que todavía no lo he pensado”.

La caminata era lenta, pero no porque nuestras piernas pesaban. Era solo el disfrutar de ese momento, bajo un espacio que emulaba paz. Ya al final del sendero, observamos a dos niños columpiarse en unas hamacas. “Debe ser un gran desafío criar hijos en el complejo mundo en que vivimos. Pero, sin dudas, creo que el amor que te brindan los niños debe generar de por sí un objeto de felicidad plena”.

Juli asintió con la cabeza. “Chicos, podemos ir un poco más rápido que ya está refrescando y estoy cansado. Tengo ganas de estar en el departamento”, nos gritó Dani de lejos, mientras le apuntaba con la cámara del celular a los patos que caminaban en fila por el lago. El momento de congoja y reflexión había terminado. Éramos tres y el consenso intercalado había sido la regla. Hora de regresar.

El departamento se encontraba vacío. Sebastián no había dejado ninguna nota. “Le pregunté a mi papá si venía a cenar, pero no me responde los mensajes. Parece que el celular se encuentra apagado. Cenemos nosotros y le dejamos algo por si llega más tarde”, propuso Juli, mientras nos sacábamos los abrigos y nos organizábamos para acomodar el departamento y poner la ropa sucia en el lavarropa.

Luego preparó, con mucho esmero debo decir, empanadas de carne cortadas al cuchillo – creo que estuvo no menos de media hora haciendo el repulgue – mientras nos bañábamos. Posteriormente fue su turno de tomarse una ducha, al tiempo que yo preparaba la mesa. Dani, plácidamente y como buen ‘nene de mamá’, hacía zapping en la tele.

No le íbamos a decir nada. Teníamos ganas de que colaborara, pero había sido criado así y, evidentemente, no se daba cuenta de la situación. Además, no era el momento de hacer ningún planteo; más con los días ‘ajetreados’ que estábamos teniendo. Seguramente habrá tiempo para hablar, este tema también, a nuestro regreso a Buenos Aires.

No eran las diez de la noche que ya habíamos comido y estábamos listos para ir a descansar. “¿Podemos hablar mañana de lo que vamos a hacer? Estoy muerto de sueño y me quiero ir a dormir ya”, nos dijo Dani más en tono de afirmación que de pregunta. Asentimos con Juli. Y antes que pudiéramos darnos cuenta, Dani ya estaba roncando. Ahora estábamos solos, ella y yo.

“¿Tenés ganas de tomar un café? Lo preparo en dos minutos”, le dije mientras me levantaba de la silla para dirigirme a la cocina sin siquiera haber esperado su respuesta. “Dale, mitad café y mitad leche. Con un poco de edulcorante está bien. Muchas gracias Javi”.

Cuando volví con ambas tazas en la mano, ella se encontraba sentada cómodamente cruzada de piernas en el sillón, revisando su celular. Le dejé la suya en la mesa ratona y me senté junto a ella, apoyándome en un doble almohadón sobre el vértice opuesto. No quería molestarla, así que esperé a que sola levantara la vista. “¿Todo bien?”, le pregunté cuando observé que dejaba su teléfono en un costado. “Sí, todo bien. Muchas gracias por el café”.

Después de un breve silencio, tomé fuerzas para comenzar la conversación, con un claro objetivo en mente. “Y Juli, ¿cómo la estás pasando en el viaje?”. “La verdad que muy bien, disfrutando mucho. Varias emociones fuertes, pero en el poco tiempo que llevamos aquí siento que son unas vacaciones muy enriquecedoras. Creo que tuvimos una excelente idea en venir a Paraná”.

“La verdad que sí Juli, nuestra visita al merendero y las charlas con la gente, han sido un aprendizaje para todos. Y bueno, también esta lo de Dani. Me preocupa, pero creo que si se pone las pilas va a

poder salir. Lo quiero mucho, y quiero que esté bien”. Luego se hizo un silencio. Entonces agarré el control remoto y le pregunté si quería ver alguna película o serie. “Dale, elegí la quieras”, me respondió convencida.

Mientras jugaba con los botones entre mis dedos, solo pensaba en Juli. En las ganas que tenía de estar con ella; pero también en el miedo al rechazo. En ese momento me acordé de la famosa frase utilizada por varios políticos argentinos en las primeras décadas de este siglo, que podría aplicarse, suavizada, a mi estadio emocional actual: “A los tibios los vomita dios”. Por eso tomé coraje. Dejé de hacer zapping sin mirar en que canal había quedado la pantalla, giré la cabeza hacia ella, y me dispuse a hablarle.

“Juli, me gustás. Hace mucho que me gustás, pero no sabía cómo decírtelo. Me gustás por dentro y por fuera. Sos una chica hermosa, llena de valores”. Julieta me miró, pero no dijo nada. Yo tampoco. Solo atiné a bajar la mirada. Hasta que unos segundos después escuché su voz, como una suave melodía que llegaba mansamente a mis oídos: “Gracias por tus palabras Javi. No sé qué decirte”.

Me acerqué lentamente y le pasé mis manos con ternura alrededor de su cuello. Y la besé. Nos besamos. Fue corto, pero intenso. Y nos sonreímos. Para luego, seguir besándonos un rato más. Que posteriormente se convirtieron en abrazos. Caricias. “Esperemos un poco, te parece”, me dijo mientras me miraba a los ojos. “Estoy de acuerdo”, le contesté al oído. Pero la pasión pudo más. Nos agarramos fuerte las manos y, desnudándonos de a poco, hicimos, con paciencia y ternura, el amor.

Después de pasar el momento más hermoso de mi vida, nos fundimos en un último beso antes de despedirnos e irnos a dormir. Al final, todo había salido más que bien. Entonces me relajé, me recosté mansamente sobre el acolchado y, apenas cerré los ojos, el cansancio me abatió, haciendo que me quedara profundamente dormido.

“Javi, podés levantarte que está sonando tu teléfono hace diez

minutos. No sé quién te está llamando”, me habló Dani desde su cama. Ninguno de los dos tenía fuerzas siquiera de estirar el brazo para alcanzar mi celular, el cual se encontraba en la mesita de luz centrada equidistantemente entre ambos. Abrí los ojos con esfuerzo. Me incorporé lentamente, lo agarré, y observé que había cuatro llamadas perdidas de Andrea. Y tenía un mensaje de texto: ‘Llamame urgente’.

No pasó un tono del teléfono cuando me atendió desesperada, llorando. “¡Javi, estoy desesperada, se la llevaron a Claudia! ¡No aparece por ningún lado!” “¿Se te ocurre algún lugar dónde podría estar?”, le contesté inmediatamente. “¡No tengo ni idea! Fui a la comisaría, me hicieron algunas preguntas, y me dijeron que la iban a empezar a buscarla”.

Me quedé helado, no podía creer lo que estaba escuchando. Y no sabía qué hacer. Dani ya se había incorporado y, al verme visiblemente desesperado, me hacía señas preguntándome que había pasado. “Quedate tranquila mamá, esperá que me vista y veo la forma de ir para allá. Te llamo en diez minutos”.

Inmediatamente le conté a Dani, y fuimos a levantarla a Julieta. “¿Podemos hacer algo? ¿En qué podemos ayudarte?”, me preguntaron ambos al mismo tiempo. Traté de tranquilizarme, sobre todo para poder pensar ‘en frío’. “No lo sé, pero seguro Dani te voy a pedir ayuda con tu viejo. ¿Lo podré llamar?”, le pedí ya en un estado catatónico, balbuceando. “Claro Javi, ya lo llamo y te lo paso”. “Gracias Dani. Chicos, por supuesto yo me vuelvo ya para Buenos Aires. Si ustedes quieren quédense, no me enoje”, continué queriendo dar por sentado mis próximos pasos, mientras intentaba mantener la mayor entereza posible.

“Javi quédate tranquilo, por favor”, me trataba de consolar Juli. “Nos volvemos con vos. Vayamos ahora a la terminal y nos subimos al primer micro en el que haya lugar. No te vamos a dejar en esta”. Ambos se acercaron para darme un fuerte abrazo. Ahora sí, ya no pude contener las lágrimas.

Ordenamos la casa lo más rápidamente que pudimos, agarramos nuestras pertenencias, y nos tomamos un taxi hasta la terminal. Juli le envió un mensaje a Sebastián explicándole la situación del porqué nos habíamos ido raudamente sin despedirnos. “Que desastre. Ojalá no sea nada. Ténganme al tanto. Un fuerte abrazo para todos”, fue su respuesta a los pocos minutos.

El primer micro con tres asientos disponibles salía a las tres y media de la tarde. La espera se hizo interminable: miraba a cada rato mi celular, anhelando desesperadamente que llegara ese mensaje tranquilizador que dijera que mi madre estaba bien, que había sido solo una confusión, una situación menor. Nos subimos al micro puntualmente, y todavía no tenía novedades. Era difícil, pero debía hacerme de paciencia.

A la altura de Escobar ya estaba oscureciendo. Trataba de no pensar en nada, pero no ayudaba. Busqué poner mi cabeza en otro lado. Entonces me llamó la atención que no se vieran luces que iluminaran la autopista. Pero luego recordé que los cortes habían sido frecuentes en los últimos años. Ya prácticamente sin hidrocarburos, las energías alternativas que no solo eran costosas, sino que además requerían procesos productivos más complejos que disputaban otros recursos – como los biocombustibles – que generaban aún más tensión social que el contaminante fracking petrolero. ¿Más alimentos o cuidar el medio ambiente? Evidentemente, las diversas prioridades eran de difícil conjunción; intercalarlas bajo un esquema mental racional y ético parecía una misión imposible.

Las Elites siempre planteaban que el problema del cambio climático global nos afectaba a todos, y las acciones sólo serían efectivas si se toman internacionalmente. Pero ello no era todo - yo diría lo menos importante -: los ricos y poderosos, quienes eran los que más contaminaban el medio ambiente, adicionaban con énfasis que no era fructífero discutir sobre quién era el responsable, o quién debería pagar por ello.

No estoy de acuerdo con ello. Yo creo que sí es necesario comprender las causales y sus promotores. Porque, de lo contrario, nunca podremos terminar con las consecuencias actuales: mayores sequías, alza de los niveles del mar con riesgo para ciudades costeras, desarrollo de ecosistemas más frágiles, y graves efectos económicos para actividades como la agricultura y la ganadería. Aunque la vida en la Tierra puede que supere un cambio climático de envergadura evolucionando hacia nuevas especies y creando nuevos ecosistemas, la humanidad no podría.

Sin embargo, algunos miembros de la Elite global se obsesionaron con la idea de no asustar, obviando hablar de una ‘dudosa’ crisis climática. O la naturalizaron, quitándole la responsabilidad que le cabe al hombre: no por nada la naturaleza aparece bajo sus premisas teóricas como un ‘regalo para los procesos capitalistas de acumulación de riqueza’.

Nada se ha hecho para evitar el desastre climático: simplemente porque ello exige cambios en nuestra forma de consumir, de producir energía, en nuestros sistemas de transporte. Y se debe asegurar al mismo tiempo que los ecosistemas permanezcan intactos para continuar absorbiendo el carbono que emitimos. Pero, sobre todo, se deben hacer negocios de otra forma, donde los grandes emisores de contaminantes acepten que existirá una pérdida económica que no podrán recompensar en sus balances.

Como siempre me dijeron Claudia y Andrea, ello es muy difícil: requiere de un enorme altruismo, especialmente de los poderosos, aquellos actores estatales y no estatales que compiten entre ellos por la supremacía del poder global. La realidad es que nunca lo hicieron, y probablemente tampoco lo harán. Es que, como decía un profesor de relaciones internacionales, el que hace lugar al bienestar colectivo determinará su descenso a la fase más álgida del realismo en la dinámica de la arena global.

Después de un viaje sin sobresaltos ni mucho tráfico, pero sobre

todo tratando de controlar mi ansiedad esperando aquel llamado que nunca llegó, arribamos a la estación de micros de Retiro. Rápidamente tomamos el primer taxi que encontramos y nos dirigimos los tres a mi casa. Abrí la puerta y ahí estaba Andrea, parada junto a la ventana hablando por el celular. Apenas se dio media vuelta, pude observar su cara demacrada de tanto llorar.

“¡Se la llevaron, la secuestraron Javi! ¡Recién me lo confirmaron!”, gritaba mientras corría hacia mí para abrazarme. “¿Que pasó mamá? ¿Qué te dijo la policía?”. “Mirá, primero se atajaron diciendo que esa era una zona brava, que porqué estaba en ese barrio. Yo les dije que ella iba allí desde hacía mucho tiempo, que solo le dedicaba un par de horas por semana a enseñarle a los vecinos del barrio cómo el arte – la pintura, los poemas, las esculturas –, también es un hecho político y que se puede leer en ese sentido, entendiendo la historia, el contexto, y todo lo que Clau les explicaba”.

“¿Bueno, pero que hipótesis tienen? ¿Le habrán hecho daño? ¿Qué piensan hacer para rescatarla?”, le respondí con vehemencia, nervioso, tratando de que me diera alguna certeza. “No sé Javi, acá no llamaron para pedir rescate ni nada. Dicen que están buscándola, que están investigando, que me van a tener al tanto. Que, si sé de algo, o recuerdo algo que pueda ser de utilidad, los llame. Me dejaron un teléfono de una oficial que sigue el caso, con la cual podemos comunicarnos a cualquier horario. Eso fue todo”.

Apoyó su cabeza en mi hombro, mientras sus lágrimas se desdibujaban sobre mi buzo. La abracé con fuerza y giré la cabeza hacia mis amigos. Ellos me miraban atónitos, como esperando que les dijera algo. Y eso hice: “chicos, voy a necesitar su ayuda. Dani, como te dije, lo mejor que podés hacer por mí es hablar con tu papá y pedirle por favor que se contacte con el jefe de la policía, con algún político, con quien sea. Es más, yo estoy dispuesto a todo, a hacer lo necesario, no me importa nada”. Hablaba sin parar, sobrepasado por la situación. Pero seguro de que lo que hacía era lo correcto.

Me senté unos segundos para descansar e intentar pensar que más se podía hacer. Entonces Juli me agarró de la mano: “¿Te puedo proponer algo Javi?”, me dijo con una voz suave, tratando de serenarme. “Creo que podríamos hacerlo visible. Vos sabés la importancia que tiene el cuarto poder. Salgamos en los medios.” Sus ojos y su boca me encandilaban de ternura. Su compasión hacía que me gustara más. En este momento de porquería, estaba feliz de tenerla a mi lado.

Sin quitarme la vista, continuó desarrollando su idea: “Sin embargo, creo que lo mejor es ir al asentamiento antes. Te lo digo no por experiencia o conocimiento científico; simplemente porque cuando sale una noticia de un hecho policial delictivo, irresoluto, en los medios, lo que siempre piden – y es razonable que sea lo más importante – es que se cuente con la mayor información posible. Por ahí alguien la vio y puede aportar algún dato. Hasta ahora no tenemos nada, y creo que sería importante poder brindar alguna información relevante a la hora de masificarlo”.

Mientras Andrea la miraba, Dani y yo asentimos con la cabeza. Luego Juli continuó su alocución: “Por supuesto, yo te voy a acompañar. Como ya sabés, tengo experiencia en barrios complejos, y por ahí se me ocurre algo cuando estemos allá. Además, dos cabezas piensan más que una y siempre es mejor estar en compañía”. Cuando posteriormente me esbozó una disimulada sonrisa, fue suficiente para que, por lo menos por unos minutos, pudiera sentir algo de paz.

Dani llamó a su casa y a los pocos minutos su madre lo vino a buscar. Andrea se fue a acostar, y con Juli nos quedamos un rato más planeando la visita al barrio el día de mañana. La idea era ir bien temprano para, una vez conseguida alguna información, luego dirigirnos a la comisaría a aportar los datos recabados. Posteriormente iría a la casa de Dani a hablar con Benjamín.

Aunque no me pareció ‘de caballero’ – mis madres siempre me cargan que parezco un viejo del siglo pasado – le pedí un taxi para

que llevara a Juli a su casa. Esta situación especial ameritaba que me fuera bañando y me acostara lo antes posible, ya que el día siguiente seguramente iba a ser muy movido. Debía estar descansado; y ella, mi acompañante, también.

Será que leí varias novelas de siglos pasados, que vi siempre con buenos ojos ser atento con el sexo femenino. Respeto y educación no tiene porqué mellar la lógica de la igualdad que, mercedamente, habían conquistado las mujeres de nuestro país a lo largo de la historia.

“No pasa nada si alguna chica te invita a comer”, me dijo Claudia hace unos meses, mientras esgrimía una socarrona sonrisa. “Ya lo sé mamá. Pero cuando trabaje, me gustaría ser yo el que pague. Al menos la primera vez”, le respondí guiñándole un ojo con complicidad. Mis madres saben que no somos iguales. No tenemos porqué serlo. Pero su impronta me moldeó para que transitemos un mismo camino de valores. Por ello, cuando Juli me envió el mensaje diciendo que había llegado bien a su casa, recién en aquel momento pude conciliar el sueño.

Me levanté a las siete de la mañana en punto. Desayuné, me vestí, y agarré una mochila donde puse papel y una lapicera para anotar todo lo que pudiera ser relevante. Nada de tecnología que pudiera dejar huellas. A las ocho en punto me fui a la parada de colectivo. Había quedado con Juli que a las nueve nos encontrábamos en la estación de servicio ubicada a pocas cuadras de la entrada al asentamiento.

No se podría decir que era una villa: más bien era un asentamiento humilde, de esos que abundaban en la ciudad y el conurbano. El CGB (Centro de Gestión Barrial), creado por una organización vinculada a todos los gobiernos de turno -Claudia siempre me decía que tenían que acatar las ‘órdenes que venían de arriba’ aunque les interesara o no la política, coincidan o no con las ideas, o lo que sea, porque sin el financiamiento del gobierno ‘nadie cobraría nada’ -, se

encontraba a solo unos metros de la avenida principal que cortaba transversalmente al barrio.

Llegué primero. Estaba con un café en la mano cuando apareció Juli. El beso en la boca, complementado por un fuerte abrazo, fue corto pero hermoso. “Te extrañé”, me dijo. “Yo también, y no sabés lo que valoro que estés acá”, le respondí mientras le convidaba una barra de cereal. Mientras tanto, comenzamos a caminar sin prisa, pero sin pausa. Con cautela, a sabiendas que debíamos estar atentos en una zona que no conocíamos, y tenía fama de ser peligrosa.

No tardamos en encontrar el CGB; era una casa que se distinguía del resto, con pintura de diversos colores y frases alegóricas a la ‘justicia social’. La puerta estaba cerrada, pero las ventanas se encontraban abiertas. Me asomé, pero no vi a nadie adentro. “Buen día, ¿en que los puedo ayudar?”. Era una voz que provenía de nuestras espaldas. Cuando me di vuelta, observé un hombre de mediana edad, moreno, con una barba tupida. Tenía puesto un jean azul, zapatillas blancas, y una remera negra con un dibujo estampado en honor al mítico cantante jamaicano, Bob Marley, quien miraba al cielo infinito con un habano en su mano izquierda.

“Buenos días, soy el hijo de Claudia. Perdón que lo moleste, no sé si sabe, pero ella desapareció hace un par de días y no tenemos idea dónde está. Queríamos hablar con alguien que pueda decirnos algo, ya que la policía todavía no tiene nada en concreto”. De a poco, mi interlocutor iba ‘achinando’ los ojos. Pasaron unos segundos y no emitía palabras, a pesar de que nos miraba fijamente a ambos.

“¿Disculpe, sabe algo o no? Sino díganos por favor a quién podríamos preguntarle”, prosiguió Juli, decidida a no perder el tiempo. El hombre giró su cabeza a ambos lados, como queriendo asegurarse si alguien nos observaba. “Ok, síganme, vamos a mi casa que está acá a la vuelta”. Nos miramos con Juli a los ojos. Habíamos llegado hasta acá y no había temor que nos frenara. Necesitaba saber dónde estaba mamá.

Hicimos unos metros en zigzag, hasta que se paró frente a una puerta. No desentonaba con el resto de las casas de precario material, aunque no llegaba denotar carencias extremas. Es más, el pálido color amarillo de sus paredes se conjugaba con el verde agua de su techo, generando un aura, una impronta de ‘buena vibra’.

La abrió con sumo cuidado. Esperó que ingresáramos detrás de él para, inmediatamente, cerrar con llave. “Siéntense chicos, voy a buscar algo para tomar. ¿Qué les puedo ofrecer?”. Su voz era ronca, su cara adusta. La seriedad de su tono era inamovible. “Nada, le agradezco. Recién desayunamos”, le respondí. Juli solo asintió sobre mi respuesta.

“Javi, hiciste bien. No se te ocurra aceptar nada de tomar o comer. No lo conocemos, ni sabemos cuáles son sus intenciones”, me dijo Juli en voz baja, una vez que el hombre desapareció detrás de una cortina de flecos azules. Apenas nos sentarnos en dos de las cinco sillas que se encontraban desparramadas alrededor de una mesa de madera en el pequeño living - el cual no tendría más de tres por tres metros cuadrados -, el hombre volvió con un vaso de vidrio que contenía algún tipo de bebida color rojiza.

“Mi nombre es Ramón Medina. ‘Caí’ en el barrio hace casi veinte años; dieciocho para ser exactos. Nunca me hubiera imaginado de joven que descendería tan abruptamente de clase social. Pero es lo que me tocó”, comenzó su presentación.

“No me olvido más. Antes de quebrar por completo, vivíamos bajo una inercia inflacionaria en la cual entrábamos a los supermercados y observábamos que el ‘precio’ del salario siempre corría por detrás del resto de los precios de los bienes provistos por los monopolios. Ni que hablar de los que teníamos Pymes: no podíamos reponer la mercadería; ya sea por falta de insumos, o por precios que se duplicaban en cuestión de días. Eso le pasó a mi fábrica: de repente no tenía insumos, no tenía flujo para comprar los productos, tampoco tenía quien me financiara. Y perdí todo. No quería quedar-

me con deudas y pagué todas las indemnizaciones a mis empleados. Tener la conciencia limpia, como me inculcó mi familia, era lo más importante”.

En la escuela, Armando, el profesor de economía, siempre nos decía que la inflación, a diferencia de un escenario recesivo, podía no ser enmascarada dentro de las culpabilidades endógenas; por ejemplo, uno puede estar desocupado por no estar lo suficientemente capacitado, por no poder adaptarse a los cambios tecnológico-productivos, o por no tener el suficiente ímpetu – por no decir pereza – para enfrentar el mercado laboral.

Por el contrario, un contexto inflacionario sí le proyecta al ciudadano automáticamente la culpabilidad exógena: del gobierno inoperante, de las corporaciones monopólicas formadoras de precios sedientas de rentabilidad, de la debilidad de la moneda, etc. El otro es quien me causa el ‘no llegar a fin de mes’ por los precios que suben todo el tiempo, o el que me imposibilita tener previsibilidad para que mi emprendimiento funcione. Un claro ejemplo fue cómo la decisión política de incrementar el boleto de transporte durante el gobierno de Sebastián Piñera, conllevó al fin de la Concertación y fue ‘un llamado de atención’ a los privilegios de una minoría en Chile.

“Igualmente los poderosos siempre te dan vuelta la historia. Te hacen creer que todos pierden con la inflación, pero no es así. Ante un proceso inflacionario, siempre hay algunos que ganan. Y generalmente – por no decir siempre – los vencedores se encuentran entre las grandes corporaciones monopólicas de la economía real o financiera; que si no se ven beneficiados por su posición dominante en el mercado, tienen espalda financiera – o sea sus divisas en paraísos fiscales –, además de contactos políticos que les mantienen los privilegios (subsidios, exenciones, aranceles preferenciales), augurándoles suficiente resto para esperar displicentes que capee el temporal”, sentenciaba Armando.

Yo no solo valoraba su capacidad intelectual. También su fortaleza para ser abarcativo y enfrentarse a todos. Nunca me olvido sus palabras embebidas de bronca ante los juegos perversos de la política y el engaño a la ignorante y cansada población: “Saben que es lo peor de todo. Las elites económicas después les terminan ‘clavando un puñal por la espalda’ a las elites políticas. Y lo peor es que pasan desapercibidos, ya que el distinguir las responsabilidades de las elites económicas no solo es más difuso – en un modelo donde prima la acumulación, salvo casos de obscena corrupción es muy difícil demostrar su responsabilidad sistémica como monopolios concentrados que obstaculizan el desarrollo socio-económico de la nación –, sino que además son especialistas en lavar culpas. Mejor dicho, en trasladárselas a la inoperancia de los gobiernos de turno; los cuales son cómplices, hasta que dejan de servir. Y en momentos donde la inflación es galopante y acecha a las mayorías desahuciadas, el poder político de turno es un fusible rabioso siempre a tiro de volar por los aires”.

Volviendo a nuestro presente, me era difícil ponerme en los zapatos de Ramón. Me imaginaba lo costoso que sería tener que vivir en el lugar donde nos encontrábamos; las carencias se visualizaban, se oían, se sentían. Y aunque intentaba concentrarme exclusivamente en sus palabras, no podía aislarme del todo del medio ambiente que nos rodeaba.

“Había mucha bronca en la calle, era un contexto social, igual que lo es actualmente, de inestabilidad permanente. La gente necesitaba previsibilidad, y yo no era la excepción. Y lo único previsible que tenía era una pieza disponible en la casa de mi amigo Orlando, aquí, en el barrio”, continuó Ramón.

Con los ojos vidriosos, giró su cabeza hacia la única ventana para evitar un confrontamiento directo con nuestros ojos. Probablemente, un hombre que había pasado por una vida tan dura, de enormes sacrificios, no quería mostrarse débil ante dos jóvenes de ‘clase media’ que recién conocía.

“Estando aquí me di cuenta que la gente pobre solo busca llegar a fin de mes y poder disfrutar del ocio que le quieren proveer: fútbol, música popular, y demás. Sin embargo, la gran virtud de los hacedores del actual ‘Sistema-Mundo’, impregnado desde hace décadas en una lógica neoliberal, estuvo en su capacidad de establecer un nuevo modelo antropológico, que es el modelo del individualismo posesivo, de la competencia como forma de vida, de la precariedad social como manera natural de existir en el mundo” continuó Ramón, ya repuesto del golpe emocional que había sido contar el peregrinaje descendiente de una etapa pasada en su vida.

“Más allá de ello, yo, que conocía otras cosas, entendía que todo el componente artístico representaba un proyecto superador que les iba a abrir las mentes, generar inquietudes. El problema es que ello requería de la búsqueda de un conocimiento que puede parecer corriente o cotidiano para las clases acomodadas, pero que es poco accesible para las mayorías. Por ende, me esforcé para que los niños del barrio obtengan la capacidad de aprender, de analizar, y de disfrutar de la pintura, la escultura, la música, la ciencia. Lo cual, al final del día, sabía que los iba a interpelar no solo sobre quiénes eran, sino, y por sobre todo, qué es lo que querían para sus vidas”.

Creo que tenía toda la razón. En una sociedad mayormente inculcata, tanto en la degradación de los valores como en la obstaculización de un pensamiento propositivo, la creación de un espacio artístico no solo es una caricia al alma; es, principalmente, tener la posibilidad, de algún modo, de poder superarse y salir adelante.

“En este contexto conocí a tu madre. Culta, atenta, respetuosa de su trabajo y de la gente que vive aquí. Con una constancia envidiable. No sé si ha faltado más de dos o tres veces en tantos años. Tu madre es una mujer increíble”. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Es que ese orgullo que sentía por ella, en su ausencia no lo podía transformar en gestos, en un abrazo, en un beso.

Ramón observó mi angustia y entendió que no podíamos perder

más tiempo. Debíamos avanzar. “Bueno, vayamos a lo que te interesa. No sé realmente que pasó. Lo que si te puedo decir es que varias veces le dije que se tranquilice, que no sea tan verborrágica, tan vehemente con ciertas apreciaciones. Yo entiendo que las causas de la degradación socio-económica conllevan otros males – como las drogas o el robo –, lo que a su vez regenera permanentemente un círculo vicioso que pareciera nunca se a cortar. Pero con la frecuencia y las formas en que lo expresaba y sostenía su posición crítica, se arriesgaba mucho”.

Se tomó un respiro, y, antes de continuar, agarró con su mano derecha el vaso con la bebida: “Ella sabe que muchos de los de arriba, los que gobiernan, sostienen esta situación porque les conviene; ya sea como negocio, o para tener bajo control a la gente, pudiendo de este modo perpetuar sus privilegios. Y no se lo callaba. Lo transmitía en cada lugar, en cada discurso. A quien quisiera escucharla. Y sobre todo aquí, en este ámbito. Y como deben saber, en el mundo de hoy todo se sabe. La filmaron con celulares, infiltraron gente. Y seguro contrataron mano de obra barata para hacer el trabajo sucio”.

“¿A qué se refiere con trabajo sucio? ¿Quiénes fueron?”, lo interrumpí bajo un éxtasis de ansiedad. En ese momento se escucha que alguien forcejea la puerta. “¡Javi, quieren entrar, veo dos pibes armados por la ventana!”, comenzó a gritar Juli. No tuvimos ni tiempo de reaccionar; ambos ya estaban adentro. Yo me encontraba paralizado mientras los veía. Uno veinteañero y otro pisando los cuarenta, a cara descubierta, vestidos con jeans, remeras y zapatillas, llevando cada uno una pistola en sus respectivas manos derechas.

“¡Tírense al piso de espalda! ¡No jodan y hagan caso!”, gritó el mayor. Con Juli le hicimos caso, mientras Ramón trataba de calmarlos: “¿Qué quieren? ¿Qué están haciendo acá?”, les habló con firmeza, como si los conociera. Y de repente se escuchó como un golpe seco. Giré la cabeza hacia mi derecha y traté de observar hacia arriba que había pasado. Entonces observé que, a Ramón, quien parecía

estar perdiendo el conocimiento, le brotaba un chorro de sangre del parietal izquierdo. Al ver que intentaba mantenerse erguido, el más joven le dio un empujón para que terminara de caer al suelo. “Ahora sí, está muerto”, remató con desidia.

El otro, alto, delgado y de tez trigueña, mantenía la compostura que seguramente embestía su mayor madurez en el rubro de los asesinatos. “Miren chicos, vamos a ser claros. Primero, todos nos vamos a ir y acá nadie vio nada. Sino tu vieja desaparece de este mundo en un instante. Hablando de ella, se metió en quilombos al pedo y la está pagando. Nosotros somos solo intermediarios. Ahora los jefes la están adoctrinando: no solo para que deje de boquear boludeces como viene haciendo, sino para que, justamente, empiece a jugar para nosotros. Tiene muchos seguidores acá, y lo que dice ella es palabra santa. Si ayuda y se pone de nuestro lado, la puede pasar muy bien”, finalizó.

Estaba petrificado. No sabía cómo afrontar lo que había acabado de presenciar. Temía por nuestras vidas y mi mente estaba bloqueada. Juli lloraba sin parar. “Sí, sí, juro que no vamos a decir nada. Solo les pido que me digan cuando voy a volver a ver a mi mamá”, atiné a murmurar. “Pronto...por supuesto si se porta bien”, me respondió el ‘jefe’ con una sonrisa socarrona. Luego enfundaron sus armas, y salieron caminando tranquilamente por la puerta.

“¿Qué hacemos Javi? Tengo mucho miedo”, me dijo Juli temblando. La abracé con fuerza, mientras Ramón yacía a solo unos pocos metros de nosotros. “Salgamos de esta casa y del barrio ya, podemos quedar implicados en algo complejo”, le respondí mientras la ayudaba a incorporarse agarrándola del brazo izquierdo.

La puerta estaba abierta, por lo que no fue necesario tocar el picaporte para salir. No había visto muchas películas de espías, pero entendía que debía dejar la menor cantidad de huellas posibles. Por suerte, no había nadie en ambos lados de la estrecha calle. Comenzamos entonces a caminar rápidamente hacia la salida del barrio.

Pude respirar un poco cuando vi pasar un colectivo: estábamos llegando a la avenida.

Apuramos el paso hasta que Juli me detuvo tomando mi brazo derecho: “Javi, espera un poco. ¿No deberíamos ir a la comisaría y contar lo que pasó? ¡Hubo un muerto!”. Debíamos pensar rápido. No me convencía para nada su propuesta; mis madres siempre me enseñaron a desconfiar del poder coercitivo del gobierno, de la corrupción enraizada en un sistema que no provee respuestas colectivas superadoras, sino que solo responde a intereses individuales, muchas veces espurios.

“Me parece que puede ser muy inconducente Juli. Es más, si te parece, vayamos a la comisaría que está a unas doce cuadras de acá para simplemente preguntar por mi madre; solo con el objetivo de desviar la atención. Como si no supiéramos nada; una coartada que nos aleje de la muerte de Ramón, que es la prioridad ahora. Después, más tranquilo, iré a ver al padre de Dani. Ojalá nos pueda ayudar; o al menos, preguntarle a quién podemos recurrir. Pero, por el momento, olvidémonos de ella”.

Juli asintió con la cabeza. Noté en sus ojos brillosos que no estaba muy convencida, pero, evidentemente, confiaba en mí. Además, no teníamos muchas alternativas: habíamos sido testigos de un asesinato y debíamos confiar ciegamente el uno en el otro. Por ello, todas las decisiones a tomar debíamos consensuarlas con seguridad plena en el otro.

Volvimos a aligerar la marcha zigzagueantemente en una zona fabril, por unos quince minutos. La comisaría tenía un frente grisáceo – parecía pintado recientemente – bastante ancho, con un portón doble que servía para el ingreso de los vehículos. En la puerta había un oficial de custodia, quien, apenas observó que subíamos los cuatro escalones necesarios para ingresar, nos saludó con una venia moviendo su cara sin mucho entusiasmo.

“Buenos días, cabo primero Frías”. Detrás del mostrador de in-

greso, nos recibió una joven mujer uniformada, con un rodete que ataba prolijamente su pelo caoba, junto a un fino delineado en sus ojos que se conjugaba con largas pestañas. La sala era relativamente pequeña: un banco de madera - en el cual no entrarían sentadas más de tres personas - empotrado en una de las paredes laterales, paredes blancas con algunos cuadros de animales, y no mucho más.

“Buenos días, soy el hijo de Claudia Severino, una mujer que está desaparecida desde hace cuarenta y ocho horas. Vine para ver si sabían algo, ya que la última vez que tuvimos contacto ella estaba en el barrio que creemos corresponde a esta jurisdicción. Desde el comando central de policía me dijeron que estaban trabajando para encontrarla; pero quería saber si sabían algo más aquí, si ustedes pudieron averiguar en esta zona que es donde se perdió el rastro según el GPS que informó la empresa de celular”. Estaba conforme con mi alocución: dentro del nerviosismo imperante en mi persona por la situación, había disimulado bastante bien, hablando con la suficiente serenidad como para parecer creíble.

“Mire, yo no sé nada del tema. El Comisario tampoco está. Igual esperen un minuto, que llamó a mi compañero a cargo del turno a ver si sabe algo”. Dio media vuelta, e ingresó a una habitación contigua.

Antes de que se cumpliera el minuto salió junto a ella otro uniformado, con la cabeza gacha y la gorra policial puesta. Se acercó al mostrador y levantó su mirada del piso para, literalmente, ‘clavarme los ojos’.

“Suboficial principal Domínguez, buenos días. Me dijeron que está buscando a una persona desaparecida”. Quedé boquiabierto. “Sí”, es lo único que atiné a decir. La persona que tenía enfrente mío era el joven que había matado a Ramón solo un rato antes. “No tengo nada para informarte; pero quedate tranquilo, si averiguamos algo, la policía te va a informar por los canales oficiales”, me dijo con firmeza y sin quitarme la vista de encima.

“Muchas gracias”, le respondí con suma tibieza. Me di media vuelta. Juli estaba atónita, sin poder emitir una palabra. Nos entendimos con la mirada: salimos y comenzamos a caminar hacia la izquierda, aunque sin rumbo fijo. Una vez que llegamos a la esquina, me di vuelta para fijarme si venía alguien. Nadie a la vista. “Vamos a casa, Juli. Seguimos hablando ahí”. Asintió con la cabeza. Fuimos a la parada y, por suerte, el colectivo vino rápido.

Llegamos un poco antes de las dos de la tarde y Andrea no estaba. Me había dicho cuando nos habíamos despedido temprano que se iba a encontrar con algunas amigas de Claudia para ver si podía conseguir algún dato más. “Ya me reuní con dos, no me aportaron nada que no supiéramos. Lo peor es que de la fiscalía todavía no llamaron a declarar a ninguna. Esto va tan lento que, cuando la encontremos, seguro va a ser muerta”, fue el único mensaje que tenía de ella en el celular.

“Estoy desesperado, tengo una angustia que no puedo más Juli”. Se sentó a mi lado en el sillón y pasó su brazo derecho por sobre mi hombro. “Mirá Javi, justo Dani me mandó un mensaje preguntando dónde estamos”. Agarré mi teléfono celular y lo llamé. Me atendió en seguida. “Hola Javi, hablé con mi viejo. Justo estaba terminando una llamada con alguien por tu tema. Venite a casa ahora, me dice que no hablemos por teléfono”.

Le pedí a Juli que no me acompañara. “No digamos nada de lo que vimos hoy. No puede salir nada bueno, nada positivo. Hasta nos pueden inculpar por el asesinato. No sé si crees en dios o en algo, pero recemos para que no pase nada”, le dije mientras la abrazaba. Y luego la besé. “Trata de descansar Juli, ya tuvimos mucho estrés por hoy”. Nos subimos a un taxi; ella se bajó en el edificio donde vivía, y yo seguí hasta el dúplex de Dani.

Toqué el timbre y en seguida me abrió la puerta su madre. “Hola Javi, pasa que mi marido y Dani te están esperando”. “Muchas gracias Graciela, con permiso”.

Dani estaba sentado en el sillón mullido, aquel en el que tantas veces me recosté para ver la imponente televisión de setenta y cinco pulgadas. El living comedor tenía una mesa grande con ocho sillas. Colgada en el techo, una araña de cristal imponente, la cual había pertenecido al bisabuelo de Benjamín. También resaltaba el amplio mueblario: una repisa de caoba con bebidas alcohólicas, un estante con algunos libros de marketing, autoayuda, y política empresarial, y un armario vidriado con retratos familiares.

“Pasa que ahora viene mi viejo, está en el baño de arriba, ya baja”, me dijo Dani, mientras me hacía un lugar para que me sentara lo más cómodo posible. “Estás pálido, ahora mi mamá nos sirve un café con tostadas. ¿Averiguaste algo?” Lo conocía bien. Él también estaba preocupado. “Nada. No sé qué hacer, estoy desesperado”.

En ese momento descendió por la escalera Benjamín. No era muy efusivo, pero esta vez me dio un abrazo de costado mientras me saludaba. Una actitud ‘paternal’ cuya intención, entendí yo, era que podía contar con él.

“Mirá Javi, voy a ir al grano. Tu mamá se metió en un quilombo. Por lo que me contaron, siempre tuvo un discurso reaccionario. Mejor dicho, ‘revolucionario’”.

Se mostraba serio. Su voz era pausada, pero firme: “Hace un tiempo era más mesurado, analítico, académico. No sé bien cómo explicarlo. Pero en los últimos meses, con la posibilidad de que la extrema derecha gane las elecciones, empezó a ‘agitar’ a la gente a tomar medidas fuertes, drásticas; lo que incluso implicaba armarse para defender, en caso de que gane el Partido Nacionalsocialista Libertario las elecciones, los pocos derechos que todavía conservan los pobres”.

Yo lo escuchaba atentamente. No me sorprendía lo que me decía. “Entiendo Benjamín. ¿Pero quién se la llevó?” “Fue un grupo paramilitar que apoya a la extrema derecha y está amedrentando a líderes sociales para que, cuando ellos ganen las elecciones, no se

generen disturbios y se muestre el ‘día después’ como una victoria de ‘todo el pueblo argentino; democrático y en paz’”.

Sus palabras me recordaban a las de Claudia: “Es entendible que el gran capital concentrado se identifique con la mayor amplitud posible de la esfera política, como la ‘solución de gobernabilidad’ perfectamente plausible. A lo único que le temen es a la inestabilidad provocada por las tensiones sociales de aquellos que sienten que es el sistema, y no sus propias incapacidades, es quien los sumerge en la pobreza”.

Hasta la primera década del Siglo XXI, la derecha – con un eje economicista neoliberal – podía embeberse utilizando a la oleada progresista como buffer de contención social; evidentemente, ello en la actualidad no alcanzaba: si no se alcanzaba la paz social ‘por las buenas’, la respuesta iba a ser violenta, agresiva, machista y racista.

Solo había una cosa que me daba cierta tranquilidad: la relevancia de tener contactos. Ello había quedado en clara evidencia, ya que en poco tiempo Benjamín ya sabía lo que le había ocurrido a mi madre. Y, por ende, por qué no pensar que también podría conseguir la ‘llave’ que destrabara la situación.

“¿Qué podemos hacer entonces?”, le pregunté con ánimo expectante. “Mirá Javi, son tipos muy pesados. Hay metidos policías, militares, empresarios, y hasta algunos jueces que les brindan protección. Yo no estoy tan cercano a ellos, pero tengo un amigo fiscal que está averiguando y me va a llamar hoy a la tarde.

Por mi parte, solo le dije que la quería viva; que era una mujer inocua, sin relevancia, y que si tenían alguna exigencia la íbamos a arreglar. No te consulté no solo porque es un tema muy difícil de manejar para alguien tan joven como vos, sino porque además había que tomar una decisión rápida en el momento”.

“Muchas Gracias Benjamín”, murmuré. Luego solo atiné a abrazarlo y a largarme a llorar. Vino Dani y apoyó su mano izquierda en

mi hombro. “Quedate tranquilo Javi, te vamos a ayudar en todo lo que podamos. Te quiero y sos mi mejor amigo, nunca te voy a abandonar”. Era la primera vez que me hablaba así, que me transmitía lo que sentía con tanto afecto. Lo que se podría decir un amigo de verdad, aquellos que están en las malas. “Los que llevan el cajón en tu entierro”, como diría Andrea.

“Esta es como tu casa. Esperemos a que llame el fiscal. Mientras tanto, tomá algo, tratá de relajarte, lo vamos a solucionar”, insistió Benjamín. “Gracias, ahora le aviso a Andrea que estoy acá y me voy a quedar hasta la noche”, le respondí. “Dale, pero haceme caso: no le comentés nada de lo que hablamos. Nos debemos mover con prudencia, ser muy cautelosos”.

Mientras Graciela nos servía a Dani y a mi jugo de naranja recién exprimido y tostados de jamón y queso en la mesa de la cocina, me quedé pensando si debía decirle a Benjamín lo del asesinato de Ramón. No sé si ya era tarde porque no se lo había mencionado apenas llegué, o si era preferible decirle todo ahora. O más adelante, dependiendo de cómo se sucedieran los acontecimientos.

Era algo muy complejo y, aunque había puesto todas sus herramientas a disposición, no tenía tanta confianza como para ‘poner las manos en el fuego’ por su silencio y complicidad. Aunque fuera la única esperanza de recuperar a mi madre con vida. ¿Y si le parecía una aberración y me acorralaba para que declarase? Él es un hombre poderoso y yo, un simple adolescente hijo de dos ‘zurdas’. Entonces pensé que, al menos por ahora, lo mejor era callar.

Después de disfrutar la merienda – un primer momento de relax luego de tanta tensión, sobre todo ante un contexto en el cual me había sentido profundamente desvalido, frágil – me quedé dormido en el sillón. Dani me había alcanzado una almohada y, cuando desperté, me encontré también con una manta que cubría mi torso. Seguramente me tapó cuando me vio acostado descansando.

“¿Cómo estás? ¿Pudiste dormir algo? Te hago un cafecito, queda-

te tranquilo en el sillón”, me dijo Graciela apenas me vio despierto. “Un poco, gracias por preguntar y por el café”. Me acomodé en una punta cerca de la mesita de luz y me puse a ver el celular. Tenía un mensaje de Juli para ver como andaba, además de preguntarme si tenía novedades. Lo mismo que de Andrea: había llamado a la persona que tenía de contacto por parte de la policía, pero no tenían novedades. El resto, nada relevante: algunos conocidos preguntándome como la estaba pasando en Entre Ríos, el grupo de fútbol para ver si ya podía jugar, y no mucho más.

Entonces escuché que sonó un teléfono, proveniente desde el piso superior del dúplex. Luego sentí la voz del Benjamín, pero no era lo suficientemente nítida como para saber si el diálogo era con el fiscal. Igualmente, se me hizo un nudo en el estómago, un dolor agudo que me obligó ir al baño. Allí me empezó a faltar el aire, como si tuviese una especie de ataque de pánico.

En realidad, no estaba seguro, pero creo que era aquello porque ya lo había tenido una vez, hacía unos dos años. Aquel día, a eso de las siete de la tarde, iba caminando hacia un bar temático de juegos cerca de casa para encontrarme con unos amigos, tomar algo allí, y después ir al cine. Estaba mirando el teléfono celular, hasta que llegué a una esquina. No había semáforos; pero como no venía nadie a la vista, me dispuse a cruzar. Cuando estaba a mitad de la calle, bajé la vista a mirar el teléfono, y sentí un golpe seco en la espalda.

No fue muy fuerte, pero al estar distraído, fue lo suficientemente potente como para tirarme al piso. Evité caer de boca porque estuve rápido de reflejos, llegando a apoyarme sobre mi brazo derecho. Solo me hice unos raspones en la pierna porque llevaba unas bermudas. En seguida me levanté del piso sin inconvenientes.

Cuando me di vuelta, vi una moto desparramada en el piso; junto a ella, un muchacho sentado en la vereda, con la pierna derecha estirada. “Pelotudo, casi te mató, estabas boludeando con el teléfono y casi te llevo puesto”, me gritó con furia, mirándome fijo a los ojos.

Le pedí disculpas, pero también le expliqué que yo era peatón, que me encontraba por la senda peatonal y ya había cruzado la mitad de la calle. No entraba en razón; continuó insultándome sin parar, hasta que vino la ambulancia, los médicos le inmovilizaron la pierna mientras nos hacían las primeras maniobras curativas a ambos, y lo subieron al vehículo. Y eso fue todo.

Luego fui al bar, pero no estaba con ánimos. A pesar de que mis amigos no le dieron mucha relevancia al hecho – “perfecto, no te pasó nada”, fue la reacción más profunda que tuvo uno de ellos (aunque no debería sorprender de adolescentes de quince años) –, yo sentía que casi ‘no la cuento’, que podría haber salido gravemente herido del choque. Por eso decidí regresar a casa cuando ellos se fueron al cine.

Me pegué una ducha, y me puse el pijama para acostarme. No tenía ganas de picar nada de comer, como solía hacer cuando volvía de alguna salida. Me metí dentro de la cama y prendí la tele. No podía concentrarme en nada; ni siquiera ver los goles del resumen de la fecha de fútbol. Mi cabeza, definitivamente, estaba en otro lado.

De repente sentí que me faltaba el aire, que me costaba respirar. Me dio miedo, no sabía qué hacer, y comencé a llorar. No sé cuánto tiempo fue, pero recuerdo sí que gemía suavemente mientras me caían las lágrimas. Se ve que alguna de mis madres me escuchó, porque en seguida abrieron la puerta de la habitación y prendieron la luz.

“Javi, que te pasa, ¿estás bien?”, me preguntó Claudia. Le conté, en medio de un exceso de llanto que no podía controlar, lo que me había pasado en la calle. “Tranquilo mi amor, acá estamos para cuidarte”, me dijo Andrea, mientras ambas me tomaban y acariciaban una mano cada una.

“Ya pasó, lo importante es que no te hayas golpeado. Puede que hayas tenido un ‘ataque de pánico’: suele pasar después de un momento o una serie de hechos de mucho stress. Trata de dormir. Si

mañana continuas sintiéndote mal, te llevamos a la guardia”, continuó Claudia.

Sus dulces y convincentes palabras me tranquilizaron. Me quedé dormido y, cuando me levanté al otro día, más allá de cierto dolor molesto en la pierna, no tenía ningún síntoma de ahogo o algo que se le pareciera.

Este recuerdo conllevó a que intente tranquilizarme, respirar hondo, y volver al living a esperar que Benjamín terminará de hablar. Graciela y Dani estaban allí. Mientras bajaba las escaleras, ambos me miraron con rostros de incredulidad, como si también estuvieran nerviosos esperando novedades. Nos saludamos y, mientras intentábamos escuchar el diálogo de Benjamín, hubo diez minutos de silencio sepulcral.

De repente, Benjamín dejó de hablar. Luego se escucharon sus pasos descender por las escaleras. Nos observó a los tres de reojo, mientras se sentaba en su sillón preferido. “Javi, ahí hablé con el fiscal”. Me puse tenso, no me podía mover. “La situación es complicada, pero la vamos a resolver. Tu mamá está viva. Parece que es un hueso duro de roer; la estuvieron ‘apretando’ para que cambie el discurso, pero se ha negado sistemáticamente. No creo que la estén picaneando, pero no la debe estar pasando bien”, comenzó su alocución. Obviamente me dolía cada palabra, pero intenté de ver la ‘mitad del vaso lleno’: al menos estaba viva.

“Les pedí que por favor no le hagan nada, que su familia se iba a encargar de convencerla. Le ofrecí además cierta impunidad, beneficios y contactos sobre algunos temas que les interesaban a los jefes de esa organización paramilitar. Pidieron cien mil dólares. Les dije que tenía cincuenta mil; el fiscal los llamó mientras hablaba conmigo y llegué a escuchar cuando lo aceptaban. Ahora voy a hacer la transferencia. Me prometieron que a eso de las nueve de la noche la van a dejar cerca de tu casa”.

En vez de pensar en Claudia, lo primero que se me vino a la men-

te era entender cómo un fiscal de un gobierno negocia con un grupo paramilitar ilegal de derecha como si fuera una relación comercial legal entre pares. Pero aquella comprensible bronca inoportuna, solo fue un momento de molesta incredulidad.

Luego lo abracé a Benjamín y me puse nuevamente a llorar. “No sé qué decirte, no me va a alcanzar la vida entera para agradecer-te”, balbucee. “Quedate tranquilo Javi, sabes que te aprecio mucho. Pero, además, por supuesto lo hago por Dani, que tiene adoración por vos”.

Me di vuelta y estaba Dani atrás mío. Me tocó el hombro y me regaló una sonrisa. Esas que solo dan los verdaderos amigos. Luego nos fundimos en un gran abrazo. “¿Querés que te acompañe hasta tu casa, Javi?”. Le dije que no era necesario. Volví a agradecerle a toda la familia, me puse el buzo y salí hacia la parada del colectivo. En el camino le escribí la noticia a Andrea y a Juli. Estaba más tranquilo, pero sobre todo ansioso por volver a tener a mi mamá a mi lado.

Apenas entre a casa, me encontré con Andrea esperándome sentada en el sillón. “¡Por fin llegaste Javi! ¡Ojalá se cumpla lo que dijiste y Claudia llegue pronto!”, gritó exultante. Nos abrazamos, bajo un ambiente que expoliaba una mezcla de angustia y ansiedad. Los minutos en el reloj de pared no pasaban más. Por un momento, pensé en salir a la puerta. Pero en seguida reflexioné que lo mejor era quedarme adentro; no sea que realice algún movimiento que entorpezca el regreso de mi madre.

Quince minutos antes de las nueve, sentimos las llaves en el picaporte. Nos abalanzamos a la puerta. “¡Mamá!”, grité con todas mis fuerzas. Apenas ingresó, con Andrea la besamos y la abrazamos; prácticamente no la dejamos respirar. “Estoy bien, estoy bien”, murmuraba, sin fuerzas, mientras las lágrimas le caían de sus ojos. Tenía todas sus pertenencias intactas. Y a ella también se la notaba bastante entera.

“¿Tenés hambre? ¿querés pegarte una ducha?”, prosiguió Andrea.

“Voy a bañarme para relajarme y sacarme todo el hedor de tantos días, después cenamos y les cuento”, respondió Claudia, ya con un poco más de aire. En ese momento noté su debilidad, por lo que la agarré de su brazo derecho y la acompañé hasta el baño. Andrea le alcanzó un pijama cómodo y luego se dirigió a la cocina a preparar unos fideos con salsa. Fui detrás de ella y me senté en el desayunoador. Mientras cocinaba, ninguno de los dos emitió una palabra. Fue el silencio del desahogo.

Luego de unos cuarenta minutos, escuchamos sus pasos. Extrañamente en ella, venía con el pelo suelto y mojado. Ahora sí, bajo el halo del tubo lumínico que se ubicaba sobre la mesa, se le notaba la cara demacrada.

“¿Te duele algo?”, le preguntó Andrea. Con su brazo derecho, se arremangó el izquierdo. Y luego viceversa. Los moretones eran visibles, sobre todo cerca de los hombros. “Me zamarreaban porque me negaba a contestar. Pero no hubo mucho más que ello. Ahora que lo pienso, creo que la saqué barata”, continuó con un dejo de rabia y resignación.

“¿Qué te decían? ¿Por qué te secuestraron?”, le pregunté mientras nos sentábamos alrededor de la mesa y Andrea traía algo de pan para acompañar las pastas. “Me dijeron que hacía rato me tenían ‘en la mira’, que mis clases gustaban y ya se estaba corriendo la bolilla en otros barrios de gente que me comenzaba a seguir. Porque no solo aprendía; sino que, además, se daban cuenta que podían pensar, reflexionar, ver más allá. Y eso era lo peligroso”. Sus ojos vidriosos reflejaban ese orgullo, esa seguridad propia que le decía que había estado en el camino correcto.

“Varias veces me dijeron que no tenían nada contra mí persona. Pero que, con mi secuestro, que lo iban a hacer difundir, iban a evitar que otro quisiera tomar mi lugar. No quieren que se reproduzca la ‘semilla de la subversión’. Es más, me ofrecieron un cargo en el próximo gobierno si me animaba a cooperar con ellos. No querían

que cambie mucho el discurso, sino la gente se iba a dar cuenta. Simplemente que baje el nivel de intensidad, que diversifique las culpabilidades, que ataque al sistema sin dar nombres propios o de partidos políticos. En fin, una locura. Lo peor de todo es que estos fascistas están seguros que van a ganar”, continuó antes de probar el primer bocado.

“No contestaba nada, no quería decir nada que pudiera implicar a terceros: compañeros, miembros de otras ONGs, colaboradores. Además, por supuesto les dije que no me interesaba nada que tenga que ver ellos. No tenía miedo a que me maten; lo pudieron haber hecho desde el principio, pero seguramente no era el objetivo. Es más, mi asesinato podría haber sido, en un momento previo a las elecciones, contraproducente para sus aspiraciones. Esperé entonces que algo pasara; tenía esperanzas que me buscarían e intentarían negociar. Y, finalmente, hace unas horas me dijeron “te rescató un pez gordo. Pero la próxima vez, no te salva nadie””, concluyó.

Le conté la historia de su rescate. Me escuchó atentamente. Luego de que concluí, se paró y vino hacia mí. “Estoy orgullosa de vos. Siempre supe que eras especial. Hoy lo demostraste. Te amo con toda mi alma”, me susurraba al oído mientras me besaba nuevamente. Andrea se acercó y los tres nos fundimos en un abrazo. Estábamos juntos, felices de estar bien. Eso era lo importante. Al menos, por esta noche.

“Me voy a acostar. Mañana, Andrea, quiero que hablemos bien qué vamos a hacer de aquí en más. Javi, te pido que vayas a la escuela, que intentes volver a tu vida normal. Mañana lo voy a llamar al padre de Dani para agradecerle, y ver cómo le puedo devolver el dinero. Es mucho y, aunque estaré eternamente agradecida, siento que debo darle cada uno de los dólares que puso para mi liberación”.

Mientras Andrea levantaba la mesa, con Claudia nos fuimos a nuestras habitaciones. Antes de dormir, me contacté con Juli. Le dije que mamá ya estaba en casa y que, mañana, aunque no tuviera nada

de ganas, iba a ir a la escuela por pedido explícito de ella. Que nos veíamos allá y seguiríamos charlando.

También le envié un mensaje a Dani agradeciéndole una vez más, pero no me contestó. Por ahí ya estaba durmiendo. Seguramente lo vería en la escuela y le podría expresar una vez más cuanto lo quería. Lo sabía, pero siempre es bueno reafirmarlo. Dani era, definitivamente, mi mejor amigo. Mi gran amigo.

No quería levantarme, pero hice un esfuerzo. El desgaste emocional había sido enorme. El trabajo ya estaba hecho y el objetivo cumplido: mamá estaba en casa.

Igualmente estaba nervioso, y razones no me faltaban. Hacía menos de veinticuatro horas había sido testigo de un asesinato. Y no tenía claro que derivaciones podría tener. Lo único positivo era que, por cada minuto que pasaba sin novedades, había menos chances de que con Juli estuviéramos involucrados.

Desayuné, me vestí, y agarré la mochila con dirección a la escuela. Ingresé con la mirada cabizbaja, con el objetivo de tratar de evitar saludar lo más que pudiera. No estaba de ánimo para hacer sociales, menos para contar de mi viaje a Paraná. Solo levanté la vista a unos metros del aula. Y estaba Juli allí, parada al lado de un ventanal que daba al patio central, mirando hacia afuera. Mientras me iba acercando me di cuenta que tenía su visión centrada en un punto fijo; lo extraño era que el mismo no decía nada, solo se vislumbraba el cielo nublado que escondía una tibia garúa.

Escuchó mis pasos y giró la cabeza. Me miró. No se la notaba bien. “Hola Javi”, me dijo con un gesto adusto que era inamovible. “Hola Juli”, le respondí mientras me acercaba lentamente a ella. La abracé y noté que estaba temblando. “Quedate tranquila Juli, todo va a estar bien. Te prometo que no nos va a pasar nada, yo te voy a cuidar”. Entonces no pudo aguantarse más y se le cayeron unas lágrimas. “Me alegro mucho lo de tu mamá, espero que esté bien. Pero estoy muy angustiada, tengo mucho miedo”.

Mientras la agarraba suavemente con mis dos manos en su cuello, la miré fijamente a los ojos: “Mira Juli, con excepción de los asesinatos, no había nadie en ese momento. En esa zona tampoco hay cámaras. Y el temor a hablar debe ser la norma y no la excepción en el barrio. Salvo que sea un líder comunitario de enorme relevancia, o haya algún interés puntual de alguna agrupación política en Ramón, seguramente todo va a quedar en la nada”.

Recién en ese momento sentí que su piel se relajaba. “Ahora quédate tranquila. Vamos a clase y, en el recreo, salimos a comprar algo para tomar y te cuento que pasó con Claudia. Por lo del asesinato, sigamos como hasta ahora. No decimos nada de nada a absolutamente nadie. Si en unos días no pasa nada, o sea no sale en los medios, listo, lo guardamos para siempre en el ‘baúl de los malos recuerdos’, como dice Andrea”.

No era fácil mantener el secreto y tratar de olvidar, pero teníamos que hacerlo por nuestra seguridad. Estaba seguro que no era el único asesinato que hubo; más bien, estoy seguro de que es más habitual de lo que se piensa. Y como no es relevante o no genera cambios en el estatus-quo, ‘todo pasa’ como hubiera dicho el ex presidente de la Asociación del Fútbol Argentino durante varias décadas, Julio Grondona.

Ese día transcurrió a una velocidad inusitada para lo que había sido mi vida hasta hacía cuarenta y ocho horas. Ninguno de los dos podía concentrarse en las clases. Juli estaba muy preocupada; por momentos veía que se le caían algunas lágrimas, por lo que la tomaba de la mano para que se tranquilizara. La invité a comer, y la abracé varias veces durante la jornada escolar. Yo estaba un poco más tranquilo: había intercambiado mensajes con Claudia; estaba bien y descansando. Mamá había vuelto y eso era lo fundamental.

Cuando llegué a casa, a eso de las cinco de la tarde, Claudia y Andrea estaban hablando en el sillón. Se notaba que no era una charla distendida; más aún, cuando me vieron entrar me di cuenta que

cambiaron de tema rápidamente.

“¿Pudiste comunicarte con el papá de Dani?”, le pregunté en voz alta a Claudia desde el living, mientras Andrea, queriendo escapar de la incómoda situación, se retiraba a la cocina: “Mi amor, te voy a preparar un tostado de jamón y queso con un café con leche en la cocina”. Luego tomó rápidamente la palabra Claudia: “Sabés que lo llamé un par de veces; hasta le dejé un mensaje en el celular, pero no me respondió. Debe de estar muy ocupado. Tampoco Graciela. En fin, llamaré a la noche y, sino, mañana volveré a intentar”.

En ese momento me acordé que Dani no apareció en la escuela. Tampoco me mensajeó. Decidí no molestarlo; bastante habíamos tenido todos estos días. Esperaba que al día siguiente fuera a la escuela y pudiéramos hablar más tranquilos. Me pugué una ducha y me puse a ver las distintas redes sociales: quería saber si en algún lado salía algo del ‘asesinato en la villa’. Pero nada. Como si a Ramón se lo hubiera tragado la tierra. Una más de las vidas que no valen nada.

Era claro que vivíamos una época donde se observaba una ‘abolição progresiva de todo cimiento común’: Una atomización de los sujetos que son incapaces de anudar entre ellos lazos constructivos y duraderos; solo prevalecen reivindicaciones prioritariamente plegadas sobre las propias biografías y condiciones. Solo importa el salvarse uno mismo.

A las nueve me avisó Andrea que estaba lista la cena. Ambas estaban de buen ánimo. Quería saber de qué estaban hablando tan seriamente a la tarde; también cómo pensaba seguir Claudia con su vida laboral. Pero era todo demasiado reciente; preferí dejarlo pasar y hablarlo más adelante. Era un momento para distendernos y aprovechar que la familia estaba reunida nuevamente.

Disfrutamos mucho de los canelones rellenos con salsa mixta, amasados como siempre con gran esmero por Andrea. Ellas además saborearon un vino blanco que habían traído de un viaje por la región de Cuyo. De postre abrimos una lata de duraznos. Por supuesto,

no podía faltar el dulce de leche preferido de Claudia. Sin él, no había duraznos que valgan la pena.

Apenas terminamos, me despedí hasta el otro día y fui a la habitación a descansar. Antes de sentar definitivamente la cabeza en la almohada, le escribí a Juli para ver cómo estaba. “Sigo triste”, me respondió a los pocos minutos. Habíamos quedado que nada comprometedor relacionado al asesinato debía quedar grabado en el celular. De ningún modo.

“Quedate tranquila, te voy a cuidar. Te amo”. Con esas palabras, en el contexto frío de la distancia tecnológica, me despedí hasta el día siguiente. No será el momento ni la forma ideal de expresar lo que siento, pero fue la forma en que me salió.

Mis ojos se clavaron en el teléfono esperando su respuesta. La pantalla me marcaba que escribía, pero luego se frenaba. Fueron segundos, pero parecieron una eternidad de idas y venidas sobre una contestación que, aunque pueda parecer tonta e inocua para cualquier ser racional, era muy importante para un adolescente enamorado.

“Gracias”, fue su única palabra. En otro contexto me hubiera sentido mal, como si hubiera habido una distancia que denotaba falta de afecto recíproco. Pero entendí el momento que estaba pasando ella. Es difícil, cuando uno tiene un dilema muy importante, poder ocuparse de otros problemas. Y estoy de acuerdo con ello. Hay que resolver primero lo relevante para después, ya con mayor tiempo y tranquilidad, ocuparse del resto de los temas que surgen en la vida cotidiana. Incluido el amor.

Estaba bastante cansado y me costó despertarme. Llegué tarde a clase. Para mi sorpresa, no estaban ni Juli ni Dani. “Estoy muy estresada, preferí quedarme en casa”, respondió Juli a mi mensaje durante el recreo. De Dani no tuve respuestas. Y ya me estaba preocupando. A la salida de la escuela iría para su casa.

Me tomé un colectivo para llegar más rápido. Me estaba impa-

cientando: ya había pasado mucho tiempo sin hablar, sobre todo después de todo lo que habíamos vivido los últimos días, y lo que su familia había hecho por la mía. ¿Se habrá enojado por algo? ¿Estará bien? En el colectivo pensé que por ahí primero debería haberles preguntado a los padres si podía ir. Pero ya demasiado los había molestado. En fin, me encontraba solamente a unas paradas de su casa y lo iba a averiguar por mi cuenta.

Toqué el timbre y me atendió Marta, la empleada doméstica con cama que tenían hacía muchos años, por lo que me conocía desde chico. “Hola Javi, pasá”, me dijo apenas abrió la puerta. Marta había nacido en Merlo, en lo profundo del conurbano bonaerense. Con una madre soltera que la crio como pudo, Dani me contó que había conocido al padre de sus hijos de muy joven. Aunque su marido nunca trabajó, no se separó de él hasta que falleció hacía unos años. Y ella, con su trabajo en casas de familia – a veces con mayor frecuencia, otras con penosa alternancia – pudo alimentar y educar como pudo a sus tres hijos.

Ahora están grandes, pero ella sigue trabajando para ayudarlos, colaborando con sus familias. Cuando iba a visitar a Javi y nos quedábamos jugando con las computadoras en el living, la escuchaba quejarse cuando hablaba con Graciela en la cocina: “Está difícil, el mayor no consigue empleo” o “la del medio cobra la mitad en negro en el local de ropa”. Su realidad, no difería de lo que me contaba en muchas oportunidades Claudia, cuando volvía de realizar sus labores sociales: “La gente está cansada, aturdida, desganada”, solía decirme. Un ejemplo más de la pérdida de voluntad en manos de la pobreza y el hambre; lo cual conlleva, invariablemente, a un círculo perverso de rendición del cual se vuelve casi imposible salir.

Siempre con una sonrisa, esta vez la noté a Marta más seria que de costumbre. “Ayer estuvo todo el día en la cama. A la noche, cuando subí a la habitación para ver si necesitaba algo, me dijo que no, que mañana se iba a quedar en la casa, que estaba cansado. Que se

había llevado unos snacks, unas galletitas y un par de bebidas para tomar. A los padres les dijo que no lo molestaran, que estaba medio deprimido por todo lo que había pasado, y que quería estar, al menos, un día más en casa”.

Entonces se dio cuenta que mi silencio denotaba una necesidad de más información, entremezclada con un guiño de ella en términos de cómo proceder: “Lo otro que te puedo decir Javi es que Graciela llevó a la hermana a la escuela y después se iba a hacer unas compras, para más tarde ir al gimnasio. Y Benjamín salió bien temprano a trabajar. Desde entonces, no se escuchó ni un murmullo. No sé qué más decirte. Y, la verdad, que tampoco sé si molestarlo a Dani, preguntarle como está. No quiero que se enoje, ya que pidió explícitamente descansar”.

“Gracias Marta por la información. Si no te molesta, voy a la habitación y trato de hablar con él. Seguro me va a dejar entrar”. No muy convencida, asintió con su cabeza. Entendía perfectamente su incomodad, por eso valoraba más aún su confianza.

Subí las escaleras y me paré frente a su cuarto. Golpee la puerta dos veces. Esperé, y nada. Luego volví a golpear, esta vez un poco más fuerte. Nada. “Dani, soy yo Javi, ¿Estás bien? ¿Puedo pasar?”, hablé con tono vehemente. Pero no hubo respuesta. ¿Le debo preguntar a Marta si le parece apropiado que entre sin haber recibido su permiso? Mejor no, no tiene sentido arriesgarme a una respuesta negativa.

Giré el picaporte suavemente. Parecía ser que se encontraba trabado. Sin embargo, yo sabía que su puerta no tenía llave. Entonces decidí empujar un poco, y vi que la puerta cedía. Mis dos brazos se plegaron para tomar envión y hacer más fuerza. La puerta se abrió después que los obstáculos se apartaran.

Cuando miré hacia abajo, me encontré su mesa de luz, la cual había caído de costado hacia la derecha. Del lado izquierdo, se encontraba su velador en el piso, con la lámpara rota en varios pedazos.

Me lamenté de la situación. Pero peor, fue cuando levanté la mirada.

Daniel se encontraba boca abajo, con medio cuerpo afuera de la cama de forma horizontal, y el brazo derecho ensangrentado, con sus dedos morados tocando la alfombra del piso. Alrededor de su cama, jeringas y un frasco con un sinnúmero de pastillas desparrahadas en varios sectores de la habitación.

“Dani, ¡Qué te pasa! ¡Levántate por favor!” No reaccionaba. “¡¡Marta, llama urgente a Emergencias Médicas! ¡Daniel está inconsciente!” le grité desesperadamente desde la habitación. Mientras ella se intentaba comunicar con el teléfono de urgencias que tenía pegado en la heladera, yo me encargué de enviarle mensajes simultáneos a Graciela y Benjamín.

No quería tocarlo – había escuchado varias veces que si uno no sabe mejor es no ‘invadir físicamente’ a una persona herida -, tampoco sabía nada de técnicas de reanimación, y el miedo me paralizaba. Ni un vaso de agua me animé a darle por miedo a provocarle algún traumatismo en el cuello.

Visiblemente agitada luego de subir corriendo las escaleras, Marta me avisó que estaban viniendo. “Marta, ¿te parece que vos esperes en la puerta y yo me quede con él? ¡No sé qué más hacer!” “Bueno Javi, cualquier cosa grítame”, me dijo antes de bajar lo más rápido que pudo, agarrándose con fuerza de la baranda con su mano izquierda para balancear su renga de la pierna derecha. En ese momento me llamó Graciela, desesperada: “Javier, ya estoy yendo, quedate con él por favor, y apenas sepas algo avísame”.

Apenas corté con Graciela, escuché la sirena, con un sonido que se tornaba cada más intenso a medida que la ambulancia se acercaba. Me asomé por la puerta y vi ingresar una mujer joven, rubia de rulos, con un ambo blanco. Atrás la seguía un hombre morocho, de gran porte físico, con un ambo verde.

“Hola, soy la médica, ¿dónde está el joven?”. “Acá doctora”, le dije desde arriba. Torcí mi cuerpo y señalé la pieza con mi mano

derecha. Luego de mirar hacia donde me encontraba, se asomó unos segundos adentrándose unos metros en el living, como evaluando el estado situacional de la casa. Creo que al observar que todo se encontraba ‘en orden’, subió ligeramente a la habitación. Se arrodilló al lado de Dani, mientras yo, desde atrás, observaba atentamente lo que estaba por hacer.

Lo auscultó, le tomó el pulso y le realizó el resto de las maniobras de primeros auxilios. “¿Sabés cuanto consumió de todo esto? Este pibe está pasado, ya lo tenemos que llevar al hospital”, me preguntó con inusitada displicencia, sobre todo estando Dani en una situación tan crítica. Su normalización se debe seguramente a que debe ser recurrente tener que atender a jóvenes en este estado deplorable.

“No lo sé doctora, lo encontré así”. “Ok, por ahora está vivo, pero está muy comprometido. Esperemos que con un lavaje se pueda salvar”. El camillero se dispuso a subir las escaleras, para luego cargárselo en sus brazos con sumo cuidado. Al bajar me pidió ayuda para atarlo a la camilla. Posteriormente lo llevó a la ambulancia. “Marta, me voy al Hospital Rivadavia. En el camino les mando un mensaje a Graciela y Benjamín. Te doy mi número de teléfono celular, cualquier cosa escribíme o llamame”.

No tardamos veinte minutos en llegar a la guardia. Había un camillero y un médico esperándonos. Lo bajaron rápidamente, luego ingresaron a un ascensor que se encontraba a pocos metros de la entrada, y no los vi más. “Mirá, por lo que me contás fueron seguro al tercer piso para reanimarlo. Terapia intensiva se encuentra al lado. Te sugiero que esperes un poco y en un rato – no sé, más o menos media hora – subas a preguntar”, me contestó, detrás de un vidrio semiabierto, una empleada administrativa del sector de ‘ingresos’.

Crucé la avenida y entré en un bar, esos de los de antes, con hombres maduros y robustos del otro lado del mostrador que te ofrecían la carta ‘cantada’. La verdad que no tenía ganas de nada, pero como no había probado bocado desde el mediodía, le pedí un café con

leche y un sándwich de pollo ‘de la casa’.

Apenas me ubiqué en una mesa, les escribí a los padres de Dani donde me encontraba, y a Juli sobre lo que había pasado con Dani. “Ya estamos llegando al hospital”, me escribió Graciela. Efectivamente, no pasaron tres minutos cuando ingresaron ambos por la puerta del bar.

Les conté rápidamente lo que había ocurrido, intentado transmitirle cierta tranquilidad con respecto a que lo encontraron vivo; y, que eso, tal como me transcribió la médica, era esperanzador siendo un muchacho tan joven. Por supuesto, no les dije nada sobre el escenario situacional en el cual encontré los narcóticos desparramados en la habitación de su hijo.

“Desde hace un tiempo lo veíamos medio caído, con cambios de humor repentinos. Pensamos que podrían ser propios de la edad, por eso no le dimos mucha relevancia”, me explicaba Graciela, con cierta inconsistencia en la fluidez verbal, mellada justamente por la angustia y el llanto. “Voy al hospital, ¿a dónde tengo que ir Javi?”, me preguntó Benjamín, quien se había quedado parado escuchando atentamente y en silencio lo conversado, mientras movía nerviosamente sus brazos y piernas.

Una vez que le contesté, salió raudamente por la puerta y cruzó la avenida entre los pocos vehículos que circulaban, sin esperar que cortara el semáforo. Graciela se encontraba cabizbaja, secándose permanentemente las lágrimas con su pañuelo de flores grisáceo. No sabía si interrumpir el profundo silencio, pero entendí que, aunque ella se encontraba ‘con la guardia baja’, este era el momento adecuado para que saliera a la luz la compleja situación.

El amor y el cariño es eso también: no solamente estar en las buenas, en las fiestas, en el disfrute. Sino, justamente, todo lo contrario. Es dar esa mano en los malos momentos, en las situaciones de angustia, cuando sentís que el mundo se te viene abajo.

En este caso, en un momento de tanto dolor, con tanto miedo,

los padres deben conocer absolutamente todo para tomar conciencia del flagelo que vive su hijo con las drogas. Porque, además, y ojalá Dani se recupere lo más pronto posible – y no le pido a Dios porque no creo en su existencia (y aunque creyera mis madres tampoco me dejarían) -, cuanto antes se actúe seguramente habrá más posibilidades de pueda salir de este infierno. Dilatar el tema solo los haría perder tiempo: ya tenían que comenzar a pensar en una solución para su hijo.

Antes que comenzara mi sincero discurso, entre descriptivo y moralista, ingresó Benjamín al bar: “Por suerte los signos vitales están estables, creen que mejorará. Me tranquilizaron bastante”. Se fundieron en un fuerte abrazo con Graciela, mientras yo los observaba ya más relajado. Por primera vez desde que lo vi tirado en el piso, sentí que el peligro había pasado.

“Sentate Benjamín, tenemos que hablar, Javi nos quiere contar algo”, le dijo Graciela mirándolo a los ojos. Él acercó la silla a la mesa y, mientras se sentaba, ella le agarró su mano izquierda. Entonces comenzó mi relato: desde lo que ocurrió en el viaje a Paraná, hasta el escenario dantesco que encontré cuando ingresé a su habitación.

Al principio ambos me miraban a los ojos. Posteriormente, más o menos a la mitad del relato, Benjamín bajó sus ojos, cerró su puño izquierdo que se encontraba apoyado sobre la mesa, y comenzó a menear la cabeza con cierta frecuencia; parecía expresar bronca, como intentando buscar una responsabilidad por la situación que atravesaba su hijo.

“Tenemos que hacer algo, esto no puede volver a pasar”, fueron las únicas palabras que dijo Graciela. Por su parte, a Benjamín ya se lo notaba visiblemente desbordado. “Vamos Graciela. Vos Javi ya hiciste demasiado. Andá a tu casa, nosotros te avisamos cualquier novedad. Te agradecemos mucho todo lo que hiciste”.

Asentí con la cabeza: “Perfecto. Cuenten conmigo para lo que

necesiten. Me voy a casa a descansar, pero voy a estar atento al teléfono. Por favor, envíenme un mensaje apenas sepan algo”. Graciela esbozó una mueca de sonrisa y apoyo su brazo en mi hombro. Benjamín ya había salido del bar.

Preferí caminar. Eran unas treinta y cinco cuadras hasta mi casa, pero necesitaba tomar aire, tranquilizarme, y poder pensar como seguir mi vida de aquí en más. No podía apreciar la arboleda, los locales, la gente que caminaba sin rumbo fijo: miraba al frente y al cielo, intercaladamente, buscando respuestas trascendentales que excedieran la coyuntura, el momento.

Lo que más quería era estar con Juli. Aunque también pensaba en el bienestar de mi familia - y por supuesto que Dani se recupere pronto -, el amor podía más. Y el corazón, en este primer momento de distención después de varios días de mucha tensión, me latía fuerte. Entonces la extrañaba, aunque no habían pasado horas de haberla visto. Sentí que tenía que decírselo ahora, que no podía esperar.

Le envié un mensaje; primero contándole como seguía Dani, y luego todo lo que sentía por ella. No quería reprimir más mis sentimientos. Creo que todo lo que pasó me ayudó a reflexionar sobre la importancia del hoy, de no dejar nada para mañana. Y así quería vivir de aquí en más.

Entré a casa y no había nadie en el living. Me quité el buzo y las zapatillas, y me dirigí a la cocina para servirme un vaso de gaseosa. Miré el celular, pero Juli todavía no me había respondido. No me quise psicopatear; seguramente estaba ocupada, ya me contestaría más tarde. Fui al cuarto de Claudia y Andrea. “ ¡Mamis llegué!, ¿cómo están? ¿Hay algo para picar?”, les hablé al observar el resplandor de la luz encendida por debajo de la puerta. “Ya vamos, esperanos en la cocina”, me respondió Andrea.

Mientras me acomodaba en una de las sillas, vi el mensaje de Juli. “Espero que Dani se recupere pronto. Y yo también te extraño”. In-

defectiblemente, me sacó una sonrisa; después de tantos sinsabores, sentía un reconfortar en mi alma. Al levantar la vista, observé que venían las dos juntas, ambas con el pijama puesto. Evidentemente, estaban listas para acostarse a dormir una siesta. Pero se levantaron para charlar – y atender - a su amado hijo.

“¿Qué te gustaría mi amor?”, me dijo Claudia mientras se acercaba a la heladera. Andrea se sentó a mi lado y me miró fijamente. “Lo que haya ma, lo único que sea bastante, porque me agarró apetito de la caminata desde el hospital”.

Mientras Claudia preparaba algunas tostadas con dulce de leche, les conté lo que había pasado con Dani. “Pobre Dani, ojalá pueda mejorarse”, fue lo único que atinó a decir Andrea. Pero no me dieron mucha bolilla. Extraño en ellas: eran muy receptivas no solo con las temáticas sociales colectivas, sino también en ayudar específicamente a las personas cuando tenían algún problema personal.

“Javi, queremos hablar con vos”, prosiguió Andrea al verme finalizar el último bocado. Me agarró algo de escozor. Ahora entendía su indiferencia con respecto a la situación de Dani. Cuando giré la cabeza, noté que sus pupilas brillaban más de lo normal. Se hizo un silencio. Volví a mirar a Claudia, quien se encontraba limpiando con simbiótica frecuencia una olla, pero no emitía palabra. “¿Qué pasa?”, continué con voz tenue, nerviosa, titubeante.

Claudia apoyó la olla en la mesada, se secó con un repasador y apoyó ambas manos en la mesada. Solo tardó un par de segundos para levantar la vista hacia los azulejos pardos, al tiempo que realizaba un corto suspiro: “Te tenemos que decir algo; es difícil, pero preferimos que lo sepas ahora y no dilatarlo más. Desde que volví estuvimos hablando con Andrea y tomamos una decisión. Nos vamos”. “¿A dónde nos vamos?” respondí exhorto. “Nos vamos del país, hacia el este. Lejos de los capitalismos salvajes y hambreadores. Nuestro destino será China”.

Entonces me miró a los ojos. Y luego prosiguió: “El Partido Na-

cional socialista Libertario va a ganar las elecciones. Es un hecho; ya arreglaron con la centro-derecha para darles ministerios y presupuesto. Por supuesto, también hicieron alianzas con todas las agrupaciones que descaradamente dicen ser ‘republicanas’ y no lo son; o sea, nazis y fascistas dispuestos a perseguir a todo lo que sea, se parezca, o huela a izquierda. Y después de lo que pasé, no quiero que lo volvamos a vivir nunca más. Pero, por sobre todo, lo hacemos por vos. Esta gente está dispuesta a hacer cualquier cosa, y lo último que quisiera en el mundo es verte sufrir o que te pudieran hacer daño”.

Estaba desolado. Agaché la mirada, tratando de encontrar alguna respuesta. ¿Por qué me había pasado esto? ¿Por qué tenía que cambiar mi vida? No era perfecta, pero me sentía conforme, feliz. Además, ahora la tenía a Juli. Y a Dani. Irnos a otro país me desarmaría. Mi cara comenzó a denotar una indisimulable angustia. Mis párpados se opacaron, mis labios decayeron. Mi silencio derramaba tristeza.

Al verme así, Claudia inmediatamente se sentó a mi derecha y me agarró la mano, mientras Andrea me abrazó desde mi espalda. “Te lo quiero volver a explicar con tranquilidad. En relaciones internacionales, como ciencia social que es, todas las razones de avance y conquista, por poder y riqueza como ha sido siempre, son válidas. De un lado, se encuentran Estados Unidos, Reino Unido, la OTAN; lo que sería el ‘mundo occidental’. Del otro Rusia, China y sus respectivos aliados. De este último es lado es del cual queremos estar”.

Entonces tomó la palabra Andrea: “Queremos que lo entiendas: esto es algo que nos excede. Así está el mundo hoy, con una foto que no es nueva; más bien es una película que se fue pergeñando desde principios de este siglo XXI, y que sepultó el ‘fin de la historia’ de la hegemonía imperial estadounidense. Es la consolidación de un mix entre el realismo clásico y la interdependencia compleja”. La verdad, no quería escuchar más nada. No me interesaba el sistema global, las ideas revolucionarias. No aguanté más y me largué a llorar.

Los abrazos y las caricias de mis madres recién hicieron efecto después de cinco minutos, cuando me pude tranquilizar. Entonces pregunté cuando nos íbamos. “Las elecciones son el mes que viene, pero nos vamos antes seguro. Estamos terminando de arreglar cuándo y cómo; cuando lo tengamos bien en claro, te lo vamos a decir unos días antes. Por otro lado, a partir de mañana, Claudia ya no va a ir más al barrio, y yo voy a pedir licencia médica por un mes para no volver al trabajo. Ojo, queremos ser claras con vos: nadie tiene que saber nuestros pasos. Es peligroso”, me respondió con firmeza Andrea.

“¿Y qué voy a hacer con Juli?”, les hablé con una voz entrecortada por las lágrimas. Se quedaron en silencio. Se miraron. Me miraron. “¿Qué pasa con Julieta?”, preguntó asombrada Claudia. “Estoy enamorado de ella”. Otra vez el silencio, sus caras de sorpresa. Claudia comenzó a girar su cabeza en diversas direcciones. Andrea apoyó ambas manos en su mentón. No había respuestas. No sabían que decirme.

Si hay algo que estaba por encima de la política, la ideología o la religión, era el respeto al amor, la pasión. En cualquiera de sus formas. Y eso me lo habían inculcado ellas mismas. Entonces me vino a la mente Alfredo, el proyeccionista del film ‘Cinema Paradiso’, que termina realizando para ‘Toto’, el protagonista, un montaje sobre todas las escenas románticas que el sacerdote de aquel pequeño pueblo italiano había ordenado eliminar de las películas luego de la Segunda Guerra Mundial.

Al no haber respuestas, agarré un jean, una remera y el buzo, y me volví a calzar las zapatillas sin decir una palabra. “¿A dónde vas?”, me preguntó Andrea. “Preparé además una torta de crema y manzana como te gusta Javi”, prosiguió inmediatamente Claudia. La torta podía esperar. Mi necesidad de ver a Juli, no.

Decidí ir caminando. Estaba enojado, afligido. ¿Por qué me pasaba esto a mí? ¿Qué había hecho? Nada. Maldecía la política, las

ideas, las peleas por poder, por querer conquistar el mundo; por qué querer ser más y más rico implicaba pisar cabezas, destruir al otro. ¿Y en qué escala quedaba el amor?

Recordé entonces mis clases de sociología y las palabras de Edgar Morín, quien ofrecía una respuesta más que razonable cuando sostenía que la filosofía fundamental del desarrollo actual supone que el hombre es sólo el *homo economicus*, un hombre mutilado que sólo vive para la utilidad material. Un hombre cuya visión superadora ignora la pasión, el amor, el odio, la poesía, el sentido estético que tiene la vida humana. Por ende, toda la destrucción vivenciada a lo largo de los últimos siglos era producto de un modelo individualista sin ética, con personas que no se sienten ni responsables, ni solidarios, con su comunidad.

Toqué el timbre del portero y me atendió Adriana, su madre. “¿Querés subir Javi?” “No, gracias Adriana, ¿le puede decir a Juli que bajé?”, le respondí. Me di media vuelta y observé las copas de los árboles moverse al compás de una suave brisa. Los pocos automóviles que pasaban aminoraban la velocidad en la loma de burro que se encontraba casi en la esquina, la cual había sido puesta hace algunos años después de un accidente en el cual falleció una niña y una señora mayor.

Escuché el sonido de las llaves. Me di media vuelta y ahí estaba ella, mi princesa. Con un short, una remera estampada y unas pantuflas rosas que ya le quedaban algo cortas. Le di un fuerte abrazo, esos de los cuales uno no quiere soltarse por nada del mundo.

“¿Qué te pasa Javi, estás bien?”, me dijo sorprendida. “No Juli, no estoy bien”. Y me largué a llorar. “¿Te pasó algo? ¿Tiene que ver con lo de tu mamá? ¿Con lo que vimos? ¿Con Dani?”, insistió preocupada sosteniendo mis hombros. “No Juli, tiene que ver con nosotros”. Y mientras de a poco iba soltándola, me senté lentamente en la escalera de la entrada del edificio.

Ella se sentó a mi lado. “Mirá Juli, con todo lo que pasó y lo que

se viene, mis mamás decidieron que nos vayamos a China. Me dijeron que la situación en general se va a volver mucho peor de lo que estamos, y sobre todo para ellas por su militancia. Salimos antes de las elecciones”.

Nos largamos a llorar ambos. Nos abrazamos. No había palabras, solo mimos. Nos besamos profundamente. Luego de unos segundos, que parecieron eternos, lentamente fue alejando su boca. Entonces estalló de bronca. Extrañamente en ella, gritó desafortadamente algo que no pude entender. Luego calló. Y, sin volver a mediar palabra, se dio media vuelta. Con llave en mano, caminó con ligereza para ingresar al edificio. Ya no se dio vuelta antes de subir al ascensor.

La entendí perfectamente. Fue todo mucho, en muy poco tiempo. Hace solo unos días estábamos planeando disfrutar nuestras primeras vacaciones en Paraná; desde entonces, un ‘huracán’ pasó por nuestras vidas. Y ni ella ni yo tenemos edad, ‘espalda’, como para poder soportar tantas emociones, tantas tensiones, tanto peligro. No había nada más para hacer: me paré y comencé a caminar hacia mi casa.

Llegué y estaban Andrea y Claudia sentadas en los sillones. Ambas se levantaron al verme ingresar, y me abrazaron fuertemente. “Todo va a estar bien Javi, todo se va a solucionar. Trataremos de hacer lo imposible para que no cortes tus vínculos más importantes. No quiero ser repetitiva, pero te lo vuelvo a decir: queremos que seas feliz, pero tenés que entender que ahora nuestras vidas corren serio peligro”, dijo Claudia.

No dije ni una palabra. Luego de que me soltaran lentamente, me dirigí a mi habitación. Me saqué la ropa y me acosté en la cama. “¿Juli, estás bien?”, le escribí en un mensaje de texto. Después de cinco minutos sin respuesta, le envié otro mensaje pidiéndole por favor que me respondiera, que estaba preocupado por ella. Nada. “Te amo”, fueron mis últimas palabras luego de una hora de espera en vano.

El anochecer acaecía con algunas gotas aisladas. No tenía fuerzas de nada. Me quedé acurrucado, como un niño necesitado de afecto. Temblaba; estaba nervioso, histérico, diría. Sin embargo, aunque me costaba razonar y reflexionar, lo único que tenía claro es que no podía dejarme caer. Esto recién empezaba. Entonces puse la mente en blanco y traté de no pensar en nada. Y luego de un largo rato – no se cuenta porque había perdido la percepción temporal –, me quedé dormido.

Recién me levanté al otro día. No quería ir a la escuela; y creo que mis madres, sin siquiera preguntarme, lo habían entendido del mismo modo y me dejaron seguir durmiendo. De Juli no tenía noticias. Mientras me lavaba la cara y los dientes, escuché el aviso de un mensaje. Salí corriendo hacia la habitación. Agarré el teléfono. Era Graciela: “Por suerte Dani ya está bien, tuvo una recuperación record. En un rato vamos para casa”.

Me sacó la primera sonrisa después de un largo tiempo: Dani iba a salir. Y estaba seguro de que se iba a recuperar. “¿Te molesta Graciela que lo vaya a visitar?”, le escribí compulsivamente. En seguida me respondió: “No hay problema, venite a almorzar si querés. Dani va a estar feliz de verte”.

Luego de ponerme ropa cómoda, me dirigí hacia la cocina. “Claudia se fue a hacer unas compras. ¿Cómo estás mi amor?”, me preguntó Andrea acariciándome la cabeza. “Un poco mejor mamá. Me voy a lo de Dani que por suerte ya está mejor. ¿Te parece que hablemos lo de China cuando vuelva? Quiero saber cómo nos vamos a manejar hasta el viaje y, sobre todo, que vamos a hacer allá”.

“Por supuesto Javi” me respondió rápidamente, mientras me preparaba un café con leche con unas tostadas untadas con queso crema. No tardé diez minutos en terminar mi desayuno, agarrar una botella térmica con agua bien fría, y cruzar la puerta de calle.

Al llegar a su casa, Graciela me recibió calurosamente con un fuerte abrazo; un símbolo claro de agradecimiento. Quien dice, si no

hubiera llegado a tiempo aquella tarde, si su hijo estaría vivo. “Dani te espera en su cuarto. Si te parece, además porque él no se puede mover mucho, más cerca del mediodía les llevo unas hamburguesas con papas fritas a la habitación”. Le agradecí y subí por las escaleras. La habitación se encontraba cerrada. “¡Pasa Javi!”, me gritó Dani apenas sintió mi suave golpe sobre la puerta.

Estaba acostado en la cama. Se lo veía cansado, con la cara algo demacrada, todavía empalidecida. Me estiró sus brazos – los cuales habían enflaquecido notablemente en solo unos días – para que nos saludemos. “Gracias Javi, me salvaste”, fueron sus primeras palabras. “No hice nada que vos no hubieras hecho Dani. Sos mi mejor amigo y haría cualquier cosa por vos”, le respondí con una sonrisa. “Ahora que estás mejor, en tu casa, te pido que reflexiones. No sé qué está pasando por tu cabeza, pero tenés que dejar las drogas. Casi te matan. Te lo pido por favor”, continué.

Se incorporó para sentarse, apoyándose con sus dos manos sobre el colchón. “Se me fue de las manos. Comenzó con una forma de escaparme, un divertimento, algo que podía controlar. Después me gustó; es adictivo y lo voy a poder a controlar, pensé. Pero evidentemente, me equivoqué; mis viejos hablaron conmigo hoy a la mañana. Voy a tener que cambiar; no tengo opción”.

Entonces pensé en las ‘culpabilidades cruzadas’: Dani se equivocó, pero los padres tampoco ‘la vieron venir’. Entiendo que Benjamín tiene responsabilidades; es más, en ese momento no estaba en la casa, así que seguro se había ido a trabajar. Mis madres siempre me dicen: de los hijos hay que ocuparse; y cuando hay un problema, hay que estar presente hasta que se solucione. Son una obligación, un compromiso eterno, guste o no guste.

Ahora bien, si entendemos que la vida en el mundo actual está lejos de ser sencilla, y además las complejidades sociales no pueden ser atendidas por un Estado que no da respuestas, es hasta lógico que se haya dejado a las familias las responsabilidades totales sobre su

descendencia.

En el caso de Dani, no había margen para la duda, ni para la dejadez. ‘Las revoluciones se producen en los callejones sin salida’ solían decir los subversivos de las ‘primaveras árabes’. Dani tenía que hacer, indefectiblemente, una revolución interna, cambiar su vida ciento ochenta grados. Y sus padres – y mi persona, dentro de mis posibilidades, por supuesto – teníamos que estar allí para ayudarlo.

“Viste que te conté que en estos últimos tiempos me había enganchado con un grupo de chicos que programan; son un estilo de hackers que dicen que quieren cambiar el sistema, aunque para mí solo quieren convertirse en millonarios de un día para el otro”, continuó mientras se reía. Hace tiempo no lo veía reírse de ese modo. “Si te gusta programar, dale para adelante. Si es algo sano, todos te apoyaremos”, le contesté agarrándole fuerte la mano.

Como estudiante siempre me llamó mucho la atención el mundo de los sistemas y el traspaso de información; me pareció una herramienta fundamental para con la posibilidad de cambio: es el poder de una comunidad y el flujo que circula en las mismas.

No me refiero a los que imaginaron que alguna vez el sujeto social de una potencial revolución estaría encarnado en jóvenes asociados a partir de afinidades algorítmicas. Nerds que habían aprendido las mañas de los poderosos y los podrían usar en su contra. Un grupo de usuarios de Internet que actuarían como una organización descentralizada que hubiera podido desafiar el estatus-quo.

Pero sí como fue en su momento al inicio de la primavera árabe – el más claro ejemplo fue Libia, a principios de la década de 2010 –, donde se había podido coordinar una acción en masa por parte de seres humanos que no tenían ningún contacto entre sí. Una acción descentralizada, un ataque sin centro visible, una especie de ‘guerra asimétrica’ en términos militares. Ciertas ‘grietas o poros’ donde los más desfavorecidos pudieron tener algún halo de revancha, aunque sea temporal. ‘Armas’ para instalar narrativas que, infructuosamente

lamentablemente, no pudieron mellar el statu-quo.

Hasta el día de hoy, la realidad indica que la tecnología conjugada con los medios de comunicación solo avaló la concentración del poder y la riqueza en pocas manos. ¿Será que la cohesión entre los usuarios que se vincularon para desafiar al poder de turno establecido hubiera debido ser mucho más fuerte que el “valor” de las acciones en sí mismo? Lo único que está claro es que, si algún grupo quiso ir contra el sistema en el último siglo, no lo ha logrado. Todos terminamos siendo parte del mismo poder autocrático que nos domina.

A las doce en punto Graciela nos trajo el almuerzo. Y, apenas finalizamos, Dani me dijo sino me molestaba irme, ya que estaba agotado y el cuerpo le pedía dormir. “No hay problema Dani, me alegro de verte bien. Solo te pido y te repito una cosa: nunca más drogas. Estamos al habla” le dije antes de despedirme con un fuerte abrazo.

Mientras bajaba las escaleras, observé que se acercaba Graciela. “Estaba esperando que terminaran Javi, quería hablar con vos antes de que te fueras”. “No hay problema Graciela, muchas gracias por la comida, estaba riquísima”. “De nada, ¿querés tomar algo? Tengo flan de postre, recién preparado”. Realmente ya no tenía mucha hambre, pero me había tentado con la deliciosa propuesta. “Dale Graciela, muchas gracias. No me enoja si le pones un poco de dulce de leche”, le respondí con mi más pícara sonrisa.

No tardó un minuto en traer el flan en una bandeja, junto con dos cafés. Nos acomodamos en el sillón, y se me quedó mirando, como esperando que le cuente algo. Ante mi silencio, me preguntó: “¿Cómo lo viste?”. “Lo vi bien Graciela, con buen ánimo. Creo que lo importante es evitar que no recaiga, que no se arruine la vida. También creo que el tema de programación podría ser una buena salida. Es más, por ahí sería bueno que además lo complemente con algún deporte; aunque lo conozco bien y sé que a Dani nunca le gustó mucho el tema de la actividad física, le sería muy útil para ocupar

su mente, focalizarse en otra cosa”.

Se cruzó de piernas para ponerse cómoda y, mientras miraba la taza de café que tomaba con cuidado con ambas manos, comenzó su alocución: “Sabía lo de la computación, y los vamos a apoyar. Pero esperamos que se mentalice rápido con el tema de la actividad física, porque decidimos ayer con Benjamín que va a ir a la escuela de oficiales del ejército”. Me quedé sin palabras. No me lo esperaba. Nunca en su casa, ni él mismo, habían mencionado nada que tenga que ver como lo militar o con la guerra.

Luego de dejar la taza sobre la mesa, me miró fijamente, con inusitada firmeza en ella, antes de continuar: “Necesita orden y control; y creemos que solo las fuerzas armadas se lo pueden proveer. Mi marido tiene varios conocidos en los altos mandos, quienes probablemente queden en sus puestos a pesar del cambio de gobierno porque ‘ya arreglaron’; por ende, a Dani le van a dispensar un trato preferencial. En el mientras tanto y por ahora, no va a ir más a la escuela. Una vez que se recupere, contrataremos algunos profesores para que vengan a casa. Después veremos; igual, no les queda mucho para terminar la secundaria”.

Me quedé anonadado. Parecía que, de una vez por todas, de repente, estaban conscientes de la gravedad de la situación de su hijo y ‘tomaron el toro por las astas’. El contexto lo ameritaba. Y aunque no estaba seguro que la ‘solución militar’ fuera la correcta, no me podía meter. Ellos eran los padres y seguramente entendían que un ‘cerco’, un modelo verticalista, donde prime la firmeza y la lógica más conservadora, era la solución a su adicción.

Volví a mi casa sin haberle dicho a la familia de Dani una sola palabra que me iba. No había podido, no era el momento. Ahora solo quería caminar paciente, disfrutando de los rayos de sol que pegaban con fuerza en mi rostro. Había que disfrutar cada paso, cada momento que me quedaba en la ciudad que me había visto nacer. El lugar que me empapó de su cultura, de sus formas, y, por supuesto,

de sus habitantes: familia, amigos, personas con las cuales me he cruzado alguna vez. Mi ciudad y mi gente. Y que, lamentablemente, tenía muchas dudas si alguna vez volvería a ver.

Llegué y no había nadie. Me saqué las zapatillas y me acosté en el sillón. Tenía un torbellino de ideas que me era imposible ordenar. En realidad, tampoco sé si era necesario. Solo podría sacar más conclusiones difusas que no me darían la respuesta que yo deseaba: quedarme en Buenos Aires, con Juli, con Dani, disfrutando de la vida. Y, por qué no, retomando algún día las trucas vacaciones.

Habían pasado solo cinco minutos recostado, cuando recibí un mensaje de texto: “¡Javi, prendé la tele!”. Era Juli. Rápidamente agarré el control remoto y, desesperadamente, empecé a cambiar los canales. En todos los de noticias se repetía la misma noticia: el jefe de una comisaría hablaba del asesinato, hace solo unos días, de un referente barrial de una villa.

“Ramón Giménez fue asesinado a sangre fría. Pensamos que fue un ajuste de cuentas por venta de narcóticos en el barrio. Sabemos que es un lugar vulnerable, con muchas carencias. Tenemos ya un detenido que estuvo involucrado en el hecho. Creemos y tenemos fe que prontamente esclareceremos el asesinato y terminaremos de detener al resto de los responsables, incluidos los ideólogos de este acto de enorme cobardía”.

Los nervios se apoderaron de mi persona. Me concentré en ver cada detalle, hice zapping en todos los canales durante varios minutos, intenté observar algún dato de color. Por supuesto, estaba atento a que no aparecieran nuestros nombres. De repente, observo que bajan del patrullero al principal sospechoso. No podía creerlo: aunque tenía el rostro tapado con un buzo, el hombre era ostensiblemente obeso; no tenía nada que ver con los dos que ingresaron a la casa a asesinar a Ramón.

“Juli, tenemos que vernos. No podemos hablar por teléfono, nos encontramos en media hora en la plaza a la vuelta de tu casa”. “Dale

Javi, nos vemos allá, en los bancos que están cerca de la esquina”, fue su inmediata respuesta.

Caminé ligero, mientras el atardecer daba paso a la noche. En la plaza quedaban pocos niños, algunos grupos haciendo actividad física, y parejas que seguramente aprovechaban el fin de las rutinas cotidianas para poder encontrarse. Allá estaba Juli, sentada, esperándome bajo la luz de un farol que mostraba sus primeros destellos de luminosidad.

Le di un beso corto, apurado, y me senté pegado a ella. Entonces comencé a hablarle, casi al oído, y en un tono de voz lo más bajo que pude, como si hubiera micrófonos en el aire que nos podrían estar escuchando: “No sé si será un tipo que la policía lo tenía entre ceja y ceja por algo, o hay un tema más grande, un ajuste de cuentas entre bandas. Imagínate que estamos a días de las elecciones, así que cualquier hecho de este tipo puede ser visto como un ‘activo’ para los políticos. El caso es que, por suerte, pareciera ser que nosotros estamos afuera. Lo siento por este hombre, pero abrir la boca nos podría involucrar. Así que, ahora más que nunca, nos tenemos que guardar esto entre nosotros para siempre. A nadie, ni a tu familia, le tenés que contar lo que nos ocurrió”.

Me miró. “Dale, también creo que va a ser lo mejor”, me respondió con la suave dulzura que la caracterizaba. Nos volvimos a besar y abrazar. Fueron pocos segundos, pero hermosos. “Te amo, nunca lo olvides”, le dije como me salió en ese momento: desde lo más profundo de mi corazón. “Yo también”, fue su respuesta.

Entonces sentí que alcanzaba el paraíso, que tocaba el cielo con las manos: ahora sí creo que podía afirmar que estaba enamorado. Lo raro es que se daba en un momento de sensaciones encontradas, de mucha tensión, de miedos. Y, sobre todo, con la inconciencia de saber que los cambios dentro de poco tiempo serían bruscos; y, lo peor de todo, que tenía mucho por perder. Sobre todo, a Juli.

Nos quedamos un rato abrazados, acariciándonos. “No quiero

perderte Javi, no te voy a ver nunca más”, me dijo entre lágrimas. “Te juro por mi propia vida, que voy a hacer lo imposible para que nos volvamos a encontrar”, le respondí intentando mostrarme lo más seguro posible, aunque la lógica indicaba lo contrario. “Mientras tanto, aprovechemos los momentos que nos quedan; veámonos el mayor tiempo posible, salgamos, visitémonos en nuestras casas. Cada oportunidad, cada instante”. Asintió con su cabeza.

No había mucho más que hablar. La acompañé hasta la puerta de su edificio. Nuestras manos se sostuvieron en el aire unos segundos, y luego nos besamos antes de decirnos adiós. Al día siguiente, nos encontraríamos en la escuela.

Me tomé un colectivo para llegar más rápido a casa. Apenas entré, Claudia escuchó mis pasos y salió en seguida de la habitación. “¿Cómo estás?”, me preguntó con voz de preocupación. “Tratando de ordenar mi cabeza mamá. Me gustaría estar más tranquilo, pero entiendo que la situación se dio así. Me cuesta, me duele, pero hay que asumirlo. ¿O tengo otra opción?”, le respondí. Me di vuelta, y observé como Andrea se asomada desde la cocina.

“Tenés toda la razón del mundo Javi. No hay opción. No tenemos opción. Es la forma de vida que tenemos, la que decidimos llevar, la ideología que ostentamos y llevamos impregnada en nuestra piel. Y con vos, como nuestro hijo todavía menor de edad, no tenemos otra opción que nos acompañes en nuestras luchas, en nuestro proyecto. Y más en este caso que corren peligro las vidas de los tres. Es más, estábamos esperando que regreses para confirmarte que tenemos pasajes para dentro de dos semanas”, prosiguió Claudia, cabizbaja, como con un halo de resignación. La desesperanza del viaje de ida sin boleto de regreso.

Hice una pequeña mueca con la boca, una leve sonrisa comprensiva. “Te prepararé unos ñoquis”, continuó Andrea. “Gracias mamá. Si les parece, me pego una ducha rápida, comemos y me voy a acostar”. Todo el proceso no duró más de una hora. El agua corriente que

corría por mi espalda, una cena de pocas palabras – principalmente hablamos de Dani y lo dificultoso que seguramente le iba a ser salir de su adicción -, y mi sommier con olor a perfume que, cada atardecer, Andrea se encargaba de acomodar para que pudiera dormir lo más placenteramente posible.

Apoyé la cabeza en la almohada, prendí el televisor y busqué en internet algún documental sobre China: historia, economía, cultura. Cualquier información seguro me sería de utilidad para comprender mejor mi futuro país de residencia.

Al pasar los primeros capítulos, lo primero que puedo reflexionar, en términos generales, es la relevancia de su crecimiento histórico como un todo. Luego de la resquebrajada unipolaridad estadounidense desde finales del siglo pasado, China tomó el envión que necesitaba para tornarse en la gran potencia opositora a principios del Siglo XXI. El comercio, los préstamos y las inversiones chinas se articularon firmemente a lo largo y ancho del mundo para garantizarse todo lo que su ‘economía real’ requería: el abastecimiento de alimentos, materias primas y combustibles.

A ello debemos adicionarle sus implícitas metas secundarias, de baja rentabilidad económica de corto plazo, pero de relevante gesto político internacional para estrechar lazos y, sobre todo, desplazar otros actores estatales: desde la inmigración con la consecuente implantación de población y los vínculos con la metrópoli; el desarrollo socio-económico a través de créditos preferenciales para la construcción de políticas públicas, el ‘reconocimiento de marca país’, o mismo el apoyo militar – con todas las implicancias geopolíticas y el dinamismo de la industria de la defensa que ello conllevó -.

Pero lo que me pareció más relevante llegó al final: la diplomacia china siempre fue clara en el sentido que el apoyo económico no conllevaba compromisos políticos, ni imposiciones; sino que buscaba el desarrollo mutuo de las partes involucradas. Por supuesto, como contraparte sí implicaba la asunción de otros acuerdos: por

ejemplo, la firma de contratos a cambio de la concesión de derechos de explotación de materias primas, o la compra coercitiva de productos de manufactura china.

Durante muchos años, sus rivales occidentales gritaban a los cuatro vientos cada vez que podían atacar a su rival geoes-tratégico oriental – aunque con una discursiva quirúrgica, para no herir de más las susceptibilidades chinas que hubie-ran podido hacer tambalear el sistema financiero internacional -. En este sentido, les hablaban principalmente a los potenciales alia-dos de China: que iban a perder su soberanía, el control de sus pro-pias infraestructuras, sus recursos estratégicos.

Sin embargo, era lo mismo que los norteamericanos y europeos habían hecho a lo largo de la historia: reproducir el esquema de-cimonónico de intercambio de materias primas por industria y de inversiones en infraestructura vinculada con la explotación de los recursos primarios, las cuales se caracterizaban por la escasa trans-ferencia tecnológica, reforzando el desplazamiento técnico desde la periferia a las metrópolis.

China se limitó a responder en base a la reivindicación de su de-fensa del multilateralismo frente al odio que ‘emanaba occidente’, asegurando modelo de cooperación con Rusia, Irán, África y La-tinoamérica. Un marco que las democracias capitalistas del norte primero potenciaron, y luego aborrecieron. Un escenario sistémico de tensión creciente; el cual culminó en la complejidad de la ‘guerra fría’ bipolar que vivimos en la actualidad.

El despertador sonó a las siete en punto. Abrí lentamente mi ojo derecho y observé que durante la noche me llegó un mensaje de texto al celular. “Javi, estuve pensando, no sé si es bueno que nos veamos. Evitemos un mayor dolor futuro; mejor que cada uno siga con sus vidas desde ahora. Tengo miedo que este amor, que tiene tiempo de descuento, me duela, nos duela mucho, y después nos sea difícil recuperarnos”, me escribió Juli.

Andrea siempre me decía que ‘el tiempo lo cura todo’. Realmente no lo sé; era muy joven y realmente no había tenido grandes pérdidas o dolores en mi vida como para confirmar semejante afirmación. Lo que estaba seguro es que quería aprovechar cada momento que me quedaba en Argentina con ella. “No estoy de acuerdo Juli, pero si te parece hablemoslo personalmente. Creo que por mensajes no vamos a solucionar nada. Pueden tergiversarse palabras, pensamientos. Te lo pido por favor. Necesito verte”. Después de esperar una respuesta que nunca llegó, desayuné rápido y partí a su casa.

Nadie contestó el timbre. Juli no estaba. No sé si se había ido porque sabía que yo iría a buscarla; probablemente sea así. Por lo pronto, la incertidumbre de no saber si la volvería a tener entre mis brazos, ya me dolía.

“Dani, ¿te puedo ir a visitar?”, le escribí mientras terminaba de comprarme unos chicles en el quiosco de la cuadra. “Déjame que le pregunté a mi mamá”, me contestó inmediatamente. No habían pasado un par de minutos cuando me dio el ok. En poco menos de veinte minutos, estaba en su casa.

Cuando llegué me abrió Marta. “Hola Javi, Graciela salió a hacer unas compras, subí tranquilo a la habitación”. Toqué la puerta y fue el propio Dani que me abrió directamente. Lo vi mucho mejor, más animado. Luego se sentó en el borde de su cama. “Estoy tratando de no estar acostado; los médicos me dijeron que de a poco trate de incorporarme y vaya realizando ciertas actividades. Por supuesto, nada brusco”, continuó mientras yo me reclinaba en su sillón de cuero.

“Dani, sé que por ahí no es el momento, pero la verdad es que los tiempos se acortan”. Desconcertado, abrió ampliamente ambos ojos. Lo entiendo: yo también estaría sorprendido por una visita que cualquiera pensaría, dado su estado de salud, iba a ser distendida. Pero le conté que me iba. Lo que había pasado con Claudia, lo peligroso que era para mi familia quedarnos con el nuevo gobierno. Lo único

que obvié, por supuesto, fue lo del asesinato de Ramón.

Se largó a llorar desconsoladamente. “¿Y ahora qué voy a hacer Javi? ¡Sos mi mejor amigo, te necesito!”, levantó la voz con desesperación. Me incorporé y lo abracé con todas mis fuerzas. Le quería decir lo mismo que a Juli, que no lo iba a abandonar, que iba a protegerlo, que el vínculo nunca se iba a cortar.

Pero no me salió nada de eso: simplemente porque eran palabras vacías, porque no podía asegurarle absolutamente nada. Ni siquiera mi propia subsistencia. “Vas a estar bien. Tu familia te va a cuidar y vas a salir adelante”, fue lo único que pudo salir de mi boca después de unos segundos de doloroso silencio.

Me fue soltando de a poco. Se dirigió a su cama, se acostó y continuó llorando boca abajo. “¿Dani, estás bien?”, le pregunté tres veces. Pero ya no contestaba. Entonces abrí la puerta de la habitación, bajé las escaleras, y fui a saludar a Marta antes de retirarme. No la encontré; seguramente había salido a hacer unas compras. Por suerte la puerta de entrada de la casa se podía abrir desde adentro sin necesidad de utilizar una llave. Una vez afuera, suspiré. Ahora sí me sentía solo, huérfano del afecto de mis pares queridos. Solo me quedaba, con enorme tristeza, caminar mansamente hasta mi casa.

“¿Cómo estás Javi?”, me preguntó Andrea apenas ingresé, mientras me abrazaba con toda la extensión de sus brazos como si fuera un niño. “Trato de estar bien mamá, pero es difícil. Yo no le veo sentido a nada de lo que pueda hacer acá. Me gustaría quedarme en casa unos días, quiero estar tranquilo”, le respondí con una voz angustiante. Realmente estaba desbordado, sobrepasado.

“Dejame que lo hable con Claudia cuando vuelva, pero no creo que haya problemas. Si es muy difícil para nosotras, entendemos que para vos debe ser todavía más complicado de digerir siendo solo un adolescente. Solo queremos que estés bien”, continuó sin soltarme. “Hagamos una cosa: si querés anda yendo a tu habitación y relajate. Voy a comprar en la esquina unas medialunas y te las

llevo con un café con leche, ¿Qué te parece?”. Esbocé una pequeña sonrisa de aprobación, antes de caminar lentamente hasta mi cuarto.

Me pasé el resto del día en la cama, prácticamente sin hacer nada. Y al otro día también. Juli no me hablaba. Dani tampoco. Como me dijo Andrea, una consecuencia lógica de lo que es una situación inmanejable para personas de nuestra edad. Por eso los entendía, aunque me doliera.

Claudia también me dijo que me quedara tranquilo, que hiciera lo que quisiera, y que contara con ellas para lo que necesitara. Entonces solo decidí acostarme en el sillón a escuchar música. Más tarde, si tenía ganas – o, mejor dicho, fuerza de voluntad -, me pondría a ver algún otro programa que encontrara de mi futuro país de adopción.

Eran cerca de las once y veinte de la mañana cuando me levanté sobresaltado: había escuchado como una bomba de estruendo. Pero además no debía ser muy lejos, porque sentí como que el suelo se movía. A los pocos segundos sentí una segunda explosión. Me levanté raudamente de la cama y fui a recorrer toda la casa buscando a mis madres.

Como no estaban ni Claudia ni Andrea, lo primero que hice fue enviarles mensajes para ver cómo estaban. Luego la curiosidad pudo más que el temor: me puse un jogging y una remera, y salí con las ojotas puestas a asomarme a la puerta. Se escucharon algunos gritos; calculé que no provenían de más de un par de cuadras. Y luego, cual película bélica, una ráfaga de ametralladora aturdió mis tímpanos.

Me metí adentro nuevamente. No sabía qué hacer, no entendía que estaba ocurriendo allá afuera. Prendí la televisión. En todos lados decían que las Dorot, las brigadas fascistas avaladas por el Partido Nacionalsocialista Libertario, estaban amedrentando a jóvenes y trabajadores de ‘izquierda’ (en realidad, a cualquiera que se pensara tuviera una idea pseudo-progresista), ya que ‘los subversivos estaban dispuestos a hacer fraude’ en las próximas elecciones.

En realidad, no se entendía muy bien la conexión: o sea, fraude

había habido siempre (al menos eso se rumoreaba), pero generalmente eran las elites – de cualquiera de los ‘bandos’ – las que lo hacían para robarse las elecciones, y no las ‘personas de a pie’, quienes realizaban, en la mayoría de los casos – salvó algunos pocos grupos más ideologizados que realmente deseaban un cambio sistémico -, reclamos puntuales para obtener, simplemente, algunas mejoras marginales en su calidad de vida.

Lo más grave es que las fuerzas de seguridad estatales no estaban intercediendo; parecían inertes ante lo que ya se vislumbraba como un nuevo gobierno que llegaba, con una lógica que seguramente avalaría la violencia extrema como método de amedrentamiento.

Ello me hacía acordar a las clases de sociología y derecho, donde se explicaba que, hasta hace algunos años, se observaba una tendencia a la polarización global y los ciclos ‘anti-gobierno de turno’ que se radicalizaban, con avances y retrocesos, pero con un norte que parecía irrefrenable hacia cambios irreverentes basados en el enojo y la frustración ciudadana.

Hoy en día esta situación se había potenciado hasta llegar a una violencia coercitiva que avasallaba los derechos humanos más básicos adquiridos hasta las primeras décadas del siglo XXI; estos que en la actualidad se encuentran perimidos por un proceso de radicalización que parece nos van a hacer retornar a las épocas de mayor barbarie de la humanidad. Como diría Claudia: si no podemos llegar a una armonía que elimine – o al menos atenúe – las luchas por el poder y la riqueza, la violencia irracional habrá ganado la batalla.

Me quedé petrificado viendo las noticias. Todo en la ciudad era un caos; pero también algunos barrios del conurbano bonaerense. Había mucha confusión, desorden, muertes. Se hablaba de un millar de heridos y más de un centenar de fallecidos. La locura y el descontrol se habían apoderado de las calles a pocos días de las elecciones.

Escuché que alguien intentaba abrir la puerta con las llaves de manera alocada, como si no encontrara la cerradura. Finalmente

pudo; era Claudia, quien entró corriendo. “Javi, prepará todas tus pertenencias más importantes y algo de lo que usas habitualmente: ropa interior, remeras, pantalones, buzos, alguna campera. Andrea me dijo que ya estaba viniendo. Nos vamos a la Embajada de China, ahí nos esperan para sacarnos del país. No te dijimos nada antes, pero teníamos un Plan B por si pasaba esto”.

Fui rápido a la habitación, agarré todo lo más preciado que me pudo entrar en mi mochila, y mi ropa preferida en mi valija de viajes. “Nosotros llevamos tu documentación, no te preocupes por eso”, me dijo Andrea al ingresar raudamente a la habitación. No la había escuchado llegar; estaba abstraído, con la mente en blanco, sin poder procesar nada.

En un raptó de lucidez, me imaginé que una vez que ingresara en la Embajada China, no sabría qué disponibilidad tendría del teléfono celular. Tenía que comunicarme con Juli, pero en el apuro no se me ocurría que escribirle. Entonces empecé por Dani: “Amigo del alma, estoy con un enorme problema familiar; ya te podés imaginar por donde viene. Quiero que te cuides, que me prometas que vas a dejar para siempre esa porquería que son las drogas. Yo voy a intentar comunicarme con vos apenas pueda. Nunca te voy a abandonar. Mandale un beso grande a tu familia. Les voy a estar eternamente agradecido por todo lo que hicieron por nosotros. ¡Te quiero!”.

Cada palabra dolía. Dolía desde el afecto, desde el pensamiento de todo lo que podíamos haber hecho juntos, de todo lo que nos faltaba para encarar la vida como amigos. Todo se estaba esfumado en un instante.

“¡Avísenme cuando salimos!”, les grité a mis madres entreabriendo la puerta de mi habitación. No recibí respuesta; debían de estar muy ocupadas terminando de organizar todo. Me senté en la cama, mirando fijo el teléfono celular. Era el momento de escribir algo para ella. Pasó un minuto y no pude mover los dedos. No podía conectar lo que sentía con mi capacidad de elaborar una frase. Hasta

que finalmente fluyó. Lo que pude.

“Juli, corremos serio riesgo con mi familia. Se adelantaron los tiempos: ya nos vamos. Prefiero no decirte como, pero pronto estaré en China. Solo quiero que sepas que te amo, que fuiste lo mejor que me pasó en la vida, que todo el tiempo que disfrutamos desde chicos, los momentos, inclusive estos últimos, fueron y serán inolvidables. Solo pido al cielo que pronto nos podamos volver a ver. Cuidate. Estarás para siempre en mi corazón”.

Sentado sobre el acolchado desparpajado, me puse a llorar desconsoladamente, sin poder parar. No habían pasado un par de minutos cuando Claudia abrió la puerta de la habitación: “Vamos Javi, hora de irnos”, me dijo con voz firme. No eran momentos de titubeos ni sentimentalismos. Nos cruzamos miradas. Aunque no me sentía preparado, sequé mis lágrimas con la manga derecha de mi remera, y tomé todas las pertenencias que me iban a acompañar en mi nueva vida.

Salimos los tres caminando a paso ligero al garaje que se encontraba en la otra cuadra de casa, donde estacionábamos nuestro auto. No era muy espacioso, y ya tenía sus años, pero todavía funcionaba bien si se le hacían los controles anuales apropiados. Suficiente para llegar a la Embajada que quedaba al otro lado de la ciudad.

Aunque ya se habían calmado los estruendos de bombas y los ruidos de disparos, las calles se encontraban desoladas. “Por las dudas mamá, trata de evitar las avenidas, puede haber controles policiales, más después de este escenario anárquico”, le dije a Andrea, mientras la observaba manejar temblorosa. Luego continuó un silencio atroz que enmascaraba nuestro nerviosismo: un viaje a lo desconocido, con una primera parada en embajada China.

“¡Cuidado!”, le gritó Claudia cuando nos cruzó un auto mientras salíamos de una loma de burro, unas quince cuadras antes de llegar a la embajada. Mientras logramos frenar justo, rápidamente se bajó del asiento del conductor un hombre delgado, de unos treinta años,

con rasgos orientales, y vestido completamente de traje negro.

Con prisa, caminó hacia nuestro auto. Se paró al lado de Andrea, y miró para ambos lados de la calle antes de pedirle que bajara la ventanilla con un movimiento de labios. “Tranquilos, soy de la Embajada, los estamos esperando. Quiero que me siga porque vamos a entrar por una puerta trasera de un edificio contiguo; puede haber espías y no queremos que la vean ingresar por la entrada principal”, nos dijo con un perfecto español.

Luego asintió con la cabeza, esperando la reciprocidad de Andrea, quien giró su mirada hacia Claudia y mi persona, esperando una aprobación que nunca llegaría. Ante nuestra falta de respuesta, ella misma tomó la decisión de darle conformidad. “Ok, lo sigo, ¿algo más que tenga que saber?”. “Nada señora, una vez que ingresemos, el personal de la Embajada les dará más instrucciones”.

Después de zigzaguear unos minutos por las calles desiertas, llegamos a una casa antigua, de solo un piso, que contaba con un amplio frente blanco de paredes resquebrajadas, y un portón gris. Unos metros antes de que llegáramos, se abrieron las puertas e ingresó el vehículo de la embajada. Muy lentamente, atrás entramos nosotros.

Estaba muy oscuro, por lo que Andrea tuvo que encender las luces delanteras. Nos encontramos con una rampa descendente, por la cual realizamos un circuito ‘tipo caracol’, de unos veinte metros hacia abajo. Una vez que nos estabilizamos horizontalmente, el vehículo de adelante frenó, y nosotros nos detuvimos detrás. Una luz tenue proveniente de las esquinas del ambiente de unos quince metros cuadrados, nos permitía solo distinguir algunas columnas blancas, junto con un dinámico movimiento de pies de varias personas.

De repente, en el centro se encendieron varios tubos con una luminosidad roja brillante. Había cuatro personas, todas de rasgos asiáticos: el chofer del auto con otro hombre más de traje gris que se encontraba apoyado en el capot, y otras dos mujeres. Ambas se encontraban vestidas idénticamente con polleras cortas y sacos rojos,

que combinaban finamente con unas blusas blancas que tenían un floreado bolado bordado en sus cuellos.

“Bienvenidos a la Embajada China en Argentina. Mi nombre es Xiang”, dijo la más alta. Su español no era tan bueno, pero era de fácil comprensión si uno prestaba atención a su gestualidad. “Buenos días, me alegran que hayan llegado bien. Mi nombre es Lian, pero pueden decirme Rosa. Vengan por aquí, las llevaré a una sala contigua donde puedan sentarse cómodos y servirse algunos refrigerios. Ahí les vamos a comentar los pasos a seguir”, dijo la otra mujer, con una voz muy suave que denotaba un halo de extrema amabilidad.

Los custodios se quedaron charlando al lado de los vehículos. Lo pensé, pero no me atreví a preguntar que iba a pasar con nuestro auto. Era un tema minúsculo. Los chinos se encargarían. También me puse a reflexionar sobre el futuro de nuestra casa. ¿Quedaría vacía a la espera de nuestro regreso? ¿Será usurpada? ¿Tomada por el nuevo gobierno fascista para ser utilizada por un miembro del Partido Nacionalsocialista Libertario? ¿O la entregarán para algún fin institucional? Quién sabe si algún día podré responder alguna de estas preguntas.

Cruzamos una puerta de metal ubicada en el sector derecho del sótano. Allí nos encontramos con un túnel muy iluminado, de alrededor de unos tres metros de diámetro, revestido de paredes color crema. Ambas mujeres caminaban a paso firme, mientras nosotros las seguíamos de atrás a una distancia prudencial.

El recorrido fue de un poco más de cien metros en línea recta, hasta llegar a la siguiente puerta, la cual parecía encontrarse blindada. Xiang la abrió con el iris de su ojo derecho, para luego ingresar directamente al hall central de la Embajada. O, por lo menos, eso parecía por su imperial majestuosidad: un amplio salón, pisos de un mármol gris con dibujos difusos y, en el medio, una escalera caracol que era iluminada por una araña de cristales en el techo. Al mirar hacia arriba, observé, al menos, dos pisos más. Sino tres.

Vimos pasar hacia la izquierda un hombre vestido de impecable traje azul marino con una carpeta bajo el brazo, que rebalsaba de papeles con enorme pulcritud. Luego, una mujer con un celular entre sus manos, la cual lucía un pantalón y una camisa color salmón, subió rápidamente las escalinatas. Ambos nos ignoraron completamente; pareciera que no tenían tiempo para perder.

“Vengan por favor por aquí, a mi izquierda”, prosiguió Rosa. Caminamos varios metros mientras pasábamos algunas puertas que se encontraban a ambos lados del pasillo, hasta que Xiang abrió la última de la izquierda al final del pasillo, mientras nos invitaba a pasar y a ponernos cómodos. “¿Podemos apoyar nuestras valijas y mochilas en esa mesa?”, preguntó Andrea apenas ingresamos, señalando una especie de amplio bufete ubicado a la derecha de la habitación. “Donde quieran”, respondió Rosa.

Mientras tanto, ambas se sentaron en dos sillas ubicadas alrededor de una gran mesa circular ubicada en el centro de la habitación. Luego de dejar nuestras pertenencias, giré la cabeza: las representantes de la Embajada estaban en silencio, mientras observaban atentas nuestros movimientos. Que no dejaron de disimular, aunque los tres posáramos nuestros ojos en ellas.

“Siéntense por favor, ahora les van a traer algo. Por sus pertenencias, no se preocupen: les haremos documentos nuevos y, en cuanto a sus celulares, han sido ya bloqueados al mismo momento que cruzaron la puerta de la Embajada”, continuó Rosa. Efectivamente, apenas apoyé mi teléfono sobre la mesa, observé que no tenía señal. Mientras tanto, Xiang bajó la mirada y comenzó a realizar algunas anotaciones en una pequeña notebook que había extraído de uno de los bolsillos de su chaleco.

En menos de un minuto, un mozo, de rasgos latinos, ingresó con un carro, el cual contenía en la bandeja superior algunas ensaladas ya preparadas, sándwiches, y frutas. En la parte inferior había gaseosas, jugo y agua. El hombre, solo saludando con un ademán con

su cabeza, se retiró una vez que colocó el carrito al lado de la mesa. Los tres le agradecemos.

“Empiecen a comer por favor, yo mientras les voy contando. Por suerte Claudia te comunicaste con nosotros a tiempo y pudimos coordinar el plan. Por eso, más allá de todo lo que le voy a comentar, lo importante es que están vivos. Y, seguramente, todo va a salir bien y mañana van a poder estar volando a China”, prosiguió Rosa.

Se me puso la piel de gallina. “¿Tan grave es la situación? Desde que volvió a casa de su secuestro, Claudia no tuvo más contacto con nadie del barrio; más aún, solo se movió para hacer algunas compras por el barrio y ver algunas amigas de toda la vida. Entiendo la situación social, pero nosotros nos hemos retirado de la política. Al menos momentáneamente”, se explayó Andrea, con una cara que entremezclaba incertidumbre y sorpresa.

Entonces Xiang agachó levemente la cabeza, como para tomar fuerza para poder proseguir: “El problema no es Claudia; el problema es Javier. Ya saben que estuvo en el asesinato en la Villa. Pueden mostrar huellas digitales, cámaras ocultas, informantes que lo vieron salir con Julieta del lugar. Por eso me comuniqué ayer con Claudia y le dije que no podían irse en un avión de línea, que tenían que adelantar la salida del país como habíamos acordado unos días antes en caso de que la situación se complicara. Realmente corre peligro tu vida, Javier. En cualquier momento la policía te iba a arrestar y, probablemente, pasarías, con suerte, el resto de tu vida en la cárcel. Si es que sobrevivís a ello”.

Claudia y Andrea se miraron entre sí, y luego dirigieron su mirada hacia mí. No entendían nada de lo que pasaba. Yo me mantenía inmutable. Me di media vuelta. “Después les cuento lo del asesinato, pero les juro que yo no maté a nadie”, les dije a mis madres. Para entonces, a mi cara aterrorizada, le continuó un llanto disimulado por la mirada hacia el piso.

“¿Qué va a pasar con Julieta?”, pregunté exasperado apenas me

pude componer un poco. “Quedate tranquilo”, respondió Xiang. “Ellos saben que ella es una ‘perejil’, que no hizo nada y no tiene valor político alguno. Igual que vos; pero con la diferencia que vos ibas a pagar por la actividad política de tus madres. Ya está, olvidate del pasado. Ya hemos ‘hablado’ con el juez y el fiscal. Con ello es suficiente, no la van a tocar”, prosiguió Rosa, sin variar su rostro adusto y su tono suave.

“Para cerrar el tema, quiero que te quedes tranquilo Javier, que los vamos a ayudar. Tu mamá hace muchos años nos pasa información de inteligencia; en muchos casos muy valiosa. Y siempre ha sido muy leal, ha respondido a todos nuestros requerimientos, y ha sido muy exitosa en generar un movimiento político afín a nuestros ideales”, continuó luego de tomar un sorbo de agua de su vaso.

Estaba atónito. Todo era una vorágine de temas que me iba enterando: desde cuestiones que vienen ocurriendo durante años, situaciones que me parecían hasta bizarras, relaciones que podían desintegrarse en un instante. Reinaba la incertidumbre, el caos, lo inestable. Y lo peor, era que no podía hacer nada. Solo esperar que pase el tiempo. Y que los chinos nos ayuden.

Nos dieron media hora para comer. Mientras nos acomodábamos en la mesa, ingresó al cuarto un custodio armado. “Solo para control; cuando terminen, él los guiará hacia su cuarto. A la noche les llevaremos la cena.”, fueron las últimas palabras de Rosa antes de cerrar la puerta y retirarse con Xuang. Nos miramos los tres, pero no nos dijimos ni una palabra. Claudia peló lentamente una manzana, mientras Andrea condimentaba su ensalada de lechuga, tomate, huevo y zanahoria. Yo miraba la pared que se encontraba frente mío. No sabía ni por dónde empezar para ordenar mis pensamientos.

Cuando terminamos, el custodio nos acompañó a una habitación ubicada en el último piso. Abrió la puerta. Habían colocado tres camas con una separación de dos metros entre cada una, aprovechando toda la amplitud de la misma. También había un placard para que

coloquemos nuestras ropas. El baño no tenía ducha. Tampoco había ningún elemento electrónico, como podría ser algún televisor o computadora. Evidentemente, era solo un lugar para una estadía corta.

“No hablemos de nada importante. Ya tendremos tiempo. Hay cámaras y micrófonos por todos lados”, nos dijo Claudia, moviendo los labios disimuladamente. Ambos la observamos. No había opción: había que ser muy quirúrgico, precisos, de aquí en más. Seguiríamos a rajatabla lo que nos indiquen los chinos: eran nuestro salvoconducto de salida. Entonces nos quitamos el calzado, los abrigos, y nos pusimos a conversar de temas banales, como eran los elementos y la ropa que habíamos seleccionado para la mudanza internacional.

Una vez que me puse el pijama, como buen hijo mimado seleccioné la cama más cercana al placard, ya que me pareció la más mullida. Ya estaba listo para recostarme y, aunque parecía una misión imposible, intentaría descansar. Mis madres se acostaron unos minutos después que yo. Para intentar conciliar el sueño, rememoramos viejos momentos de mi infancia; mismo previo a mi nacimiento. Así fue más sencillo, casi sin darnos cuenta, quedarnos los tres dormidos. Evidentemente, el cansancio y el estrés pudieron más.

Nos tocaron la puerta a las ocho de la mañana en punto. Dos personas uniformadas de verde claro como mucamas, nos trajeron, en fuentes separadas, un abundante desayuno, con medialunas, tostados de jamón y queso, yogurt y diferentes infusiones. Antes de comenzar a degustarlo, y mientras se iban luego de haber retirado la basura acumulada en el pequeño tacho de la habitación, aproveché para asomarme a la puerta y observé, con cierto asombro, al mismo custodio que nos había acompañado el día de ayer hasta aquí. No me sorprendería que no se haya movido del lugar en toda la noche; la cultura del trabajo, el esfuerzo, y la obediencia - más en términos diplomáticos -, es una característica invariable de los valores del gigante asiático.

Una vez que finalizamos, agarramos nuestras pertenencias y le avisamos al custodio que estábamos listos. “Sígueme por favor”, fueron sus únicas palabras. Entonces comenzamos a caminar e hicimos el camino inverso hacia donde habíamos bajado del auto ayer. La Embajada estaba cuasi desierta. No sabíamos el motivo; tampoco lo íbamos a preguntar.

Al cruzar el pasillo y llegar al espacio subterráneo, nuestro vehículo ya no estaba. Una enorme camioneta negra, de siete asientos y con los vidrios polarizados, nos esperaba con otro custodio, quien se encontraba bebiendo de una taza, parado al lado del asiento del acompañante. Una vez que acomodamos nuestro equipaje en el baúl y nos sentamos, el vehículo comenzó a maniobrar para salir.

“Denme sus teléfonos celulares. Ya no los necesitarán más. Apenas lleguen a China, les darán otros nuevos”, nos dijo, seco y tajante, el acompañante del conductor, en un esfuerzo para expresarse en un castellano entendible. Se lo dimos inmediatamente. Antes de salir por el mismo portón gris que habíamos ingresado el día de ayer, ya estábamos despojados de cualquier tipo de comunicación con el mundo exterior.

Se veían pocos autos, reducida frecuencia de colectivos. Tampoco vimos ningún tren en los tres pasos a nivel que cruzamos. La gente caminaba rápido, como apurada, ansiosa. Pero creo yo que, por sobre todo, con miedo. Los custodios de la embajada no emitían ni una sola palabra. Nosotros tampoco. Como decía el antiguo tango, teníamos la ‘ñata contra el vidrio’, para observar, por última vez hasta vaya a saber cuándo, a nuestra amada Argentina.

En menos de una hora estábamos en el aeropuerto. No parecía encontrarse muy concurrido. Había tres filas de autos y autobuses para ingresar, pero nosotros entramos por una fila de costado, sin ningún tipo de control más que la venia de dos soldados que, al reconocer el vehículo, nos dejaron pasar.

Realizamos un rodeo hasta llegar a la parte trasera, a unos tres-

cientos metros de los diferentes hangares. Ya a la distancia se observaba una aeronave de mediano porte, ubicada en el medio de una pista que parecía exclusiva, podría decirse ‘casi clandestina’ para el ciudadano común. A su lado, y como un destello que resplandecía con la luz del sol, se observaba la silueta de dos personas. A medida que nos íbamos acercando, se distinguían sus contornos femeninos. Y a unos cincuenta metros, se dilucidaba afirmativamente mi pensamiento: eran Xiang y Rosa.

Apenas estacionamos, ellas se acercaron. Mientras tanto, el chofer y su acompañante se dirigieron automáticamente a bajar nuestras maletas del enorme baúl. “¿Cómo pasaron la noche?”, preguntó Rosa, mientras ambas se acercaban lentamente al auto. “Muy bien, gracias”, respondió inmediatamente Claudia, agradeciendo la cortesía. “Excelente, nos alegramos. Ahora, pásenme sus pasaportes, nosotros nos encargaremos de guardarlos. Si es que vuelven algún día a Argentina, podrán volver como ciudadanos chinos”.

Entre todo el torbellino de cosas que pasaron por mi cabeza los últimos días, esto podría parecer menor. Pero no lo era. Lo vivía como el perder un miembro, una parte de mi cuerpo. Mejor dicho, un pedazo de mi alma, de mi corazón. Sentí que se iba un poco de mi argentinidad, de mi historia, de mis calles, de mis afectos. Ojalá me equivoque, que me pueda adaptar rápidamente, que pueda recordar todo lo lindo vivido con alegría; pero, sobre todo, que podamos volver pronto. Para visitar o, quien dice, para quedarnos. Por Juli, por Dani. Por todo.

“Esperen un momento aquí, van a venir algunas personas más y suben todos juntos”, continuó Xiang. Y efectivamente así fue. En la siguiente media hora, arribaron siete autos – del mismo modelo que nos trasladaron a nosotros – y camionetas, de donde bajaron hombres y mujeres de diversas edades; algunos en soledad, otros en pareja. También familias con niños (incluido dos bebés que no debían pasar el año de vida), una mujer embarazada, y solo unas pocas

personas mayores. Todos de rasgos caucásicos o indigenistas, pero ninguno con tintes orientales.

Rosa y Xiang nos entregaron a todos unas cédulas rojas. “Consérvenlas, son sus documentos provisorios como extranjeros residentes en China. A pesar de que hoy en día se encuentra todo digitalizado, siempre es bueno llevarlo consigo”. Luego de finalizar el trámite burocrático, un carrito se llevó todas las valijas. Y cuando ya estaba todo listo, se abrió la puerta central de la aeronave y apareció una azafata vestida con un largo pantalón blanco y una blusa roja, rodete al tono, y un suave maquillaje color miel que le proporcionaba una tonalidad más oscura a una piel pálida por naturaleza. “Por favor, tomen sus bolsos de mano y acérquense lentamente, así vamos subiendo”, fueron sus cálidas palabras embebidas en una amplia sonrisa.

Observé que apretó un botón de costado y se desplegó una escalera mecánica que llegó hasta el suelo ubicándose a cuarenta y cinco grados. Nos ordenamos en una hilera y comenzamos a subir con cuidado. Ya arriba, un comisario de a bordo, peinado de gomina y vestido impecablemente de traje azul y corbata roja, iba llevando cuidadosamente a cada familia a sus respectivos asientos. El resto debía esperar a que las personas que llegaban a las butacas asignadas, acomodaran sus pertenencias en el compartidor superior.

Delante nuestro pasaron cuatro familias. La aeronave tenía dos butacas de cada lado, y tres en el carril central. Nosotros estábamos bastante adelante, en un avión que calculo no éramos más de sesenta pasajeros. A pesar de que era la primera vez que viajaba por aire, no estaba sorprendido ni entusiasmado – sobre todo por la desgastante situación que estábamos pasando -. Tampoco me causaba temor: menos aún después de la violencia que vivencié en los últimos días. Más allá de ello diría que, en general, yo era bastante apático a lo novedoso y la tecnología.

Me senté del lado derecho del pasillo. Del otro lado, justo en diagonal hacia adelante, había una niña, rubia de ojos claros, que no lle-

garía a los diez años, sentada junto a su madre. Del lado izquierdo, junto a Andrea, ubicaron a una pareja de alrededor de unos sesenta años. ¿Por qué estarán todo ellos aquí? ¿Estarán huyendo desesperadamente como nosotros? ¿Serán colaboracionistas también? Todo era una incógnita.

Nos pidieron que ajustemos los cinturones y nos preparemos para despegar. Me recosté para atrás, muy lentamente, y estiré mis piernas. Y pensé en Julieta. Un pensamiento placentero y angustiante a la vez. Solo esperé que no se haya enojado que no me pude despedir como lo hubiera querido, expresándole todos mis sentimientos, y repitiéndole una y mil veces, hasta el cansancio, todo lo que la amaba.

Mantuve mis ojos cerrados por unos segundos tratando de relajarme; de repente, el llanto de la niña a mi lado se tornó ensordecedor. La madre no la podía consolar: lloraba y lloraba sin parar, cada vez con más fuerza. Todos la miraban.

Quería hacer algo, pero no sabía qué. Tampoco me podía quedar de brazos cruzados; me dolía su angustia. Entonces me estiré y, con mi mano derecha, tomé su mano izquierda. Seguramente debía haberle pedido permiso primero a la madre, pero fue impulso instintivo. Por suerte, ella me observó en seguida con un gesto facial que conjugaba aprobación y agradecimiento.

“Hola, me llamo Javier. ¿Cómo te llamas?”, le pregunté. En ese momento se calmó un poco, y las lágrimas dejaron de brotar de sus ojos. “Amy”, me respondió sin dejar de mirar hacia adelante. “Hermoso nombre Amy. ¿Y por qué llorás preciosa?”, proseguí, tratando de encausar la conversación hacia un punto que pueda paliar su dolor.

Entonces se volvió a emocionar, para luego girar la cabeza y clavar sus brillantes ojos celestes sobre los míos. “Mi abuela está muy enferma y prácticamente no puede moverse de su cama, por lo que no pudo venir con nosotros. Y estoy triste porque no la voy a poder ver nunca más”.



Capítulo 2

La bruma era espesa. La llegada al gigante asiático había sido ordenada. Un vuelo sin sobresaltos hasta llegar a Jinjiang Shi, previa escala en Shangai, en donde unos minutos antes de bajar nos indicaron que siguiéramos las instrucciones de las tres personas que hablaban español una vez que descendamos a la pista de aterrizaje.

Inmediatamente nos indicaron que continuemos hasta una zona de ingresos, donde nos dieron unos minutos para que firmemos dos juegos de papeles, uno en español y – creo – uno igual en idioma chino mandarín. De allí nos repartieron en varios micros, colocados con gran precisión uno al lado del otro a la salida de la puerta donde nos encontrábamos. De lejos observé como unas máquinas transportadoras llevaban nuestros equipajes hasta los mismos. El primer choque cultural había llegado: la automatización tecnológica y de procesos era cuasi total, muy distinta a la ‘flexibilidad improvisada’ típica del argentino.

Cuando subimos, ya había otras personas. Por sus rasgos – además de escuchar los murmullos de quienes se sentaban más adelante -, no eran argentinos. Tampoco latinos. Nos sentamos en la parte posterior; mis madres a la derecha, y yo a la izquierda del pasillo. Apenas terminaron de ocuparse todos los lugares, el micro arrancó.

Realizamos un viaje de unos veinte minutos hasta llegar a un complejo enorme de varios edificios. El camino fue bastante ameno: enormes rascacielos que se combinaban con casas bajas, una arboleda frondosa, personas caminando pasivamente. Para mi sorpresa, el cielo se encontraba despejado y había bastantes espacios verdes – sobre todo unas especies de plazoletas octogonales ubicadas con asidua frecuencia en varias esquinas de la ciudad -. Lo que si no me sorprendía, porque lo había leído, era la pulcritud de las veredas. Ningún desecho en el suelo.

“Se quedarán aquí dentro de su casa, sin salir, durante dos semanas hasta que les hagamos los estudios médicos pertinentes y nos

aseguremos que no traen ningún tipo de enfermedad desde Occidente”, nos dijo nuestra guía del micro al arribar. Luego nos pidió que bajáramos con cuidado en el estacionamiento, ya que circulaban muchos autos en distintos sentidos. “Hasta que se acostumbren al país”, fueron sus palabras de despedida.

Una vez descendidos, una señora llevaba consigo un cartel digital con nuestros nombres. Ya nos habían avisado en la embajada que, a cada familia que llega ‘refugiada’, se le asigna una persona para que la guíe las primeras semanas, los primeros pasos en su nuevo país. Luego de saludarnos, nos pidió que la llamáramos Irina, y la siguiéramos que nos iba a acompañar a nuestro departamento. Nuestro nuevo hogar.

Tenía alrededor de unos cincuenta años, regordeta, con rulos negros en su cabellera y unos amplios anteojos de sol. “Creo que mi español es bastante potable porque estuve varios años viviendo en España”. Nos hablaba de una manera amena y relajada. Se notaba además que no era la primera vez que recibía gente del exterior.

Una vez que nos subimos a uno de los ascensores de la torre número cuatro, nos miró de reojo a los tres con una amplia sonrisa; una especie de evaluación a nuestra comodidad con su presencia. “Mi vida en España fue bastante interesante, intensa. Desde joven fui cooptada por el gobierno por mi facilidad para hablar idiomas. Como la mayoría de los que vivimos en el extranjero, pertenecemos a los servicios de inteligencia. No lo debería decir, pero bueno, me imagino que han llegado aquí del modo que lo hicieron, algo entienden de estas cosas”. Entonces me guiñó el ojo derecho, mientras mis madres la miraban sorprendidas.

“A través de otro agente, el gobierno chino abrió un restaurante asiático Premium en Madrid. Ahí iban muchos políticos, empresarios, embajadores de renombre. Yo era una mesera joven y atractiva. Y hacía lo que tenía que hacer con tal de conseguir información. No todo era relevante, pero siempre había algún dato útil”, nos comentó

mientras abría la puerta con la llave digital.

Estaba claro que no le importaba nada, que estaba más allá de cualquier tipo de contexto pudoroso o de peligro para con su seguridad personal. “Lo que si les puedo afirmar es que los latinos eran muy buenos amantes”, concluyó con una carcajada contagiosa que no pudo contener.

Antes de darnos indicaciones, nos pidió que lo recorriéramos y le preguntemos si teníamos alguna duda o necesidad. El departamento contaba con dos habitaciones, una cocina y un pequeño living comedor. Estaba decorado muy sencillamente, pero tenía todo lo requerido para que estemos cómodos: electrodomésticos, vajilla, sábanas, elementos de higiene, etc. En la heladera, teníamos latas de gaseosa, jugo, agua, y comida variada. En el freezer había una diversidad cuantiosa de alimentos congelados.

Sobre cada una de las tres camas había un teléfono. “Solo pueden comunicarse entre ustedes y conmigo. Conexión a la internet china desde sus celulares tendrán más adelante. Ahora, cuando terminen de acomodarse, nos sentamos y hablamos de todos los temas”, nos indicó Irina.

Pasaron unos diez minutos hasta que nos juntamos todos alrededor de la mesa rectangular, la cual contaba con un metraje que parecía hecho a medida para que compartan una comida cuatro personas de talla media. Al menos, lo que sería una talla media en la Argentina.

“No salgan a la calle sin su carnet que indica su condición de refugiados. También lo tienen de forma digital en una aplicación de sus teléfonos celulares, donde se encuentra su dirección y a quienes deberían contactar del gobierno en caso de que ocurra algo con ustedes. No duden en pedir ayuda si les pasa algo; con estos datos podrán darles una mano. En cuanto a mi persona, volveré a verlos en unos días; ya les avisaré por mensaje al celular fecha y horario”, nos dijo mientras acomodaba su tableta electrónica en un bolso color

violeta con flores bordadas.

Mis madres no le habían preguntado – ni requerido - nada. Realmente no había dudas; estaba todo muy claro. Al menos en el corto plazo. Más allá de ello, era todo incertidumbre. “Les deseo lo mejor. Solo sigan las instrucciones que les di, y no tendrán problemas en adaptarse”, concluyó mientras nos daba un juego de llaves a cada uno y se despedía desde la puerta.

Mientras nos encontrábamos en cuarentena, solo podíamos mirar la tele. Noticias en habla hispana de China y el mundo; por supuesto desde una visión ‘optimistamente oficialista’. El resto, nada que pueda resultar entretenido: partidos de fútbol de décadas pasadas, alguna inocua novela centroamericana, documentales sobre la flora y la fauna en la región, y no mucho más. La comida estaba bien. Muchos vegetales, también bastante de carnes magras, no tanto lácteos; diferente a lo que estábamos acostumbrados, pero se podía comer. En la variedad está el gusto, como diría el viejo refrán popular.

El resto era lavar lo que utilizábamos, charlar un poco sobre temas banales, y esperar que pasara el tiempo para poder salir a nuestro ‘nuevo mundo’. La única ventana, la cual nos mostraba a ciertas horas a niños jugando en el parque del complejo, no era suficiente para saciar nuestro encierro – especialmente después del quinto día -. Igualmente, no había mucho que pudiéramos hacer; solo debíamos esperar a que pase el tiempo.

Y ese día llegó. Desde que salimos del encierro hace una semana, nos encontramos todos relativamente bien. Andrea trabaja de asistente de maestra en un jardín maternal. Claudia era maestranza en un hospital regional de cuidados paliativos. A ambas les servía el trabajo porque eran lugares tranquilos, donde podían aprender el idioma y embeberse en la idiosincrasia.

Por lo que me cuentan, han sido bastante bien recibidas por sus compañeros. Tienen poco trato con sus superiores, aunque siempre cordial. Después de unos días de comenzar, cuando ellas mismas les

preguntaron muy sutilmente a sus compañeras por sus posibilidades de crecimiento laboral a futuro – pensando en poder desarrollar en algún momento sus profesiones -, la respuesta a ambas ha sido la misma: “Nosotros no sabemos nada. Pero seguramente le avisará, quien corresponda, cualquier cambio u oportunidad que surja”.

A los trabajos van caminando, ninguno queda a más de veinte cuadras. A la vuelta, se encuentran algunos días en el parque a disfrutar del sol; y cuando regresan a casa, pasan por el mercado a comprar algunos víveres. Hasta que empiece con lo mío, las acompaño con gusto. Sentimos la necesidad de pasar la mayor cantidad de tiempo juntos, de estar lo más unidos posible en esta transición de vida.

En lo poco que pude recorrer, quedé impresionado por el movimiento ordenado de sus miles de habitantes. Y también de su capacidad de resiliencia, de rápidamente solucionar los inconvenientes que puedan surgir. Por lo menos así lo era en la vía pública: semáforos, baches, infraestructura edilicia de todo tipo. No pasaba más de un par de horas para que todo se encuentre funcionando nuevamente. Y si era posible con nuevas tecnologías, con mayor confort. Por supuesto, con la bandera china a lo largo y a lo ancho de toda la geografía visual.

Entonces recordé como Benedict Anderson, en su libro *Comunidades Imaginarias de finales del siglo XX*, hablaba de aquellas afinidades, conexión mutua y destino compartido de largo plazo, que hacen posible identidades transversales de gran escala entre personas que no se conocen: lo que en su momento se denominó nacionalismo moderno.

Pero este desarrollo no fue natural ni autónomo: sino que más bien, fue el resultado de la intersección explosiva entre el sistema económico capitalista imperante, y una tecnología de diseminación cultural para poder llegar a toda la masividad que representa la población. Lo cual, a diferencia de la política de la etnicidad, que de-

pende de clases finitas e inmutables a las que uno pertenece o queda excluido, el nacionalismo es universal a toda la población dentro de las fronteras. Un tema no menor, en un país geográfica y demográficamente clave en el escenario global.

Pero volviendo a mi persona, solo puedo decir que esta era mi vida, no había mucho más. Hasta que diecisiete días después de mi arribo a China, llegó el lunes en el cual tenía que empezar mis actividades. Subí al colectivo que me llevaría al Centro de Formación para inmigrantes, el cual se ubica en un barrio del sector sudoeste de la ciudad. La aplicación virtual de los mapas de la ciudad era bastante sencilla, y se encontraba en más de veinte idiomas. Por lo cual, siguiendo sus instrucciones, me bajé correctamente a una cuadra y media de mi destino.

El lugar era un edificio bajo, de pocos pisos, revestido de ladrillos color cobrizo. A su derecha había una especie de baldío, aunque con un pasto prolijamente cortado y dos bancos de granito gris que miraban hacia la vereda. A la izquierda, se encontraba otro edificio que, por lo que indicaba el cartel, se ubicaba la biblioteca, una sala de estar, y un pabellón deportivo para los estudiantes.

En la parte superior de la puerta principal del Centro, había tallado en madera un slogan en chino que, una vez que lo introduje en la aplicación de traductor de mi celular, me sorprendió: “Entre lo simbólico y lo imaginario está el amor. Entre lo imaginario y lo real, el odio; y entre lo real y lo simbólico, la ignorancia. Jacques Lacan”.

Todavía faltaban quince minutos para el horario de entrada pautado, pero igualmente decidí mostrarme madrugador el primer día – creí que causaría una impresión positiva –, así que subí la escalinata e ingresé por la hoja que se encontraba abierta.

Apenas un par de metros adentro, se me cruzó por delante un hombre de mediana edad, delgado, con anteojos de marco grueso y corbata roja anudada con mucho cuidado. Apuntando hacia adelante con el dedo índice de su mano derecha, comenzó a hablarme en

un entendible inglés después de leer mi credencial: “Buenos días Javier, mi nombre es Kim. Pasa por favor a la tercera aula sobre la izquierda. Es por ahí donde te indico”.

Era un pasillo de unos cincuenta metros, pintado todo de un prolijo blanco, el cual comenzaba con un ascensor y una escalera en cada lado, para luego adentrarse con seis aulas. En el fondo, se observaba un gran ventanal con una especie de jardín, aunque no llegaba a divisar su magnitud.

Comencé a caminar sin prisa, pero sin pausa. Entonces me dieron ganas de ir al baño. Preferí no interrumpir una vez que comenzara la clase, por lo que me di media vuelta para regresar y le pregunté a Kim a donde podía encontrar uno. “El más cercano se encuentra justo acá arriba, en el primer piso. Puedes subir por escalera o por ascensor”.

Decidí recorrer los veinte escalones en forma de S que me llevaban a mi destino. A pesar de que la puerta se encontraba al lado de la escalera, se dejaba traslucir por dos ventanales de vidrio que, unos metros más adelante, había una especie de cocina, y, a posteriori, más aulas. Luego de hacer mis necesidades, como todavía me quedaban unos minutos para arrancar la clase, decidí caminar un poco para ver que había en el piso superior.

No había avanzado cinco metros cuando me sorprendieron dos mujeres saliendo de una de las aulas. “¿Buscas algo?”, me preguntó una de ellas en un perfecto inglés. “Solo quería saber dónde se encontraban las aulas de los alumnos”, le respondí con cara de inocente; preferí decir una ‘mentira piadosa’ antes que me puedan prejuzgar por estar buscando, el primer día, algo que no me correspondía. “En el piso de abajo. Aquí solo se encuentran la cocina, el comedor y las oficinas de administración y dirección”. Les agradecí, para luego descender rápidamente por las escaleras.

Me asomé al aula y observé dos filas de cinco bancos cada una. En el segundo contando de izquierda a derecha, se encontraba sen-

tada una chica joven, morena, de rasgos asiáticos, y una vestimenta que, aunque no estaba muy seguro, parecía hindú. Con sus brillantes ojos negros miraba al frente, sin atisbos de querer girar su cuello.

Unos asientos más atrás, esta vez del lado derecho, había un joven caucásico, con un jean y una camisa de manga corta que podría pasar desapercibido en cualquier capital europea de la década de 1970. Intercambiamos miradas, ambos con rostro adusto. Inmediatamente él decidió mirar hacia otro lado.

Me senté cerca de la joven, aunque a una distancia prudencial, esperando las directivas de quien estuviera a cargo. En los siguientes quince minutos, ingresaron una veintena de jóvenes más, los cuales parecían proceder de países y continentes variados: europeos del este, asiáticos, africanos subsaharianos, algunos con rasgos y formas típicamente latinas. Se fueron auto acomodando en diversos lugares, ya que el aula tenía suficiente capacidad – alrededor de cien sillas –, como para que todos estuviéramos cómodos.

Habiendo pasado unos quince minutos del horario de encuentro estipulado, un hombre y una mujer, vestidos formalmente con la que parecía ser la indumentaria del Centro de Formación (camisa blanca, corbata roja, pantalón y zapatos negros clásicos para el señor de unos treinta y cinco años; blusa blanca con pollera y zapatos rojos para la mujer que largamente superaba los cincuenta), se adentraron en el aula.

Mientras el hombre acomodaba su computadora personal en la mesa enfrentada al alumnado, la mujer recorría el aula entregando auriculares – con los nombres de cada uno, seguramente para que nos llegue la información traducida en nuestro idioma, o simplemente para que nos apropiemos de uno durante todo el tiempo de la cursada – junto con una libreta de anotaciones y lapicera para cada uno.

En el momento me sorprendió es que no nos proveyeran de alguna computadora o dispositivo electrónico para controlarnos mejor.

Sin embargo, una vez que sentí el papel y el bolígrafo en mis manos, me permitió darme unos segundos para pensar. En realidad, el evitar la utilización de elementos digitales tenía cierta lógica.

Todo lo escrito en papel por un humano era más difícil de ser interpretado, copiado a otro idioma, o mismo ser ‘sacado’ del país con un dispositivo que a la distancia ‘robe’ información. Por ende, se podría pensar que se están cuidando de que terceros que quieran sustraer información secreta o confidencial, de cualquier índole: ya sea en términos de cuestiones militares, o mismo para ser utilizado como una influencia negativa contra el pueblo. Como dijo hace varias décadas la economista especializada en temas de tecnología, Paula Bach: “Los escenarios para la transformación de las nuevas tecnologías en fuerza material continúan dando lugar a convulsiones significativas – en el orden de la economía, la geopolítica y la lucha de clases –, cuyos resultados finales están abiertos”.

Entiendo que existen demasiadas variables sensibles que el gobierno debe tener en consideración; sobre todo en una coyuntura geopolítica como la que estábamos viviendo. Por ello, no me extrañé al recordar uno de los enormes carteles que observé en la vía pública uno de los primeros días que salí a la calle – el cual decidí traducir por la sorpresa que me causó su enorme tamaño -: “La estabilidad social es la misión número uno. El gobierno debe garantizar un ciberespacio limpio, positivo, sano y ordenado”.

Una vez que terminaron de acomodar sus pertenencias, ambas personas que estaban frente a nosotros en el aula fijaron la vista en el horizonte, e hicieron diez segundos de silencio mortuorio - entendí que debía ser parte del estricto protocolo, ya que apenas se pararon frente nuestro, todos los alumnos nos llamamos -. Luego, el hombre tomó la palabra.

“Buenas tardes jóvenes. Mi nombre es Chang. Yo seré su instructor, junto con otras personas que vendrán posteriormente. Ella es Mei, y será su asistente administrativa en lo que necesiten. Tiene

también unos auriculares con un dispositivo que le permite traducir al chino mandarín la lengua de cada uno de ustedes apenas conmutando un botón. Fíjense que en sus auriculares ustedes también poseen un botón que, instantáneamente, traduce la conversación de un idioma a otro”.

En mi caso, el sonido del auricular era nítido y la traducción funcionaba a la perfección. Una vez que todos revisaron los suyos y dieron su aprobación, el profesor se dispuso a comenzar la clase: “El curso será intensivo y tendrá una duración de cuatro meses, donde se disertará sobre temas de economía, historia y política china. Al mismo tiempo, estudiarán nuestro idioma. El objetivo es que ustedes se embeban rápidamente de nuestra cultura y profundicen su alineamiento ideológico. Pero, sobre todo, queremos que sean felices y prósperos ciudadanos de este país en el corto plazo”.

La nitidez en sus palabras confluía armoniosamente con la firmeza en su rostro. “Además, también reforzarán su inglés un par de horas por día. Aunque sea el idioma del enemigo, es el que manejan con cierta aptitud la mayoría de ustedes. Necesitamos que nuestras comunicaciones, en tiempo de combate, sean fluidas para ser lo suficientemente claras, lo que evitará cometer errores que nos cuesten la pérdida de activos humanos y materiales”, continuó su alocución.

Luego Mei tomó las palabras para comenzar con todas las explicaciones burocráticas: los horarios de los recreos para ir al baño y almorzar, los ejes de evaluación, el rol de cada miembro del personal docente y no docente. Mientras tanto, en mi cabeza habían quedado bollando las últimas palabras de Chang sobre los ‘tiempos de combate’. Entonces, por primera vez, sentí el conflicto, la guerra, como algo cercano, palpable, preocupante. Ya no era un estudio teórico a miles de kilómetros de distancia. El conflicto se encontraba, empíricamente, a la vuelta de la esquina.

“Voy a ir de lo general a lo particular, de la visión sistémica china y los objetivos como Estado, hasta las variables y elementos que nos

acompañarán en el día a día”, retomó la palabra Chang, ya sentado en su silla de cuero reclinable. En aquel momento me acordé de una conversación con Claudia, cuando en una cena acalorada – de las tantas que teníamos hablando de política – citó al gran filósofo marxista Noam Chomsky, quien decía que el objetivo de la educación era mostrarle a la gente como aprender por sí misma; lo demás era adoctrinar.

Volviendo a la clase, el profesor afirmó taxativamente que vivimos en un mundo bipolar – la OTAN de un lado y Rusia/China del otro, ambos con sus respectivos aliados -, embebidos en una tensión permanente ante las crecientes capacidades militares (incluidas las nucleares), derivado de la puja por los recursos naturales estratégicos (con foco en los bienes escasos y servicios de alta tecnología) cuyo objetivo es mantener/incrementar la primacía geopolítica y geoeconomía; todo ello enmarcado en la necesidad de darle continuidad a los procesos de ingente acumulación capitalista por parte de Occidente, y con una mirada “socialista, de creación y redistribución permanente de riqueza”, de parte nuestra, el ‘Mundo Oriental’.

“En definitiva, estamos ante un cóctel explosivo para las potencias que, cada uno con sus liderazgos y características propias, no abandonan el ‘leit motiv’ de la existencia realista: la lucha por el poder y la riqueza global. Cada espacio de poder, por supuesto, con objetivos superadores totalmente opuestos”, según Chang.

Conocía bastante de lo que hablaba. Todo me parecía muy interesante, aunque algunas cosas me hacían ruido. Más allá de ello, lo observé muy seguro, muy claro en la transmisión de conceptos. En realidad, era bastante lógico: si estaba allí, delante de tantos alumnos en este Centro de Estudios para inmigrantes, era porque debía tener el suficientemente mérito. Sobre todo, en un país donde la educación y, sobre todo, el cómo se transmite el conocimiento, es de vital relevancia.

Después de una hora de clase, Mei regresó al aula y le avisó a

Chang que era momento del primer descanso, el cual consistía en unos quince minutos en el que podríamos hacer lo que quisiéramos mientras estuviéramos de regreso a la hora estipulada.

Nos indicó que en el aula contigua nos esperaba una mesa larga donde sirvieron café y algunas ‘croissant’ – como para homogeneizar gustos en un ambiente internacionalista -. Fui uno de los últimos en entrar, pero no me animé a hablarle a nadie. Solo miraba los diferentes rostros: todos estábamos en modo ‘analizar’ al otro. Seguramente, con el correr de las horas y los días, todos nos iríamos soltando para con el quehacer de nuevas relaciones sociales.

Al volver al aula, Chang se encontraba leyendo unos documentos – parecían ser apuntes marcados con un espeso color rojizo -, mientras miraba el reloj con impaciente frecuencia. A la hora indicada, sin importar que hubiera algunos alumnos que no habían regresado y otros que todavía se estaban acomodando en sus asientos, continuó con la clase.

Esta vez, su discurso se volcó a lo endógeno, a lo propio de la nación: “En nuestro país, de a poco, hemos abandonado la doctrina de restauración capitalista de Jiang Zemin. El Partido Comunista se ha erigido nuevamente como representante del proletariado y los campesinos. Las fuerzas productoras han vuelto a manos del gobierno”.

Y luego, para sorpresa de quienes sabíamos el hermetismo hacia la crítica histórica, evocó negativamente, aunque con mucha prudencia, a su socio clave en la lucha contra Occidente: “Nunca más queremos la política de ‘sangre sudor y lágrimas’, el eje central de lo que le pedía hace más de un siglo el politburó soviético a su población para pasar los momentos de zozobra”.

Las caras de asombro eran mayoritarias. Sobre todo de aquellos que, por sus rasgos faciales, parecía que provenían de aquella zona del planeta. “Un esfuerzo de las mayorías que solo trataba de ocultar – con éxito por décadas – una mezcla de mala praxis macroeconómica, intereses propios de los jerarcas del partido que enmascara-

ban una realidad de productividad aumentada, y una distribución regresiva de los recursos en pos de la carrera militar/espacial contra el imperialismo. Todo ello finalmente alejó, dañinamente, las promesas de la realidad: el brindar una calidad de vida superadora a su vasta población”.

La clase continuó, sin prisa pero sin pausa, por más de una hora. Un poco más de historia china, de lo cual nadie preguntó nada. No sé si será por desconocimiento, o por miedo. Igualmente, Chang tampoco se explicitó a ser receptivo a las dudas que pudieran surgir de los alumnos.

Lo que si me sorprendió, por lo menos a mí, fue cuando trajo a colación al sociólogo George Simmel, el cual advertía en su libro, *Sociología del extraño*, que la dinámica de construcción subjetiva frente a la otredad, o sea todos aquellos mecanismos sociales y cognitivos que ponemos en marcha cuando nos relacionamos con quien percibimos como diferente y externo a nuestro grupo, tienden hacia el estigma, la incompreensión, el odio, o el miedo.

“Eso es, justamente, lo que hemos evitado a lo largo de nuestra historia. Y es lo que queremos para ustedes también. Sabemos que, todos los que estamos aquí, compartimos la misma manera de ver la vida. Pero además entendemos que vienen de sociedades, culturas, hasta se podría decir mundos diferentes. Acá buscaremos, denodadamente, la hermandad, la unidad, la cohesión de todos ustedes y para con el pueblo que los alberga como si fueran sus hijos”.

Entonces, ya con las últimas fuerzas de sus cuerdas vocales y mientras buscaba el vaso de agua que tenía sobre la mesa, concluyó: “Bueno, ha sido ya mucho por ser el primer día; hoy vamos a terminar antes del almuerzo”.

Eran las doce menos cinco. “Antes de que se retiren. Déjenme decirles una sola cosa; y quiero que les quede bien en claro, porque ello es central para su compenetración con nuestro proyecto inter-nacionalista. Y que, justamente, se opone rotundamente a la idea del

imperialismo capitalista occidental. Ellos proponen un sistema en el cual la finalidad superadora de las Elites que dirigen los destinos de sus naciones es el propio reaseguro de su enriquecimiento. A consecuencia, tienen que lograr una supremacía de las fuerzas de coerción en términos domésticos e inter-estatales, justamente para permitirles sostener una suficiente capacidad económica que abastezca, con la mayor cantidad de bienes y servicios posibles, a sus propias poblaciones”.

En ese momento, observé como, tímidamente, un joven de rasgos asiáticos se atrevió a levantar la mano. Entonces Chang le cedió la palabra. “Discúlpeme profesor, pero me surge una duda. ¿Qué tan grave es la situación socio-económica actual en Occidente? Porque usted, al hablar de ‘necesidad de coerción física’, pareciera que está describiendo un escenario complicado para nuestros adversarios”, preguntó en un inglés bastante entrecortado pero lo suficientemente entendible para quienes teníamos un conocimiento medio del idioma.

El profesor, mientras escuchaba atentamente, agarró su agenda y tomó algunas anotaciones. Cuando el alumno concluyó, levantó la vista, se tomó unos segundos, y se dispuso a contestar. “Interesante pregunta señor. Lo que le voy a decir es algo de lo mucho que he leído, pero también es parte de lo que pienso a título personal. Creo que nuestros adversarios han perdido toda capacidad de encontrar una solución dialogada; por lo tanto, la violencia es la forma que tienen para ‘aflojar’ las tensiones sociales suscitadas ante la imposibilidad que tienen para que las mayorías empobrecidas posean suficientes ingresos que les permitan alcanzar una canasta básica y mínima de subsistencia. Y aquí vuelvo a lo mismo; las elites se encuentran muy preocupadas al ver peligrar los cimientos del statu-quo que, históricamente, tan celosamente han protegido”.

Un frío recorrió mi cuerpo. Recordaba las palabras de Claudia, agresivas contra la impunidad de los poderosos y la obsecuencia de

los falsos progresismos a los que ella denominada ‘berretas’. Ojalá estuviera aquí para escuchar la firmeza y la seguridad con que el profesor expresaba sus pensamientos.

La única duda que me surgía provenía de los propios dilemas endógenos, los cuales podía pensar que representaban solo una ‘dulce melodía’ para impregnarnos sus valores. Por ahora, solo era preferible creer. En realidad, no teníamos margen para otra cosa. Estábamos jugados y debíamos ‘rezar’ – o, mejor dicho, desear muy fuertemente – para que este camino que recién empezábamos, sea el que nos lleve a ver la luz al final del túnel. Hasta el momento, veníamos bien: los chinos no solo nos habían salvado la vida, sino que además nos estaban proveyendo de una diversidad de herramientas para que mi familia pueda salir adelante.

Bajé las escaleras y crucé lentamente por la puerta. Había varios compañeros que salieron antes y se habían quedado charlando entre ellos. Por mi parte, no disimulé mi interés en comenzar a integrarme; me acerqué a un grupo de tres muchachos, pero estaban muy concentrados dialogando en un idioma que entiendo podría de algún país de Europa Oriental, aunque no estaba seguro. También había otra gente sola, pero a todos se los observaba muy concentrados en lo que les devolvía el teléfono celular.

Se me ocurrió hacer tiempo para ver si alguien de los que salían después de mi tenía las mismas ganas que yo de conocer gente. Entonces me puse a mirar el mapa del celular para ver cómo llegar a mi casa – aunque ya lo había estudiado como hacerlo antes de salir, era como una obsesión tener bajo mi control el ámbito geográfico donde me voy a mover, sobre todo si es un lugar desconocido –, mientras, aleatoriamente y cada tanto, levantaba mi vista para observar si había alguna situación interesante en la cual inmiscuirme.

No habían pasado cinco minutos cuando escuché, detrás de mi hombro izquierdo, la voz de dos jóvenes que hablaban español: la mujer tenía un acento estilo caribeño y no más de veinte años; al

otro, un hombre joven que calculaba ya rondaba los treinta, se le notaba claramente que no era su lengua madre.

“Hola, ¿cómo están? Perdón que los interrumpa, pero extrañaba el español y escucharlos fue como un ‘volver a casa’. Mi nombre es Javier”, me introduje con una sonrisa y queriendo mostrarme simpático. “Hola Javier, mi nombre es Yanet y soy cubana”, me respondió la joven de tez morena, ojos rasgados y un ondulado cabello negro. Sus curvas eran pronunciadas, al igual que sus tacos altos. Su exuberancia contrastaba con la parsimonia de su voz.

“Mucho gusto Javier”, me apretó con firmeza la mano de derecha el joven rubio de ojos claros y trenzas rastafari. Tenía un estilo descontracturado, pero formal. “Me llamo Cooper y vengo de Australia. Pero como te habrás dado cuenta, hablo un poco de español porque viví dos años en Andalucía, haciendo un doctorado en historia sobre el rol del gobierno de Australia en la guerra civil española”.

Ojalá que sean buena gente y pueda comenzar a generar vínculos, pensé inmediatamente. “¿Para dónde van?”, les pregunté luego de contarles sucintamente de donde venía. La respuesta no me sorprendió: vivíamos a pocas cuadras entre nosotros. Era evidente que, con lo planificadores que son los chinos, pusieran a los inmigrantes en locaciones cercanas, sobre todo para facilitarnos la interacción socio-económica, la logística burocrática y productiva/educativa, pero también – y seguramente ello no fue un tema menor – para generar un ‘más eficiente control’ sobre nosotros.

Los tres tomamos el mismo colectivo y nos bajamos en la intersección más transitada de nuestro barrio. “Un día fui a una plaza que queda en una distancia más o menos equidistante de nuestros respectivos departamentos. ¿Les parece si compramos algo para tomar y nos quedamos charlando un rato allí?”, nos dijo Yanet apenas nos bajábamos, abriendo con entusiasmo sus pupilas. “Disculpen, pero voy a buscar a mi novia para después ir a comprar algunos víveres que nos hacen falta. Pero no faltará oportunidad”, se excusó Cooper.

“Vamos Yanet”, le respondí, mientras levantaba la mirada buscando visualizar un lugar para comprar la comida. Porque no, pensé: mis madres no estaban en casa y tenía ganas de seguir conversando, ya que me parecía una chica agradable.

Fuimos entonces a una especie de almacén que se ubicaba a unos cien metros, y compramos un botellón de jugo de naranja junto con una especie de chipas de queso, pero con un sabor un poco más dulce. De allí nos dirigimos a la plaza. Había pocos bancos disponibles; en horas del mediodía, muchas personas suelen almorzar, reposadamente, bajo la sombra de un árbol.

“Extraño Cuba, pero soy feliz aquí. Entiendo que es todo para mejor. Sé que los procesos revolucionarios son complejos, que existen muchas dificultades. Pero estamos cerca de un momento crucial en la historia. Y debemos estar preparados, aportar nuestro granito de arena para la victoria del socialismo”, me dijo Yanet, dejando en claro, desde el principio, su firme posición política de izquierda. Estaba claro que la militancia era una en marca su vida.

“Todos nos podemos equivocar. Pensar que hace más de un siglo personas como yo eran perseguidas, prohibidas y vejadas; pero entiendo que ello tiene que ser parte de la comprensión histórica de un momento cultural particular, que no tiene nada que ver con los principios de libertad e igualdad que propugna el comunismo”, expresó con inusual verborragia para su juventud: firme, contundente, con mucha fuerza y ganas de convencer con sus ideas.

Más allá de que era un discurso afín y que compartía - frecuentemente escuchado de boca de mis madres -, no me había quedado claro a qué se refería con ‘personas como yo’, por lo que decidí preguntarle. “Para una chica transexual, en otra época hubiera sido muy difícil. El único camino era la prostitución o el ocultamiento, como todavía suele ocurrir en muchos países capitalistas, las tan ‘benevolentes democracias occidentales’. Por suerte hace rato la sociedad cubana cambió y el apoyo se siente. He llegado a tener un cargo

relevante en las juventudes comunistas y, gracias a ello, estoy aquí”.

Recuerdo un libro de historia cubana que me había dado Andrea, quien era una apasionada del país no solo desde el punto de vista político, sino por todo lo que representaba en términos culturales para Centroamérica. En el mismo soslaya con relevancia sobre el ‘Código de las Familias’ aprobado en las primeras décadas de este siglo, en el cual se permitió el matrimonio igualitario, la adopción por parejas del mismo sexo y la ‘gestación solidaria’ (vientre subrogado sin compensación económica), entre otros avances que garantizaron derechos durante décadas vedados, en un país que, por ejemplo, a mediados del siglo XX marginó a los homosexuales y los internó en campos de trabajo forzado.

“Ojo Javier”, retomó la palabra Yanet, después de beber completo el vaso de jugo de naranja. “Para que la victoria de las minorías sea completa, es necesario que los derechos sociales, jurídicos, políticos y económicos vayan de la mano. Nunca deben ser excluyentes al punto conque sea suficiente que se solapen unos con otros. Si escasean los alimentos y las medicinas, si es costoso alcanzar la supervivencia material básica, los esfuerzos podrán ser valorados, pero siempre serán insuficientes. Sobre todo, para una oposición que busca permanentemente el fin de nuestro amado socialismo”.

Sus palabras eran más que comprensibles. Es que, en el mediano o largo plazo, la realidad siempre termina decantando en el pedido oxigenante para vivir mejor: desconocer, limitar y hasta criminalizar el disenso, o el ocultar errores e insuficiencias propias, termina pulverizando el medianamente válido argumento de que la culpa la tiene Occidente, o que no todas las variables económicas endógenas o exógenas puedan ordenarse propositivamente.

Saliendo de la ideología y yendo a la persona en sí, en mi caso nunca había tenido un acercamiento a una persona transexual; y, para ser sincero, tampoco me había interesado ese tipo de colectivo en particular. Podría ser demagogo y mencionar como frase de

cabecera la que me inculcaba permanentemente Claudia: “El luchar por intereses particulares, por más legítimos que sean, hace olvidar el objetivo ulterior, el cambiar el sistema de raíz, desde sus bases”. Pero la realidad es que, simplemente, aunque acordaba con la postura de defender la diversidad sexual, el tema en sí no me interesaba.

Más allá de ello, tenía claro que lo importante era la felicidad del ser humano. Además, al fin y al cabo, lo único que yo buscaba era encontrar empatía y elementos en común en este tiempo de muchos cambios en mi vida – quien dice porque no una amistad más adelante –, en una persona que parecía muy afable.

Después de algo más de una hora de charla – que al final se diluyó en temas más banales –, decidimos que por el día de hoy había sido suficiente y nos fuimos cada uno a nuestro hogar. Caminé las cuadras que me separaban del departamento disfrutando cada paso; aunque sabía que esto recién empezaba, el primer día ‘en sociedad’ me había generado buenos augurios y una linda expectativa.

Ya llegando al edificio, saludé a algunos vecinos con un simple gesto manual – todos hacíamos lo mismo dada la diversidad de países de donde proveníamos, además de algunos chinos que también vivían en el complejo –, ingresé al departamento, dejé la mochila en mi habitación, y me desparramé en todo el largo del sillón. Cerré los ojos y, de repente, se vinieron a mi mente hermosos momentos vividos en argentina. Más allá de que no me encontraba triste en términos emocionales, y además veía que todo se iba encaminando con bastante fluidez, evidentemente, de a poco, comenzaba a extrañar a mi país y los afectos que tuve que dejar atrás.

A eso de las cinco de la tarde, llegó Claudia. “Hola ¿todo bien?”, me preguntó desganada, como si tuviera la mente en otra cosa. Más aún me sorprendió su desapego sabiendo que era mi primer día de clases. Casi no tuve tiempo de responderle; se fue rápidamente a la cocina. Y no quise molestarla para preguntarle que le pasaba.

No debía de extrañarme que tuviera cierto malestar, angustia, in-

certidumbre, después de tantos cambios. En definitiva, aunque era una mujer madura con una gran fortaleza y experiencia de vida y de lucha, no dejaba de ser una persona como el resto, con sentimientos y cambios de humores.

Media hora más tarde llegó Andrea. “Javi, mi amor, ¿cómo te fue en el Centro de Formación? Quiero que me cuentes todo”. Después de que dejara su cartera, se quitara sus zapatos y volviera a sentarse despatarrada en el sillón más cómodo del living, le intenté contar mi día con lujo de detalles: desde lo aprendido bajo el marco teórico/práctico de las clases, hasta mis nuevos conocidos, Yanet y Cooper.

Una vez que terminé, decidí cambiar de tema. Estaba preocupado. Claudia fue directamente desde la cocina a su pieza, sin siquiera saludar a Andrea – y estaba seguro que sintió sus pasos cuando llegó a casa -. “Ma, discúlpame, pero la noto preocupada a Claudia. ¿Pasó algo?”. Andrea me miró fijamente y, en seguida, se le llenaron de brillo los ojos.

“Creo que está un poco triste. Más que triste, preocupada.” “¿Por?”, le retuqué inmediatamente. “La situación no está fácil...” “Pero ¿qué cosa no está fácil?”, volví ansiosamente hacia el eje situacional. En ese momento, Claudia, que probablemente haya escuchado la conversación dadas las dimensiones pequeñas del departamento, salió de la habitación y se sentó junto a nosotros en la silla más contigua ubicada en el vértice de la mesa.

Tomó aire, miró al suelo, y levantó la vista: “Javi, la situación geopolítica está muy complicada. En nuestros trabajos, nuestros compañeros chinos mencionan, por lo bajo, que la guerra se avecina. Es cuestión de semanas, o días. Y no sabemos cómo nos puede impactar”.

“¿Estamos en peligro?”, repregunté tratando de sacarle la mayor cantidad de información posible. Las conocía demasiado y sentía que no me estaban diciendo todo lo que sabían. “No lo sabemos Javi. Vos no te preocupes, trataremos de estar expuestos lo menos

posible”, continuó Andrea. “Tenemos que confiar en el gobierno chino. Ellos son meticulosos, puntillosos hasta el extremo en cuanto a que pasos dar. Ya sea en soledad o con sus aliados internacionales. Mientras tanto, estamos seguros que están fortaleciendo sus capacidades para poder enfrentar a los enemigos del socialismo”, concluyó, ahora sí con mayor firmeza, Claudia.

No quedé muy conforme, pero entendí que no tenía mucho más que preguntar. Al menos es ese momento. Cambié de tema, comentándole sobre lo bella que era la plaza a la que fuimos con Yanet y lo que habíamos comido. “Me diste hambre”, continuó Andrea. Nos fuimos los tres a preparar la cena. Una comida temprana, para luego irnos a acostar. Me costó conciliar el sueño. Sobre todo, cuando revoloteaba por mi cabeza el rostro sonriente de Juli.

Al otro día llegué justo a tiempo para la clase. La mayoría de mis compañeros ya estaban sentados. Con un pequeño paneo visual, observé a Cooper en su lugar. El banco de Yanet, vacío.

Después de una clase de idioma chino y otra de matemáticas, llegó la hora del almuerzo. Esta vez, sería en el comedor. “¿Cómo estás Cooper?, ¿nos sentamos a comer?”, le pregunté apenas salimos del aula hacia el pasillo. Ante su afirmación, escogimos una mesa relativamente pequeña ubicada en el vértice del salón; el objetivo era poder disfrutar, con tranquilidad, nuestra primera comida juntos en el instituto.

Nadie se nos acercó a compartir la mesa. No pensaba mendigar relaciones; ya habría tiempo de continuar socializando, pensaba mientras me servía una especie de suprema de pollo con arroz. Cooper avanzó eligiendo unos fideos salteados con wok. Para romper el hielo, decidí comenzar la charla: “¿Me contás un poco más de Australia?”.

Copper finalizó de deglutir lo que quedaba en su tenedor, tomó un trago de agua, y se preparó para hablarme de su país: “Cuando se habla de Australia, no son pocos a los que se viene a la mente sus

hermosos paisajes, el bienestar de su población, la calidez de su gente. La mayoría de las variables socio-económicas lo sostienen: una histórica expansión económica basada en un mercado interno sólido, un pujante sector de servicios (desde financieros, pasando por las telecomunicaciones o los educativos), junto con exportaciones masivas de materias primas (lácteos, carne bovina) y una amplia variedad de recursos naturales estratégicos (por ejemplo, las ingentes reservas de uranio). Pero, sobre todo, Australia tiene instituciones creíbles sólidas. Y que, en su mayoría, funcionan con enorme fluidez enmarcadas en valores fundamentales: capacidad, meritocracia, eficiencia, eficacia, justicia, y bajos niveles corrupción”.

No era la primera vez que había oído hablar bien de Australia; pero lo que me sorprendió, fue la convicción con las que Cooper emitía sus palabras. Su defensa era de un modelo capitalista que, por como lo mostraba, funcionaba bastante bien. “La postura australiana ante la desaceleración económica de los principales socios, la guerra comercial global, o las burbujas financieras, fue siempre la de trabajar sobre políticas públicas contracíclicas y con eje en la autosustentabilidad, que transformen ‘potentes huracanes desestabilizadores’, en suaves tendencias económicas adversas que no lleguen a impactar de lleno en, por ejemplo, un desempleo que por décadas se ha mantenido por debajo del cinco por ciento, o un PBI per cápita que siempre se ha encontrado entre los primeros diez puestos de mayores ingresos a nivel global”.

Me quedé mirándolo sorprendido. Era un país del que no había leído nunca nada, y por el relato de Cooper quedé impresionado por el pragmatismo y la racionalidad con la cual habían tomado las decisiones políticas a lo largo de su historia. “Bueno, sino tienes ninguna pregunta, dame un minuto que voy a ver si puedo repetir el postre. Ya vuelvo y te termino de decir algo”, me dijo esbozando una nítida sonrisa, luego de esperar unos segundos algún inexistente comentario de mi parte.

Mientras lo esperaba, observaba atentamente lo que ocurría en el comedor. Había un silencio propio de personas que recién se conocían. Se veían algunas conversaciones, todas con demasiada formalidad. Seguramente va a llevar algún tiempo el ‘soltarse’, más aún porque éramos jóvenes de culturas diversas. Entonces lo divisé volviendo a Cooper, caminando con otra enorme porción de torta en la mano, y una sonrisa de oreja a oreja que denotaba el éxito en la consecución de su objetivo.

“Bueno, te contaba, y la voy a hacer corta para no aburrirte mucho. La especialidad para lograr permanente un proceso de crecimiento con estabilidad, se encuentra, como ya te habrás dado cuenta, en lo que se podría denominar ‘pragmatismo de anticipación’. Paso a explicártelo empíricamente, simplemente comentándote el devenir de la historia de mi país”.

Entonces pensé cuanta falta de ‘copiar lo bueno’ que han tenido a lo largo de la historia los diferentes gobiernos argentinos. Sin embargo, como decía siempre Claudia, para comprender cuan diferente encaran los países sus problemas ante una infinidad de variables que entran en juego, también hay que entender que la cultura, la posición geográfica, y hasta el propio pasado, juegan un rol determinante a la hora de pensar – y sobre todo implementar – políticas públicas. Así son las ciencias sociales: dinámicas y multifacéticas, como el ser humano mismo.

“Cuando en la primera mitad del siglo XX el modelo agroexportador generaba una dependencia bajo la lógica del deterioro de los términos de intercambio – tan bien conocida por ustedes, los argentinos –, el gobierno australiano entendió que existía la necesidad de realizar un proceso de industrialización sustituyendo importaciones. Posteriormente, al ver que nuestros vecinos asiáticos se transformaron en los ‘tigres del crecimiento industrial’ luego de la Segunda Guerra Mundial, Australia decidió convertirse en una economía de servicios. Al comenzar el ascenso económico de China, dejamos de

mirar rápidamente a nuestros vecinos asiáticos como ‘comunistas de cuidado’ – bajo el paraguas de seguridad global en alianza con los Estados Unidos –, a ser uno de sus principales socios para con la exportación de sus recursos naturales”. Impresionaba como, comenzando podríamos decir desde un ‘punto inicial similar’, las trayectorias subsiguientes de ambos países se bifurcaron en caminos tan dispares.

“Concluyo con lo siguiente: con la crisis global de finales de la primera década de este siglo, pasaron de ser liberales – con un Estado moderado pero eficiente, basado en enormes incentivos para con la creación de empresas, Pymes principalmente – a convertirse, en un abrir y cerrar de ojos, en keynesianos a favor de la generación de ingentes estímulos fiscales: enormes inversiones en infraestructura y el otorgamiento de créditos hipotecarios y productivos con una enorme flexibilidad para salir rápidamente de la crisis. Una vez que la economía se estabilizó, volvieron a dejar en manos del sector privado gran parte de su per se orden ‘liberal’. Y así podría continuar”.

Como diría algún fanático de los fierros, los grandes corredores se conocen en los circuitos con curvas sinuosas, y no en las rectas donde saca ventaja el que posee el mejor auto. En este sentido, quedó claro que en el caso australiano fue el Estado, actuando de manera inteligente, quien siempre estuvo en los momentos difíciles – como ocurrió posteriormente al crack de 1929 o la crisis financiera de 2008 - comandando la situación.

“Que interesante todo lo que me contás. La verdad, a veces parece que lo que describís se asemeja más a un cuento de hadas que a la lógica despiadada de la acumulación capitalista”, acoté. “No te creas que todo es color de rosas”, me respondió inmediatamente, mientras hundía con fuerza su cuchara en el último trozo de chocolate que salía del bizcochuelo. Mis palabras de embelesamiento para con su país de origen, habían encontrado un límite.

“Es verdad que te he descripto ciertas bondades socio-económi-

cas, productivas, y, porque no, estratégicas. Pero hay un detalle, no menor, en el que Australia falla, el cual es estructural y mayúsculo: el de la sustentabilidad. Aquella que no piensa en el bienestar material que genera el consumo actual, sino el que tiene la empatía de mirar más allá, el de pensar en una vida plena para las futuras generaciones”.

Entonces me empezó a hablar de las graves y prolongadas sequías, junto con las olas de calor récord que afectaron en el último siglo a Australia como consecuencia del cambio climático. Pero las millones de hectáreas arrasadas y los sistemas fluviales sin caudal, no han persuadido a los sucesivos gobiernos para con el limitar verdaderamente los gases de efecto invernadero. Por el contrario, los mismos solo han tomado medidas coyunturales cosméticas, cuyo objetivo ulterior fue limitar el perjuicio económico.

Evidentemente, no alcanzó la superioridad moral de lo ético, de lo superador. Lo único que había que cuidar con celosía era la ingente acumulación de capital y la competitividad de la producción; por ende, y solo para citar un ejemplo de los tantos que me mencionó Cooper, no fue de extrañar que, a lo largo del tiempo, se hayan eliminado, a diferentes velocidades, los impuestos que obligaban a las empresas a tributar por cada tonelada de emisión de carbono. “Demasiado poco, demasiado tarde”, solía decir un profesor de sociología en la escuela.

Estaba claro que, mientras el perjuicio económico, más allá del daño medio ambiental, se socializaba, las ganancias de las elites corporativas siempre se abocaron a proteger sus intereses particulares. No me cabían dudas de que el lobby y las presiones de unos pocos, habían podido más que la lógica en donde prima el bienestar colectivo.

“Y para complementar todo lo que te conté, solo te puedo decir que el golpe de gracia lo dieron los medios de comunicación concentrados. A la discursiva pro positiva en términos productivos y

laborales, se le adicionó la dialéctica negacionista. Y ese fue el golpe de gracia que dejó a Australia al borde de una crisis de sustentabilidad en un punto de no retorno. Bueno, mejor cambiemos de tema que me empiezo a deprimir”, concluyó Cooper.

Le respondí que no había problemas. Entonces comenzamos a hablar de las clases, los profesores, los compañeros. Hasta que observamos el reloj que marcaba la hora de volver a clases. “Javier, ¿Quieres venir a casa después de clases? De paso te presento a mi novia”, me preguntó Cooper mientras dejábamos las bandejas en el lugar destinado para la limpieza de la vajilla.

Sin dudarlo, les pregunté a mis madres con un mensaje en el celular sobre la propuesta, explicándoles sucintamente que era un compañero del curso, y que vivía a pocas cuadras de casa. No le podía dar su teléfono celular – como solíamos hacer en Argentina donde mis madres tenían los contactos de mis amigos – ya que todavía el gobierno no lo había autorizado. Había que tener paciencia: nos dijeron que el mes entrante podríamos tener la autorización para hablar o mensajearnos con cualquier teléfono de la ciudad – hasta el momento solo estábamos habilitados para comunicarnos con familiares y miembros de la institución laboral o educativa a la que pertenecíamos -, y, posteriormente, y si ‘todo salía bien’ – cuando ellos lo consideren, por supuesto -, podríamos acceder a cualquier teléfono dentro del país.

La verdad es que extrañaba un poco la accesibilidad ilimitada – o, mejor dicho, la controlada por las ‘democracias occidentales’ – que teníamos en Argentina, pero entendía que debía vivenciar un proceso de aprendizaje que me iba a brindar la suficiente capacidad y sabiduría para comprender los procesos globales. Aquellas herramientas que nos permitían estar preparados para no ser corrompidos por el imperialismo capitalista, como nos explicaron en el curso. En fin, lo importante para mi persona en este momento era que el gobierno no me había dado ninguna indicación de prohibición sobre

cómo y con quién socializar. Y la mejor forma de hacerlo, era pasar el mayor tiempo posible con el otro.

A los diez minutos ya tenía la aprobación de Claudia y Andrea. Y un poco después de las cuatro de la tarde, salimos con Cooper del instituto para su casa. Luego de unos veinte minutos de viaje placentero – pudimos sentarnos, algo raro en el tramo que realizamos – bajamos del colectivo y caminamos hacia el edificio donde él vivía. Era muy similar al nuestro, al igual que su departamento. Las mismas comodidades: parecía calcada la distribución, el amueblamiento, los artefactos eléctricos.

La lógica comunista, homogénea e igualadora, aplicaba perfectamente para esta arquitectura, tal como se había planificado la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y sus países satélites durante el siglo pasado. Cabe aclarar, eso sí, que lo observaba solo para los que somos inmigrantes, ya que cuando me alejaba un poco del barrio donde vivíamos, se veían viviendas de diferentes tipos, la mayoría muy bonitas, coloridas y seguramente con bastantes comodidades. ¿Podría ser entonces que el vivir todos de manera similar fuera solo para impresionarnos con un shock ideológico para quienes provenimos de afuera? ¿O en realidad será para demostrarnos que todos empezamos en un mismo punto de partida cuando llegamos al país? Realmente no lo sé.

Me senté en una silla mientras Cooper buscaba algo para tomar en la cocina. Sentí el ruido de la cerradura. Entró una chica joven, con rasgos asiáticos. Me paré y me acerqué a ella. “Hola, mucho gusto”, le dije luego de extenderle la mano. Asintió con la cabeza, pero sin decir una palabra. “No sabe castellano, pero, por supuesto, puedes hablarle en inglés”, balbuceo Cooper, mientras bebía un sorbo de cerveza. Con su otra mano hacía malabares para que no se le cayera un vaso con jugo de naranja y un plato repleto de maníes, mientras conseguía acomodar una lata ‘abrazada’ a su axila. Por suerte, su novia llegó a tiempo para ayudarlo y poner todo sobre la mesa.

Aunque mi inglés era perfectible – a mi falta de interés, se le adicionaba una propia negación ideológica por lo mal que me hablaban mis madres del ‘imperio’ -, iba a ser mi mayor esfuerzo para hacer fluida la conversación. En este aspecto, no creo que deba autoflagelarme por no poder hablar inglés fluidamente, lo cual requiere de mucho estudio y, sobre todo, práctica constante. Tenía bien en claro que, si a uno no le gusta algo, si lo que uno hace no lo desarrolla con pasión, difícilmente pueda sostenerlo en el tiempo.

“Su nombre es Suhana. Es descendiente de filipinos que se instalaron hace más de un siglo en Australia. Sus rasgos faciales, junto con su sonrisa permanente que la trasvasa de oreja a oreja, me conquistaron”, continuó con un guiño de ojos socarrón hacia ella. Sin embargo, su novia, sin decir una palabra, se excusó con un movimiento de cabeza, y se retiró inmediatamente a la habitación sin mediar palabra.

Me sorprendí; me pareció rudo, descortés. Sobre todo, como anfitriona y siendo la primera vez que nos conocíamos. Pero, por supuesto, iba a respetar su decisión. Y no le iba a realizar ningún comentario a Cooper en relación a su actitud.

“¿Cómo se conocieron?”, le pregunté a Cooper mientras me acomodaba distendidamente en su sofá. En realidad, también me gustaban las historias de amor; cómo la gente se encuentra en un momento particular de la vida y va forjando un sentimiento que los hace enloquecer de felicidad. Dure lo que dure, y de la forma que sea. Como ocurrió con mis madres, que tuvieron que lidiar con la oposición de mi abuela Liliana – la mamá de Andrea -, quien no podía aceptar su homosexualidad.

Fue muy triste. Mi abuela la fustigó y le dejó de brindar ayuda financiera en un momento de mucha dificultad, cuando Andrea no tenía empleo y con lo que ganaba Claudia no les alcanzaba para pagar el alquiler o comprar los alimentos básicos. A veces hasta debían pedir dinero prestado a conocidos para los viáticos.

Aunque, por supuesto, lo más grave fue que la cercenó del amor materno. A pesar de todo, Andrea tuvo un gran dolor por no poder dirigirle la palabra los últimos años de su vida. Sin embargo, valoro mucho que Andrea nunca me habló mal de mi abuela. Justamente lo contrario. Siempre resaltó sus virtudes, su integridad como persona, su inteligencia, su hidalguía para llevar adelante una familia desde muy joven, cuando mi abuelo Horacio, se suicidó.

Horacio había inmigrado desde muy joven desde El Líbano. Lamentablemente para él, la expansión de los partidos políticos de derecha alrededor del mundo, incluido nuestro país, tuvieron también su foco en aquellos que, generalmente por miseria o persecución, habían huido de sus lugares de origen.

Desde que llegó al país lo hostigaron. Lo culparon de ser la mano de obra barata que competía con las clases trabajadoras nativas. Que por los extranjeros había un incremento excesivo del expendio público, lo que conllevaba a que el país no pudiera desarrollarse.

Ningún empresario de los que lo empleó lo defendía ante sus compañeros, a pesar de que trabajó denodadamente en cada empleo precario que tuvo. Mientras tanto, en los medios de comunicación los políticos sostenían que gran parte de los problemas de violencia eran responsabilidad del inmigrante por su imposibilidad de adaptarse a las nuevas condiciones culturales. A pesar de que los datos estadísticos no apoyaban esa moción, el discurso falso, soez, mentiroso, fue una forma más que sutil de traccionar el odio de las masas pauperizadas e ignorantes contra el inmigrante.

El pesimismo se normalizó en su vida y el inmovilismo se anidó bajo la monstruosa cara de la ansiedad y la depresión. No por nada es la enfermedad de nuestro tiempo: un síntoma colectivo de lo que la alineación puede causar, que nos cuesta detectar como social, bajo un sistema que atomiza la capacidad de análisis, viéndolo todo a través de una exacerbada individualidad. Es evidente que una de las tácticas más exitosas de la clase dominante ha sido la auto-respon-

sabilización. Horacio lo entendió, o mejor dicho lo procesó, así. Y entonces decidió quitarse la vida.

“Nos conocimos en la facultad, en un curso de filosofía que hice una vez que regresé de España. Empezamos a juntarnos en un grupo de estudio, y una cosa llevó a la otra. Ya llevamos varios años juntos. Y tú Javi, ¿eres soltero? ¿Cómo está compuesta tu familia?” Antes de que pudiera comenzar a contarle, ya se había levantado de la silla a buscar su segunda cerveza a la cocina.

Entonces le hablé brevemente de Julieta, que por obvias razones ya no estábamos juntos. Y luego de Andrea y Claudia, donde le hice un recuento de mi vida con ellas. No pude evitar que la congoja se apoderará de mi mente por el recuerdo de mi pasado; sobre todo el inesperado desencadenante que me trajo hasta aquí. Cuando terminé, mientras tomaba el vaso de jugo con mi mano derecha, se me mezclaron muchas imágenes de la vida en mi país, y ya no me pude contener: me había sensibilizado hasta las lágrimas.

Apoyó su mano en mi hombro. “¿Qué cosas te gustan hacer?”, entendiendo que había que cambiar de tema. “De todo, viajar, hacer deportes, disfrutar de paseos con amigos. Espero que, en un corto tiempo, pueda generarme una agenda similar a la que tenía en Argentina. Pero creo que primero hay que pasar estos tiempos turbulentos, ¿no?”. “¿A qué te referís con ‘tiempos turbulentos’?”, me preguntó con cara adusta inmediatamente Cooper, como extrañado por mi comentario.

No sabía si contestarle. Por más que me cayera bien, no lo conocía tanto, no sabía qué tipo de contactos tenía con el régimen. ¿Y si era un espía del gobierno chino puesto en el instituto para ver qué pensábamos? Creo que mis segundos de silencio también lo hicieron dudar a él, lo que hizo que me tranquilizara.

Pero, además, no podía vivir mi nueva vida perseguido, desconfiado de todo el mundo. O, al menos, no quería vivir así. Ya había tenido suficiente en Buenos Aires. Entonces decidí contarle lo poco

que sabía. “Mirá, no sé mucho, pero mis madres están preocupadas. Escucharon en sus trabajos que una ‘gran guerra’ se avecina pronto, que la situación geopolítica es grave”.

“Y si, es verdad”, respondió Cooper resignado, mientras terminaba su cerveza helada. “En fin, para eso estamos aquí”, continuó. “¿Estamos para qué?”, le pregunté confundido. “Nosotros, como combatientes”. “¿A qué te referís como combatientes?”, volví a repreguntar, aún más confundido que antes. “Vamos Javi, ¿qué me preguntas? Vos, mi novia, yo. Todos los que somos clones de otros y nacimos para combatir”.

No sabía que decir, me quedé petrificado. No entendía muy bien por qué me había emparentado con él y su novia, personas que se habían criado en latitudes opuestas, en otras culturas, con gobiernos que no tenían ni un ápice en común con el argentino. Y, además, ¿qué tenía que ver yo con la guerra? ¿Qué quería decir con lo de la clonación?

“Te noto sorprendido”. “Es que, siendo sincero, no entiendo a qué te referís con lo que me decís Cooper”. “Parece que a los que somos clones creados para ir a la guerra, nos pusieron a todos el chip del Alzheimer; yo también me suelo olvidar cosas importantes”, se rio mientras se le caían los maníes de la boca. Sin embargo, mi rostro continuaba impoluto; sin decir una palabra, solo atiné a mirarlo fijamente a los ojos. No había nada gracioso, ni un jolgorio cómplice en el tema que estábamos tratando.

Entonces se dio cuenta de mi cara de pánico y desconcierto. “Me parece que no sabes muy bien de lo que te hablo. O dime si estoy equivocado...”, continuó, mientras llevaba lentamente la mirada al piso y se disponía a abrir su segunda lata de cerveza ubicada en la mesada contigua.

Cuando regresó, me quiso cambiar de tema para matizar el mal trago. Igualmente, yo ya no escuchaba nada. Estaba pálido, comencé a sudar. Sentí que se me venía el mundo abajo. Una pesadilla que

esperaba fuera solo una equivocación, una confusión. Como mucho una broma.

“Disculpame Cooper, me siento medio descompuesto, seguimos hablando mañana en el instituto. Envíale por favor saludos de mi parte a tu novia”, le dije mientras agarraba mi mochila y me disponía a abrir la puerta. “Está abierto abajo, puedes salir sin problemas. Mejórate Javier”, me respondió con un tibio suspiro. Había comprendido perfectamente mi estado. Cuando me di vuelta para cerrar su puerta, observé en su rostro ese sentimiento de culpabilidad por haber dicho algo que debería haber callado.

Caminé rápidamente, sin desviar la mirada, las ocho cuerdas que me separaban de casa. Obtusamente, solo quería llegar y que me explicaran lo que estaba pasando. Saber todo, absolutamente todo. Todas las verdades, inclusive aquellas de las que a partir de ahora iba a dudar. Cooper se había dirigido hacia mí con seguridad, confiado. Estoy seguro que desconocía mi ignorancia. Por ende, no tenía por qué mentirme.

“Mamás, tengo que hablar algo de urgencia con ustedes. Estoy cerca de casa, espero verlas pronto”, les escribí mientras estaba llegando. Necesitaba descargar mi ansiedad, por lo que decidí subir rápidamente por las escaleras de servicio en lugar de utilizar el ascensor. Abrí la puerta y estaba Claudia esperándome con una taza en su mano izquierda, en la cual se asomaba un saquito de té, cruzada de piernas en el sillón.

“¿Estás bien Javi? ¿Te pasó algo?”, me preguntó mientras se levantaba para dirigirse hacia mi persona con la intención de saludarme con un beso. “¿Está Andrea?”, le respondí sin devolverle su beso en mi mejilla derecha. “Me escribió hace un rato que pasaba por una tintorería donde iba a dejar alguna ropa para arreglar, y luego volvía a casa. Debe estar por llegar”, me respondió mientras fijaba su mirada en mis ojos con visible preocupación. “Esperémosla entonces, quiero hablar con ambas al mismo tiempo”.

Me fui a buscar un vaso de agua y me senté en la silla. Claudia me miraba parada, sin entender lo que pasaba. No le dije ni una palabra. Me agarraba el pelo, tiraba mi cabeza hacia atrás como buscando aire en el cielo, como si pudiera con mis bronquios traspasar los techos para alcanzar algún tipo de frescura que me relajara, que me diera paz. O tal vez para que dios, algún dios, me brindara una respuesta: fantástica, diferente, ilógica. Lo terrenal ya me comenzaba a dar desconfianza.

Pasaron unos diez minutos hasta que Andrea abrió la puerta. Ambos la observamos al mismo tiempo. “¿Qué pasa?”, preguntó con lógica preocupación. Sin esperar un segundo, tomé la palabra: “¿Es verdad que soy un clon? ¿Quién soy realmente?”. Enmudecidas, no podían quitarme sus ojos de mi vista. “¿Van a hablar o qué?”, insistí levantando la voz. Era extraño en mí encontrarme fuera de mi eje, pero los nervios del momento me avasallaban.

Claudia no decía nada. Giraba la cabeza en direcciones diversas: miraba el techo, la ventana, el piso. Como si estuviera avergonzada. Como si no pudiera enfrentar la situación. Tuve que esperar unos segundos, que parecieron eternos, para que Andrea tome fuerzas y pueda emitir alguna palabra: “Apenas llegamos a China, le dije a Claudia que estaba arrepentida. Pero como me respondió ella en ese momento, para el gobierno argentino Javier, vos siempre fuiste una persona cuyo objeto era ser un arma de guerra”.

Otra vez el escenario bélico. Otra vez el volver a poner en mi mente la palabra muerte, destrucción. Pero, esta vez, asociada estrechamente a mi persona. “Cuando te adoptamos Javi, pensamos que nunca iba a ocurrir, que otra gran guerra nunca sería posible. Pero la realidad es que está pasando. Y no podemos hacer nada. Sea en Argentina o en China, los seres humanos clonados como vos serían los primeros predeterminados para enviar al frente”, continuó Andrea.

Entonces Claudia tomó la palabra. “¿Viste esos documentos que firmamos cuando bajamos del avión? Bueno, allí se encontraba tam-

bién nuestro rol como futuros ciudadanos chinos. Ellos sabían toda nuestra historia personal como familia; creo que en parte – además de todas las tareas de inteligencia que hice por su país – fue por eso que nos sacaron de Argentina”. Entonces se puso a llorar. Y no pudo seguir hablando.

“Para que nos dejen ingresar al país, con los mismos derechos que el resto de la población, nuestro hijo clonado debía cumplir con la misma funcionalidad, el mismo objetivo, que tenía en Argentina. Nos habían salvado la vida y estábamos en su casa, en su mundo, con su propia idiosincrasia. No teníamos margen para discutir nada. Por eso lo hicimos”, prosiguió Andrea. Estaba más entera que Claudia, buscaba las palabras apropiadas. Intentaba que la emoción no sobrepasara la racionalidad.

“¿Pueden ser precisas? ¿Quién soy realmente? ¿Qué quieren de mí?”. Mi voz se volvía espesa. Tenía bronca. “Perdón Javi por tantos rodeos, solo queríamos detallarte como fue la decisión final. Pero volvamos al principio, así podés tener el hilo completo de la historia. Justamente las últimas noches recordaba los primeros momentos junto a vos. El día que te fuimos a buscar y nos dijeron que nuestra responsabilidad era que, a pesar de que eras un humano clonado, debías tener una vida como cualquier otra persona. Más aún, nos instaban a darte un hogar, una vida llena de proyectos, valores y amor”. Claudia, ya un poco más tranquila y habiéndose secado las lágrimas de sus ojos, tomó un respiro y fue a buscar un vaso de agua a la cocina.

Andrea no quiso que hubiera ningún silencio; sin esperar el regreso de Claudia, tomó la palabra: “La única diferencia con cualquier otro niño, era que tu futuro ya estaba predestinado. Aquel compromiso que firmamos con Claudia ante el Ministerio de Humanidad era taxativo: los hijos clonados no pertenecían a las familias de adopción, sino al Estado. En aquel momento nos dijeron que no sabían cuando íbamos a tener que enfrentar otra guerra, pero como

gobierno debían estar preparados. Y los niños clonados, eran los primeros que debían ir al frente de batalla”.

“Me parece todo una locura”. Quería gritarlo desde el alma, pero de mi boca salió como una suave congoja. Estaba anonadado; para mí, era incomprensible todo. La política del Estado, el rol de los padres gestantes, los adoptivos. ¿Cómo en ese momento nadie reflexionó sobre lo que estaba pasando?

Evidentemente, no era que se vivía en una época carente de valores; sino que los valores imperantes eran la rentabilidad económica, el manipuleo de la sociedad, la conquista imperial. Lejos de una época nihilista, se había vivido un tiempo enajenado por la adaptación a la geopolítica global.

“No podíamos hacernos las distraídas que no sabíamos las consecuencias. Básicamente porque los padres adoptantes debíamos de antemano encontrarnos preparados para el dolor, en caso de perder a nuestros hijos en un conflicto armado. Pero el deseo de tener un hijo, de tenerte a vos nuestro amado Javi, pudo más. Y ahora estamos aquí, a miles de kilómetros de distancia, tan cerca de que la pesadilla de la guerra, que en aquel momento se veía tan lejana, se convierta en realidad”. Sin poder aguantar más, Andrea agachó su cabeza y se largó a llorar.

Claudia la abrazó. Y le susurró al oído “¿Te acordás cuando queríamos ser madres, lo que estaba pasando en el país?”. Hubo un silencio, Andrea levantó la vista y, lentamente, se fue calmando. Claudia volvió a sentarse en la silla más cercana a la mesa, antes de continuar: “No se hablaba abiertamente, pero desde mediados de siglo XXI, el hartazgo social era tal que los padres y madres de aquellos hijos de vientre natural se habían vuelto reacios a entregar las vidas de sus hijos por la guerra. Además, ¿Para qué? Eran contados con los dedos de la mano quienes querían morir por una bandera que conllevaba objetivos difusos y en muchas ocasiones espurios. Lo que se pedía eran respuestas a la coyuntura cortoplacista.

La pauperización de la vida requería mejor salud, más educación, una alimentación balanceada y nutrida, infraestructura apropiada. Y nada de eso tenían las mayorías; menos aún como para reflexionar sobre los potenciales beneficios macro de largo plazo que traería una victoria militar”.

La búsqueda de poder y riqueza como objetivo de las elites políticas, se amalgamaba puntillosamente con la prosecución de recursos estratégicos naturales y financieros por parte de las elites económicas; una dinámica que se mantenía como eje rector del funcionamiento sistémico global. Si se ganaba la guerra, todo se potenciaba pro-positivamente.

Esto último se le quería inculcar a masas culturalmente amorfas, empobrecidas, temerosas de lo desconocido, de lo diferente. Era en esa complejidad, con un creciente malestar social y el colapso de la legitimidad, donde las elites, gravemente asediadas, optaron por ‘venerar como una variable de salvación’, un escenario de guerra para apuntalar su autoridad.

“Sí, sí, lo recuerdo”, murmuro Andrea. “Desde el colapso del comunismo utópico a finales del pasado siglo XX, los intereses de la mayor parte de los habitantes de los países pasaron a ser particulares, personales, como el capitalismo mismo. Las grandes epopeyas colectivas eran parte del pasado; cada ser humano velaba por sus deseos, su propio programa de vida. En este caso, asegurarse el bienestar solo de sus propios hijos”. Estaba claro: el individualismo reinante no solo había sido fatal para cualquier sentimiento vital de hermandad e interés común; sino, más aún, para con cualquier comprensión de la responsabilidad respecto a las siguientes generaciones.

Me costaba seguir la conversación. Tenía dentro mío una explosión de sensaciones. Pero sobre todo miedo, mucho miedo. No era el único. Mis madres también estaban sufriendo. “Todo ello derivó en un círculo vicioso”, continuó Claudia. “Yo siempre lo desarrollaba

en las asambleas barriales: los gobiernos, más o menos paternalistas, no eran una fuente de valor en sí mismo; más bien representaban un mero vínculo de salvataje para con lo que podían ofrecerle a cada individuo en particular. Entonces los Estados, por acción – mostrando que el paternalismo nacionalista era necesario si no se quería ‘caer en manos del mercado’ – u coerción – para enfrentar a la ‘anarquía desestabilizante’, mostraron su carta más potente: la única opción de supervivencia para cualquier habitante era el cobijo del ‘paraguas del Estado’. Adentro del Estado todo, afuera del Estado, nada. Guste o no”.

No era de extrañar que, ante las desahuciadas sociedades, derivado de la falta de respuestas estatales, sumado a la ingente concentración de riqueza con la consecuente desigualdad creciente, un escenario de paranoia obligaba a las elites gobernantes a dejar de lado el diálogo profuso y utilizar la amenaza como discurso primario para con el ‘arte de la guerra’.

“Quiero terminar con esto Javi. Creo que es importante para que comprendas el hoy”, continuó con vos firme. “Bajo aquella premisa, el resto era más o menos sencillo: libertad social para desarrollar los gustos personales, cierto margen de maniobra en términos económicos, y vigoroso control político. Expresar necesidades básicas, mínima organización partidaria, y no mucho más era lo permitido. Cualquier desbande no solo podía mellar sobre la paz social, sino que atraía como un imán los intereses del enemigo foráneo que huele la permeabilidad de las estructuras institucionales. Y eso podía ser el final para todos. Al menos eso nos metían en la cabeza. Pero, por lo que tengo entendido – y estoy casi segura de ello – esto lo afirman la mayoría de los oficialismos del mundo, sin distinción de geografía, cultura o ideología. Parafraseando a Lenin, ‘Salvo el poder, todo es ilusión’”.

Desde que tuve mis primeras clases de sociología en la escuela, aprendí que las diferentes ideologías, desde la izquierda revolucio-

naria hasta la extrema derecha, en cualquier latitud, se alimentan de la esperanza. La esperanza es un asunto político: si la gente tiene esperanza, tiene la voluntad y desea prepararse, estudiar, entender, para lograr cambiar. Pero si es el pueblo se encuentra desesperado, envuelto en una ignorancia impuesta por el sistema y por la propia necesidad de supervivencia como objetivo único, es difícil que se puedan tomar las mejores decisiones.

“Entonces Javi, creemos que lo que está pasando es que hay mucho en juego y en el tablero de ajedrez global cada Estado se va a mover ‘quirúrgicamente’: se puede ganar o perder mucho si se cometen errores groseros ante tantas variables y áreas en disputa. Por estas horas, Occidente ha amenazado con terminar las ‘dictaduras de Oriente’ y, en cualquier momento, se desata una guerra a escala mundial”. Yo solo tragaba saliva; no podía procesar más malas noticias. Ya no quería argumentar. Solo puse la mente en blanco, y me largué a llorar.

Inmediatamente, ambas me vinieron a abrazar muy fuertemente. Yo me encontraba inerte; estaba muerto en vida. Todo era demasiado: la clonación de bebés de los más humildes, la obligación de entregarlos al gobierno en caso de conflicto bélico, la vida ‘normalizada’ por parte de miles de familias que deseaban con fervor tener hijos. Y el presente: mi destino, tan cerca del final.

“Como entenderás, nosotras, aunque seas el amor de nuestras vidas, lamentablemente no podemos hacer nada. Sabés que no somos creyentes, pero vamos a rezar porque ‘alguien’, en el más allá, te proteja, y tengas la suerte de estar siempre sano y salvo. Y esperamos, cada día, noticias tuyas”, prosiguió Andrea. El derrotero de lágrimas, ya era colectivo. El desconsuelo era total.

Al principio, no quise aceptar la realidad, no podía salir del shock. Me senté en el sillón. ¿Qué era lo peor de todo? ¿Estar a un paso de ser carne de cañón para la guerra? ¿La mentira de mis madres? ¿El saber que tengo otra familia que nunca conocí o, peor aún, sin saber

si podré conocer algún día?

“Te vuelvo a repetir Javi: siempre te lo ocultamos porque nunca creímos que llegaríamos a este punto, que íbamos a estar al borde de una guerra, que te iban a utilizar a vos como soldado. O sea, no te voy a decir que no existía ninguna posibilidad. Pero era improbable, cuasi demencial. Y, además, éramos solo una pareja que queríamos tener un hijo. Y en la vida, como siempre te inculcamos, el deseo y la pasión por algo son el objetivo supremo. Y nunca hay que rendirse, siempre hay que luchar por ello”, continuó Claudia, al ver mi estupefacto desconsuelo.

“Déjame terminar con esto. Es claro que el gobierno encontró en la clonación de bebés la respuesta a su necesidad de mano de obra para la batalla. Y nosotros solo nos dejamos llevar. Por ahí no reflexionamos lo suficiente sobre todo el abanico de consecuencias; sé que es nuestra culpa, pero no tenemos que más decirte. Es la sincera verdad. Solo nos queda pedirte perdón”, finalizó Andrea.

No había tiempo de remordimientos sobre el pasado que ya no va a volver: había que mirar para adelante. La única opción que tenía para salvarme, el único obstáculo que veía viable, era que, en los próximos días, y por algún milagro de la diplomacia, la posibilidad de una guerra se diluyera. Lamentablemente, se ha desdibujado el imaginario de lo que se viene, de lo que debería ser nuestro destino. Las sociedades ya no funcionan con creencias de predictividad de horizonte.

“Me voy a descansar”, les dije después de unos instantes. Aunque fueron pocos pasos rodeados de silencio hasta que ingresé a mi habitación, lo sentí como una especie de abandono. De un ‘Te soltamos, hasta acá llegamos, no tenemos más respuestas para darte’. ¿Las culpo? ¿Les agradezco por lo que hicieron? ¿Cómo puedo interpretarlas? ¿Egoísmo? ¿Amor? Realmente no lo sé. ¿Vale le pena preguntarles, seguir escarbando en algo que no puedo cambiar?

Estuve casi todo el resto de lo que quedaba del día, y hasta apro-

ximadamente las tres de la mañana, acostado en la cama pensando. “Que vida injusta, que vida de mierda”, me repetía una y otra vez. Solo podía sentir bronca: porqué, siendo tan joven, me estaban pasando cosas tan duras, difíciles. Sé que había millones de jóvenes en el mundo que sufrían la pobreza, la marginalidad, la falta de afecto. Pero mi vida había sido diferente. Y esperaba otro futuro. Ahora aprendí, por la fuerza, que todo es cambiante, dinámico. Nada es estático.

Cuando se enfrió mi cabeza y se apaciguaron los latidos de mi corazón, pude reflexionar que cualquier comparación, para bien o para mal, no me servía para nada. Y lo otro que no podía hacer es quedarme en el pasado. Lo que pasó, no lo iba a cambiar. Esta era la realidad a la que me tenía que enfrentar. Era blanco o negro. ¿A dónde me iba a ir? ¿Iba a explicarle a alguien del gobierno que no quería estar aquí, que yo personalmente no había elegido vivir esto? ¿Alguien me iba a apoyar?

Nadie. Había que ‘ponerle el pecho’ a la situación. Las cosas pasan y punto. Más aún, había otros que la pasaron peor. Y no tuvieron la suerte de poder contarlo; ya no pueden remediarlo. Yo era joven, y estaba vivo. Si todo salía bien y sobrevivía a esto, tenía mucho tiempo por delante para salir adelante. Y, quien dice, hasta poder rearmar el rompecabezas de mi historia familiar.

Entonces recordé cuando en tercer año de la secundaria, un profesor de filosofía nos hizo ver una película en clase llamada *La tumba de las luciérnagas*, basada en la propia experiencia de vida del director. En la misma, dos hermanos japoneses, de pocos años de edad, mueren de inanición durante el transcurso del ataque estadounidense cerca de la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

Más allá de la trama de la película, desgarradora, que desnuda las peores miserias e indiferencias del ser humano a través de los ojos de estos pequeños, nos demuestra como intempestivamente tenemos que enfrentar el factor ‘suerte’, que nos puede llegar a afectar de

forma determinante. Esos dos pequeños, niños felices en su mundo antes del conflicto armado, ‘nacieron en el lugar y momento equivocado’, como se diría vulgarmente.

El despertador estaba programado a las seis de la mañana, como todos los días, para ir al instituto. Abrí los ojos. Tuve la mínima esperanza que lo del día anterior hubiera sido solo una pesadilla; sin embargo, la ilusión se terminó rápidamente cuando vi el mensaje que tenía en mi celular: “Javi, pase lo que pase, siempre te amamos y amaremos con locura. Tus mami”.

¿Qué hago, me quedo en la cama evaluando que hacer? Eso me iba a torturar todo el día, un sadomasoquismo que no me llevaría a ningún lado. ¿Faltar al instituto – con las implicancias que ello conllevaría –, y salir a despejarme a algún otro lado? No era necesario, estaba acorralado en una opción binaria: o seguía todo como si nada, o hacía un movimiento disruptivo que, seguramente bajo el halo rígido de control del Partido Comunista, me permitiría ‘sobrevivir’ solo unas pocas horas fuera del sistema. ¿A dónde podría escaparme? Sencilla respuesta: a ningún lado.

No tenía nada más que pensar. Me pegué una ducha fría, desayuné un vaso de leche y unos panes de queso que había en la heladera, y salí a tomarme el colectivo hacia el instituto. Por suerte pude sentarme y, con el cansancio emocional que arrastraba, me quedé dormido a los pocos minutos.

Me desperté exaltado, sin saber dónde estaba. Por suerte, divisé el instituto a lo lejos: solo me había pasado una parada y estaba a tiempo para regresar y llegar a horario a clase. Luego de una caminata ligera, me paré unos segundos en la entrada girando la cabeza en todas direcciones, pero no había nadie conocido, así que entré directamente y me dirigí hacia mi aula.

Al entrar, me puse los auriculares para escuchar la clase en castellano, y decidí que la vida fluyera como si nada pasara. Estaba dispuesto a estudiar y prepararme, continuar vinculándome con gente,

buscar una actividad que me guste a la salida del instituto. No todo puede ser planeado: la vida da vueltas, se retuerce y todo puede cambiar de un día para el otro. Y ello implica poder ser flexible; nos guste o no, podamos o no.

Y así fue. Los días pasaron. En el instituto, absorbía todo lo que me enseñaban. Charlabo mucho con mis amigos; realmente lo disfrutaba. Me costó encontrar alguna actividad como hobby. En mi tiempo libre, prefería caminar y conocer la ciudad. Y cuando podía, con el poco dinero que disponía, me sentaba en algún café o restaurante para probar alguna comida autóctona.

Cuando llegaba la noche, hablaba con mis madres sobre cómo se encontraban, si se habían adaptado a sus empleos, que perspectiva tenían a futuro. Sobre lo que habían hecho conmigo, las decisiones que habían tomado, nada. El malestar con ellas me había durado solo un par de días. Yo mismo decidí que era un tema cerrado, y que, además, les evitaría un malestar a ellas: toda charla sería inconducente, haría crujir las bases racionales y éticas de sus juicios pasados.

En algún momento tuve tiempo para reflexionar sobre mi ‘otra’ vida: ¿Cómo me habían clonado? No me refería a la cuestión técnica, que realmente poco me interesaba, sino al proceso de selección y desarrollo del mismo. Y, sobre todo, quien sería ‘mi espejo’. No sé si llamarlo hermano, o cómo.

Igualmente, después de un rato de pensar, se me pasaba. Demasiado desgaste emocional. Estaba ensimismado en un frasco de realidad del que no podía escapar. No era el momento adecuado para mirar hacia atrás. Y aunque quisiera, tampoco sería factible. No podía ir a Argentina a buscar mis raíces genéticas. Ahora era el momento de levantar la cabeza y enfrentar el futuro.

A medida que pasaba el tiempo, pude empezar a librarme de las ‘cadenas mentales’ de mi micromundo. Y me gustaba cada vez más lo que aprendía en el instituto.

Quedé sorprendido como la lógica del capital financiero quiso desvalorizar las materias primas (ninguneadas en diversas ocasiones durante el último siglo, incluida una actualidad que alaba a los servicios financieros y tecnológicos como ‘vedettes’ del mundo económico del futuro), a sabiendas de su relevancia en las cadenas de valor global, y su rol determinante para con los aparatos productivos de la economía real.

Si tomamos en consideración la lógica financiera, nunca se les puso un freno determinante, a sabiendas de los daños que causaron a lo largo de la historia. Por el contrario, los flujos de crédito, la deuda pública y la guerra de conquista, se mantuvieron impávidos, reforzándose mutuamente. En este sentido, las crisis, por los propios mecanismos implementados por los Estados, nunca cumplieron su objetivo primario: la ‘limpieza de capitales espurios’.

Un claro ejemplo fue la salida de la crisis del año 2008/2009: a pesar del fenomenal apoyo prolongado por parte de los bancos centrales y los gobiernos de los Estados Unidos de Norteamérica, Europa y Japón, los cuales evitaron una destrucción significativa de capital en los sectores industriales, financieros y comerciales, no lograron terminar de raíz con los ‘capitales ficticios’, aquello que no tienen ninguna contraprestación para con la producción y provisión de bienes y servicios. Solamente se logró, con mucho esfuerzo y resultados ambiguos, un pedido de mayor regulación del sistema financiero global.

En cuanto a la cuestión de la tecnología, el ‘capitalismo tecnológico’ ofreció a lo largo de la historia un discurso alternativo ultra liberal: sin ‘Estado molesto e ineficiente’, se logró que el propio explotado reivindique la explotación: la militancia del precarizado por la generalización de la precarización, el trabajador tecnológico que vive en la informalidad, saltando de proyecto en proyecto, criticando al trabajador formal.

Desde occidente, han promocionado ese tipo de institucionalidad

ajena al otrora Estado de Bienestar – el cual ya no daba respuestas a ese trabajador precario -, sino a través de las empresas de capital tecnológico que reconocen y premian al trabajador en función de algoritmos. Pero que, con la competencia despiadada, los resultados cortoplacistas desmedidos, y el bastardeo propio de la impersonalidad, terminan en un embudo concentrador de riqueza corporativa que no es ajeno al resto de las industrias globales.

Conectando todas estas aristas - y esto es lo que me parecía más fascinante -, me daba cuenta que la multiplicidad de variables confluían en una cuestión sistémica, estructural. El cambio de paradigma, de status-quo, era necesario. Ello lo podía corroborar bajo el marco teórico brindado en cada clase: el socialismo era justo, solidario, ético. Como indicaba la frase que se encontraba tallada en varios idiomas en una cerámica roja sobre el marco de la puerta principal de la Institución: ‘El capitalismo no funciona, la vida es otra cosa’.

Para ello, las masas populares deben dar esa lucha interna contra la alienación, lo que permitiría generar nuevas formas de pensamiento y de deseo. Un nuevo rearme ideológico desligado de ese círculo vicioso que el capital proyecta constantemente como natural, inmediato y normalizado. Entiendo que el Partido Comunista Chino tiene como objetivo, o por lo menos así lo declama, hacer realidad estas verdades primarias para dar un salto de calidad en la vida de toda la ciudadanía.

Por ello, no me sorprendió que luego de un tiempo prudencial de embebernos en las políticas occidentales – como diría un profesor mío de historia de segundo año, ‘la mejor forma para vencer al enemigo es conocerlo’ -, nos abocamos a la prospectiva, al mirar hacia adelante, al aprender sobre la potencial vuelta ‘al socialismo más puro’.

En una de las primeras clases sobre el ‘futuro de la humanidad’, un compañero de Medio Oriente se atrevió a hacer una pregunta que no pocos del aula teníamos, pero nadie se animaba a hacer: “¿Por

qué entonces no aceleramos el proceso hacia el comunismo? ¿Por qué todavía quedan enormes vestigios de capitalismo, de propiedad privada? Porque entendemos que el Estado ha estado muy fuerte, muy activo, en ‘pre-distribuir’ e invertir masivamente en educación, en infraestructuras, en todas las formas posibles de igualdad de oportunidades. Pero también, y dejándolo deslizar por algunos colegas suyos, faltan algunas cuestiones a revisar. O, mejor dicho, a terminar de realizar los objetivos programáticos propuestos”.

Había una profesora rumana treintañera, hermosa ella, con unos bucles rubios que cada tanto le tapaban su sonrisa estampada. Había venido de adolescente con su padre diplomático, y nunca más se quiso ir. Era tan afable que nos brindaba la confianza suficiente – no digo absoluta, porque sabíamos que hasta los límites estaban bajo el control del Partido -, para que le preguntemos, con respeto y suficiencia, sobre algunos de los temas más ‘álgidos’. “Les voy a dar la respuesta macro y la micro. Ambas son simplistas, pero me ayudarán a elaborar la idea que les quiero transmitir”, respondió con una seriedad inusitada.

“Una lógica central de la macroeconomía la podemos tomar de János Kornai, el economista húngaro conocido por su libro *El sistema socialista*, donde argumentaba que la economía dirigida, basada en el control indiscutible de un partido comunista marxista-leninista, y que conducía a un predominio de la administración burocrática de las empresas estatales a través de la planificación y gestión centralizadas, terminaba conllevando a una ‘restricción presupuestaria blanda’, en la que las empresas estatales podían tener pérdidas y se financiaban independientemente de su rentabilidad; siendo ello pernicioso para la eficiencia y la eficacia productiva y social. Entonces la colectivización se tiene que ir dando lenta y cuidadosamente, para mantener el vigor productivo, sin desatar desequilibrios perjudiciales para el Partido y la sociedad toda”.

Hizo una pausa, mientras realizaba un paneo de todos los cur-

santes. Luego tomó un sorbo de café de su vaso térmico floreado, se sentó sobre la mesa, y se cruzó de piernas antes de continuar explayando su idea.

“Por supuesto, no es el único argumento. El otro gran tema es la micro, la pequeña empresa, el ciudadano de a pie que busca su sustento diariamente. Si no se dan las condiciones materiales para que el Estado provea bienes y servicios en cantidad y calidad que satisfagan verdaderamente a toda la población, con ingresos acordes para ello, es muy difícil generar un aparato, en términos de recursos humanos y tecnológicos, de regulación de precios o salarios sobre cientos de millones de personas. Es más, diría que es cuasi imposible en la sociedad moderna”.

Entonces se acomodó su falda, y miró a su ayudante. “Antes de que Quian continúe ayudándonos con los teóricos-prácticos, les quiero decir que, como verán, las ciencias sociales no son nada sencillas, y podríamos debatir horas sobre el tema. Pero déjenme finalizar con algo, para que les quede bien en claro: la diferencia entre los capitalistas y los comunistas es que nosotros hacemos todo con la pasión que llevamos impregnada en la piel por la ideología”. Ese abrir de sus ojos como dos luceros, junto el movimiento de sus labios rojos, fueron el frenesí perfecto para terminar su alocución.

Evidentemente, la problemática socio-económica, tanto desde el punto financiero como productivo y, sobre todo, comunitario, no era sencilla. Eran muchas las variables que impactaban en los juegos por el poder y la riqueza. Y en el medio de ellas se encuentra el ser humano, embebido en su medio ambiente educativo – ya sea a nivel formal o informal – donde se debate entre su altruismo colectivo o el interés por su propio bienestar. Y ello, para un gobierno que quiere ser democrático y justo, me parece es de lo más difícil de conducir.

Desde que tengo uso de memoria y mis madres me explicaban el escenario sistémico en el cual estábamos embebidos, siempre reinó en mi vida la sensación tatchereana de que ‘no hay alternativa’.

Como diría el filósofo Martorell Campos, se vive una utopofobia, donde el deseo se encuentra colonizado de arriba hacia abajo por la ideología capitalista, inevitable y necesaria. Un periodo en el que no hay alternativas poderosas, novedosas, ilusionantes del orden imperante.

Pero, además, ello viene derivado de las propias utopías comunistas fallidas. ¿Porque no han triunfado? La crítica siempre ha sido que, sin un real contexto de libertad, la utopía muta en distopía. Si los derechos colectivos no coexisten con los derechos individuales y la igualdad con la diferencia, el autoritarismo se vuelve real. Entonces las sociedades cerradas, homogéneas, y estáticas que se presumían perfectas, han fracasado cuando se ha extrapolado la teoría discursiva a la práctica política.

¿Cómo debe ser entonces el nuevo socialismo? Por supuesto que no tengo la verdad. Entiendo que la utopía contemporánea debe implicar sociedades abiertas y dinámicas, con la mayor equidad y pluralidad posible. Realmente espero, y deseo, que China y sus aliados puedan extrapolar al mundo todas sus políticas acordes a ello.

Para ser sincero, la apertura a escuchar ideas diferentes, a medios de comunicación que puedan plantear disidencias racionales – y razonables –, no parecía ser la norma. Pero, quien dice, cuando conozca más en profundidad el país, el idioma, o su cultura, pueda ver, percibir, algo diferente. Estaba seguro que no todo es lo que parece. Y de no ser así, ojalá pueda trabajar para promover una sociedad más tolerante a futuro. Siempre dentro del camino al socialismo.

Salí de la clase conforme. No sé si eran las respuestas más abiertas y flexibles, pero eran interesantes. Pero, además, me empezaba a acostumbrar a un medio ambiente en el cual me sentía a gusto. Era el proyecto, la seriedad, la forma de vida del país.

Por supuesto, había algunos ruidos que daban vuelta sobre mi mente. El control que me resultaba ‘excesivo’, el modo de relacionarse que me generaba cierta desconfianza. Y también el tipo de

políticas que aplicaban. Mismo mi caso, aquellos que habíamos sido clonados para ser utilizados como ‘carne de cañón’ para la guerra. No era exclusividad de la lógica del capital; lo habían hecho tanto en Occidente, como en Oriente.

Trataba de entenderlo, vincularlo con las necesidades de la geopolítica, la necesidad de exportar cada sistema, el cual cada lado consideraba correcto, a nivel global; ello requería ingentes recursos humanos, en un mundo que hacía décadas soportaba una demografía decreciente derivada de dos factores que confluían y se habían acentuado con el correr del tiempo: por un lado, lo costoso que se había vuelto mantener con dignidad a los hijos; por el otro, el ¿egoísmo?, propio de la dinámica capitalista de satisfacción individual, propia, de cada ser humano. Brindarse a un hijo, no deja de ser darle todo lo que uno puede a otra persona. Desde bienes materiales, hasta amor.

Y así los días fueron pasando. En cuanto a un posible conflicto bélico, poco había escuchado recientemente. Sí, mis madres me habían contado que se habían recrudecido los controles y la vigilancia de lo que podían ser ideas contrarias al régimen. Es más, dos compañeros de trabajo de Andrea, un hombre de unos sesenta años, quien se había expresado abiertamente en desacuerdo con el manejo del gobierno de la situación internacional, y una joven, que se había quejado por las condiciones laborales – demasiadas horas continuas en sus tareas sin descanso, falta de elementos apropiados para cumplir con los objetivos establecidos –, repentinamente dejaron de ir a trabajar. Y nadie preguntó por ellos.

Por mi parte, yo era muy cuidadoso. Solo pensaba que ya estaba ‘embarcado’, que debía mantenerme consustanciado y alineado a mi nuevo país. Y podría decir, conforme, dada las circunstancias, con mi vida. De la forma en que había llegado a China, del porqué me pasó lo que pasó, o de cuál era mi rol actual en la sociedad, había decidido no pensar más. Preferí que la vida fluyera. Y que todo decantara en lo que tenía que ser.

Lo único que, no podía negar, extrañaba a Juli. También a Dani y, por supuesto, nuestro ‘folklore argentino’. Pero nada que no quedara como un hermoso recuerdo. Y tenía fe que, algún día, iba a poder volver. No sabía bajo que contexto, o en qué momento personal me encontraría, pero no perdía las esperanzas de que, más temprano que tarde, podría terminar de armar el rompecabezas; cerrar un ciclo que, involuntariamente, había quedado abierto.

El viernes estaba cansado, solo pensaba en descansar el fin de semana. Ir a caminar, tomar algo, disfrutar del sol. Durante la mañana estuve bastante distraído, sobre todo pensando en empezar a hacer alguna actividad física metódica, con cierta frecuencia, que me permita mantenerme en forma. Mientras retiraba un wok de pollo, ya rondaba por mi cabeza buscar un club cercano y fijarme que deportes se practicaban. Entonces observé una mesa libre, en la esquina izquierda del comedor. Hacia allí fui.

“Hola Javi ¿cómo estás?, me dijo Yanet, mientras se sentaba a mi lado. “¿Por qué no te venís hoy a la noche a cenar a casa? Te quiero mostrar algo”, continuó antes de que pudiera responderle como estaba. Hasta ahora, solo nos habíamos quedado tomando algo en la plaza, o habíamos ido a dar una vuelta. Pero nunca conocí su casa, ni ella la mía. Teníamos una linda relación, el hecho de compartir el idioma y cierto acervo cultural nos había acercado aún más. Y, además de ser una persona divertida, tenía inquietudes. Y eso, para mí, era un aspecto sumamente positivo.

Les avisé a mis madres cuando llegué a casa que no iba a cenar con ellas esa noche. También les conté con quién y dónde. En este sentido, nunca, ni cuando vivíamos en Argentina, oculte nada. No era necesario. Además, era una cuestión de seguridad. A pesar de que su casa estaba a pocas cuadras de la mía y pensaba estar de regreso antes del toque de queda – de una a cinco de la madrugada solo podían circular los que tenían permiso gubernamental, salvo que uno pidiera un permiso excepcional y lo justificara -, nuestra ex-

perencia de vida en Argentina me había enseñado que la prudencia era fundamental.

Yanet me había dicho que no llevara nada, pero igual paré unos minutos en un mercado para comprar unos snacks. Llegué un rato antes de las ocho, el horario que habíamos quedado. Por eso cuando toqué el timbre del quinto piso departamento ‘G’, tardó en atenderme. “Discúlpame Javi, me estaba bañando”, me dijo apenas me abrió la puerta, con un secador de pelo todavía en su mano. Estaba muy de entreca: su atuendo solo comprendía un short rojo y un top con un bolado.

“Siéntate por favor; el sillón no es grande, pero es cómodo. ¿Qué quieres tomar?”, me preguntó al observarme, creo yo, bastante estático. “Lo que tengas, gracias”, le respondí mientras giraba la vista de un lado al otro: a la derecha, se encontraba el living con un sillón, un pequeño escritorio con su computadora, y un ventanal que dejaba traslucir algunos balcones internos del edificio contiguo. Aunque ya era de noche, no parecía que durante el día estuviera muy resplandeciente: los catorce pisos del edificio eran demasiado para que se colaran los rayos de luz.

En el centro, casi enfrente a la puerta de entrada, se encontraba un pasillo que daba a una habitación de unos tres por tres metros, junto con un pequeño baño tocador. A la izquierda de la entrada, en el mismo ambiente que el living, se encontraba el comedor, que incluía una mesa y cuatro sillas. Y luego la cocina, modesta, aunque reluciente, la cual parecía contener todos los elementos necesarios para realizar deliciosos platos.

Lo que si me llamó la atención eran las paredes: pintadas de un suave color marrón, contenían dos cuadros de una sutil pero extraña belleza: uno consistía en una persona de espaldas, desnuda – de la cual no podía distinguir el sexo – mirando hacia un horizonte desértico, anaranjado, con un sol resplandeciente; en el otro, más cercano a la cocina, parecía haber dos cisnes enfrentados, con sus picos jun-

tos, como besándose, sobre una laguna bajo la luz de la luna.

“¿Te gusta?”, me preguntó Yanet, mientras lo apreciaba a mi lado. “Lo hice yo. Lo llamé ‘Los Cisnes solo saben amar’”. “La verdad que está hermoso, le respondí inmediatamente. “¿A qué se debe el nombre?”, continué con sobrado interés. “La realidad es que los cisnes buscan una pareja para toda la vida. Una búsqueda que comienza a los dos o tres años de vida y, una vez que la han encontrado, permanecen junto a ella hasta que muere o se pierde. Pero en el fondo, también es una alegoría al socialismo más puro, aquel que uno se enamora cuando lo lee, cuando siente que la utopía es posible. En el fondo, es el socialismo que uno nunca deja de amar, y sueña con algún día alcanzarlo”.

Le sonreí y ella también, mientras me convidaba una cerveza negra bien helada. “Javi, quería hablar con vos dos temas”, me dijo una vez que se acomodó, cruzada de piernas, a mi lado en el sillón. La miré extrañado; no se me había ocurrido que la informalidad del evento implicaba una ‘agenda’. Al menos no lo había dejado traslucir al mediodía en el comedor del Instituto.

“Aunque no te conozco mucho, me generas confianza. Por ende, tengo la suficiente confianza en vos para estar segura que, a pesar que no te guste o no estés de acuerdo con lo que te voy a decir, no vas a decir ni una palabra a terceros. Te lo pido por favor, no quiero que nuestra conversación salga de estas cuatro paredes”.

La miré fijamente a los ojos unos segundos, haciendo tiempo para pensar cual sería la respuesta más adecuada. “Mirá Janet, mientras no me afecte a mí ni a mi familia, que ya hemos sufrido suficiente, prometo no decirle nada a nadie”. “Quédate tranquilo, solo serás parte si tú quieres”, me respondió rápidamente. Entonces asentí con la cabeza.

“Hay cosas que empezaron a hacerme ruido en torno al relato que estamos recibiendo. En algunos almuerzos, lo comenté al pasar a otros chicos y chicas del Instituto, y me contaron que pensaban lo

mismo, pero no se animaban a cuestionar realmente lo que estaba pasando”, comenzó su explicación. Sin decir una palabra, la escuchaba atentamente.

“Decidimos juntarnos en una casa. Una de las chicas, francesa ella, consiguió – a través de su novio chino, ingeniero en sistemas él, quien ingresó ilegalmente en la internet occidental – unos trabajos de economía heterodoxa y neoliberal. Y empezamos de a poco a estudiarlos. Después de un tiempo, nos pusimos a charlar y discutimos sobre estos otros puntos de vista, lo que nos permitió hacer una crítica constructiva del sistema. Quiero que te quede claro: no pensamos en denostar al país que nos está cobijando. Pero tampoco queremos ser obsecuentes”.

‘Y menos ser los checoslovacos que terminaron siendo asesinados en la ‘Primavera de Praga’, pensaba dentro mío. Igualmente, y más allá de las formas, entiendo que podía existir un momento histórico donde los individuos posicionados ‘debajo’ – cualquiera sea el sistema - se sienten en posición de fuerza, y aquellos posicionados en la cima – teniendo en cuenta su grado conocido de autoridad -, pasan a encontrarse en una permanente posición de inestabilidad, lo que implica un estadio de ingobernabilidad constante.

Y allí surge una forma de insurreccional, con multitudes que alcanzaron un estado agudo de suspicacia y exasperación, y que están dispuestas, de modo activo, a no dejarse engañar. En ese momento se cuestiona al Estado y su monopolio de la violencia legítima, derivada de una autoridad gubernamental que ya no es reconocida por sus faltas pasadas y, sobre todo, sus incumplimientos presentes.

“Lo que nos pareció más interesante es que bajo el capitalismo, la competencia por los mercados entre productores y vendedores genera una feroz rivalidad entre los empresarios. Esto hace que el capitalismo sea ‘inherentemente dinámico e innovador’, con el objetivo central empresarial de sobrevivir y acumular capital. Por supuesto, los libros neoliberales por excelencia nada mencionan del capita-

lismo de amigos; aquellas grandes corporaciones globales, monopolios formadores de precios, amigos de las elites económicas, que no necesitan innovar para mantener su prevalencia y sus beneficios extraordinarios. Ni que hablar la temática focalizada en la reducción de costos, que, para la derecha más rancia, sería llanamente la reducción de personal”.

Creo que lo que más le llamaba la atención a Yanet era la explicación ideologizada - declamada o implícita -, pero sin la ‘carga moral’, que provenía simplemente de trabajos realizados del ‘otro lado del muro’.

“Igualmente, dentro de su posicionamiento, puedo vislumbrar cierta racionalidad en sus explicaciones: por ejemplo, en aquellas áreas de producción de bienes y servicios básicos, lo costoso que resulta poner en marcha un proceso de estimulación creativa para el ciudadano. Por supuesto, la diferencia estaría en el objetivo: bajo la lógica socialista, el esfuerzo siempre se debe focalizar para con el lograr el bien común. Ni que hablar el trabajo bajo un salario digno, el cual permitiría adquirir una asequible cantidad de bienes y servicios para él y su familia, pero, además, motorizaría pro-positivamente el resto de la economía comunitaria”.

“Exacto Yanet, en eso estoy más que de acuerdo”, le respondí luego de que mi mirara en silencio, esperando mis primeras impresiones. “Pero también, no me podés negar que, como decía el economista Branco Milanovic, el capitalismo ha triunfado porque proporcionó, de algún modo y para algunos, prosperidad y gratificación en sus deseos de autonomía. Está claro que ello implica un <precio moral>, el cual empuja a tratar el éxito material como el objetivo final, a pesar de que no ofrece ninguna garantía de estabilidad. Porque, como bien lo sabemos, en Occidente el ‘capitalismo liberal’ cruje bajo las tensiones de la desigualdad y los excesos”, continué, mientras abría un vino Malbec, argentino, cosecha 2045, el cual ella había ido a buscar previamente a la cocina junto con dos copas.

“¿Disculpame, donde lo conseguiste?”, le pregunté mirándola a los ojos con sorpresa. “Te soy sincera. Cuando me confirmaste que venías, realicé algunas averiguaciones... No fue fácil, pero un ‘camarada’ me lo ha conseguido. No me preguntes como, pero bueno, como ya viste también con el tema de los documentos, no todo se puede hacer de ‘manera legal’ en la vida”, me contestó con dulzura, al tiempo que me guiñaba el ojo izquierdo.

Le devolví la sonrisa, mientras saboreaba mi primer sorbo. “Volviendo a lo que estábamos hablando, creo que lo que permite la potenciación del mercado es la canalización y domesticación del deseo colectivo: esa fuerza irracional y disolvente que complica a cualquier orden social, incluyendo al propio capitalismo. Y cualquier sistema que pretenda reemplazarlo o superarlo, tiene que ser capaz de incorporar y gobernar esa libido de consumo colectiva”.

Me miraba interesada, aunque notaba cierta ansiedad de su parte, que no sé si tenía que ver con la conversación que estábamos teniendo. Pero continuaba callada, así que volví a tomar la palabra: “¿En este momento de creciente violencia política y colapso de ciertos sistemas establecidos, no te parece que es una buena oportunidad para pensar en cómo hacerlo?”, le pregunté mientras intentaba discernir el devenir de la charla. Lo que menos quería era algún tipo de una discusión o incomodidad; podíamos intercambiar opiniones y hablar de temas banales, pero lo principal era poder pasar una noche amena.

En modo reflexivo, cerró levemente sus pestañas, mientras tomaba con claro placer de su copa. “Estoy con vos en esta Javi. Y eso lo discutimos en las charlas, pero, para ser sincera, todavía no hemos llegado a nada concreto. Sí te puedo decir que me pareció interesante el análisis que hizo el otro día una chica: cuando las reformas más modestas del capitalismo se convierten en una propuesta de cambio marginal intra-sistémico – o sea, lo que se vive en la mayor parte de Occidente hoy en día -, las discursivas progresistas dentro de las

‘democracias’ de nuestros rivales, se convierten en el ‘margen del margen’, y pierden oxígeno. Y no tenemos que caer en ello”.

“Tal cual Yanet”, le respondí queriendo retomar rápidamente la iniciativa de la palabra. “Como decía Hobsbawn, el rechazo del voluntarismo, la creencia de que la sociedad puede ser cambiada simplemente por algún cambio puntual, la moral, o por la fuerza de la voluntad, es una pelea insulsa. La estrategia política debe potenciar a las fuerzas sociales para que, coercitivamente, se puedan alcanzar los verdaderos objetivos revolucionarios. Ese verdadero poder que ningún impulso exclusivamente ético y personalista, puede superar”.

El poder reflexionar bajo un marco conceptual, enhebrar mis ideas y poder convencer al otro, me ponía feliz. Pero también poder compartirlo, y ver que el feedback era positivo, constructivo. Y, además, por qué no, la satisfacción de que parte de mi razonamiento técnico/ideológico había sido formado desde que llegué a China.

“Dejame que te termine la idea Yanet. Yo he vivido durante mi vida en una Argentina con gobiernos capitalistas, bajo una lógica que ellos mismos denominaban ‘Creatividad Administrativa’: conciencia para cuidar al máximo los gastos, y sobrevivir al escenario de zozobra. Siempre bajo un proceso de socialización de pérdidas, de esfuerzos colectivos. Por supuesto, nada que toque las bases del sistema, ni las problemáticas subyacentes que vivió el país a lo largo del último siglo: un proceso de desindustrialización tecnológica, gentrificación reemplazada con inmigrantes de bajos salarios, y una glorificación asimétrica de las diferencias de productividad con otros países promovidos por las propias elites del capitalismo neoliberal nacional, entre otros”.

Entonces Yanet, dejando su posición erguida, se echó para atrás en el sillón, y ya no respondió. El alcohol, lentamente, también había comenzado a penetrar mis venas. Pensé entonces en cambiar de tema; algo más liviano, cotidiano. Pero no sin antes, expresarle una propuesta superadora.

“Termino con esto y charlamos de otra cosa, si te parece. Siempre recuerdo lo que me decían mis madres: la izquierda era muy buena para criticar, pero muchas veces falla a la hora de brindar ideas concretas que puedan llegarles con facilidad a la mayor parte de la sociedad. Y la realidad es que solamente con el socialismo dialéctico, no alcanza. Creo que se necesita generar, complementariamente, una fortaleza endógena, empírica, que muestre resultados concretos, con instituciones que verdaderamente funcionen, libres de los vicios de la corrupción y de la inoperancia. Si pensás lo mismo que yo, si estamos en la misma sintonía, contá conmigo”.

Continuó mirándome con una amplia sonrisa. Sin decir una palabra, empezó a acercarse lentamente, insinuándose de una manera provocativa, sensual. Entonces me apresuré a tomar la botella de vino en mis manos, ya prácticamente vacía, y vertí lo que quedaba en mi copa para poder lubricar mi garganta, con el objetivo de alargar con fuerza mi argumentación.

“Es por ello que, además, creo que es importante, como dijo uno de los profesores ayer, que nuestros Estados, los cuales comparten los mismos valores, trabajen mancomunadamente, bajo el ‘lema internacionalista’. Cuando el individualismo estatal es la moneda corriente de un juego pragmático, en donde todos los países buscan aprovechar cada nicho y piensan solo en su propio ombligo, se pierde la oportunidad de crear una gran alianza superadora. Por ello, creo que debemos volver a los programas ideológicos unificadores, bajo sólidas políticas globales que trasciendan las fronteras”. Los ojos de Yanet brillaban. Su silencio y la proximidad de su cuerpo ya me incomodaban.

“Pero, por otro lado, ello me da temor. Una fuerza trasnacional tan potente se está encontrando con un polo opuesto de similar magnitud, el cual no quiere perder sus privilegios, su estatus. Y, realmente, en las últimas semanas percibo el cada vez más cercano soplo de las campanas de la guerra. Es más, varias noches he soñado que

estoy en una habitación vacía, y comienzo a sentir un repiqueteo de pasos de zapatos de cuero que se aproximan vertiginosamente hacia mi persona, como para venir a buscarme y llevarme hacia una guerra infinita. ¿Vos no tenés miedo, Yanet?”, le pregunté con mi último aliento de sobriedad.

“No lo sé Javi, yo vivo el día a día. No proyecto nada, no pienso en el mañana. Entiendo que la violencia, junto con la apatía sectaria, han sido el plafón de pujas de intereses por el poder y la riqueza, y continúa siendo el per se de la humanidad. Por ello te propongo, para tratar de avanzar en tu hermosa propuesta, y no simplemente conformarnos con lo que nos quieren imponer - aunque sea razonable y nos agraden las políticas en su mayor parte -, participes de nuestro grupo de análisis y nos traigas tus ideas para el debate y la búsqueda de proyectos superadores que, dentro de la vía al socialismo, nos permitan vivir mejor”.

La realidad es que, a pesar de que me parecía razonable y hasta necesaria la crítica y la proactividad, mi cabeza y mi vida pasaban, al menos en este momento, por otro lado: continuar mi proceso de adaptación, disfrutar dentro de lo posible, y estar lo más tranquilo posible.

Sin embargo, tampoco quería ser descortés - y menos con una de las pocas personas con las que había generado un vínculo -, realmente la apreciaba, y nunca habíamos tenido ningún tipo de altercado negativo. “Mirá Yanet, estoy con bastantes cosas, pero hagamos algo, déjame pensarlo y te contesto apenas tome una decisión. Igualmente, te súper agradezco tu confianza para con mi persona. Y, como te lo dije previamente, te prometo que la conversación no sale de aquí”.

Yanet bajó sus hombros, como mostrándose algo decepcionada. “Ok, perfecto”, fue lo único que atinó a decir. “¿Y cuál era el otro tema?”, le pregunté rápidamente para cambiar de aire y volver a animar la conversación. Miró para otro lado, se tomó unos segundos

pensativa, y giró nuevamente su cabeza hacia mi persona. “Me gustas. Me pareces un chico bueno, lindo. Un ser especial”.

No voy a decir que me quedé atónito, pero estaba algo sorprendido. Entonces me agarró suavemente del cuello e intentó besarme. “No Yanet, a mí me gustan otro tipo de mujeres”, le dije con el suficiente respeto para que pueda comprender mi negativa sin ofuscarse. “Soy una mujer. Me siento mujer, tengo pechos de mujer. Es verdad que tengo todavía mi miembro, pero te aseguro que, si pruebas, te va a gustar”.

Entonces avanzó igual. Y no me resistí. Cuando besó mis labios, ambos estábamos en un claro proceso de degradación de nuestras capacidades, lo que potenció mi desinhibición. Entonces pensé en por qué no probar, mientras comenzaba a sentir esa ‘ebullición’ en mi cuerpo. Luego continuamos, ella, o él, con un creciente fervor. Sentí un dolor intenso, pero que se conjugaba con cierto placer. El cansancio me batió rápidamente. No habrá pasado mucho tiempo, hasta que me quedé profundamente dormido.

“Vamos Javi, que tenemos que ir al Instituto. Te dejé un café y una tostada con mermelada en la cocina” me dijo Yanet, después de darme un beso en la mejilla. Agarré desesperadamente mi teléfono. Tenía varios mensajes de mis madres, preguntando dónde estaba. En seguida les escribí que estaba bien, que me había quedado dormido sin darme cuenta, y que las vería a la tarde después de clases.

Antes que les pueda dar alguna otra explicación superflua, en seguida me respondieron: “Quedate tranquilo, no intentamos buscarte. Sabemos que sos un chico responsable. Con Claudia tuvimos prudencia y decidimos esperar hasta hoy al mediodía para avisar a las autoridades. Era la última opción porque sabíamos que, de denunciar tu ausencia, podía ser peor para todos”.

Luego de un suspiro de tranquilidad, me intenté incorporar lentamente, ya que me dolía todo el cuerpo. Especialmente mi trasero. Y ahí realmente caí en lo que había sucedido. Una mezcla de bronca

por no poder contener a mí ‘yo irracional’, junto con una repulsión por mi idealizada ¿segura? heterosexualidad, y el propio cuestionamiento filosófico si ‘todo se tiene que probar’ en la vida, para poder tomar las decisiones más apropiadas.

Pero estábamos retrasados y no había tiempo para continuar analizando lo que había pasado. Desayunamos rápidamente hablando temas banales. Solo me dijo que la pasó muy bien, me repitió que yo le gustaba mucho, y que le gustaría que ‘se repitiera’. Por mi parte, realmente, no lo había disfrutado. No hablo de la necesidad de estar enamorado – como creo que me sentía en el poco tiempo que tuve de relación con Julieta -, pero si de algo más meditado, más procesado, sobre todo dada la ‘especificidad’ del caso.

Pasó ese día, y también los próximos. No volví a hablar del tema con Yanet. Cada vez que estábamos juntos en el Instituto, ella me miraba, como esperando que le diga algo. Que le propusiera algo. Pero decidí optar por el silencio. Era la mejor forma de evitar un choque, pero también para con el mostrar disconformidad en cómo se dieron las cosas. De este modo, nuestra relación quedaba en un ‘gris’, en lo que podría también ser un largo momento de duda o reflexión. Entendiendo que – o al menos eso era a lo que yo aspiraba -, a la larga todo se termine diluyendo en el olvido.

Lo que si me empezó a sorprender unas dos semanas después del encuentro con Yanet, fue la profundización del discurso virulento contra el capitalismo en la curricula de estudio; sobre todo contra el capitalismo neoliberal promovido en el último siglo desde Occidente. Las propias palabras denotaban una agresividad combativa, belicista. Como si estuviéramos, ahora sí, llegando a un punto de no retorno.

Nos hablaron como el destacado filósofo francés Félix Guattari explicaba la globalización, asociándola al desarrollo de aquella máquina de guerra capitalista, donde los mecanismos neoliberales se corresponden con ‘tácticas de guerra’ del capital (consumismo,

endeudamiento, etc.). También estudiamos al sociólogo italiano Maurizio Lazzarato, aquel que decía que la economía persigue los objetivos de la guerra por otros medios (bloqueo de crédito, embargo de materias primas, devaluación de las divisas extranjeras).

Querían que nos quedara claro que las guerras no eran gratuitas. Y había que evaluar – y, sobre todo, balancear – los costos y beneficios de un conflicto de escala. En este aspecto, una cosa es destruir relaciones sociales – lo que puede hacerse con bombardeos –, pero otra mucho más difícil es crear nuevas que las sustituyan.

Ejemplos históricos tenemos en cantidad: Sunnitas y Shiítas en disputas religiosas, protestas masivas por la incapacidad de las Elites de dar respuesta al desempleo y la crisis económica bajo los desmembramientos de los Estados de Bienestar europeos en las primeras décadas de este siglo, o los propios dilemas ideológicos entremezclados con formas de sentir la vida, como fue el caso del ETA vasco.

Me llamó la atención como caso emblemático la guerra entre Rusia y Ucrania a principios de la década de 2020. Cuando se hablaba de la disputa cultural, el entonces presidente Putin sostenía que las élites occidentales mentían constantemente, distorsionaban los hechos históricos y no dejaban de atacar a sus valores; sin entender que Rusia era un país abierto y una civilización distintiva, pero sin pretensiones de exclusividad y superioridad.

Bajo esta lógica, el mandatario se comprometió en su momento a proteger a los niños rusos de ‘la ideología de la degradación y la degeneración’, sin dar margen de acción a aquellos que entendían necesaria la apertura a nuevas formas de entender la sexualidad. Una imposición que, según el presidente ruso, había querido imponer occidente a través de la globalización neoliberal. Podríamos decir ‘una macdonalización con rostro LGBT’. Más allá de la discursiva y los razonamientos multivariados, lo que se vivió fue una guerra sangrienta que duró años.

A última hora de la tarde del viernes, antes de la última clase, el Director del Instituto golpeó suavemente la puerta del aula, y al observar el guiño de afirmación del Profesor Soto Torres, ingresó lentamente para ubicarse justo en frente al alumnado. “Buenas tardes a todos. Simplemente les quería decir que estén atentos a sus teléfonos celulares, que pronto habrá novedades. No les puedo adelantar mucho más, porque tampoco tengo tanta información, pero es importante que estén tranquilos, bien dormidos y alimentados. Muchas gracias a todos, los dejo para que continúen la clase”.

Soto Torres no le quitó la vista en ningún momento. Ni aun cuando se retiraba. Él era un profesor de historia económica y política chilena, de los más antiguos del Instituto, que se distinguía por su larga y espesa barba blanca, y por ser siempre muy irónico, ya que decía que el humor despertaba el interés y ‘hacía visualizar con mayor facilidad las debilidades del sistema oponente’. Me acuerdo que una de sus primeras clases nos mencionó un refrán autóctono de su tierra que decía que ‘En la teoría el comunismo funciona muy bien, pero en la práctica termina en un golpe de Estado de los Estados Unidos de Norteamérica’.

“No sé realmente lo que está pasando. Pero tengo muchos años y puedo imaginar lo que va a venir; por lo menos en el corto plazo. Por eso me voy a tomar unos minutos para hacer un paréntesis y darles una reflexión”, nos dijo mientras revolvía con la cuchara su café con leche.

“Una cosa es la política interior, los manejos internos; otra la geopolítica y la geoeconomía con sus intereses macro. Que se afectan y son interdependientes, pero no son lo mismo. Y los nuevos regentes de la disputa bipolar, los que comandan Occidente, por un lado, y nuestra alianza Oriental por el otro, lo saben muy bien”. Yo no me podía concentrar; solo intentaba recordar palabra por palabra lo mencionado por el Director, tratando de descifrar que quiso decir con ello. Probablemente, nada bueno. Al menos para mí.

“Sin embargo, ello no quiere decir que los Estados que quieren ser protagonistas del nuevo mundo no se encuentren buscando permanentemente ese equilibrio entre el poder y el querer de la política; entre el satisfacer las necesidades más básicas de sus poblaciones, y el encontrar la más sabia manera de eludir el peligroso crujir de los bombardeos. Les pido que solo tengan un poco de fe. Las coyunturas son simplemente eso, coyunturas. Todo puede cambiar en cualquier momento”.

Mientras finalizaba el último sorbo, hubo un silencio sepulcral. Luego, como si nada hubiera pasado, haciendo borrón y cuenta nueva, continuó hablando de su temática favorita: el breve, pero intenso, período presidencial de Salvador Allende.

Al salir del aula, con una sensación de que el aire se ponía espeso, decidí irme solo a comprar una bebida para refrescarme ante el intenso calor, para luego caminar lentamente hasta casa. Como método de relajación, puse la mente en blanco: estaba decidido a tomarme el paseo con la mayor calma posible.

La paz no duró mucho. Había cruzado la primera calle – solo me había trasladado unos setenta u ochenta metros –, y escucho que alguien me llama: “¡Javi!, ¡espérame!”. Era Cooper, quien levantó su mano para que lo visualizara, mientras se acercaba a mí a paso ligero.

“¿Cómo andás Cooper? Yo cansado, volviendo a casa”. Se quedó mirándome, como esperando que le dijera algo más. “¿No te llegó ninguna notificación?”, continuó preguntando con cierta retórica de misterio. “Nada, ¿por?”. Seguía mirándome fijamente a los ojos, pero pasaban los segundos y no me decía nada.

Sus labios comenzaron a moverse lentamente, dubitativos. Vio que mi cara se transformaba. Ya no había vuelta atrás. Entonces respiró profundo, y alzó una voz clara y contundente: “Hoy, a eso de las once de la mañana, me llegó un mensaje a mi celular: me estaban citando a la cuarta brigada aérea. Me tengo que presentar el lunes a las

ocho de la mañana. Creo que nos están movilizando para la guerra”.

Entonces supe que en cualquier momento me iba a llegar. No había forma de eludir el destino: estaba predestinado y no había nada para hacer. “Durante todo el resto de la mañana intenté averiguar algo más, pero como sabes, el acceso a la información es muy limitado. No sé ni qué tareas vamos a realizar, o dónde vamos a ir”.

No quise escuchar más. Le agradecí la información, le di un abrazo, y le deseé lo mejor, que íbamos a seguir en contacto. Me disculpé, di media vuelta y me fui. Mientras me observaba fijamente, Cooper se quedó inmóvil, sin atener a realizar ningún movimiento. Entendió que quería irme solo.

Me contuve unas cuadas. Quería asegurarme que estaba lejos, que nadie me viera. Entonces me largué a llorar, sin parar. Un exceso de llanto que denotaba temor. Sentía miedo, mucho miedo. Primariamente, a los excesos de lo que podría ser una fuerza armada: los entrenamientos, la violencia, el verticalismo. Y, por supuesto, como todo ser humano, tenía el lógico terror a que me maten. La muerte acechaba.

A pesar de mis acuerdos y el apoyo a las verdades que para mí representaban el socialismo – al menos en la dialéctica -, no quería irme de este mundo tan joven. No es que mi altruismo no ponderara la guerra a cambio de alcanzar un futuro superador. También entiendo cabalmente que ‘desde los escritorios’, mandar a morir a millones de hombres no irradia el mismo dolor; pero el egoísmo del poder salvarme a mí mismo, era más fuerte que cualquier otra cosa.

Llegué a casa y Andrea me estaba esperando. “¡Javi, menos mal que llegaste!” me dijo mientras me daba un fuerte abrazo. “Sentate que te tengo que decir algo. Una señora irlandesa que trabaja conmigo como cocinera, también es empleada doméstica en la casa de un importante Comandante de las Fuerzas Armadas Chinas. Me contó que ayer, mientras estaba preparando los platos para la cena, escuchó al Comandante, quien se encontraba a pocos metros en el living,

en una conversación telefónica con otra persona: ‘La decisión está tomada. Nos cansamos del destrato y el doble discurso. Las cartas ya están echadas’”.

Mi rostro de tristeza era indisimulable. No le dije nada, solo la abracé nuevamente con fuerza, y le di un beso en la mejilla izquierda. Luego dejé mi mochila en el sillón, me fui a servir un vaso de gaseosa a la cocina, y volví al living. Entonces sonó el celular. No fue necesario ni acercarme, mirando de lejos, de reojo, ya sabía lo que se venía. “Por disposición de la República Popular China, se han requerido sus servicios”. Como una caricia consuelo, el destino también era la Cuarta Brigada Aérea. Iba a continuar pasando los días con mi amigo Cooper.

En ese momento entró Claudia. La miró a Andrea, mientras yo me acercaba con mi celular para que ellas personalmente leyeran el mensaje. Se sentaron, una en el sillón, la otra en una silla. Inconscientemente, se habían ubicado separadas. Creo que el duelo debía ser individual. La vertiente interminable de sus lágrimas eran la consecuencia de sucesivos actos a lo largo de su vida, los cuales solo ellas sabrán cuales fueron acertados y cuáles no. Luego vino un último abrazo entre los tres, antes que me fuera a duchar.

Cenamos juntos. Andrea hizo una carne asada con papas y batatas al horno – había conseguido que el mercado del barrio le consiga un corte de mediana calidad, pero estaba bien -, lo que emulaba un clásico bien argentino. Estaba todo preparado para que pasáramos una velada especial. Apenas nos sentamos alrededor de la mesa, mis madres comenzaron a contarme historias de cuando yo era pequeño; de mi inocencia, de mis ganas de conocer el mundo, del buscar jugar permanentemente con otros niños. De lo curioso y conversador que era. Lo entendí como el recuerdo vivo que querían que me llevara.

“Solo pido que vuelvas pronto mi amor”, me dijo Andrea ya saboreando unos ricos duraznos de postre. “Te vamos a extrañar con locura”, continuó Claudia. Yo solo escuchaba y comía, lentamente.

Nos mirábamos, con ese amor de madres a hijos y viceversa. Cuando terminamos, los tres nos fuimos a sentar a nuestro pequeño living – el cual ya lo sentíamos como propio –. Entonces decidimos hablar del futuro. Incierto, complejo, difícil. Sin embargo, con esa cuota de esperanza que suele ser tan característica en el ser humano.

“¿Qué tenés ganas de hacer cuando termine la guerra?” Me preguntó Claudia. “Nosotras no pensamos en mucho más. Simplemente poder adaptarnos a esta sociedad, estar tranquilas. Disfrutar un poco. Pero ya tenemos nuestras vidas hechas. Los golpes fueron unos cuantos y, aunque tuvimos muchas satisfacciones, ya estamos grandes y no tenemos fuerzas para luchar por aquellos sueños políticos que tanto anhelábamos en el pasado. Queremos sobrevivir, y tratar de vivir un poco: hacer un viaje, saborear una rica comida, apreciar una obra de arte”, continuó Andrea.

“Mamás, les voy a ser sincero. En mi corta vida, siempre quise disfrutar la cotidianidad, y nunca tuve una mirada profunda sobre lo que deseaba para mi futuro. Creo que es lo normal para alguien joven. ¿Y saben qué? En este momento si puedo decirles que solo quiero sobrevivir a la guerra para volver a ver a Juli, a Dani, a pasar más momentos como este con ustedes. En fin, disculpen, estoy cansado, me voy a dormir”. Ya con una cara de visible agotamiento emocional, aquellas fueron mis últimas palabras antes de retirarme a mi habitación.

Al otro día, me levanté alrededor de las diez de mañana, pero no salí de la cama hasta bien entradas las once. Tenía fiaca; ganas de, justamente, no hacer nada. “Hola Yanet, ¿cómo estás? ¿ocupada? Me gustaría, si tenés algo de tiempo, que nos viéramos. Aunque sea un rato”. Rápidamente recibí su respuesta. “Ven cuando quieras. Voy a estar todo el día en casa”. Mis madres habían salido y me habían dejado unas empanadas de jamón y queso ya hechas. “Dale, ya voy para allá. Llevo algo para comer y almorzamos juntos”.

Tardó en abrirme la puerta cuando toqué el timbre. Me saludó con

un beso rápido en la mejilla, y luego se dio media vuelta con paso firme hacia su habitación. “Parece que estás ocupada”, le dije mientras caminaba lentamente para asomarme a la puerta de su cuarto. Antes que me contestara, pude observar como terminaba de acomodar una ropa en su valija. “Ya sé, no me digas nada. A vos también te citaron”, continué. “¿A vos también?” replicó sorprendida después de darse media vuelta para mirarme a los ojos. Asentí con la cabeza: “Cuarta Brigada Aérea”. “A mí me tocó el Séptimo cuerpo de infantería. Está a unos diez kilómetros al noreste de la ciudad”, sentenció con cierta desazón por la lejanía.

Nos observamos unos segundos sin mediar palabra, esperando que alguno emita opinión. Solo hubo silencio. Unos instantes más tarde, se dio media vuelta, y siguió acomodando sus cosas. Volví caminando hacia el pequeño living, y me senté en el sillón.

Al terminar de preparar su valija, calentamos la comida que había traído. Quise romper el hielo nuevamente preguntándole si sabía de otros compañeros del curso que iban con ella. “Creo que no, pero espero cosechar amistades también allí”, me respondió con una suave sonrisa. Ello fue el puntapié para una larga y distendida charla sobre los amigos que habíamos dejado atrás en nuestros países de origen. Luego, terminamos hablando de nosotros.

“La verdad que en este tiempo que nos conocemos hemos logrado una muy linda amistad. Con vos me sentí muy cómodo, compartimos muchas de las mismas inquietudes, siempre fuiste muy amable. La verdad te aprecio mucho, sos una gran persona y te considero ya una amiga”, le dije mientras comíamos el postre.

Ella se sonrió. Luego me agradeció mientras se levantaba; se acercó y me abrazó. Tomamos un café. Decidí que había sido suficiente y le dije que marchaba hacia casa. Quería aprovechar los últimos momentos con mis madres. “Bueno, te deseo lo mejor. Ojalá nos encontremos pronto nuevamente. Ya sea en el frente de batalla, o compartiendo un café en tu casa”, fueron mis palabras de despedi-

da. La abracé fuerte nuevamente, y me dejó partir.

Con un mensaje de texto les avisé que estaba yendo para casa. Cuando llegué, ambas me estaban esperando. “Nos quedamos acá con vos hasta que te vayas a la Base”, me dijo Andrea con una gran sonrisa. Luego me abrazó y me besó. Y me decía cosas lindas, de la buena persona que soy, de lo orgullosas que estaban de mí, de la forma tan inteligente, responsable y valiente que me había comportado toda la vida. Un sinfín de caricias al alma.

Claudia lo demostraba de otra manera. Mientras acomodaba mi valija y me preguntaba qué elementos básicos quería llevar, me hablaba de la necesidad de siempre mantenerse erguidos, de cuidar los valores altruistas, supremos, que nos deben mover, regir como seres humanos.

“Yo sé que ahora lo importante sos vos, pero dejame ir más allá, tener una visión superadora de la vida; ese norte que nos excede a nosotros, como individuos, para posarnos como seres sociales. Es nuestro deber llevar a cabo la crítica despiadada de todo lo existente; despiadada tanto en el sentido de no temer los resultados a los que conduzca, como en el de no temerle al conflicto con aquellos que detentan el poder y nos quieren subsumir en la pobreza, tanto material como intelectual”.

Observó como la miraba atentamente. Se dio cuenta que no había sido en vano. Sus enseñanzas y su espíritu me habían acogido. “Quiero terminar con esto, Javi. Y voy a citar a Ferguson, aquel cientista social que te mencioné varias veces. Él sostenía que la sociedad civil aparece como algo mucho mayor que una asociación de los diferentes sujetos económicos: lo que vincula a los individuos en la sociedad civil no es el máximo de ganancia en el intercambio, sino toda una proyección política que podríamos llamar ‘intereses desinteresados’, un juego de intereses no egoístas. Debemos ir hacia ello. Siempre con el optimismo de la voluntad y el pesimismo de la razón”.

Ya lo había entendido. Lo que había vivido en Argentina era una permanente desilusión popular sobre los diferentes gobiernos – de todo tipo y color político –, incapaces de brindar soluciones superadoras a unas mayorías que terminaban bogando, muchas veces por una agotadora decepción, por intereses particulares.

Bajo este marco, las grandes epopeyas, ideológicas, programáticas, y de poder real, yacían en las penumbras del olvido. Entonces la búsqueda de un cambio, irreverente, no siempre racionalizado, debería haber sido pedido a gritos. Pero la realidad es que solo se habían vivenciado temerosos silencios, embebidos en una tibia ignorancia.

Lo poco que había, esos reclamos populares, fueron ‘reabsorbidos’ por los aparatos de hegemonía del sistema capitalista, sin dar lugar a transformaciones sustanciales y perdurables. El triunfo de la derecha había sido el resultado de una máquina política y de una estrategia que aglutinó y conjugó una micropolítica de pasiones tristes (frustración, odio, envidia, angustia, miedo), con la macropolítica de un nuevo fascismo, lo que les dio consistencia política a las subjetividades devastadas por la financierización y la precariedad.

Tengo bien en claro que lo importante para cada individuo es conocer y comprender: si lo hacemos todos y cada uno de nosotros, podremos, colectivamente, cambiar la historia. Ahora, solo queda mirar para adelante.

Para avanzar con firmeza y sin miedo, solo es necesario tener en claro que de lo único que no se vuelve es de la muerte. Hay que ‘jugársela’, tomar partido, desprenderse de una lógica, un statu-quo dado y normalizado. En este momento, sentía que China me representaba. Con sus luces y sus sombras, estaba dispuesto a apoyar la causa. Dando todo de mí.

El lunes me levanté a las cinco, después de casi no poder pegar un ojo en toda la noche. Le envié un mensaje a Yanet deseándole éxito; a Cooper le confirmé que estaría media hora antes de la cita a una

cuadra: me daba más tranquilidad si entrabamos juntos. Mis madres estuvieron todo el tiempo a mi lado. Las besé y abracé como si fuera la última vez. Podía ser la última, no era descabellado.

Lloramos enmudecidos. Sin culpas ni rencores. Me cuesta procesar como joven que soy, que la vida son momentos, que de un suspiro todo puede cambiar, todo puede terminar. Que la finitud existe, y cada momento de felicidad vale. Lo que pasó, pasó. A partir de hoy soy un soldado y tengo que mirar hacia adelante.

Ojalá pueda encontrar el goce, de algún modo, de alguna forma, que me permita disfrutar el presente y proyectar un futuro promisorio. Aunque sea en mi imaginación. Soñar cosas lindas no cuesta nada y hace bien, reconforta el alma. Espero que, en mis noches, aunque me encuentre alejado de mis afectos, pueda encontrar esa paz que me dé fuerzas para seguir.

Agarré mi pequeña valija con ruedas y me dirigí a la parada de colectivos. Había calculado que, tomando el de las seis y media, llegaría más que holgado de tiempo. Además, al subirme pude sentarme, y disfrutar de la tranquilidad del amanecer.

Apenas descendí, divisé la esquina pactada. Estaba a unos doscientos metros, pero podía ver a lo lejos las figuras de Cooper y su novia. A medida que me acercaba, se notaba con mayor claridad, con los rayos de sol que pegaban de lleno en sus formas, los besos y abrazos apasionados, impropios de un modelo de vida que cuidaba los modos públicos. Pero, en aquel momento, ya no le importaba a aquella pareja que parecía sentenciar, en sus últimos minutos de pasión, su amor eterno.

No quería interrumpir. Esperé prudencialmente a unos treinta metros. Cuando en un momento observé que separaban sus cuerpos, aproveché para hacer un pequeño chistido y levantar mi brazo como señal de presencia. Cooper, al verme, se sonrió y también me saludó con una suave ondulación de su mano. Ahí encontré el momento para acercarme.

“¿Cómo están chicos?” Les pregunté solo para cumplir con la formalidad. “Va a ser difícil. No quiero estar acá sin Cooper. Ya aceptaron el permiso que pedí para salir de China y volver a Filipinas con mis padres, quienes hace algunos años retornaron al lugar de sus ancestros. Como él se alistaba, y dada las buenas relaciones entre ambos Estados, pude evitar mi llamado a servicio y me habilitaron para irme de aquí. Por supuesto, confían en mí para que disemine las bondades del sistema chino. Yo sé que me van a monitorear, pero no me interesa. Tengo que salir de acá, oxigenarme. Cooper era todo y ahora necesito tranquilidad”.

A diferencia de cuando nos conocimos, Suhana me había respondido con una firme soltura: estaba claro que necesitaba desahogarse. Y, a decir verdad, no había mucho que acotar. Su partida era inminente. Ya no tenía nada más que hacer aquí.

Hice una mueca de comprensión con mi labio y dejé que terminen de fundirse en un beso que parecía infinito. Mientras miraba para otro lado tratando de disimular cierto lógico pudor, podía observar la caminata de varios jóvenes de distinta procedencia, todos hombres, hacia la entrada del Regimiento. “Listo”, me dijo Cooper mientras terminaba de recoger su bolso justo detrás de mi espalda. Saludé a su novia y comenzamos nuestro camino hacia el portón de ingreso.

“Sabes que estuve averiguando. Los Regimientos numerados del uno al tres son para mujeres; del cuatro al seis para los varones, y los que tienen el bis al final es para todos los otros géneros: transexuales, no binarios, y demás. En realidad, no sé si está bien dicho, pero tú me entiendes. Seguro algo de eso sabes”, me terminó diciendo, mientras emulaba una mueca socarrona.

No lo miré ni le contesté nada. Me molestó la forma de encarar la situación. Él tampoco decía nada, y yo no quise girar la cabeza: solo sentía sus pasos caminando a mi lado. “No te enojas Javi”. “Y, la verdad que me molesta Cooper. Hay otras formas de abordar el tema”, le respondí con bastante temple.

No me iba a pelear justo antes de ingresar, con todo lo nos estaba pasando y lo que lo apreciaba. “Te pido perdón, quise ser gracioso para que sopesemos mejor este momento y no me salió bien. Discúlpame una vez más. Yanet me contó lo que pasó y me pidió que no te diga nada; pero como te comenté, solo quería ‘romper el hielo’, charlar de algo. Igual no te hagas problema, seguro tendremos mucho tiempo juntos para hablar”.

“Bueno ya está. Contame que te dijo que ya estamos a pocos metros de llegar”, lo inquirí con no poco interés. “Solo me dijo que eres divino, que te quiere mucho, que si fuese por ella le gustaría que la relación pudiera consolidarse. Pero bueno, igual me imagino que ya es parte del pasado...”.

“No es un problema temporal Cooper”, le contesté enseguida. “Voy a tratar de explicarte rápido. Siento que la relación entre dos personas tiene que ver con muchas cosas. Afinidad, ideas, carisma, sexualidad, forma de vida. Yanet es una excelente persona, muy simpática y con una ‘energía’, unas ganas de vivir hermosas. Pero qué sé yo, mi deseo es tener a mi lado a una mujer natural, con su cuerpo, sus modos, su personalidad moldeada por ese salto hormonal, difícil de explicar, pero hermoso que tienen las mujeres. En fin, espero que me haya entendido y que, si nos volvemos a encontrar en algún momento, podamos continuar siendo muy buenos amigos”.

Llegamos a la entrada de la Cuarta Brigada Aérea. Un cartel sobre el portón principal, escrito en varios idiomas, decía: “Es más fácil odiar que simpatizar. Porque para simpatizar primero hay que lograr comprender”.

Nos recibió un soldado, quien nos indicó que camináramos unos cuatrocientos metros, y después dobláramos unos metros hacia la izquierda. Allí nos recibirían en un hangar. Fuimos caminando sin prisa, pero sin pausa, como inspeccionando lo que iba a ser ‘nuestro hogar’, hasta uno vaya a saber cuándo.

Al ingresar, observamos un espacio enorme, techos altos, pare-

des gruesas. Estaba completamente vacío. A pesar de que llegamos temprano, ya había algunos jóvenes en formación - por lo menos había visto que se decía así en alguna película -, y nos proveyeron auriculares y una carpeta con el nombre de cada uno. Todos estábamos en silencio; solo observábamos como, en tandas cada vez más frecuentes, ingresaban los nuevos compañeros del batallón.

Contando a groso modo filas y columnas, por lo menos éramos mil. Media hora exacta después de la hora de citación, llegaron tres hombres vestidos de uniforme, los cuales se pararon enfrente de nosotros. El de mayor edad se ubicó en el medio de los otros, un paso adelante. “Buenos días señores, soy el Brigadier Wang; a mi izquierda se encuentra el Capitán Chen y el Suboficial Li. Estamos muy contentos de tenerlos acá, sirviendo a los intereses de la patria y del socialismo”, comenzó su discurso.

“Voy a ser breve, ya se irán enterando de a poco todo. Van a estar unos meses aquí, entrenándose físicamente, pero también continuarán con sus clases; esta vez especializadas en temáticas militares, sobre todo tácticas y operativas. Podrán tener comunicación una vez por día con sus familias a través de sus teléfonos celulares, y se irán a sus hogares el fin de semana cada final de mes. Ahora sí, pueden retirarse, sigan las instrucciones del personal militar aquí presente”, concluyó en voz alta y firme.

El suboficial nos pidió que hiciéramos diez filas y lo siguiéramos. “Fíjense en sus carpetas. Entre otros datos sobre el funcionamiento del Regimiento, encontrarán cual es el número de su casa”.

Salimos de allí y nos dirigimos hacia un enorme complejo habitacional, con decenas de casas blancas, homogéneas, dispuestas de una forma que estaban pegadas una al lado de la otra. La mía era la cuarenta y siete. “¿Cuál es la tuya Cooper, la cuarenta y siete también?”, le pregunté sigilosamente y con el mayor disimulo posible. Me levantó el dedo pulgar derecho. Evidentemente, habían tomado en consideración que estábamos en el mismo curso del Instituto.

Creo que es una buena señal en términos de preocuparse por nuestro confort – dentro de lo que es un escenario de conflicto -.

Divisé el número en la puerta. La misma se encontraba entreabierta; no éramos los primeros. Al ingresar, nos encontramos con una sala de estar, una cocina, y un pequeño baño en la parte inferior. Por el medio aparecía una escalera que se dirigía hacia un piso superior, donde había un baño más amplio, con bañera y mingitorio, y tres habitaciones generosas, de cinco por cinco metros aproximadamente, las cuales tenían cuatro camas cada una. La habitación que se encontraba a la derecha saliendo de la escalera, tenía además un plus: un pequeño balcón con vista al oeste de la Brigada; más que suficiente para oxigenar y generar cierto placer visual.

Lamentablemente cuando vi el listado de nombres que estaba pegado en la puerta de esa habitación, los nuestros no estaban. Nos ubicaron en la contigua. Cuando ingresamos, nos encontramos con un muchacho alto, flaco, algo desgarrado. Nos presentamos; nos dijo que se llamaba Ferenc y que era húngaro. Y no mucho más. Giró su cabeza y continuó quitando la ropa que había traído en su mochila, ubicándola en la cama más cercana a la ventana. Nos miramos con Cooper y nos entendimos sin emitir palabra; más allá de su falta de ganas por entablar diálogo, lo cual podría deberse a mil razones, por respeto y cortesía debía habernos preguntado ‘democráticamente’ por la distribución de las camas.

“Permiso”, dijo en un perfecto inglés un muchacho de una cabellera brillante color sol, un poco obeso, con bigotes finos. Parecía algo tenso, expectante. Luego nos comentó que se llamaba Bohdan y era checo. “Y si les interesa, mi nombre significa ‘regalo de dios’”, continuó con una sonrisa. “Bienvenido ‘regalo de dios’”, repliqué con una sonrisa mientras le extendía la mano. “¿Te interesa alguna de estas camas en particular?”, le preguntó Cooper señalándole las tres que quedaban libres. “Está bien, me da lo mismo cualquiera”, respondió con suma tranquilidad.

Tuvimos una hora para desempacar e interiorizarnos sobre la casa y nuestros compañeros, antes de volver a presentarnos en el hangar. “¿Listos para comenzar la instrucción?”, se dirigió a nosotros con un tono de voz que emanaba bravura, un oficial que se presentó como el encargado de las instalaciones. Evidentemente, estaba todo perfectamente pautado; pero, sobre todo, no había tiempo que perder.

Nos hicieron un recorrido por la base, algunas charlas de comportamiento interno, y luego el almuerzo. La comida estaba bien; no era la gran cosa, pero era abundante. Al ser el primer día, tuvimos la tarde libre: volvimos a la casa, y entre los cuatro miembros de la habitación decidimos, ahora sí, hacer un cronograma de limpieza y baño, como para que de entrada haya un orden que minimice los roces entre nosotros. Según el cronograma, a la mañana siguiente, bien temprano después de desayunar, nos probaríamos por primera vez el uniforme. Y a la tarde, debutaríamos con la práctica de tiro.

Esa noche, aunque estaba muy agotado por la tensión de lo nuevo, no estaba nervioso. Si pensativo: el ponerme un uniforme militar no era un tema menor. Significaba mucho, representaba demasiado para mí, pero también para lo que había significado para la historia de mi país, Argentina.

La corrupción, la destrucción del entramado socio-productivo (“lo que hace la deuda es redistribuir la riqueza hacia arriba y restringir la democracia hacia abajo», decía Andrew Ross), la desaparición de personas. Historias que me habían contado mis madres de sus antepasados. Que era una obligación recordar, para que no se repitiera nunca más. Pero que, desde que tengo uso de razón y comencé a ir a la escuela, eran evadidas en las currículas autorizadas por los sucesivos gobiernos de turno.

Claudia siempre sostenía que la democracia que vivíamos en la Argentina desde hacía un tiempo era relativa, coja; un bucle de crisis capitalista, crack financiero, pauperización del proletariado, crisis alimentaria y ecológica, nuevo reparto imperialista del mundo, y

auge de los fascismos. Con permanentes enfrentamientos entre las masas empobrecidas y los que impiden el derecho a huelga, una frecuente ruptura del estrecho marco legal que habilita la lucha, y una presión a corsé sobre los pocos sindicatos que quedan en pie, los cuales deben velar primariamente por su supervivencia antes de su per sé, el cuidado de los trabajadores.

Las manifestaciones masivas nunca eran tales – además, a todas luces insuficientes –, y las suplicas a los políticos terminaban siempre en respuestas inocuas: aunque se podía votar, siempre buscaban la forma de manipular con información falsa o transgiversada a la sociedad. El poder no era represivo como ocurría en la sociedad disciplinaria e industrial; en Argentina se presentaba siempre como seductora y tentadora.

“Nos hacen creer que los trabajadores somos empresarios de nosotros mismos autoexplotados” me decía Andrea, cada vez que veía como los partidos de los trabajadores perdían una elección. ¿Contra qué o quién protestar? ¿Contra sí mismos? Es que no había un ‘enemigo’ visible. Y mientras que en la sociedad disciplinaria el ciudadano creía estar ante el Estado como instancia de poder que había que acatar o confrontar, luego se empezaron a desnudar voluntariamente.

Yo trataba de entender a mis madres. Además de mi partida, con el dolor que les produjo el hecho en sí, el que llevara un uniforme, bajo el contexto geopolítico presente, seguramente les causaba un enorme ‘ruido’; difícil de conjugar, pero más difícil de digerir.

Creo que la única forma de que lo pudieran contrabalancear era tratando de pensar en la ‘mitad del vaso lleno’: llevar el uniforme implicaba el orgullo de tener un hijo que sirve por un ideal, entregando mismo su propia vida. Y eso también ronda en mi cabeza: cargar un fusil y darlo todo, sería una forma de devolverle el favor al país que salvó la vida de mi familia.

El desayuno fue bastante abundante: tocino, huevos revueltos,

pan embadurnado en aceite. Nos dieron media hora para hacer la digestión. El día estaba hermoso, fresco, pero con un sol pleno, por lo que aprovechamos para caminar un rato por la base. A las diez en punto, estábamos haciendo fila en el hangar para probarnos los uniformes.

Cuando llegó mi turno, me probé dos talles. Elegí el primero, lo sentía más cómodo. Hicimos un par de bromas con Cooper sobre cómo nos quedaba, mientras esperábamos órdenes. “Pueden sacarse una foto para mandárselas luego a sus familias”, nos dijo uno de los suboficiales encargado de darnos el soporte administrativo.

¿Muestra de orgullo? ¿Exposición pública a través de la propagación de la foto? A mi parecer quedaría muy bien para el resto de la ciudadanía china, apreciar cómo soldados extranjeros estaban dispuestos a dar su vida con la insignia roja como bandera. “Ahora vayan al hangar contiguo. Ahí les darán su armamento”.

Sentí un escozor en el cuerpo. Lo primero que se me vino a la cabeza fueron las palabras de Ernesto ‘Che’ Guevara a su verdugo segundos antes de morir: ‘¡Póngase sereno y apunte bien! ¡Va a matar a un hombre!’.

Empuñar un arma era dar un paso más; el último antes de convertirme en un animal de guerra, una máquina de matar. Es el momento previo a perder una parte importante de la moralidad, la tranquilidad de conciencia de poder decirle a los seres queridos que uno es un hombre íntegro, que jamás ha avasallado la vida de nadie. Que ha respetado la humanidad, a pesar de las diferencias, de todos.

Intenté olvidarlo concentrándome en las cuestiones técnicas. Nos entregaron una AK-47 a cada uno, el histórico fusil de asalto soviético diseñado por el soldado Mijaíl Kalashnikov, cuya alta fiabilidad y gran resistencia, además de su facilidad para el uso, desarme y mantenimiento, lo hacían ideal para el rápido aprendizaje. Hecho que no era un buen augurio si pensaba en la certera posibilidad de un conflicto inminente.

Había cientos de sillas dispuestas en varias filas. Tomamos asiento, y varios oficiales, dispensados con algunos metros de distancia entre cada uno de ellos, nos iban explicando todo el proceso empírico de utilización. Atrás de ellos, una pantalla gigante que nos explicaba en detalle las características de los teatros de operaciones, y el modo en que se debía utilizar el armamento en los mismos. Todo muy didáctico y operativo.

Después de una hora aproximadamente, finalizó la explicación y nos retiramos al comedor a almorzar. Luego del mismo – unos fideos, agua saborizada y una selección de frutas de estación –, nos preparamos, ya con el uniforme de combate puesto, para la primera práctica de tiro.

A los que iban pasando los vi firmes, tranquilos. No era así mi caso. Tenía miedo de no poder usarla bien, de equivocarme, de apuntar correctamente al círculo para no herir a nadie. Temores que podrían parecer infundados, más con las protecciones que teníamos y practicando junto con instructores seguramente avezados.

En realidad, mis sensaciones no provenían de la coyuntura, de aquellos disparos que quedarían embarcados dentro de un polígono de tiro. El principal problema era mi imaginación, mi fantasía sobre aquel futuro no muy lejano donde realmente tuviera que utilizar mi arma para matar a una persona. O a muchas. O que me mataran a mí.

Pensé lo peor. Me acordé de las palabras del gran académico del siglo pasado, Raymond Aron, quien sostenía que ‘La guerra revolucionaria es una guerra de aniquilación: el enemigo, su gobierno, no puede capitular porque renunciaría simultáneamente a su existencia’. O mismo el concepto de ‘guerra total’ desarrollado por el General Ludendorff, donde la hostilidad ya no oponía solo ejércitos, sino a la totalidad de su población civil, su economía, psicología, etc. Si iba a ser, sería a matar o morir.

¿Es suficiente excusa para ver al enemigo a través de una lupa que impregna en el otro una causa social mayor, un fascismo so-

cietal bajo un proceso de ultra derecha que no surgió de un partido político o de una elite, sino del cuerpo social? ¿O acaso no es más razonable pensar que los soldados de Occidente no son, en realidad, meros proletarios que cumplen órdenes sin poder cuestionárselas, bajadas inmoralmemente por una Elite impúdica?

Cualquiera sea el caso, yo quisiera ver a los soldados occidentales como aquellos que se ‘cayeron’ de un mundo desindustrializado, que fueron excluidos por aquel falso dogma de que la ‘timba financiera’ era todo e iba a salvarlos a todos. Soldados que (mal) entienden que dejaron de pertenecer a un estrato social y, en consecuencia, dejaron de tener conciencia de clase. Y así podría seguir. En definitiva, quisiera verlos como aquellos que, como yo, son simples seres humanos clonados que no tienen otra opción que ir a la guerra.

La diferencia entre nuestras Elites y las Occidentales es que, para las nuestras, si nos ‘portamos como debe ser’ y alcanzamos la victoria, terminaremos todos del lado correcto de la historia. Siendo humanos clonados, o no, podríamos vivir en nuestro ‘soñado paraíso socialista’.

Terminé conforme el entrenamiento. Tuve una efectividad que podría decir fue ‘normal’, al menos en comparación con el resto de mis compañeros. Eso me daba cierta tranquilidad, en el sentido que poseo una mínima suficiencia para utilizar el fusil. Por supuesto que una parte de la destreza se entrena; pero había sido un buen comienzo. Luego nos dieron permiso para que fuéramos a descansar a nuestras casas, tomar una ducha, y vestirnos cómodos de civil para ir a cenar.

Mientras degustábamos un trozo de carne con papas, se presentaron varios suboficiales con listados en sus manos. Comenzaron a nombrarnos en voz alta; cada uno debía tomar nota de lo que decía quien lo nombraba. El que mencionó mi nombre, se presentó como Jefe del Escuadrón de Paracaidistas.

“Los hombres que nombré, están a mi cargo a partir de este mo-

mento. Mañana comenzaremos la instrucción de paracaidismo. Ojalá la disfruten”, dijo con una tenue sonrisa, lo que no era poco para ser un militar chino.

Antes el fusil; ahora saltar de una aeronave. La verdad es que me daba miedo el solo pensar que iba a tener que tirarme al vacío desde cientos de metros de altura. Un error, un mal movimiento, podría costarme la vida.

Apenas pude deglutir la manzana que nos dieron de postre. Y solo pude conciliar el sueño cuando volví a aceptar la realidad: no podía negarme, solo debía acatar las órdenes. Y punto.

“No tengas miedo. Yo he hecho paracaidismo varias veces en mi país. Si tienes algún problema, no te preocupes, yo sé cómo ir a rescatarte en el aire”, me dijo Bohdan – a quien, como Cooper, también le había tocado ser parte del Escuadrón de Paracaidistas -, mientras desayunábamos a la mañana siguiente. Ponernos a los cuatro juntos en la habitación entonces tenía su lógica: ya nos explicaron que, la cohesión de los soldados, las buenas relaciones, son fundamentales para lograr el triunfo en la batalla.

Al verme tenso, mientras me miraba fijamente a los ojos, puso su brazo en mi hombro izquierdo. Estaba realmente convencido de que iba a ser así, que me iba a salvar. Pero ninguna palabra o gesto podían cambiar mi estado de ánimo; me daba temor el solo pensar en la apertura de la escotilla y la posterior orden de saltar hacia el vacío.

Durante una semana, practicamos tiro, análisis de imágenes y logística a la mañana, mientras a la tarde hacíamos telecomunicaciones y prácticas de salto.

En cuanto a esto último, un par de días realizamos ejercicios teóricos y prácticos – desde cómo es el proceso de fabricación del paracaídas, pasando por todas las partes de los que está compuesto, hasta el procedimiento que implica el desarrollo del salto (en qué momento abrirlo, cómo caer, etc.) -, para, posteriormente, ya saltar desde un acantilado artificial – de unos quince metros de altura –

junto a un instructor.

Los últimos días saltamos solos. Controlé que todo estuviera en orden y en condiciones, y salté. Al no ser una altura muy elevada, no tuve miedo. Además, estaba confiado en lo que había aprendido y practicado. Y en las revisiones que realizaban los técnicos especialistas de las condiciones en las que se encontraban los paracaídas. Por suerte, todo salió bien.

“Prepárense y duerman bien, que llegó el día. Mañana a la mañana no hay práctica de tiro; solo tienen que descansar, controlar su equipaje, y estar listos para saltar, ya sí desde la aeronave”. Las palabras del oficial Wu a un grupo de veinte soldados del Escuadrón durante la cena, no sorprendieron. Sabíamos que en algún momento iba a llegar. Lo que no pensaba era que iba a ser tan rápido; solo diez días atrás me anunciaron como paracaidista. Es más: habían pasado escasas dos semanas desde que había dejado mi ‘vida civil’ para ingresar a la Base.

Cuando puse un pie en la aeronave, ya estaba tenso. La misma era rusa, la última versión de la Ilyushin. Confortable, segura, potente. Me ubiqué en la anteúltima fila a la izquierda. Me hubiera gustado que Cooper y Bodhan estuvieran conmigo, pero ellos saltaban pasado mañana.

Hoy estaban de rotación en la Sección de Imágenes, donde se observan las diversas operaciones de la Fuerza Aérea China dentro del país y alrededor del mundo. A mí también me iba a tocar pasar por allí, pero, sinceramente, no era lo que más me atraía: prefería el análisis geopolítico y geoeconómico detrás del campo de batalla. Aunque, por supuesto, tenía sentido el conocer todas las áreas de trabajo: dada la dinámica de un conflicto, los recursos humanos deben poder ser utilizados donde escasean cuando la coyuntura lo requiera.

Luego de despegar, estuvimos alrededor de media hora en el aire hasta que alcanzamos suficiente altura; ahora solo faltaba llegar al punto de salto. Estaba sexto en la lista. Abrieron la escotilla y empe-

zaron a saltar mis compañeros. Sabía de memoria exactamente todo lo que debía hacer: el procedimiento, los tiempos, los resguardos. Tenía confianza ciega que el paracaídas estaba en condiciones y, por sobre todo, creía en mí.

Salté, y en los primeros momentos sentí la tensión en mis músculos. Estaba demasiado concentrado y no tuve tiempo para sentir miedo. Abrí el paracaídas en el momento exacto; no puedo negar que el observar cómo se desplegaba en toda su extensión, me dio paz.

Luego me estabilicé en el aire. Comencé a realizar los movimientos mecanizados correspondientes, hasta encontrar el punto de destino. Todo había salido bien. Ahora era momento de disfrutar: una brisa suave, el sol sobre mi rostro, la inmensidad del sereno paisaje.

Aterricé unos metros a la izquierda de lo planificado. Tuve que realizar un rápido movimiento, porque el soldado que venía detrás mío tuvo un inconveniente en los últimos metros, y prácticamente cayó sobre mi paracaídas. Por el resto, sin inconvenientes. Era una zona de campo abierto, alejada de cualquier tipo de arboleda, y a unos cuantos kilómetros del mar.

Lo disfruté. Me gustó. Hasta lo quería repetir, sentir de nuevo ese placer de volar. Sin ataduras. Esa palabra que, desde lo que ocurrió en Argentina con mi madre, no había vuelto a sentir: libertad. Como decía el viejo dicho sanmartiniano, ‘Seamos libres, que lo demás no importa nada’.

Tan vilipendiada, tan circumscripita a una utopía que implicaba la mejora real en la calidad de vida de todos; pero también para con el desarrollo del propio ser, acompañado por todas las herramientas materiales e intelectuales para hacerlo. Y, por supuesto, aquel valor fundamental del poder decidir, a través de la racionalidad y la pasión, lo mejor para nuestras propias vidas, para cada vida: el amor para con uno y el prójimo necesitado. Como sostenía Chomsky, ‘Si assumes que no existe esperanzas, entonces garantizas que no habrá

esperanza. En cambio, si asumes que existe un instinto hacia la libertad, entonces existen oportunidades de cambiar las cosas’.

“Señor, quisiera dedicarme a la rama paracaidista, hasta donde tenga y pueda ser. Sería un gusto y un honor para mí”, le dije a mi superior, en un mandarín básico, a la mañana siguiente. Se me quedó mirando fijo unos segundos sin decir una palabra. “Sabe que no es así como trabajamos, más allá de que usted se encuentra en el escuadrón de paracaidismo, aquí hay diferentes sectores y todos los reclutas tienen que rotar hasta que nosotros le asignemos un área fija de destino final, que estimamos será en algo más de un mes. Sin embargo, si tal es su deseo, déjeme ver si podemos hacer una excepción con usted”, me respondió en un inglés rústico pero potente.

No tuve que esperar ni veinticuatro horas para recibir la respuesta. El mismo oficial al que le había realizado el pedido, tocó la puerta de mi casa a las seis y media de la mañana, justo cuando estábamos por ir a tomar un café negro con algunas galletas dulces que nos proveían semanalmente para que tengamos algo para ‘picar’ en nuestros departamentos cuando quisiéramos.

Ferenc abrió la puerta, y el oficial le preguntó por mí. Pude escuchar su llamado desde el baño; rápidamente, dejé la brocha de afeitar y me dirigí a la pieza para quitarme el short y las ojotas: debía ponerme el uniforme para presentarme como correspondía.

“La comisión administrativa de la Base ha tomado la decisión de aceptar su pedido. Tal como lo indican nuestros órganos superiores, llegando hasta el propio Bureau del Partido Comunista, nuestro principal objetivo es la felicidad de nuestra gente. Eso sí, va a tener que cumplir con los cursos que le quedan en las otras áreas las próximas semanas. Posteriormente sí, se unirá al grupo de Paracaidistas de Combate de este Regimiento”, fueron sus palabras desde la puerta, antes de, sin esperar que pueda emitir ni una palabra de agradecimiento, dar media vuelta y retirarse.

Mi sonrisa era indisimulable. Podrá parecer algo menor, pero,

para mí, fue como una caricia, una atención sin compromiso para con un mísero soldado. ¿Habrán valorado el compromiso, las ganas de ser parte, de ayudar a la causa? Realmente no lo sé. Pero como dice un viejo refrán anglosajón, ‘El diablo está en los detalles’. Y eso se valora.

Más allá de que la mesa del comedor era colectiva y estábamos todos los soldados, siempre nos sentábamos juntos con nuestros compañeros de habitación. Me gustaba observarlos. Últimamente Cooper no hablaba mucho, se había deprimido un poco: extrañaba a su novia, y ello lo había vuelto más introvertido. Ferenc hacía su vida, literalmente no teníamos casi interacción. Igualmente, nunca nos ‘abandonaba’. Y Bodhan, ante lo insulso de la relación con los otros compañeros de habitación, me buscaba todo el tiempo para hablar.

Al principio me hablaba más de política. Su tema favorito: el neoliberalismo como variable de cooptación sistémica; el escenario que no deja salida para quienes queremos vivir una vida bajo los valores de la equidad y el desarrollo pleno del ser humano.

“No quiero ser repetitivo, pero déjame continuar con la charla del otro día”, me dijo mientras se acomodaba en la silla con una galleta de salvado sin sal en la mano. “En el modelo neoliberal, el individuo deviene sujeto racional a través del reconocimiento de la posibilidad de maximizar sus capacidades y gestionar sus conductas a fines determinados, todo ello con el fin de lograr el mayor beneficio con los menores costos. Como decía Foucault, el neoliberalismo, no solo procuró imponer a escala ampliada los criterios de las leyes del mercado como ‘naturales’ e, incluso, trasladarlas a los más diversos ámbitos de la vida, sino también desterrar definitivamente la idea de que es la fuerza de trabajo la que genera nuevo valor”.

Habíamos estudiado en el Instituto que Oriente, ‘mi actual mundo’, no quería consolidar esa imagen que la sociedad tiene de sí misma, en términos de un conjunto atomizado de ‘agentes económicos’

activos y libres, guiados por el egoísmo, donde el individuo deviene sujeto racional a través del reconocimiento de la posibilidad de maximizar sus capacidades, gestionar sus conductas. De ser posible, en Occidente quieren que el trabajador aparezca como empresario de sí mismo.

“Yo lo tengo bien claro”, continuó Bodhan. “Lo que hemos visto – y vivido – históricamente, bajo la visión occidentalizada del mundo, es que la recesión y la inflación descontrolada, dos caras de la misma moneda, han menguado los márgenes de maniobra del Estado, lo que conllevó a que la capacidad de llevar a cabo reformas sea sólo posible en una coyuntura económica global de prosperidad”.

Estoy de acuerdo con vos, le respondí: “El neoliberalismo juega para eso: que el sistema no se quiebre, sino que simplemente se ‘doble’: que sea lo suficientemente flexible para que, en algún momento, más temprano que tarde, se pueda volver al punto iniciático, donde la victoria de las elites corporativas vuelva a ser el eje del triunfo sistémico”.

Ferenc y Cooper seguían en su mundo. Mejor dicho, hablando de que parte del mundo eran las mujeres más lindas. Al menos las cuales ellos habían tenido contacto. Este tipo de conversaciones eran habituales entre ellos cuando nosotros hablamos de política. Yo escuchaba de oído y, cuando me interesaba, le ‘cortaba’ el dialogo muy respetuosamente a Bodham – por supuesto, prometiéndole continuidad en otro momento -, y me enganchaba en su charla. A veces, hasta me animaba a opinar.

Debo reconocer que los temas que podrían considerarse banales o superfluos, ayudaban a recrear mi mente; me permitían relajarme un poco ante tanta montaña rusa física y emocional. Mujeres, deportes, amistades, diferencias culturales, rotaban como un algoritmo de temas que a veces se prolongaban una vez finalizada la cena hasta bien tarde, inclusive ya acostados antes de dormir.

Algo de ‘filosofía barata y zapatos de goma’, como diría Charly

García. Su música había mellado en la vida de mis madres – especialmente de Andrea –, y me lo habían transmitido por osmosis, como un mantra de verdades dogmáticas y felicidad trascendental del alma.

En este sentido, como lo veía bajoneado, le hablaba mucho a Cooper de que la ansiedad y la depresión eran la enfermedad propia del capitalismo: un síntoma colectivo de lo que la alineación puede causar. Por ello debía pensar en las causas superadoras, tanto individuales como colectivas, y ser siempre optimista.

“Tiene razón Javi”, intervino Bodham, mientras apagaba la luz del velador que compartía con Ferenc, ubicado en un pequeño escritorio al lado de su cama: “Pensá en positivo: Mark Fisher decía que el capitalismo siempre quiso ejercer un derecho natural de monopolio sobre los deseos del pueblo. Pero el socialismo que vivimos está más allá, mucho más allá de lo que nos pueda imponer un sistema sumamente injusto, inmoral, que solo quiere la dominación por la dominación misma para poder ellos hacer lo que quieran, cuando quieran. Ya vas a ver: cuando termine todo esto, estoy seguro de que vas a poder cumplir tus sueños. Y volver a ver a tu novia, tu familia, tus afectos”.

Ferenc y Cooper ya se habían ido a dormir la siesta. Y la charla con Bodham prosiguió mientras dábamos una vuelta por la Base. “Entiendo tus inquietudes perfectamente. Y te agrego algo que mis madres me contaban de Argentina: los sindicatos, quienes debieran poner el hombro para defender a las mayorías, siempre fueron incapaces de hacer frente a la ofensiva del capital en la medida que plantean las luchas económicas al margen de la lucha política. Buscaban realizar mejoras en las condiciones de vida de la clase trabajadora, pero no construir unas condiciones que puedan imponer una ‘democracia real’. Hace décadas, diría siglos, que no tienen en Occidente ambición alguna para abolir las instituciones garantes del régimen”.

“Lo mismo ocurrió en mi país Javi”, continuó Bodham. “Lejos de

la ‘guerra permanente’, lo que se terminaba configurando eran procesos cíclicos de movilización e institucionalización; donde, a pesar de la masividad y la fuerza que han sabido desplegar las revueltas a lo largo años, estas terminaban siendo disipadas o asimiladas por los poderes instituidos, sin haber dado lugar a verdaderas revoluciones”.

“Así es”, le respondí con voz cansina. “En Occidente se ha vivido una especie de ecosistema de reproducción de los regímenes burgueses, con crisis de mayor o menor magnitud, y con fuerzas de derecha y ultraderecha, por un lado, y neoreformismos y populismos de izquierda, por el otro, pero cuyo resultado fue una ‘sobrevida eterna’ a regímenes capitalistas en permanente decadencia. Igual olvídate; en nuestro Oriente, ello no va a ocurrir”.

“Concuerdo con vos Javi. Ahora, sino te molesta, voy a casa a cambiarme, así después hablamos con nuestras familias. Acuérdate que hoy es el día que nos habilitan el teléfono para el llamado”. No me olvidaba. Yo también iba a llamarlas. Por ello, después de despedirme de Bodham, me dirigí al área de comunicaciones. Por suerte solo había cuatro soldados delante mío; una fila relativamente corta para esperar mi turno. Mis quince minutos preciados para hablar con Andrea y Claudia.

La comunicación con mis madres fue fructífera: apenas me escucharon se les suavizó el tono de voz; se pusieron contentas al sentirme animado, bien tratado, ‘aprendiendo otras cosas’. No hablamos de política ni de nada que pudiera comprometernos. Tampoco creo que les interesara. Es más, seguramente ellas, desde ‘el afuera’, sabían muchas más cosas que yo de cómo venía el curso del conflicto.

Solo se les quebró un poco la voz cuando me preguntaron si tenía idea cuándo regresaría a casa. Mi respuesta fue inocuamente repetitiva durante toda la charla: “No lo sé”. Estoy seguro que escondieron su llanto para cuando cortáramos la conversación. Yo solo trataba de contenerme. Aunque sabía que nada podía hacer, la falta de

contacto físico con ellas representaba un dolor para mi alma. Como me pasaba con Juli y Dani, ya las extrañaba. Y mucho.

La incertidumbre de todos se terminó cuando, solo trece días después de que me confirmaran en el escuadrón de paracaidistas, aparecieron en el hangar donde almorzábamos seis oficiales de distintos rangos. Cuando los vi entrar, ya me pareció extraño: nunca venían a hablarlos tantos uniformados juntos. Generalmente eran uno o dos, los cuales simplemente daban alguna novedad administrativa o logística. Esta vez, se pararon uno al lado del otro con rostro adusto. Algo importante estaba por ocurrir.

“Mañana a primera hora parten para Rusia, así que después de terminar de comer, tienen el resto del día libre. El teatro de operaciones se está moviendo y hemos realizado un acuerdo de cooperación con nuestro principal aliado para evitar el avance del capitalismo neoliberal occidental. Nos hablan de que nos quieren devolver la ‘democracia’ que perdimos, pero su real objetivo es destruirnos. Quiero que se queden tranquilos: nuestra alianza será indestructible”, comenzó a hablar vigorosamente el segundo oficial de mayor rango, un hombre fornido, con varias condecoraciones en su pecho.

A posteriori, el más antiguo, un hombre de baja estatura con visibles canas, tomó la palabra: “¡Ni un paso atrás daremos! ¡Y con toda nuestra fortaleza, la fortaleza de un pueblo que sabe lo que quiere con denodada pasión, triunfaremos hasta impregnar de valores socialistas a toda la humanidad!”. Su arenga verbal se potenciaba con su propia historia, con el poner el cuerpo: su visible dificultad para caminar - cojeaba elípticamente -, seguramente era una secuela de guerra.

Aquí en la Base, escuché varias historias de oficiales que, como consecuencia de eyecciones fortuitas derivadas de combates aéreos contra los rebeldes Taiwaneses y los Estados Occidentales aliados - la mayor parte en los años posteriores a la gran guerra por la anexión definitiva de la isla - sufrieron este tipo de lesiones.

Recordé entonces mi clase de ciencia política en la escuela donde estudiamos al brasileño Helio Jaguaribe, quien sostenía que la autonomía nacional se conseguía a través de dos condiciones: la viabilidad nacional (los recursos que se disponen, como así también los niveles de integración sociocultural y los patrones éticos de una sociedad), y la permisividad (cuando el contexto facilita el accionar autónomamente).

China lo entendió y ahogó a Taiwán sutilmente durante décadas. El violento final fue desencadenado por la impericia de sus políticos y aliados, las potencias occidentales, las cuales le prometieron la ayuda financiera y militar suficiente para lograr la victoria. Se creyeron impunes a las advertencias de la China continental y terminaron como Ucrania en su conflicto con Rusia de principios de la década de 2020: humillados, amorfos, desmembrados y sin brújula. No había ni un más allá, ni segundas oportunidades. Solo quedaba el ostracismo de una derrota empírica y moral.

A pesar de la sorpresa de la visita, y habiendo intentado prepararme para este momento, no pude evitar pensar en la muerte. Mi muerte. “No se preocupen por sus familias y seres queridos, nosotros nos encargaremos de avisarles. Solo piensen en la victoria y la gloria de Oriente. Y, por supuesto, serán recompensados una vez hayamos alcanzado a la victoria. ¡Se los aseguro!”. Mientras los rostros de mis compañeros conjugaban incredulidad y cierto temor, la arenga continuaba.

“Y no olviden las palabras del gran Antonio Gramsci: ‘Quien verdaderamente vive no puede dejar de ser partisano. Por eso odio a los indiferentes. La indiferencia es el peso muerto de la historia’. Ahora sí, pueden continuar con lo que estaban haciendo”. Y así terminó. En lo que quedaba del almuerzo, se vivió un silencio mortuario. A medida que los compañeros iban terminando, se iban levantando de sus mesas para retirarse, mansamente, a pasar sus últimas horas en la Base.

Volvimos con Ferenc, Bodham y Cooper a la casa, y, al entrar en la habitación para buscar ropa y ponernos cómodos, nos encontramos sobre nuestras camas carpetas con documentación variada sobre Rusia: historia, geopolítica, economía. Pero, sobre todo, los vínculos bilaterales entre ambos países. Estaba claro que querían mostrarnos que la alianza era de vital importancia; que la lucha en tal alejado destino no era en vano para con los objetivos del socialismo.

En este sentido, la primera hoja del documento tenía solo una frase emitida por la Cancillería China durante la guerra ruso-ucraniana de la segunda década de este siglo: “Las relaciones sino-rusas son maduras y sólidas como una roca; soportarán las pruebas de esta variable situación internacional. Sin lugar a dudas, podemos afirmar que los vínculos entre ambas naciones no sucumbirán a la presión de otros países”. Rusia siempre respaldó a China en tanto a su vínculo con Taiwán, adhiriéndose firmemente al principio de una solo Estado. La historia hablaba por sí sola.

También había algo más, que lo sabía por haberlo estudiando en la escuela, pero que, por obvias razones, no lo encontré en la carpeta: China veía a Rusia como un enemigo en primera línea de combate contra la influencia de la entonces OTAN – especialmente estadounidense – en el Mar de la China Meridional, ‘su’ región que defendía con celosía.

Por otro lado, la documentación sobre geoeconomía era extensa: principalmente explicaba como el afianzamiento económico es la base para la solidificación de cualquier tipo de alianza política. En este aspecto, tanto China como Rusia, buscaron repetir aquel liberalismo económico clásico entre Estados (no así a nivel intra-estatal) que promovió la otrora Unión Soviética con sus países satélites, o el mismo gigante asiático luego de su ingreso formal a la OMC en el año 2001.

“Nuestra política está desprovista de todo egoísmo. Esperamos

que los demás participantes de la cooperación económica construyan sus políticas sobre esos mismos principios; sin utilizar el proteccionismo, las sanciones ilegales y el egoísmo económico para sus propios fines”, repetía frecuentemente el entonces presidente Putin durante sus sucesivos mandatos.

La búsqueda rusa de alianzas ‘orientales’ tuvieron como eje primario el eludir las sanciones occidentales – bajo la impronta de la picardía del ‘empresario innovador’ Shumpetereano, buscando otros rumbos en diversas geografías -, para luego desarrollar políticas económicas pro activas de comercio, inversión y desarrollo, de pueblos ‘aliados ideológicamente’ para con la cosmovisión global.

Entonces Rusia y China intensificaron el intercambio de recursos naturales estratégicos – todo tipo de materiales primas, alimentos, hidrocarburos -, construcción de infraestructura y logística – sobre todo a través de la inversión extranjera directa -, y apoyo financiero – desde los Swap hasta la compra de bonos soberanos, especialmente en una época donde se incrementaron los procesos de inteligencia económica y las artimañas financieras disociadas de la economía real, con el objetivo de acumular beneficios muchas veces espurios -. Podría decirse que fue un ‘regreso al amor más puro’, después de décadas de idas y venidas bilaterales, en términos de intereses y visiones diferentes sobre cómo afrontar la arena internacional.

La unificación en la visión económica, se dio también en términos políticos: por ejemplo, se tornó habitual referirse a los enemigos de lo que consideraban ‘intereses del Estado’, como terroristas, separatistas o extremistas religiosos. Es que en los momentos de escalada de tensiones las palabras más altisonantes fueron siempre las más útiles para unificar criterios sobre los ‘enemigos del pueblo’. Estos procesos han sido muy asertivos, en el complejo ajedrez internacional, sobre todo para potenciar la bipolaridad reinante.

En este aspecto, la actualidad sistémica proviene de la resquebrajada unipolaridad estadounidense de finales del siglo pasado – co-

menzando con la crisis neoliberal/financiera de los tigres asiáticos y Latinoamérica -, donde la multipolaridad ficticia creada se tornó inefectiva, y la búsqueda de acuerdos regionales se fueron complementando, ‘sin prisa pero sin pausa’, bajo un paraguas de vínculos estatales bilaterales, logrando en muchos casos consistencia y, sobre todo, una cohesión que ha conseguido resultados más que positivos. Ese fue el caso de Rusia y China, las dos potencias que se opusieron al hegemon estadounidense.

Después de una hora de lectura frugal, decidí descansar en mi cama, tratando de no pensar en nada. La falta de concentración no necesitaba una explicación profunda: simplemente no estaba preparado para enfrentar lo que se venía. Ni física, ni emocionalmente.

Pero así es la geopolítica. Tensiones que se incrementan, desacuerdos que se mantienen latentes. Una guerra fría perceptible, hasta que aparece un cisne negro, un rapto de locura, una llama que dispara el ardor de un teatro de operaciones monstruoso. Un momento histórico donde el desprecio de la vida humana es la moneda corriente.

Esa noche Cooper estaba más serio y reflexivo que lo normal. No quiso cenar; miraba pensante las luces de la base que acaecían sobre la noche estrellada. “Fui muy ingenuo, muy altruista, muy dogmático. Solo pensé en la gloria revolucionaria, dejando de lado el pragmatismo, la sensación de dolor, el miedo. No reflexioné, o por ahí inconscientemente no quise hacerlo, sobre la real dimensión de las consecuencias”.

Sus palabras denotaban un drástico cambio en relación al Cooper con quien había compartido los últimos días en la Base; aquel que banalizaba cualquier temática, aquellas que lo ayudaban distraerse de sus penas. Olvidar, al menos por un tiempo, ese amor que había dejado atrás.

“Me refiero – y eso es lo auténticamente terrible – a que las guerras destruyen todo lo que tocan; no lo relaciono solo a los hogares,

carreteras, colegios u hospitales, sino a la gente que sobrevive pero que nunca volverá a ser como era antes, por el simple hecho de que ha sido dañada en lo más profundo de su ser, porque ha perdido la confianza en la humanidad. Ello sin contar además el ya no tener a algunas de las personas que formaban parte de su vida, que eran ‘su’ vida. Y, por sobre todo, los recuerdos que se fueron con ellos”.

Luego se largó a llorar. Bodham lo miraba, mientras Ferenc, extrañamente en un raptó de cariño, se acercó a abrazarlo. Entonces tomé la palabra, y dije lo que me salió del alma en ese momento: “¿Y sabés lo que es peor, Cooper? Las cosas no solo se alteran durante la guerra. El cambio fundamental se va a producir después, cuando hacés el balance, cuando te das cuenta de lo que ha sucedido, de lo que has perdido, de lo que ha cambiado tu interior. Recién ahí, comprenderás cabalmente que nunca más volverás a ser el mismo hombre que eras en tiempos de paz”.

Levanté la vista y observé que Bodham cerró el puño y sus mejillas se enrojecieron. “¿Estás bien?”, le pregunté con cara de preocupación. “¿Sabés que pasa Javier? Ninguno de nosotros tuvo la real libertad para estar acá: todos fuimos clonados con este propósito, para estar en esta situación aquí y ahora. Que después hayamos sido inducidos a entender y aprender a querer este pseudo-socialismo, que de algún modo nos iguala como humanos con aquellos de quienes provenimos - sin serlos explícitamente de forma natural –, es, al menos para mí, muy doloroso”.

“Vamos, seamos fuertes”, levantó la voz con cierta vehemencia Ferenc. “No es momento para flaquear; debemos estar enteros por nuestro bien, por nuestra supervivencia. Y si no lo ven así, piensen que la victoria es el pasaporte a una nueva vida de paz, donde vamos a poder cumplir nuestros deseos y proyectos”.

“Yo solo quiero ver a mi novia, estar con mis padres”, sollozó con más fuerza Cooper. “No me interesa la guerra, ¡quiero vivir!”. Luego la habitación fue cooptada por un largo silencio. No había

más palabras, nada más que decir. Cada uno se fue a dormir. Mañana comenzaba una nueva vida.

A la mañana siguiente nos levantamos a las seis en punto. Nos pusimos nuestro uniforme y dejamos preparadas nuestras mochilas y el fusil antes de ir a desayunar. “Si no nos vemos por un tiempo, quiero decirles que ha sido un gusto compartir este tiempo con ustedes. Los voy a extrañar”, irrumpí mientras bebía un sorbo de café y deglutía un pedazo de un sándwich de jamón y queso. Los tres asintieron con sus cabezas. El único que tenía la certeza que iría a la división aerotransportada de paracaidistas era yo.

A las siete en punto nos encontrábamos en formación. Un oficial llegó con el listado para derivarnos: nombre y apellido, y destino. Ninguno de mis tres compañeros de habitación estaría conmigo codo a codo en el frente: Bodham y Ferenc fueron a Inteligencia, y Cooper a Apoyo de Infraestructura. Ellos viajarían a la zona de conflicto unas horas más tarde. Un abrazo como último adiós, y a dirigirme al lugar de encuentro con mis nuevos compañeros y jefes.

Me subí a la aeronave. Nos fuimos acomodando uno al lado del otro a medida que íbamos entrando. Se cerraron las escotillas y levantamos vuelo. Entonces me acordé de la frase que había leído de la autora Jean Monnet: «La gente solo acepta el cambio cuando se enfrenta a la necesidad, y solo reconoce la necesidad cuando la crisis se avecina». Ya no había vuelta atrás. Era hora de focalizarme en la guerra.

Coloqué mi mochila y fusil entre las piernas, mientras me acomodaba en el tercer asiento desde la izquierda. Observé a mis nuevos compañeros. Sus caras perplejas, cubiertas de incertidumbre, se encontraban muy lejos de aquellas que se veían en las viejas películas, donde soldados de actitudes desafiantes emanaban coraje en los momentos previos a ingresar de lleno al conflicto bélico.

No sabía cómo hacer para relajarme. Quería estar tranquilo; entonces solo cerré mis ojos e intenté poner la mente en blanco. Pero

me fue imposible. ¿Qué actitud tenía que tomar de aquí en más? ¿Debería endurecer mi corazón ahora que iba a entrar en combate? ¿Cuál sería la mejor manera de balancear la racionalidad con la emocionalidad, el cómo fijar la profundidad del involucramiento ante nuevos vínculos personales – los cuales pueden volverse efímeros con la muerte prematura -, o el pelear contra pares (o sea clones de venidos en soldados Occidentales)? Muchas preguntas sin respuestas. La cabeza me explotaba. Solo después de un largo rato, cuando la angustia se convirtió en desgaste, logré quedarme dormido.

El vuelo duró un poco más de nueve horas. Me levantaron para comer algo, y luego pudimos pararnos a estirar las piernas por tandas. Observé ciertos diálogos, probablemente entre aquellos que ya se conocían. Disimuladamente, traté de escuchar de que hablaban: estaban aquellos que tenían la muerte entre ceja y ceja, como así también quienes conversaban sobre cómo se ejecutará su operatividad. Más allá de ello, creo que todos teníamos un pensamiento común: la esperanza de que el conflicto se desactivara lo antes posible, y pudiéramos volver a casa, sanos y salvos.

Por las ventanas se observaba un amplio valle, una pradera ensombrecida por un atardecer que se alejaba. Empezábamos un suave y lento descenso. Estábamos llegando a destino. “Nos encontramos a unos doscientos cincuenta kilómetros de Moscú, no muy lejos de la frontera con Finlandia. Estaremos aquí por un tiempo hasta recibir las directivas de la superioridad. Bajen con cuidado. Una vez en tierra, las darán las órdenes pertinentes sobre cómo deben proseguir”, mencionó el capitán de la aeronave por altavoz.

Cuando abrieron las compuertas, sentí una refrescante brisa. Hacía frío, pero el aire puro se disfrutaba. Ya me había mal acostumbrado a los niveles de contaminación chino; aquel smog que, aunque no se sentía muy espeso donde yo vivía, era lo suficientemente dañino como para impactar en mi joven sistema respiratorio. Es más, en las últimas semanas había comenzado a tener una tos seca; la

cual, aunque espaciada y no muy dolorosa, me había generado cierto malestar. Vamos a ver si, en mi ‘nuevo hogar de guerra’, la misma podría curarse.

Hace varios años, había quedado muy enganchado con un libro de Hans Jonas que me había regalado Andrea – seguramente heredado de algún familiar me dijo, aunque ella misma no recordaba quién ni cómo había llegado a sus manos -, *Principio de Responsabilidad*, el cual sostenía que la modernidad se alzaba en virtud del ideal de progreso a través del dominio de la naturaleza: a mayor control de la naturaleza (reducida a la condición de sierva), mayor progreso de la humanidad (entendido en términos de crecimiento ilimitado y abundancia infinita).

Sin embargo, la satisfacción de esos designios a través del industrialismo extremo, la mercantilización de los ecosistemas y la extracción desmedida de recursos, más el inmenso poder adquirido por el ser humano gracias a la técnica y la actitud megalómana desprendida de todo ello, han infringido heridas gravísimas, tal vez irreparables, al mundo natural.

¿Cómo se ha intentado luchar contra ello? En Occidente, lo que se ha observado en las últimas décadas es un progresismo ilustrado de reclamos puntuales superadores – léase ‘activistas de movimientos’ que representan a luchadores contra el cambio climático -, pero que claramente obnubiló las necesidades de base: un verdadero modelo de desarrollo económico sustentable para el medio ambiente.

Entonces hubo una escisión, la cual se profundizó entre los que propugnaron las energías verdes para combatir la crisis climática, y los que quisieron alejarse de un ‘ecoactivismo ciego y desordenado’ que encarecía aún más la vida de las personas. Y en la disputa de una grieta inocua, el estatus-quo se mantuvo in-eternum.

En China, era algo que no se hablaba. O, al menos, yo no había escuchado sobre el tema desde que había llegado al país – menos aun en Argentina -. Teóricamente, siempre se tomaban medidas para

mejorar la ‘salud medioambiental’, pero no se explicitaba con firmeza como política pública central en los medios de comunicación.

Era una especie de tema tabú: se sabía que existía, se tomaban medidas, pero, aunque se notaban las mejoras, nadie preguntaba mucho los resultados finales de la remediación. Por supuesto, los estudios técnicos existían, pero eran principalmente utilizados por la ‘academia’ y a sabiendas de solo un grupo reducido de funcionarios.

“Buenas tardes. En la carpa de campaña principal se encuentra la agenda de trabajo, los horarios de ocio y alimentación, y los espacios comunes de aseo y descanso de cada uno, con nombre y apellido”, señaló en un inglés osco, con extrañez para mí, un oficial que parecía, por sus rasgos, de origen caucásico.

Nadie preguntó nada. Luego de buscar mi lugar, ingresé en una enorme carpa blanca de casi cincuenta metros de largo y veinte de ancho, donde se encontraban decenas de camas, separadas a una corta distancia unas de otras, divididas en dos largas hileras. Sobre las mismas había elementos de higiene, una ametralladora - que se adicionaba al fusil que traía conmigo desde China -, municiones y una muda de ropa para dormir.

“La puta madre”. El insulto había sido en voz baja, pero en un tono lo suficientemente claro para que yo pueda discernir su argentinidad. Tres camas a mi izquierda, pude observar a un joven colorado, de unos brillantes ojos celestes y pecas al tono que le cubrían todo el rostro.

“Hola, ¿Cómo estás? Soy Javier”, me presenté en mi mejor tono porteño. Giró su cabeza para observarme. Sin inmutarse, volvió la mirada hacia su cama, y se levantó, lentamente, de su posición erizada.

“Hola, soy Esteban. Soy un pelotudo, no puedo creer que me olvidé la medicación que me proveyeron el día antes de volar. Tengo la última variante de HIV que requiere dos remedios específicos, sí o sí. Tendré que hablar con los superiores y pedirles que por favor

urgente me la provean. Ojalá la puedan conseguir pronto, pero acá estamos en el medio de la nada, y no tengo idea cuando vendrá la próxima aeronave con suministros de medicamentos”.

“Uf, que difícil. Bueno, ojalá se solucione. ¿Querés que te acompañe a hablar con los oficiales a cargo?”, le respondí intentando mostrarle mi solidaridad. “No es necesario, te agradezco. Termino de desempacar y voy al sector donde se encuentra el servicio médico, es acá al lado”.

No habían pasado un par de minutos cuando, mientras ordenaba mis cosas, decidí volver a hablarle. No podía con mi ser: buscaba acercarme a quien representaba mi cultura, ese anhelo de estar cerca de mis raíces que no cesa; ese deseo que, con asidua frecuencia, revolotea en mi cabeza.

“Leí en la agenda que se cena en la carpa número dos todos los días a las ocho de la noche. Si te parece, después de ver como podés arreglar lo de los medicamentos, nos sentamos juntos para comer”, continué. “Dale”, me respondió al mismo tiempo que asentía con su cabeza y, ahora sí, estiraba su brazo derecho para saludarme.

Después de un recorrido por la Base y posterior baño, me encontré con Esteban a las ocho menos cuarto en la puerta de nuestra carpa para ir al comedor. Esta vez, se encontraba más animado para hablar. “Estoy más tranquilo, me dijeron que, a más tardar, en tres o cuatro días tendré la medicación. Y vos Javier, ¿de dónde sos?”. Le conté muy por arriba mis orígenes en Buenos Aires, y luego mi estadía en China. Sin que me diera tiempo a preguntarle, arrancó detallando los pormenores de su vida.

“Soy platense, de la famosa ‘ciudad de las diagonales’. Pero hace tres años, cuando cumplí dieciocho, me fui a vivir a Teherán, aprovechando mi ascendencia persa, lo que me dio la posibilidad de radicarme allí. Apenas llegué me uní a la Guardia Revolucionaria como traductor del farsi al español; no por convicción ideológica, sino porque realmente no tenía dinero ni contactos. Debía hacer algo

para sobrevivir, lo que fuera. Y prácticamente los únicos lugares que tomaban personal sin restricciones – evidentemente tenían un presupuesto bastante flexible, para no decir cuasi ilimitado –, eran las instituciones vinculadas con el aparato militar y de seguridad. Estaba claro que ya sabían lo que se venía”.

Se notaba que quería desahogarse. Y yo, que aprendí – además de tener el ejercicio – a escuchar con gusto, lo miraba atentamente mientras degustaba unos – sorprendentemente bastante sabrosos por provenir de una cocina armada improvisadamente en un frente de batalla – fideos con pesto.

Cuando me aseguré que había terminado de hablar, le pregunté, con mucho respeto, por qué había decidido irse, sino tenía familia en Irán que le pudiera dar una mano hasta que encuentre su destino; estudiar una carrera o buscar un trabajo donde se sintiera cómodo. No sé, se me ocurría la realización de actividades que suavicen una transición compleja entre dos sociedades con mucho más que algún matiz diferente. O sea, no lograba racionalizar la intempestiva salida hacia un mundo tan distinto, complejo, desconocido, sin ningún tipo de sostén amortiguador.

“En realidad, podría decir que me escapé. No quiero saber nada de mi familia en Argentina. Tengo mucho odio. Para mí, están muertos”. Quedé perplejo: no tanto por la dureza de sus palabras, sino más bien por sus modos, ese movimiento facial que denotaba una bronca que le brotaba de sus venas. Entonces me miró fijamente a los ojos, previo a continuar con su alocución.

“Al principio todo fue perfecto. Me recibieron con mucho amor. Y siendo musulmanes creyentes, no les importó que fuera clonado de un bebé cristiano. Me enseñaron su idioma, sus costumbres, sus rezos. Así hasta unas semanas antes de mudarme a Irán. Una noche, tuve un golpe fuerte después de un partido de fútbol. Los estudios sentenciaron una rotura de ligamentos cruzados. Entonces me explicaron que, para volver a hacer deporte con normalidad, tenía que

operarme de la rodilla. A veces con fortalecer la musculatura no alcanza. Y te la voy a hacer corta: en los análisis de rutina pre-quirúrgicos, salió que tenía la nueva cepa del HIV”.

Se puso a llorar. Ubiqué mi mano izquierda en su hombro, esperando que ello mitigara su pena. Me puse a pensar qué increíble es la mente humana, el rol que cumple el pasado de cada uno, los impactos que ellos acarrearán a lo largo de la vida. Estábamos por entrar en combate y él, increíblemente para mi punto de vista, derramaba angustia por lo que había ocurrido años atrás. Un hecho que, en este momento, era irrelevante en relación a lo que nos íbamos a enfrentar próximamente.

“Mi madre fue desesperada al Ministerio de Clonación. Al principio le dijeron que no sabían nada. Pero insistió y siguió indagando. Caminó por cada pasillo, tocó cada puerta que pudo. Nada. Tuvo que mover sus contactos en la comunidad para poder lograr hablar con alguien”. Bebió lentamente el jugo de manzana de su vaso. Necesitaba hidratarse.

“A través de una conocida de una muy amiga de ella, llegó a una bióloga que trabajaba allí y estaba a punto de jubilarse. Evidentemente ya no tenía nada que perder; ella fue la que le confirmó que las clonaciones realizadas durante el mes en el cual a mí me entregaron, tuvieron, por error, algunos ‘bebés infectados’. Y que, lamentablemente, no le sorprendía que yo hubiese sido uno de los perjudicados”.

Su relato no me sorprendía. La ‘oscuridad’ con la cual se había manejado la temática de la clonación – como tantas otras cuestiones –, eran una ‘política de Estado’. Sin importar el sufrimiento de las familias, de cada uno de los involucrados. ‘El fin justifica los medios’, decía aquel nefasto refrán popular. El medio para llegar al objetivo, inalcanzable en algunos casos, inútil en otros, éramos nosotros, los soldados clonados. Quienes, hoy en día, estamos poniendo el cuerpo.

“Justo en aquella época se empezaba a hablar a nivel global del

nuevo HIV. No sé si estaban haciendo testeos o qué pasó, pero, en definitiva, me tocó a mí. El tema es que cuando mi madre le contó a mi padre, este no le creyó. Dijo que seguramente me había contagiado en un ‘encuentro homosexual’, que el nuevo HIV a las personas normales ‘no les tocaba’”.

Difícil de digerir, de racionalizar. La potencia cultural y religiosa, evidentemente, todavía penetraba fuertemente en algunas capas de la sociedad, a pesar de que los sucesivos gobiernos de turno habían intentado ‘homogeneizar las expectativas’ y centrarlas en la lógica del capital, con eje unívoco en la acumulación de riqueza y el placer por el consumo suntuario como deidad.

“Ello fue el final. Mi padre fue contundente: no quería esa aberración en su casa. No me quiso escuchar; le intenté explicar que mis preferencias sexuales eran variadas, que mantuve siempre prudencia con mis palabras porque respetaba el hogar, que la profilaxis fue siempre, para mí, una forma de vida. Me cuidé y cuidé a mis parejas ocasionales. Pero no hubo caso. Así nomás, como te lo estoy contando, me echó. De un día para el otro, me quedé sin nada”. Esperaba que la seriedad de mi rostro denotara interés y compasión. No podía hacer otra cosa que empatizar con la difícil situación que Esteban había vivido.

“Estuve unas semanas en la casa de una amiga que me acogió y ayudó económicamente para que me pudiera costear el viaje. Tengo que decir que la Embajada de Irán en Buenos Aires fue expeditiva. Igualmente, no mencioné ‘el problema’ para no despertar sospechas que pudieran generar algún ruido, pensando sobre todo en lo que se pueda hablar a través de los vínculos intra-comunitarios - lo que podría haber derivado en un llamado indeseado de los funcionarios diplomáticos a mis padres -. En definitiva, me otorgaron la visa en pocos días. Eso es todo. Esa es mi historia”.

A pesar de la lógica culturalmente igualatoria para difuminar las tensiones sociales, el ‘populismo de derecha’ de las ‘democracias

capitalistas occidentales' protegían no solo a la militancia 'pro-vida' de ciertos sectores religiosos; sino también, las formas estético-culturales propias de cierto lenguaje que defendía, con unas y dientes, los símbolos conservadores, nacionalistas y tradicionalistas. El famoso 'Dios, patria y familia', había sido una bajada de línea transversal a todos los gobiernos argentinos desde hace décadas.

Por suerte, en China, he aprendido otras cosas: desarrollamos y profundizamos otra manera de ver el mundo. Y no solo en relación al tratamiento de las enfermedades o las culpabilidades de cada individuo; sino más bien, a una forma sistémica de apreciar la vida. Como dijo alguna vez Rafael Narbona, el prolífero ensayista español: "Ser de izquierda significa estar del lado del pobre, del paria, del excluido, el enfermo y el marginado. Luchar por un mundo sin privilegios injustos ni obscenas desigualdades. Que cada uno escoja su bando; yo tengo muy en claro dónde está mi trinchera y apunto hacia un porvenir con libertad, justicia, dignidad e igualdad".

Hubo un largo silencio mientras comíamos una manzana en nuestro camino de regreso a nuestra carpa. La noche estaba espesa, con alguna nubosidad que tapaba la brillantez de la luna llena. Ambos estábamos cansados; solo queríamos dormir. Según lo que decía el cronograma de trabajo, mañana a primera hora los oficiales a cargo del Regimiento nos expondrían sobre el teatro de operaciones y los movimientos tácticos planeados que realizaría cada uno de los Escuadrones.

El colchón era bastante cómodo. La almohada no tanto. Igualmente, mi cabeza estaba en otro lado: esa noche pensé en mis madres, en Juli, en Dani. En los partidos de fútbol con amigos, los asados en familia, las salidas a bares y discotecas.

Quería recordar, revivir, al menos por un rato, aquellos momentos de extrema felicidad. Momentos en los cuales uno pensaba que los tiempos de disfrute eran parte de una normalidad que no se acabaría nunca. Pocos son los adolescentes de esta época que vivencian una

perspectiva de mediano o largo plazo; la lógica de la mayoría de mis pares es pasar el mejor momento posible, cada día. No pensar mucho más allá. No pensar en el mañana.

En realidad, ante la falta de respuestas y oportunidades, hace tiempo ya que el ‘vivir el hoy’ se extendió a toda la ciudadanía, no solo era patrimonio exclusivo de los más jóvenes. Hace rato se había acabado la Argentina de la utopía, en la cual el futuro era sinónimo de progreso.

Claudia siempre me decía que ella, e incluso yo, íbamos a vivir peor que sus progenitores. Lamentablemente, cuando se llega a tener ese nivel de conciencia, las consecuencias suelen encausarse hacia una serie de malestares, inquietudes, y profundos miedos individuales, que, por supuesto, luego se trasladan al resto de la sociedad.

Y ante esos miedos, la extrema derecha propuso mediáticamente alternativas ‘salvadoras’; difusas seguridades en base a temores inexistentes. Mejor dicho, a temores autoinflingidos por el propio sistema, por las propias Elites que habían generado previamente aquella imposibilidad de pensar en un futuro superador.

Entonces triunfó el ‘capitalismo con rostro humano’. Un capitalismo dedicado a aportarles seguridades pasionales a unas mayorías irracionales, generando un efecto reaccionario que, a través de un círculo vicioso de repetición y convencimiento, se llegó a convertir en revolucionario. Y ya no hubo vuelta atrás.

Me levantó un estruendo. Y luego otro. Eran ruidos profundos, vibrantes. No podía distinguir la distancia de las explosiones. “¡Agarren sus armas, nos atacan!”, escuché desde la entrada de la carpa. Tomé mi fusil y las municiones, me puse el chaleco antibalas, el casco y salí corriendo hacia afuera junto con mis compañeros. Levanté la vista y divisé varios drones disparando hacia nuestras posiciones.

Corrí a protegerme detrás de unos vehículos y comencé a disparar al cielo. No entendía porque no funcionaban las baterías antiaéreas de anticipación rusas, las cuales tenían sensores con la tecnología lo

suficientemente avanzada como para neutralizar con cohetes a los drones a varios kilómetros de distancia. Ahora ya era tarde; teníamos que defendernos frente a frente ante el ataque de las máquinas. No había tiempo para pensar. Menos para tener miedo.

Giré la cabeza y vi como ardían nuestros tanques. A pocos metros de uno de ellos, lo observé a Esteban, con sus piernas y brazos extendidos, mirando al cielo. Se encontraba inmóvil y totalmente desguarnecido. Corrí hacia él. Tenía los ojos cerrados, y se veía sangre que brotaba unos centímetros a la izquierda de su zona abdominal.

Puede parecer extraño, pero pensé en su HIV. No quería contagiarme. Sin embargo, no tenía nada a mano para tapar el orificio. Entonces lo agarré de ambos brazos para intentar meterlo en la carpa más cercana, a unos treinta metros de distancia. Intenté arrastrarlo con todas mis fuerzas, hasta que sentí, de repente, como mi cuerpo volaba después de una explosión.

“Enviaron alrededor de treinta drones; si mal no recuerdo, un tercio era de reconocimiento. Por suerte no tuvimos muchas bajas; y, además, pudimos rescatar algo de información de tres drones derribados. Esto Finlandia lo va a pagar muy caro”, fueron las primeras palabras que escuché, aun sin tener fuerzas para abrir los ojos. Aunque no sentía el cuerpo, al menos estaba vivo. Ese saber que había sobrevivido, me relajó tanto que volví a quedarme dormido.

Perdí la noción del tiempo: no tenía idea cuánto había pasado cuando nuevamente abrí los ojos. Moví lentamente las manos, y giré la cabeza. Estaba en lo que parecía ser el hospital de campaña. Miraba enfermeras y médicos ir de un lado al otro, pero no tenía las suficientes energías para llamar a alguno de ellos.

Intenté levantar la cabeza. Solo pude hacerlo unos centímetros. Igualmente llegué a observar, tanto a mi izquierda como a mi derecha, la fila de soldados heridos. No podía distinguir cuantos; pero si, por primera vez sentí en vivo y en directo, la brutalidad de la guerra. Algunos mutilados, otros asistidos con respirador artificial.

Los menos, intentado incorporarse lentamente para poner a prueba su fisiología a través de algún ejercicio de movimientos menor.

“¡Qué bueno que te levantaste Javi!”. La exclamación provino desde mi espalda. Sin que llegase a girar, sentí una mano en mi hombro. Dio la vuelta a la cama y posó sus ojos, de forma penetrante, sobre los míos. Era Yanet.

Me sonreí, como forma cuasi única de expresarle mi felicidad. “Quédate tranquilo, no hables. La recuperación te va a llevar varios días. Lo bueno es que te vas a mejorar, vas a volver a recuperar toda tu motricidad. Es más, vas a quedar como nuevo”, continuó devolviéndome un guiño de su ojo derecho.

Traté de balbucear algunas palabras: “¿Qué me pasó? ¿En dónde estamos? ¿Qué estás haciendo acá?”. Puso suavemente el dedo índice de su mano derecha sobre mis labios. “Hazme caso, no hables por unas horas hasta que te sientas lo suficientemente fuerte como para hacerlo. Yo te voy a contar lo que se”. Entonces intenté relajarme, y volví a reposar mi cabeza en la almohada, esperando las novedades.

“Estamos trece kilómetros al sur del campamento que bombardearon la semana pasada, donde vos te encontrabas. No sé exactamente qué te ocurrió; solo te puedo decir que tuviste una fuerte contusión en la cabeza y esquivas en la zona femoral de la pierna izquierda. Por suerte, los médicos pudieron salvártela”, comenzó su relato mientras sostenía mi mano.

“¿Recuerdas que te había comentado que había realizado un curso de enfermería en un viaje de intercambio a Venezuela? Bueno, apenas ingresé a la Base militar en China, me dispusieron al Escuadrón Sanitario. Y aquí estoy, asistiendo a los médicos y a los heridos en todo lo que sea necesario. Parece que vamos a tener trabajo. Creo que se llegó a un punto de no retorno en la diplomacia; la escalada militar es inevitable”.

Agachó su mirada con pena; sin embargo, a los pocos segundos, levantó su cabeza con una sonrisa que le iluminaba el rostro. “Pero

bueno, ahora nos reencontramos, y eso ya me alegró el día. Ahora me vas a tener que disculpar, pero estoy haciendo el recorrido chequeando como se encuentran los heridos. En un rato vuelvo, y te traigo algo para tomar y comer”, concluyó mientras se levantaba de mi lado, previo a continuar su camino por la hilera izquierda.

Ese día no me pude incorporar. Recién al siguiente logré sentarme en la cama. A la pierna izquierda la tuve que mover con ayuda de mis brazos, ya que apenas la sentía. Entonces decidí que no me iba a aburrir: no sabía cuánto tiempo llevaría mi recuperación, y no quería que pensamientos negativos invadan mi mente mientras esté en cama.

Me puse a contemplar, en silencio, todo lo que acontecía. Con la mente en blanco, intenté buscar cierta paz en tiempos de zozobra. “¿Cómo te llamas?”, escuché en un inglés duro, tosco. Unos metros a la derecha, un hombre rubio, de finos bigotes y espalda ancha, se encontraba sentado en una silla leyendo un libro. “Javier, mucho gusto. ¿Vos? De paso te preguntó, sino te molesta, qué estás leyendo”.

“Me lo prestaron para pasar el tiempo; en esto los Comandantes fueron inteligentes, montaron en el fondo una mini biblioteca con libros antiguos para que pasemos el tiempo. ¿Te interesa?”. “No gracias, solo traté de observar la tapa porque desde chico me interesaron los libros”, le respondí.

Se paró y lentamente vino caminando hacia mí: “Jurgen, me dicen ‘El Alemán’, también gusto en conocerte. Ya tengo con quien hablar”, me dijo luego de estirar su mano para estrecharla con la mía.

Me reía por dentro porque no es que ahora tenía con quien hablar; sino más bien, a quien escuchar. Es que Jurgen no paraba; es como si necesitara desahogarse todo el tiempo. Tenía bronca porque ya no iba a poder ‘defender más al socialismo en combate’, como era su deseo.

Su militancia en el Partido Comunista Alemán lo había llevado a ofrecerse a las brigadas internacionalistas para ser parte de la ‘gesta’, del momento único que estábamos viviendo, el punto de inflexión transhistórico en la disputa de poder global. Sin embargo, después de que le perforaran dos costillas y se le cayera el engranaje de un tanque en su mano derecha en la primera batalla contra el ‘enemigo occidental’ – lo cual le costó su amputación –, no había posibilidad alguna de que volviera a combatir.

“Estoy muy caliente que no voy a poder darles su merecido a esos hijos de puta. Ya me dijeron que me van a dar la baja en unos días, cuando termine de recuperarme. Algunos acá que me dicen que tengo que estar feliz, que me salvé de milagro. Pero yo lo siento como una porquería. Y no porque perdí mi mano. Quería estar en el campo de batalla cuando los destruyamos por completo”. Hablaba convencido. Y nunca bajaba el nivel de intensidad.

Solo me dejaba de hablar cuando era el tiempo de comer, o cuando le pedía que necesitaba descansar. Pero siempre estaba atento a mi persona. “Decime qué tipo de libros te gustan y te voy a buscar uno en la biblioteca” o “Avísame si quieres que llame a las enfermeras”.

Yo trataba de escucharlo y ser cortés, pero muchas veces me cansaba. No solo por los discursos eternos, sino porque, además, todo lo trasladaba y transformaba en una conversación sobre las virtudes del comunismo. Por ejemplo, cuando le pregunté al otro día de conocernos por cómo estaba compuesta su familia en Alemania, la blancura de su cara se tornó en un rojizo opaco, sus pómulos se endurecieron, y sus ojos se rasgaron.

“Una porquería lo que le han hecho a mi familia. Nunca lo voy a olvidar: el sistema capitalista nos llevó a endeudarnos hasta no poder siquiera sostenernos. La visión altruista, utópica, de la provisión de crédito para las mayoritarias clases medias y bajas, era la de corregir la desigualdad de ingresos, cerrando la brecha material

existente entre la realidad salarial y el sueño consumista”. Lo miré fijo. Quería que se diera cuenta que me interesaba lo que le contaba, que le prestaba atención. Entonces se tranquilizó. Había cumplido mi objetivo.

“Quiero despojarme de mi micromundo, Javi. La realidad es que la alemana se había convertido en una sociedad atrapada en la ‘creditocracia’, donde el objetivo era mantener al ciudadano endeudado el mayor tiempo posible; escenario que se comenzaba a observar cada vez más frecuentemente en todos aquellos que debían pedir dinero prestado para satisfacer sus necesidades básicas. Como diría el afamado filósofo francés del siglo pasado, Gilles Deleuze, el hombre ya no se encontraba más encerrado bajo sociedades disciplinarias; por el contrario, se lo controlaba a través del endeudamiento. Una relación de fuerza y de poder asimétrica, donde el sistema de crédito trasluce un consumo reglado, forzado, instruido y estimulado”.

No me sorprendían sus palabras. Como lo vimos en la clase de ‘finanzas’ del Instituto, me quedo claro que – sin entrar en la disputa entre sí prima la ‘causa’ o el ‘efecto’ – en el contexto de una reestructuración capitalista que ha conllevado que la mayoría de las ganancias corporativas se alcancen gracias a las actividades financieras, especialmente en forma de préstamos, a través de un flujo constante de dinero que incrementa ingentemente sus ganancias.

Por el contrario, del otro lado, tenemos un mundo en el cual millones de seres humanos no pueden llegar a fin de mes y a duras penas pagan el mínimo mensual de las cuotas de los créditos, junto con exponenciales multas o recargos por pagos atrasados. Aquellos que sí sufren los créditos perpetuamente revocables y fluctuantes, presos de inflaciones y devaluaciones crónicas, que hacen de las mayorías deudoras permanentes bajo un contexto de estancamiento salarial y deterioro de los mercados internos. Aquellos que deben con anticipación su trabajo y porvenir. Como sostiene Baudrillard, son aquellos que viven ‘un modo de temporalidad pre-constreñida, hipotecada’.

Un proceso que claramente solo puede proveer mínimos beneficios marginales y coyunturales para los trabajadores, las Pymes, y todos aquellos que buscan ser parte de un proceso virtuoso de creación de riqueza endógena. Todo lejos, muy lejos, del altruismo financiero.

A pesar de ello, siempre existió – también porque nos lo inculcaron (inclusive mis madres siempre querían estar ‘al día’) – una fuerte corriente subyacente de moralidad asociada a tener que pagar las deudas; como si debiera ser una de las prioridades del ser humano responsable, más allá de su condición socio-económica, la coyuntura laboral, o las contingencias que acaecen durante la vida (enfermedades, divorcios). Walter Benjamin lo explicaba con solvencia: “la religión capitalista es una religión de la desesperación, porque su culto no tiende a la redención de la culpa sino a agravarla y a convertirla en universal”.

Bajo este carácter fetichista, el sacrificio implica que cuando el mercado, la banca o el capital así lo requerían había que ‘apretarse el cinturón’ y aceptar las medidas de austeridad y el desempleo, además de ‘agachar la cabeza’ – generalmente sin entender demasiado – ante la expropiación del excedente social acumulado para ‘salvar’ a unas Elites ‘demasiado grandes, demasiado importantes para quebrar’, o aceptar que las arcas de los Estados se encuentran vacías porque las obligaciones impositivas de los más ricos, desalentaban la inversión.

Es por ello que las mismas elites económicas no solían preocuparse en demasía ante procesos de endeudamiento complejo y de difícil repago: ante la adversidad, eran rescatadas por sus amigos o por la clase dirigente (como quienes resultaron beneficiados de la estatización de la deuda privada de 1982 en Argentina, solo para dar uno de los incontables ejemplos).

En el mientras tanto, cada vez una mayor parte de los hogares tomaba deuda para pagar gastos cotidianos como alimentos y medi-

camentos. Pero había que mantener la calma: las elites sabían lo que hacían y promovían la valorización de un modelo particular de ciudadano, un modelo de gasto crediticio orientado a la responsabilidad individual. Un sistema que ‘cercaba’ a las clases medias y bajas para con el inevitable uso del crédito, mostrándola como la única opción viable, sensata y de sentido común.

Por el contrario, para los ricos no había consecuencias ni daño emocional. Por ende, solo existía un doble estándar, donde la moralidad sólo funciona en una dirección.

“Mi papá no soportó el haber caído en la miseria, y se hundió en el alcohol. Mi madre entró en una depresión profunda, de la que nunca pudo salir. Si no tuviera a mi hermana menor que la cuida, no podría ni estar acá”. Hice silencio. Cuando uno no vive un drama en carne propia, es difícil sentir el dolor ajeno, ese sinsabor de tener que soportar una situación así. Pero me lo imaginaba. Y lo comprendía.

“Al principio Javi, intentaba poder responderme proactiva y positivamente las siguientes preguntas: ¿Y si ponemos por delante la deuda más importante, la deuda activa y permanente con los miles de millones de postergados de la sociedad global? ¿Y si, en lugar de involucrar exclusivamente a la racionalidad de mercado, probamos con salarios más altos y dejamos el financiamiento para situaciones particulares que realmente lo requieran?” Sus ojos se enrojecieron.

“Pero nada. No hubo respuestas de las elites gobernantes. Sentía que, con cada declaración insulsa sobre el tema del endeudamiento, se burlaban de mi familia, de toda la empobrecida ciudadanía. Creo que ese fue el punto de inflexión para ponerme a estudiar y entender. Luego vino la radicalización de mi pensamiento. Y bueno, aquí estoy”.

“Mirá, si querés te digo lo que pienso Jorgen: Nunca van a terminar con el círculo vicioso del endeudamiento. Simplemente porque se termina un gran negocio de las Elites. Estoy totalmente de acuerdo en que las prácticas crediticias no deberían tratarse exclu-

sivamente con el objetivo de adquirir de bienes de consumo; sino de convertirse en un puente, un vínculo de integración, que ayude a millones de familias a salir de la pobreza”.

Se quedó mirándome. Quería que continuara. “Te voy a decir algo más. Valoro mucho tu valentía, el no resignarte. El querer comprender; no es posible que siempre nos quieran confundir intimándonos con nuestras teóricamente ‘falta de responsabilidad’ de cada uno como ciudadano, con el mero objetivo de evitar que pongamos el ojo en los intereses espurios de quienes controlan el sistema en pos de sus intereses. Basta que la culpa sea del chanco y nunca del que le da de comer. Es hora de actuar”.

Con ayuda de una muleta, me paré muy lentamente para buscar un vaso de agua. Él esperó unos segundos, tomó aire, y se reacomodó en la silla ubicada enfrente de mi cama. Cuando regresé, suspiró lentamente, como si en ese momento hubiera encontrado un elixir de relajación. Quiso continuar hablando. Esta vez, bajando su tono de voz.

“Cambiano de tema. Con nuestro triunfo político, muchos éramos los que teníamos sed de venganza contra los que habían fugado capitales, los colaboracionistas, los que habían stockeado alimentos y naftas. Algunos de ellos y sus dineros pudieron haberse escapado, no digo que no. Pero no todos ni todo; tampoco sus familiares y amigos. No era sencillo abandonar su nación, su cultura, su sentido de pertenencia. El no poder regresar nunca más. Ello no tiene un costo económico; conlleva un valor simbólico impagable, como aquellos ejes positivos que se encuentran exentos de los tecnicismos económicos: la amistad legítima, el afecto honestamente sentido, la relación con el arte. Son variables inmunes a todo”.

Luego hizo una pausa, tomó aire y continuó con un sereno rostro adusto: “Hemos cometido errores; a veces la bronca nos llevó a realizar ciertas aberraciones que, mirándolo en perspectiva, ahora me arrepiento. Y no me refiero a daños colaterales. Te voy a dar un

ejemplo: las elites esconden todo menos la educación de sus hijos. Nosotros sabíamos que sus activos eran difíciles de rastrear, y ellos mismos iban a ser difíciles de juzgar. Por eso fuimos a las escuelas donde estudiaban los más pequeños de sus familias y los utilizamos como botín de negociación. Fue oscuro, pero nos dio buen resultado. Recuperamos casi setecientos mil millones de euros, oro y otras monedas, que fueron directamente a las arcas de nuestro nuevo Banco Central”.

Mi cara de asombro era indisimulable. Se dio cuenta y, tocándose la comisura de los labios, esbozó una leve sonrisa. “Igualmente, eso no fue lo peor de todo. Cuando se decidió nacionalizar a las grandes corporaciones, un grupo de los cincuenta más importantes empresarios se comunicó con algunos integrantes de las fuerzas armadas, intentando corromperlos para que les ‘aseguren tranquilidad’ y defiendan sus empresas, sus fábricas, in-situ. No tuvimos miramientos: ni con los empresarios hambreadores, ni con los militares subversivos, ni con los miembros de las Elites que incitaron a sus trabajadores a una especie de sublevación ante el nuevo orden socialista. Imagínate que ni nos importó enterrar sus cuerpos. Es más, a muchos los colgamos dados vuelta, tal cual partisanos italianos con ‘Il duce’ Mussolini. En fin, que la historia nos juzgue”.

No pude emitir una palabra. Ahora sí, estaba helado, petrificado. Pensaba lo que podía llegar a hacer el ser humano con bronca, con odio. Como el altruismo muta raudamente hacia el proverbio que señala que el ‘fin justifica los medios’.

Por su parte, al ver que yo no reaccionaba, se levantó lentamente de su silla, caminó los siete u ocho metros que lo separaban de su cama, y se recostó con mucho cuidado.

Los días subsiguientes fueron más tranquilos. Trataba de sacarle charla sobre temas banales, y creo que también él se dio cuenta: comenzó a hablarme menos y, cuando lo hacía, eran cuestiones alejadas de la política. Más aún, observaba desde mi cama como Jur-

gen se movía lenta pero estratégicamente por el lugar para encontrar otros ‘cómplices’ que aceptaran escuchar sus historias y su posicionamiento ideológico.

Por mi parte, la recuperación era lenta; pero, además, no la quería forzar. Lamentablemente, vivía momento que entremezclaba tristeza e incomodidad. Prácticamente no hablaba con nadie. Comía, leía alguna novela de las que me había dado Jorgen, y posaba mi mirada perdida sobre el fondo de la carpa, acomodando mi mejilla derecha en la profundidad de la almohada.

Lo único que enaltecía mi alma, es que, durante casi dos semanas, al menos una vez por día, venía Yanet a ver cómo estaba. Me ayudaba a incorporarme y a dar, lentamente, una vuelta por la carpa. Durante la caminata, me contaba lo que se ‘chusmeaba’ sobre el frente de batalla: que parecía que la guerra iba a entrar en una fase todavía más activa; que se estaba ganando en el Mar de la China Meridional pero que aquí, en Europa del Este, la cuestión estaba muy complicada; que los batallones de jóvenes internacionalistas de las tropas enemigas de Occidente, habían sido los primeros en ser enviados a la frontera.

Yo la escuchaba, pero no emitía opinión. Estaba enquistado en mi mundo concéntrico: de algún modo, de a poco, comencé a perder las fuerzas, las ganas, la voluntad. Había pasado un huracán por mi vida, y sentía que lo único concreto es que perdía cuestiones – y no me refiero a lo material - todo el tiempo: mi país, mi cultura, mis afectos.

Cuando percibía que había recuperado algo, que de a poco intentaba rehacer mi vida, otra vez un cambio, una pérdida. Y más ahora en guerra, donde el futuro es el hoy. Ya no era planear volver a Argentina y estar con Julieta. No tenía esperanzas de volver a verla otra vez, preguntarle cómo estaba, contarle que había sido de mi vida.

Habían pasado casi tres semanas de mi estadía en la carpa de

los heridos y me habían movido de lugar. Estaba cerca del fondo, donde estaban ubicados quienes estaban por darles el alta. Éramos unos doce que, ya sintiéndonos mejor, comenzamos a generar un agradable contexto de camaradería: charlamos sobre nuestras vidas de niños, las familias, los pros y contras del regimiento al que pertenecíamos, y, por supuesto, todo lo que se supiera, lo que podíamos averiguar, de lo que se nos avecinaba.

Era ya la noche del jueves cuando saludé a mis compañeros previo a intentar conciliar el sueño. Creo que desde que dejé Argentina, nunca pude volver a dormirme tan rápido y plácidamente como lo hacía cuando era un adolescente sin responsabilidades.

No recuerdo exactamente cuando fue; sin embargo, en algún momento de la noche sentí una mano que tocó mi pierna, y luego subía lentamente hacia mi pene. Abrí los ojos rápidamente, pero solo observaba el techo. “Quédate tranquilo, es para darte ánimos y que vayas relajado al combate”. Era la voz de Yanet la que susurraba en mi oído izquierdo, mientras, arrodillada al costado derecho de la cama, masturbaba mi miembro ya erecto.

Sin decirle una palabra, intenté incorporarme lentamente, pero fue inútil; no solo porque había acabado rápidamente, sino porque, además, que se develara lo que estaba pasando podría ponernos en riesgo a ambos.

“Me enteré que mañana te incorporas a un nuevo batallón, por eso estoy aquí. No quiero que me olvides”, me volvió a decir en un tono de voz muy baja cuando se dio cuenta que había terminado. Sin girar la cabeza para mirarla, me di cuenta que se paró lentamente y se retiró con pasos cuidadosos para no hacer ruido. Lo mejor que podía hacer era cerrar los ojos e intentar volver a dormirme.

A la mañana siguiente me levanté unos minutos antes de las siete para ir al baño y poder limpiar mi entrepierna. Luego volví a mi cama, me cambié y salí para la carpa donde desayunamos. Me serví un té, y aproveché que había mermelada de frutilla – era uno de los

primeros y me serví una buena porción – para untar en las tostadas.

Recién después de haber empezado a deglutir, me di cuenta de mi falta de empatía. Nunca fui el ‘joven solidaridad’, pero estas cosas no me pasaban antes. En un momento de tanta tensión y necesidad como el actual, lo normal para mi hubiera sido que pensara en mis compañeros y tratara de tomar una ración razonable. Pero ello no ocurrió. Y no tenía ganas de pensar porqué.

En realidad, lo que no quería era haberme convertido, o mejor dicho pensarme, como una especie de ‘individuo tirano’, como diría el filósofo Eric Sadin; aquellos que se presentan disconformes, atomizados. Individuos que solo remiten a sus propias necesidades, forjados por el resentimiento y su resolución de obtener, cueste lo que cueste, su tajada. Narcisistas que desconocen el contrato social.

“¿Así que te gustan los nenes que se visten de nenas?”, me dijo Roy mientras acomodaba su silla y se sentaba a mí izquierda. Lo reconocí por su perfecto acento británico. Roy era un inglés engreído y sobrador que había tenido una rápida recuperación luego de recibir un disparo que había rozado su hombro derecho, y se encontraba conmigo, donde lo había conocido, en la última sala previa al alta. Era un muchacho que había que saber llevarlo: no solo creía que sabía de todos los aspectos de la vida que pudiéramos imaginar, sino que, además, era siempre el mejor en todo.

Por ejemplo, según él, no hubo mujer entre los dieciocho y veinticinco de Southampton, la ciudad donde era oriundo, que se le resistiera. Más aún, había sido el ‘mejor clon de Inglaterra’, una copia de los mejores genes del Reino. Pero cuando se le preguntaba por su familia de origen, o algún tema en el cual se veía desfavorecido, generalmente cambiaba rápidamente de conversación y se volvía efusivo, casi al borde de los gritos, resaltando sus virtudes sobre aquel nuevo tópico.

A lo sumo, cuando se encontraba ‘arrinconado’ en un asunto determinado, ante un público que, sabiendo ya de antemano como era,

lo escuchaba expectante, intentaba zigzaguear alguna respuesta difusa, con el objetivo de poder confundir, con suficiencia sutil, a los oyentes. Para, por supuesto, no quedar mal parado.

Mantuve mi mirada hacia adelante y no le contesté. “Ya que es tu amiguita, ¿podrías preguntarle si podría hacer lo mismo conmigo esta noche? Casi seguro va a ser la última antes de partir”, continuó insistente. “No te pienso contestar”, le respondí mientras me levantaba con mi bandeja para disponerme a dejarla sobre un costado, y retirarme hacia el punto de encuentro designado por los superiores.

Roy corrió detrás mío y se puso a caminar a mi lado. “No te enojes Javi, perdóname, no quise ofenderte”. “Ok, pero no quiero hablar más del tema”, le respondí tratando de mantener la calma. “Ahora contame cómo es eso que hoy es la última noche acá”, continué conjugando un necesario cambio de tema y un genuino interés. “Cuando nos estábamos vistiendo para venir a desayunar, observé a un oficial hablándole a otro. Al acercarme disimuladamente, escuché que le decía que nos preparara a nosotros doce para la última práctica de tiro, que a la tarde íbamos a recibir instrucciones de nuestro próximo destino a partir de mañana”.

Una vez más, había que salir de la ‘zona de confort’. Pero estaba apático, como si estuviera entregado al destino. Ya no me importaba donde iba a estar, que iba a hacer. Tampoco el perder el contacto con Yanet o Jurgen. Como diría Hegel, ‘La conciencia, o el espíritu, es la capacidad de soportar la tensión de la contradicción’. Yo ya no podía. Tampoco quería reflexionar. Solo deseaba sobrevivir y volver a mi vida pasada, con mis mamás.

Esa mañana pudimos practicar, disparar y realizar algunos movimientos en equipo. Almorzamos y, después de tener un par de horas libres, a las tres de la tarde nos encontramos en la carpa donde se realizaba el abastecimiento de materiales. En una punta, habían dispuestas varias sillas, donde nos ubicamos con mis compañeros. No habían pasado cinco minutos, cuando se acercó un General, escoltado por dos suboficiales.

“Buenas tardes señores. Soy el oficial Yang, y vengo a informarles que a partir de mañana cruzaremos la frontera con Finlandia. Ustedes conformarán un grupo especial que se infiltrará en las líneas enemigas, con el objetivo de liberar a nuestros soldados. En unos minutos pasarán a explicarles como colocarse las máscaras, ya que los Occidentales están usando gases letales en todos los frentes de batalla. Aseguren su comodidad, porque van a tener que llevarlas puestas la mayor parte del tiempo”.

Me probé la máscara. A pesar de que no me apretaba, me sentía incómodo, como asfixiado. Aunque la falta de aire era inexistente, estaba viviendo una situación que no era inocua para mí. Probablemente sea ese apremio de sentir que no había salida. En combate se avecinaba y no había vuelta atrás.

No sé por qué, pero recordé cuando me había sentido presionado por la exigencia de la profesora de arte de la escuela. Obviamente no era una presión fisiológica, pero para mis doce años, esa falta de destreza se convirtió en frustración; y esa frustración luego en angustia, y a veces sentía como una opresión en el pecho que no me dejaba respirar. Por lo menos eso me dijo la psicóloga que me empezó a tratar semanalmente.

Carina era compañera de trabajo de Andrea. No llegaba a los cincuenta años; era alta, flaca, de un largo pelo castaño y ondulado. Cuando mi mamá le contó sobre mi problemática, no dudó en ofrecerse a atenderme. “Cualquier cosa, si es algo complejo, lo derivo, no te preocupes”, fue lo que me contó mi mamá que le dijo en aquel momento.

Vivía a unas siete cuerdas de casa, y me atendía en lo que parecía ser su departamento; un dos ambientes que se ubicaba en el contrafrente de un edificio antiguo, con una tenue iluminación que penetraba sobre la única ventana que se encontraba en la pequeña cocina.

El primer día fui con mis dos mamás. Yo me había puesto en una especie de ‘incomodes defensiva’, evasivo a las pocas preguntas que

me hizo. Al segundo encuentro ya entré solo con ella, y Claudia o Andrea, según quien estuviera disponible para llevarme, me esperaban en el café de la esquina. Lloré un poco, quería que estuvieran conmigo, a pesar de que ya era un chico grande. Era la primera vez que enfrentaba una situación que se podría denominar ‘de adulto’.

De a poco me fui soltando. Me acuerdo que las primeras sesiones hablamos de cosas generales: gustos, la escuela, los amigos. Y luego empezamos a dialogar de mis angustias, mis miedos. Y como podíamos transformarlos en fortalezas, en cosas positivas, en cosas ‘lindas’, como ella me decía.

Le gustaba focalizarse en las personas: ella sostenía que no suelen ser malas, sino que tienen malos días, que siempre podemos sacar lo mejor de ellas, y que me tenía que quedar tranquilo porque siempre tendría el apoyo de mi familia y la gente que me apreciaba. Creo que a los nueve o diez meses me dijo que no era necesario que siguiera yendo, pero que, si necesitaba, no dudara en volver.

Siento que ahora sería un muy buen momento para tener una sesión con ella. Esa palabra justa, que me devuelva la paz interior que, en algún momento, he perdido. O quizás, que una vida en permanente conflicto, me quitó.

La bruma era ennegecedora, y la humedad, realmente sofocante. “La verdad es que no es necesario que nos tiren gas mostaza para que tengamos que usar la máscara; en unos años más vamos a tener que usarla permanentemente para poder respirar”, le comentaba socarronamente un soldado con aire persa a otro ruso.

Siendo sincero, creo que tenía razón. Los incrementos de temperatura estaban provocando olas de calor insoportables, los tsunamis y huracanes eran recurrentes, el derretir de los últimos glaciares que quedaban en los polos, junto con el aire enrarecido por el smog, eran moneda corriente. Ya fuera en Argentina, en China, o mismo aquí, en donde teóricamente todavía estábamos en una de las geografías más ‘limpias’ del mundo.

Ni siquiera los primeros y muy sonoros disparos de advertencia del siglo XX, hace 50 años, pudo generar una verdadera conciencia. El poder del capital era ya exponencialmente más poderoso que cualquier atisbo de conciencia de desarrollo sostenible.

En aquel momento, los científicos utilizaron nuevos modelos informáticos y llegaron a una conclusión clara: los recursos del planeta no permitirían un crecimiento constante de la economía y la población más allá del siglo XXII. Básicamente, existía una clara amenaza de consecuencias dramáticas para el futuro de los seres humanos y el medio ambiente.

Hubo reticencias, hubo voces opositoras. Cuando estudiamos a Kohei Saito, quien escribió sobre un nuevo ecosocialismo a finales de la primera década del siglo XXI, él interpreta la crisis climática como una ‘manifestación de la producción capitalista’, donde el colapso del planeta sólo puede detenerse mediante un sistema post-capitalista en el que no haya más crecimiento, la producción social se ralentice y la riqueza se redistribuya de forma selectiva.

Robert Solow complementaba este concepto desde el punto de vista del consumidor, ya que sostenía que, si la mayoría de una población decide reducir su huella ecológica consumiendo menos bienes materiales y apostando más por el ocio y los servicios, desde un punto de vista económico no había absolutamente nada que le impida actuar en consecuencia.

Por supuesto, y como indica el viejo refrán que decía ‘Si quieres vencer al enemigo, lo primero que debes hacer es conocerlo’, la crítica conservadora occidental siempre estuvo a la orden del día. Al pie del cañón para oponerse a cualquier lógica anti-globalización.

En este sentido, hace más de un siglo existe un ecologismo neoliberal que nunca emprende una lucha contra el capitalismo y las clases dominantes que destruyen el medio ambiente: son las Elites Occidentales las que necesitaron evitar que el ambientalismo se vuelva anticapitalismo y, por lo tanto, sostienen que son ellos los

que se debían ocupar del medio ambiente.

¿Cuál es la lógica? Por un lado, mediante la creación de ‘economías verdes’ que transforman el ambientalismo en fuentes renovables de negocio - ello obviando los efectos económicos indirectos adversos, aquellos derivados del encarecimiento de los costos energéticos que afectan a la actividad económica vía procesos inflacionarios distorsivos -. Ese sería el proceso amigable.

Sin embargo, lo que más se ha observado en Occidente han sido los impuestos sobre combustibles fósiles, cuyo criterio es: el que contamina, paga.

Uno de los más claros ejemplos ha sido externalización del carbón – cuando una industria o un país traslada la fabricación al extranjero y no contabiliza esas emisiones en sus propias estadísticas –, la cual que se ha utilizado para hablar de compensaciones. La tajada económica obtenida siempre dependió del poder político de cada actor implicado. Y lo único cierto es quien ha perdido siempre, el que no tuvo voz ni voto para defenderse: el Medio Ambiente.

Aunque una parte importante de la ciudadanía puede que haya tomado conciencia, la evidencia científica ha sido manipulada por los Medios de Comunicación cómplices de las elites, interesados en mantener, a como sea, el estatus-quo. Dudas generadas con el objetivo de no detener el proceso de producción y acumulación de capital.

Nos dieron la tarde para que descansemos. Entonces decidí cambiar la mentalidad: quería dar una vuelta por la base, contemplar el horizonte, y recordar. Recordar mucho las cosas lindas que me pasaron en la vida, sentirme reconfortado por lo vivido. Si mañana podía llegar a ser mi último día, deseaba convencerme que mi vida había valido la pena – al menos la mayor parte -, que había sido feliz. Y aunque todos tenemos nuestras luces y sombras, a la mitad del ‘vaso vacío’ la dejaba en el jardín del olvido. La vida era hoy y punto. Cada minuto lo valía.

Cenamos y me acosté temprano. Un poco después de las seis de

la mañana nos levantaron. Me subí a la parte trasera del camión que tenía asignado – eran alrededor de treinta y cinco –, bajo la celosa custodia de los tanques. No puedo decir que no estaba nervioso, pero, al menos, por lo que podía observar, teníamos blindados, municiones y fuego de artillería para penetrar las líneas enemigas y poder adentrarnos con potencia y ligereza, dentro de Finlandia.

En realidad, esta era la única información ‘oficial’ que tenía, lo que sabía. Los objetivos estratégicos no estaban a nuestro nivel. “Nosotros le transmitiremos lo táctico-operacional. Hasta donde llegaremos, solo la superioridad lo sabe”, nos repetían una y otra vez los oficiales a cargo de las operaciones.

Un soldado, que solo lo había visto un par de veces, pero no había intercambiado palabras con él, tomó la palabra y, con un tono cercano a un grito de guerra, miró a la cara a los capitanes que se encontraban con nosotros: “Con permiso señores oficiales, le agradeceré si nos permiten cantar; nos permitirá distendernos y, seguramente, nos inyectará coraje para enfrentar la que viene”.

Los más modernos observaron al más antiguo. Este se quedó unos segundos pensativo, mirando el horizonte. Luego giró su cabeza hacia el soldado, y, con rasgos tiesos, asintió suavemente.

“¡Muchas gracias señor!”, agradeció con fuerza. “Recitemos entonces la última estrofa de la canción más famosa de Hans Glick, partisano comunista: Así que nunca digas que vas por tu último camino. Aunque los cielos llenos de plomo cubren los días azules, nuestra hora prometida pronto llegará, nuestros pasos de marcha resuenan: ¡Estamos aquí!”.

Todos nos enganchamos. Por unos minutos, la euforia reinaba en el ambiente. Cantamos, estiramos los brazos entremezclando nuestros hombros fraternalmente. No lo describiría como felicidad; era, más que nada, una especie de emoción. De sentir que no estábamos solos. Era la empatía de tirar ‘todos el carro para el mismo lado’. El momento había llegado; y, lo mejor, era pasarlo juntos.

Unos kilómetros antes de la frontera nos pusimos las máscaras de gas, junto con una protección visual especial que amplificaba la visión de lejanía de manera exponencial. No podía hablar con nadie. Empecé a sentir una sequedad en la boca, un malestar en el estómago. Traté de tranquilizarme, mientras sentía el movimiento sinuoso del camión: a medidas que nos acercábamos a Finlandia, se sentían los pozos y la tierra mezclada con piedras que se transformaban en pequeños saltos, provocando golpes en nuestros muslos y glúteos. Además, aunque la parte trasera se encontraba a cielo abierto, éramos tantos soldados apretujados, sentados uno al lado del otro, que daba la sensación de que éramos ganado dirigiéndonos al matadero.

De repente, el oficial más antiguo, un capitán ruso, se para y toca el vidrio donde se encontraba el conductor, haciéndole señas para que aminore la velocidad. Luego se dio media vuelta, mirando hacia los soldados. “Ahora vamos a cruzar a Finlandia. El enemigo sabe que estamos avanzando, y se encuentra en retirada”. Rotaba su cabeza, observándonos fijo a los ojos, uno por uno. Nuestra atención era total.

“El objetivo es terminar de tomar el pueblo de Mohko, que está a unos treinta kilómetros del lago Virmajarvi en dirección sur. Es solo a un par de kilómetros de las fronteras, así que estén preparados”. Entonces, en aquel preciso momento, observé, por primera vez, las caras de lo que se podría denominar era un ‘temor colectivo’.

“¿Alguno vio la película Gladiador de principios de siglo? Recuerdo una frase que me quedó marcada: si se encuentran solos, cabalgando en paz sobre campos verdes con el sol en el rostro, no se preocupen; significa que están muertos dirigiéndose al paraíso”, continuó el oficial esbozando una sonrisa en su rostro. Y no fue en vano. Todos al unísono, cada uno en su idioma nativo, gritando con fuerza un gran ‘vamos’ que nos envalentonara para enfrentar la batalla.

A medida que avanzábamos lentamente, se podía apreciar un mix entre bosques y llanuras. A la izquierda, unos kilómetros adelante,

se observaba un pequeño poblado. A medida que nos acercábamos, se sentía la calma de un lugar donde no se apreciaba movimiento alguno, más allá de algunos pequeños animales autóctonos. Cuatro camiones, incluido el que me encontraba yo, junto con algunos tanques, doblamos en un cuidado camino de ripio para dirigirnos hacia allí. El resto continuó por la carretera que bordeaba el bosque.

Al asomarse las primeras casas, todas ellas muy coloridas y pintorescas, mientras descendíamos solo se escuchaba el sonido de los pájaros. Nos dividimos en varios grupos, con el objetivo de recorrer el pueblo y asegurarnos que no exista tipo de oponente alguno. Todo parecía muy tranquilo, pero no podíamos relajarnos; esto no era un juego, era la guerra.

Junto con tres compañeros, tomamos por un callejón angosto. “Entremos dos en cada casa, ustedes tomen las de la fila derecha, nosotros las de la izquierda. Una vez que nos aseguremos que la zona esté limpia, nos encontramos en la esquina”, solté ante el silencio de todos ellos.

Era la primera vez que íbamos a operar en la vida real, que teníamos un norte, que éramos un potencial blanco. Lo que no tenía que pasar, era que el temor nos paralice. Debíamos estar seguros de lo que hacíamos. Cohesionados, atentos, apoyándonos.

En la primera casa no había nadie. Una habitación, un comedor que contaba con una mesa y cuatro sillas, y un armario amplio que solo mantenía una vieja vajilla y algunos otros artículos de menor valor: a la mayoría se los notaba gastados, cuando no averiados. Se percibía el abandono del inmueble. “Vamos, salgamos de acá, no hay nada”, me dijo mi compañero turco. Se le notaba la ansiedad por hacer el ‘trabajo rápido’, el evitar permanecer estático, el no querer estar allí por mucho tiempo.

Ingresamos a la casa de al lado. Sentados en la mesa, una pareja muy mayor se encontraba alrededor de la mesa. La mujer, que pasaba largamente los ochenta años, leía una revista que parecía ser

de costura. El hombre, también octogenario, miraba la ventana de espaldas a ella, a través de un pequeño espacio de luz que se dejaba entrever por una delicada cortina bordada color crema. Estaban juntos físicamente, pero parecía que se ignoraban completamente.

Al sentir nuestra presencia, la mujer levantó la vista, dirigiéndola hacia mi persona. La miré, sin decir una palabra. Dijo una palabra en finés, seguramente dirigida a su marido, y volvió la mirada hacia la revista. El hombre ni se inmutó. En el mientras tanto, mi compañero daba vueltas alrededor de la casa. Debíamos asegurarnos que no había ningún soldado enemigo escondido. O, mejor dicho, ningún hombre o mujer con capacidad de luchar.

De repente, se escucharon disparos. No eran desde adentro de la casa; tampoco parecían cercanos. Salimos con cuidado a la puerta, pero no vimos nada. Vino el silencio. Caminamos hacia el final de la calle, y volvimos a escuchar el sonido de ametralladoras. Esta vez con mayor intensidad, y ahora sí lo podía distinguir: provenían principalmente desde la zona de la ruta.

“Se están escapando hacia el bosque, vamos para allá”, se escuchó el grito en inglés del Comandante ruso. Corrimos hacia el camión. Ahora sí, los disparos no cesaban. Al dar vuelta a la manzana los llegué a visualizar en su huida. Eran alrededor de cincuenta o sesenta, los cuales corrían desesperadamente sin parar. Y no parecían llevar puestos uniformes militares; más bien, ostentaban unos similares de tinte guerrillero.

Vino enseguida a mi mente lo aprendido en China sobre las diferentes modalidades de combates, donde se destacaba que la guerra de guerrillas era un conflicto en el que pequeños grupos armados actúan con el objetivo de desestabilizar y desgastar al enemigo para vencerlo. Como cuando Napoleón invadió España a principios del siglo XIX, y la población organizó la resistencia a través de guerrillas, usando la geografía escarpada de la península para atacar a los franceses.

El bosque se encontraba a unos quinientos metros. Fuimos caminando a paso ligero, encolumnados en tres largas filas. Los tanques iban a la par, tal vez unos metros adelante, para que, cuando faltase poca distancia para adentrarnos en la densa arboleda, disparesen sus cañones y ametralladoras con el objetivo de ‘despejar el horizonte’ de soldados del ejército occidental.

Luego de una ininterrumpida balacera que duró aproximadamente unos tres minutos, incluido un cañoneo incesante por parte de los tanques, nos dispusimos a ingresar. “La orden es matar. Por supuesto, si se les da la oportunidad, es importante tomar prisioneros para interrogarlos. Cuidense”, fueron las únicas palabras emitidas por el vozarrón seco del Coronel principal, quien se ubicaba en la retaguardia de los pelotones.

A mi grupo lo ubicaron en el flanco derecho, en una primera línea. Preparé mi ametralladora, acomodé el casco y me coloqué nuevamente los anteojos especiales. “Avancen lentamente, y cualquier problema den las señales de alerta correspondientes”, dijo el jefe de la unidad, un serbio físicamente enorme, con barba tupida y un gran bigote, que siempre andaba de buen humor.

Respiré hondo y empecé a caminar hacia adelante, cuando vi al primer hombre de mi grupo dar un paso al frente. La hierba estaba mojada y, a medida que continuábamos avanzando, los troncos se observaban más gruesos, las copas de los árboles más altas, y las ramas se multiplicaban a lo largo y ancho del camino. Yo solo intentaba mantenerme atento: giraba la cabeza permanentemente en todas las direcciones. Ya iban varios minutos donde solo se escuchaba el crujido del viento y los cantos de los pájaros.

Después de un tiempo que no puedo precisar – habrán sido unos quince minutos -, escuché un movimiento ruidoso, como espeso. Rápidamente le prosiguieron unos disparos aislados y el golpe de borceguíes en la tierra. Al divisar a mi izquierda al primero de los enemigos que saltó de entre los árboles, comencé a disparar hacia

arriba. Se escucharon gritos. Sentí un fuerte impacto en la cabeza. Caí de frente al suelo sobre mi ametralladora. Intenté incorporarme para agarrarla con mi mano derecha, pero recibí un pisotón que hizo crujir mis dedos.

Lo único que pude atinar es a mover rápidamente mi mano izquierda para sacar el cuchillo que tenía escondido a la altura de la rodilla. Logré sostener la faca desde la base y, con un movimiento de sinuosa contorsión, se lo clavé en donde pude encontrar el cuerpo que se había abalanzado raudamente sobre mi humanidad. Escuché su grito de dolor y, posteriormente, pude observar su lenta caída vertical, antes de sentir el choque de su cuerpo contra un suelo que entremezclaba tierra anaranjada con piedras calizas.

Me levanté, y él también se logró incorporar. Lo tenía enfrente. Visualicé su sangre. Sacó su pistola y disparó; una bala me rozó el cuello, la segunda, a pesar de que intenté cubrirme detrás del árbol más cercano, me pegó en el omóplato.

Sentí sus pasos, no tenía mucho margen para huir lejos. Escuché el gatillar de su pistola, pero no salió la bala. Me di media vuelta para buscarlo. Intentó huir, pero no puede moverse. Me tiré encima de él y caí sobre su espalda. Lo agarré del cuello e intenté ahorcarlo, pero su casco me dificultó el estrangulamiento.

En ese momento, alguien me tomó de los hombros, me dio vuelta y me golpeó fuertemente con su puño derecho en el estómago, lo que me obligó a arrodillarme. Mientras estaba cayendo, llegué a observar que un compañero de mi grupo lo golpeó en el brazo con un bastón de plomo. Luego desenfundó su arma y le disparó. El enemigo cayó muerto. El Checheno había salvado mi vida.

Giré de nuevo la cabeza para ver al soldado con quien yo había luchado previamente. “Por favor, no me mates”, escuché en un inglés entonado de una forma que me sonaba bastante latina, las palabras temerosas de quien sabe que ha perdido. “No te muevas”, le respondí, mientras le quitaba sus armas.

Di media vuelta y me dirigí hacia el Checheno. “Gracias por salvarme la vida hermano”. Sin mediar palabra, golpeó suavemente con su puño derecho mi hombro, lo que interpreté como un gesto de apoyo. “Vamos, escuché unos disparos por allá”, me dijo señalándome con el dedo índice de su mano izquierda una dirección indefinida. Yo estaba tan aturdido que no podía distinguir el norte del sur.

“¿Qué hacemos con ellos?”, le pregunté mientras tomaba mi cantimplora con agua. “El muerto está muerto”, me sonrió con una mueca. “Al otro déjalo ahí, cuando terminemos todo y aseguremos la zona, lo volvemos a buscar”, continuó.

Giré mi cabeza, y observé los ojos desorbitados del enemigo herido. Un hombre negro, muy joven, rapado. No dejaba de sacarme los ojos de encima. Me acerqué y lo arrastré, con demasiada suavidad por ser un enemigo de guerra, hasta apoyarlo en un árbol. Agarré una de las sogas de mi mochila, y lo até dándole un par de vueltas.

“¿De dónde sos?” “Connecticut, Estados Unidos de Norteamérica”, me respondió con una firmeza que emanaba orgullo. “Sí, ya sé que está en Estados Unidos” le respondí con suma inmediatez. No sé por qué, si era por lo bizarro de la situación, o el tipo de respuesta, que comencé a reírme a carcajadas. Él solo me miraba.

Entonces escuché un leve ruido a mis espaldas. Me di media vuelta, y observé que el soldado occidental que parecía muerto, no lo estaba: más aún, se había acomodado sobre su costado izquierdo, seguramente buscando un poco de comodidad.

Intentó mover la mano y, aunque no había riesgo de que pueda agarrar algún elemento que me pudiera herir, instintivamente le disparé en la espalda. Ahora sí que no se movía. Sin embargo, pasé a su lado e, increíblemente, escuché su todavía tenue respiración. Era lenta, pausada; pero estaba vivo.

Lo puse de frente a mí, y le quité el casco para que respire mejor. Era Dani. Quedé petrificado. Vi sus ojos llenos de lágrimas. “Javi, no me dejes morir”, me susurró al oído; luego, sin darme tiempo a

nada, giró lentamente su cabeza hacia su derecha, para reposarla de forma definitiva. Sus anchos ojos marrones todavía se mantenían abiertos, brillosos. Pero ya no se sentía su pulso. No había nada que hacer.

Caí sentado, de rodillas. Se me vino el mundo abajo. Había matado a mi mejor amigo. No lo podía tolerar. Agarré mi cuchillo y me lo fui clavando, lentamente, en el centro de mi corazón.

Mientras perdía sangre y sentía que se acababa mi vida, me acordé de aquella clase de teatro donde mi compañero Adrián relataba las palabras de Ítalo Calvino: ‘El infierno de los vivos, el que habitamos todos los días, tiene dos maneras de no ser sufrido. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quien y que, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, darle espacio’.

“¿Checheno, que pasó con el argentino? ¿No me dijiste que venía detrás tuyo?” “Sí, sí, nos peleamos contra otros dos. Uno estaba muerto, el otro herido en una pierna. Él se estaba encargando de ellos. Después de unos minutos, me di cuenta que no me seguía. Pero hasta que no termináramos con nuestro trabajo de acabar con todas estas porquerías occidentales, no iba a volver a ver que le había pasado. Así que no tengo idea que ocurrió con él”.

“Lo único que te puedo decir Checheno es que acá hoy dos muertos, el argentino y un miembro de las fuerzas occidentales. Se ve que el herido en la pierna se escapó, porque se ven las huellas de sangre que se dirigen hacia allá, al noroeste. Qué raro, no tengo idea que pudo haber pasado. Una pena, el argentino era muy macanudo. Lo vamos a extrañar”.



Capítulo 3

Extraño cuando me decía, “Juli, me gustás. A veces sueño con un futuro juntos, para siempre”. Y yo me reía en su cara. Me sentía halagada, feliz. Intentaba disfrutar el momento; y cada tanto, no voy a mentir, también fantaseaba en armar una familia con Javi. Nunca se lo dije; no estoy arrepentida, pero quien sabe.

Más allá de eso, no me puedo olvidar ese último abrazo, aquel beso suave en la mejilla como nunca antes me había dado. Esa ternura, escasa en su ser, pero que le brotó como un dejo de liberación. Probablemente haya sido el saber que se encontraba ante un límite que le imponía la vida; uno que le permitía no tener que volver a encorsetarse en las formas y modos que le habían inculcado desde pequeño.

No sé si en el fondo este proceso liberalizador implicaba el coqueteo con la muerte del cual él había empezado a hablar. Pero ya no importaba: en aquel momento entendió que sí valía la pena vivir cada segundo como quisiera, como si fuera el último.

Brunito tiene su rostro. Sus gestos, su postura. Su sonrisa. En cada paso que da, veo en él a Javi. Cuando me enteré del embarazo, no sabía qué hacer. Cómo hablarlo con mis padres, que decisión tomar. Con grata sorpresa, a pesar de los problemas que había en casa, ambos, a su manera, me apoyaron desde un primer momento: iban a brindarme, como pudieran, todo lo que necesitara.

Y así fue que decidí seguir adelante. Sola. ¿Cómo se lo iba a decir a Javi? ¿Cómo lo iba a encontrar, si todo era tan hermético, si no sabía ni dónde se encontraba? ¿Y si se enteraba, iba a poder hacer algo? Seguramente no. Solo sería agregarle más malasangre y dolor. O, quien dice, por ahí ya estaría con otra chica. Entonces decidí seguir mi camino, haciendo mi máximo esfuerzo para que a Brunito no le faltara nada. Ni material, ni, por sobre todo, afectivo.

Lo veo correr, treparse, envolverse en sus juguetes; siempre con una sonrisa en el rostro. Brunito es un niño feliz. Solo conoce lo

que es tener una mamá, pero creo que todavía es muy pequeño para comprender la concepción de una familia alejada de la lógica monoparental. Creo que tampoco es tan importante: solo quiero que pueda realizarse en la vida. Que cumpla todos sus sueños, que pueda llevar a cabo sus deseos más profundos.

Dani había sido un gran amigo. Con mucho carácter, terco, pero leal. Desde que Javi se fue, pudimos afianzar nuestro vínculo. A pesar de mi embarazo, traté de ayudarlo para que pudiera salir de ese flagelo de porquería que son las drogas.

Nuestras salidas siempre tenían algún tema interesante. Y aunque solíamos tener diferentes puntos de vista, al final siempre terminábamos tomando un helado y sacando una moraleja positiva de lo que habíamos estado charlando por horas.

Los extraño a ambos. Por supuesto, Javi siempre ocupará un lugar especial en mi vida. Nuestro amor fue breve, pero intenso. Con Dani el proceso fue más lento, de acompañamiento en un momento difícil para ambos. Parte de este viaje es devolverle un poco de todo ese cariño, ese amor que tengo hacia ellos. Aunque ya no estén más físicamente; desde algún lugar espero puedan recibir una caricia al alma.

De Javi recién después de fallecido confirmé los rumores de su viaje a China, y su posterior paso por Rusia antes de perecer en combate en Finlandia. Su último mensaje a sus madres había sido shockeante. Efímero, doloroso, angustiante.

Me enteré casi por casualidad: mi madre me comentó que una amiga de ella había recibido un llamado de Andrea para contarle todo su periplo antes de morir en un combate ‘cuerpo a cuerpo’. Y para agregar dolor al hecho, Claudia se había suicidado al no poder aguantar la tristeza por la muerte de su hijo.

Daniel, en cambio, si tenía fecha y hora de partida hacia aquel destino lejano y desconocido. Cuando la gran guerra mundial ya era un hecho, se embarcó en la fragata que lo depositaría en el Medi-

terráneo, para luego enfrentarse al gran ‘oso comunista’ de oriente. “Me van a designar a un regimiento, pero, sinceramente, no tengo idea a cuál; menos aún saber el teatro de operaciones donde combatiré”, fue lo último que me comentó antes de cruzar el océano.

Igual estaba tranquilo. “No me va a pasar nada, el Ejército de Occidente es mucho más poderoso. Es más, seguramente cuando llegue ahí, la guerra habrá terminado”, me repitió varias veces los últimos días antes de su ida.

Nunca se imaginó que la guerra finalizaría dos años más tarde, con una amnistía inocua. Y que el tablero geopolítico terminó siendo un collage de concesiones de ambos bandos. Como dijo alguna vez Henry Kissinger, “Las guerrillas vencen si no pierden, mientras que los ejércitos pierden sino ganan”.

Por supuesto, ninguno aceptó lo que tuvo que ceder. Pero, al menos, ya hace un tiempo estamos ante un ‘equilibrio de paz’. Como sostenía Karl Kraus, aquel intelectual de primera mitad del siglo XX: “En la guerra, primero uno espera ganar; luego, espera que el enemigo pierda; después, se siente satisfecho de que el enemigo también sufra; al final, se sorprende de que todos hayan perdido. Entonces el acuerdo político es lo único que queda”.

En los países de Occidente, todos los días los Gobiernos actualizaban las bases de datos con los nombres de quienes habían perecido en combate. En el caso de Dani, recibí la noticia porque algún ex alumno, docente o directivo de la escuela donde cursábamos, se enteró y dio aviso a la institución, la cual envió a las pocas horas un correo electrónico a toda la comunidad educativa comunicando la terrible noticia. No sé si será el destino; pero, increíblemente, Dani también había fallecido en Finlandia, como Javi.

Inmediatamente me enteré, fui hasta la casa de sus padres a darle mis condolencias. Se encontraban compungidos, por supuesto. Pero no me puedo olvidar las firmes palabras de Benjamín: “A pesar de todo, estamos realmente orgullosos de él. Hizo lo que debía hacer.

Murió con honor”. Yo creo que estaba equivocado, pero entiendo que él sentía gratitud hacia una fuerza armada con la cual no solo estaba emparentado ideológicamente, sino que, lo más importante, había contribuido fuertemente a que su hijo pudiera dejar las drogas.

En aquel momento, preferí no ir al cementerio donde ubicaron su lápida; pasaron varios meses para que me sintiera lo suficientemente fortalecida y lograra sentarme a su lado en el verde césped. Fue difícil poder reflexionar tranquila sobre el porqué de tanta miseria humana que causa inconmensurable muerte y dolor.

Necesité un tiempo de terapia para poder despejar mis dudas: la mierda de la muerte solo puede ser producida por otra mierda: en este caso la guerra. Familias destrozadas para el beneplácito de un Estado, de una ideología, de la búsqueda de poder. Por el egocentrismo de los poderosos, o por la utopía de las epopeyas colectivas. O por un mix de todo ello. A mí me importaba; a pesar de que la muerte de mis seres queridos sobrepasaba cualquier atisbo de reflexión, necesitaba entender.

La realidad era única, palpable: la crueldad, embriagada en la victoria de este tiempo, nos acerca a la maquinaria de la inmediatez sin piedad. Nos somete a decidir de manera binaria a cada momento. Entonces me di cuenta que el mayor acto de rebeldía es rechazar los términos y condiciones de cada planteo que nos hacen los poderosos. Dudar sin dudar.

He aprendido de profesores que me deslumbraron, que, dentro del entorno de las ciencias sociales, podemos buscar permanentes reposicionamientos, golpes bajos de uno y otro lado, con la flexibilidad y las verdades relativas que una ‘ciencia no exacta’ nos permite. Sobre todo, en este mundo donde la historia la escriben los que ganan, bajo el discurso hegemónico de los medios de comunicación que quieren mostrarnos ‘su verdad’. Como diría George Orwell, ‘en tiempos de engaño universal, decir la verdad se convierte en un acto revolucionario’.

Entendí que el mundo de hoy es esto. Las crisis están siempre ahí porque, matemáticamente, la confluencia de tantas codicias y egoísmos encontrados, se tornan insostenibles.

No es fácil cambiarlo: requiere un esfuerzo titánico colectivo. Porque, además, el capitalismo está basado en la racionalización de la codicia, en la sistematización de la codicia. Ahora que me decidí a estudiar Relaciones Internacionales, puedo citar las certeras palabras de Joseph Nye: ‘El poder – como el amor – es más fácil de experimentar que de definir o medir’.

También me quedaron a fuego grabadas las palabras de Zyzek, quien planteaba que la construcción distópica de la idea de futuro, tiende a actuar como un polo de atracción que orienta el presente en esa dirección, como si fuera inevitable. Se trata de un operativo ideológico que busca convencernos de que no se puede cambiar nada y, como el futuro puede ser peor, conviene acostumbrarse al presente tal cual es.

El profe Alberto siempre nos decía: “Estudien, lean a los clásicos, permítanse dudar. Piensen bien quien defiende sus intereses. Vayan con convicción a la urna. No se resignen a vivir en un mundo tan imperfecto. ¿Y pedidos para quienes nos gobiernan? Dos cuestiones principales: 1) que no mientan, y hagan lo que prometieron 2) que no tengan miedo ni sean cómplices de los grandes poderes fácticos”.

Entonces veía su rostro enrojecido. Sabía que en cualquier momento podrían censurarlo, o hasta quien sabe algo peor. Pero no le interesaba. Es como si estaría jugado. Y siempre redoblaba la apuesta: “Nunca olviden que ‘a los tibios los vomita dios’. Sin una verdadera revolución, los dilemas estructurales se enquistan y solo derivan en una prolongación agónica de quienes nunca han visto – ni sus hijos ni nietos verán – una luz al final del túnel. Y en el mientras tanto, las elites que dominan el mundo, continuarán disfrutando mirándose su propio ombligo”.

Lo entendía perfectamente, pero ahora quería otra cosa para mí

micromundo. Necesitaba mirar hacia adelante. Ahora que se puede viajar nuevamente a los países nórdicos, era mi oportunidad para sentirlos un poco más cerca. Además, tenía el deseo de acompañar a Analía.

Analía no solo quería poder reconstruir su vida, sino también cerrar una etapa. Un momento de sanación. Hace pocos meses, por un pedido especial, había podido saber la verdad después que el gobierno permitiera la habilitación de los documentos clasificados. Aquellos que destaparon su pasado.

En realidad, a ella la fueron a buscar, después que alguien, no sabemos bien quien, dijo que dos argentinos pelearon hasta morir en Finlandia. Cuando el gobierno argentino decidió investigar quienes eran para tener estadísticas certeras sobre cuantos connacionales habían fallecido en la guerra – no importaba para quien, aunque la abrumadora mayoría, por lógica, peleaba para el ejército de occidente –, estudiando el ADN se dieron cuenta que estos hombres, además de ser clonados, compartían la mitad del código genético.

Cuando buscaron a las familias, del lado de Javier no pudieron encontrar nada. Pero del lado de Daniel, se sorprendieron que el otro joven, que era su hermano, pero no lo habían adoptado en aquella familia, era su gran amigo de la vida. Pero como lo explicitaron los padres de Daniel, entre ellos no sabían de la existencia de aquella conexión.

“Esto podría ser una gran película”, sostuvieron desde el Ministerio de Comunicación: el gobierno se encontraba en una gran crisis y, financiar un largometraje que mostrara la estoicidad y el patriotismo de dos jóvenes argentinos, que, al ser además amigos y hermanos clonados, podría ser muy positivo para generar una entropía positiva que permita distender la dura realidad social. Como decía Hannah Arendt, ‘el sujeto ideal de la dominación totalitaria son las personas para quienes ya no existen la distinción entre el hecho y la ficción, y la distinción entre lo verdadero y lo falso’.

“Pero para hacerla más dramática, necesitamos hacerla completa”, rezaba el comunicado oficial. Con el mundo bajo el nuevo acuerdo, nos encontrábamos ante una nueva guerra fría que seguramente iba a durar años. Por ello debían pensar bien el contenido, acorde a los nuevos tiempos que se avecinaban, ya que, al menos en el corto plazo, la política de clonación no sería más necesaria, dado que las fuerzas armadas serían prácticamente desmanteladas. Como no podía ser de otra manera, el presupuesto de Defensa se trasladaría a Seguridad Interior.

Encima estos últimos años resurgieron algunos grupos subversivos, especialmente la denominada FAAA, o como su nombre completo lo indica, el Frente Anarquista Anti-sistema Argentino.

Ellos sostenían que buscaban distanciarse de la superioridad moral de la izquierda culturalista, ecologista, feminista y anticolonialista, que había sido conquistada por el liberalismo de izquierda que se acabaría enredando en cuestiones sobre que estilos de vida son los políticamente correctos, en vez de sobre lo que de verdad debería preocupar a la izquierda: las cuestiones relativas a quien detenta el verdadero poder económico, el cambiar la base material que hace imposible la cohesión social, o generar un proceso que pueda traducirse en algo verdaderamente emancipador.

Por ello, buscaban desterrar la idea de que, aun cuando puedan protestar, por ejemplo, contra el neoliberalismo, las acciones de la ‘vieja izquierda’ se encontraban en consonancia con la estructura neoliberal. Como consecuencia, sus acciones terminaban no revelando su fuerza, sino justamente lo contrario, la falta de ella: solo terminaban reflejando el carecer de elementos unificadores claros y de demandas comunes.

‘Porque si no, estamos utilizando recursos ideológicos destinados a encubrir la reproducción del poder de siempre, el del capital; cambiarlo todo para que nada cambie. Las empresas reemplazan sus fuentes de negocios mediante la creación de productos ecológicos o

introducen minorías de género en sus órganos de dirección con ese fin’, era uno de sus principales slogans.

Su responsabilidad por algún atentado menor con bombas molotov, era el rumor que corrían día a día los diversos medios de comunicación más masivos. Aunque nunca se supiera realmente quienes eran, ni realizaran actos extraordinarios que causaran muertes o daños mayores, el nombre de las FAAA se encontraba en boga en toda la población.

Lo que ocurría es que, en tanto las mediaciones políticas institucionales se encuentren ‘rotas’, esa presencia mediática se volvía fundamental para la supervivencia pacífica de las elites. Por ende, ello explicaba que las acciones de los activistas fueran cada vez más ruidosas y radicales. Dicho de otro modo: a mayor radicalidad, mayor presencia mediática. Y allí es donde debían focalizarse las fuerzas de seguridad internas del país.

Cuando el gobierno empezó a buscar a la madre de Javier y Daniel, quienes eran técnicamente hermanos, embriones clonados de otros dos niños nacidos de un mismo vientre, se encontraron con Analía.

Ella se convirtió en la candidata ideal, ya que amalgamaba ambas áreas: no solo sus hijos militares habían participado en la guerra, sino que además su vida había estado trasvasada por una diversidad de delitos en los cuales las fuerzas policiales debían intervenir. Todo el aparato de coerción, tanto interno como externo, se veía reflejado como una necesidad en el transcurso de su vida y la de su familia.

Analía fue una mujer drogadicta, que vivía en la calle, y de muy joven tuvo dos hijos de padres distintos, desconocidos, ausentes. Como muchos pobres y excluidos, aceptó clonarlos porque el Estado le ofreció a cambio el poder habitar una pequeña casilla. Humilde, sin comodidades, pero de ella. En realidad, para el gobierno era un ‘ganar-ganar’: por un lado, obtendrían dos potenciales soldados, y por el otro, la sacaban a ella y a sus hijos, la lacra social, de la calle.

Trabajar sobre la micropolítica era muy redituable para el gobierno. Sobre todo, para minimizar las claras inequidades. Como propuso Francois Dubet en ‘Época de las pasiones tristes’, ensayo en el cual las elites buscaban poner el foco en las pequeñas en vez de las grandes desigualdades, ya que las primeras se viven como una experiencia singular, una prueba individual que conlleva el desprecio y la humillación autoinfringida.

Al individualizar la experiencia, el desahuciado se compara con el ciudadano que tiene más cerca. El no comprender la dinámica sistémica, conlleva a perder de vista las grandes desigualdades – y, por ende, los verdaderos responsables, los poderes concentrados -, lo que deriva a que el deprecio se traslade al que se encuentra más cerca, al de abajo, al par.

Entonces aparece el desprecio a lo que se empieza a considerar como ‘falsa víctima’. Es la asociación de la crítica, el odio con el asistido. El pobre, tan pobre como yo, se convierte en el enemigo. Y la ira, tan a flor de piel entre los desvalidos, se canaliza, errónea e increíblemente, contra cualquier tipo de justicia social.

“Aceptamos porque no teníamos nada, solo fumábamos marihuana, inhalábamos cocaína, y nos inyectábamos todos tipo de sustancias las veinticuatro horas del día. Los Punteros iban a las villas en nombre del Ministerio de Clonación y nos ofrecían una casilla a cambio de avanzar con el proceso. Nosotros no preguntábamos nada, gracias que podíamos estar parados algunas horas del día. Pero era una posibilidad única. A consecuencia, de Ramón y Jonathan fue que nacieron Daniel y Javier”, me contó Analía apenas nos conocimos, hace solo un par de meses.

En aquel momento recordé la clase sobre Laurent Berlant y su ‘optimismo cruel’; esto es, la manera en que las mayorías empobrecidas se mantenían motivadas y luchaban por una vida mejor a pesar de enfrentarse a numerosas pérdidas y dificultades derivadas de la erosión de la red de seguridad social, la desaparición de empleos

decentes, y las políticas regresivas.

Siempre estaban aquellos que intentaban perseguir denodadamente un mayor nivel de educación, u oportunidades de empleo decentes incluso cuando las perspectivas eran sombrías. Todo ello a pesar de abrumadoras probabilidades y pruebas que indicaban lo contrario: un futuro mejor era improbable; la norma era la ausencia de prosperidad real. Era un optimismo cruel para quienes abrazaban esta perspectiva. Sin lugar a dudas, no había halo de luz al final del túnel.

A pesar de todas sus limitaciones intelectuales y emocionales, cuando se contactaron con ella, le brotó una necesidad desde las entrañas más profundas de su corazón. ¿Por qué no voy a poder conocer de sus vidas, si fueron mis hijos?”, se preguntó. No le importaba que además le hicieran recordar a sus hijos biológicos fallecidos. Ella lo veía como la posibilidad de ampliar su familia, un proceso de alegría entre tanta miseria, entre tanta porquería. Un renacer de su propio ser.

Entonces ella misma buscó en internet la dirección de Javi. Por supuesto, allí se encontró con que el gobierno había subastado la casa (o quien sabe, por ahí algún funcionario se la facilitó a algún amigo) y los ocupantes, teóricamente, no sabían nada de los anteriores propietarios.

La historia es, lamentablemente como en estos casos, cíclica: del mismo modo que les quitaban sus inmuebles a los judíos en la Segunda Guerra Mundial, o como inversamente los colonos judíos tomaban las tierras de los palestinos en la primera mitad del corriente siglo – cuyos territorios en disputa eran ‘solo reconocidos por dios’ -, también la expropiación de viviendas de personas que habían tenido que huir, había ocurrido en la historia reciente de nuestra bendita argentina.

En este sentido, recuerdo cuando Johan Galtung sostenía que además de la violencia directa, física o verbal y visible para todos,

existe también la violencia estructural y la cultural, las cuales son menos visibles, pero no por ello menos violentas. Comprender ciertas formas sociopolíticas y culturales, como la explotación, la marginación o la expropiación forzada por causas políticas, como en este caso, es fundamental para, al menos intentar prevenirlo y que, en un futuro, no vuelva a repetirse.

De allí se fue a lo de Dani. Cuando preguntó por él, Graciela, con mucha templanza, la hizo pasar, le ofreció un café, y le preguntó quién era. Analía le contó su historia: toda la verdad, en detalle. La miró sorprendida, anonadada. Pero Analía no podía distinguir si era por lo sinuoso de su vida, o por como la tecnología había derivado en su fascinante historia.

Es que el proceso de clonación, y lo que había significado en el terrero socio-político y antropológico – transpolado a nuestras vidas –, había ido contra cualquier determinismo tecnológico. La aceleración de las innovaciones de hace no tantas décadas, evidentemente no fueron pensadas en vista del conflicto social que podrían generar.

Esa tensión entre el sistema tecno-económico y la estructura socio-institucional, solo fue retardada por ciertas circunstancias coyunturales favorables. En este sentido, cuando Nick Land escribió *Teleoplexia*, intentó explicar que la aceleración del capital se vinculaba celosamente con una expectativa propositiva de mejoras tecnológicas permanentes, las cuales acompañaban la potenciación de los procesos productivos en el circuito acumulativo. El aceleracionismo descripto permitió mantener el estatus-quo bajo un proceso de explosión controlada, también conocido como gobernanza o regulación.

Sin embargo, ello concluyó con un conflicto bélico que lo cambió todo; y las esquilas del mismo tuvieron impactos en miles de familias a lo largo y ancho del mundo. La ‘guerra de los clones’ reflató lo más oscuro del sistema: la negación del individuo, el aniquilamiento de la voluntad y del deseo. Nada era lo que parecía. El comprender

se transformó en dolor. Y el dolor se expandió por todas las latitudes.

Entre lágrimas en los ojos, Graciela le contó lo que había ocurrido con Dani. Otro golpe más a su ya vapuleada vida. También le hablo de mí. Lamentablemente, Analía no pudo quedarse mucho tiempo, como a ella le hubiera gustado. Tampoco continuar este incipiente vínculo con una persona que, como ella, era madre y había sentido en carne propia, lo que era perder un hijo.

Es que, unos cuarenta minutos después de que ambas se conocieran, Benjamín volvió a casa; la miró de arriba a abajo, y la saludó con desprecio cuando Analía se presentó. Se retiró a la cocina y llamó inmediatamente a su mujer. Desde el living, Analía escuchó una voz alterada, como si estuvieran discutiendo; sin interrupciones, él le expresaba con vehemencia su enojo.

A los pocos minutos Graciela regresó al living. Con cara adusta y visiblemente nerviosa, se excusó conque tenía que terminar algunas cosas. Analía la saludó afectuosamente con un abrazo, y se fue. Desde aquel momento, nunca más se volvieron a ver.

Ya era tarde pero igual fue a mi casa. Yo misma le abrí la puerta. En ese momento la noté cansada; después comprendí que, obviamente, había sido un día difícil desde lo físico y lo emocional. Pero el fallecimiento de Dani no la frenó; es más, creo que ese día vino porque se rehusó a acostarse a dormir sintiendo que todo era negativo, que la vida no valía la pena.

Es ese optimismo sin esperanzas de quien cree que nada puede cambiar demasiado, pero imagina un final en el que el bien triunfa sobre el mal. Ello se disfraza de un realismo, de una certeza pragmática sobre lo posible: este es el mejor de los mundos, porque mundos mejores no existen, ni siquiera como una potencial, como una virtual imaginación. Como diría Franz Kafka: ““Oh sí, mucha esperanza, esperanza infinita. Pero no para nosotros””.

Sin embargo, tomó fuerza de donde no tenía. Y tuvo su recompensa, aunque no hubiera sido la imaginada por ella. Cuando vio a

Brunito que se asomaba preguntando quien había venido, sus ojos se le abrieron como dos luceros; en seguida me preguntó si era mío. Cuando asentí, muy educada quiso saber si lo podía saludar. No sé por qué, pero, intuitivamente sin saber quién era, sentí confianza en ella.

“Soy la mamá de Daniel”, fueron sus primeras palabras mirándome fijamente a los ojos, mientras acariciaba a Brunito. Quedé absolutamente petrificada, absorta. Tanto que al principio me olvidé de hacerla pasar, y por aproximadamente treinta minutos nos quedamos charlando en la puerta de casa.

Cada palabra era tan sentida, tan potente, que me generaba una imagen de inmensa ternura. La vida de ella había estado claramente sentenciada por el fenómeno de la alienación basada en la anomia, la burocratización, el conformismo; una pérdida de sentido generada por el aislamiento personal, la apatía, la marginación social.

Ahora tenía ganas de vivir. Parecía que quería recuperar el tiempo perdido, de saldar una deuda con su propio pasado. Desde un primer momento la sentí como propia, cercana. Y eso se reflejaba en mi actitud: ya sentadas en la mesa del comedor, y mientras tomábamos café, continué enmudecida escuchando su increíble relato.

Con un dolor que solo puede sentir una madre, Analía me contó que Ramón había fallecido a los pocos meses de vida, producto de una bacteria nunca tratada que ingresó a sus pequeños pulmones. Jonathan, en cambio, pereció a los quince años, en una pelea callejera contra otra banda de ‘pequeños narcotraficantes’ que acechaba al barrio. Entonces pensé sobre la resiliencia de esta madre para sacar fuerzas de vaya saber uno donde, y levantarse cada mañana teniendo sus hijos muertos.

Cuando iba a comenzar a contarle un poco de mi vida, Brunito comenzó a agarrarme la pierna, señalándome un juego, para luego balbucear sus primeras palabras que indicaban su deseo de ordenar en fila los bloques para armar. “Espera unos minutos mi amor, que

estoy hablando con tu abuela”.

Mientras el niño se impacientaba aún más sin darse cuenta de la situación, sus gritos no empañaron el momento: cuando giré mi cabeza para observarla, vi que sus ojos se pusieron brillosos por unos pocos segundos. Luego ya no pudo contenerse, y las lágrimas comenzaron a brotar. Se agarró del marco de la puerta, mientras yo rápidamente intentaba sostenerla de sus hombros para que no se caiga de la silla. La emoción la desbordaba. La emoción nos desbordaba.

Ese día intenté contarle todo lo que sabía respecto a Dani y Javi. Luego siguieron distintos encuentros; algunos en bares, otros en plazas. Me pedía que le llevara al nene, que lo quería ver, que lo extrañaba. No sé si llamarla una relación abuela-nieto, pero se generaban lindos momentos donde se veía que fluía el cariño recíprocamente. Brunito se le sentaba a ‘upa’ y ella le hacía morisquetas. Jugaban ambos golpeando sus manos, contorneándolas de un lado hacia el otro. Y mi gordito se reía sin parar.

Podría decir que empezamos a ser amigas. Es más, creo que, si me pongo a hacer memoria, se parece mucho a las charlas que tenían mi mamá con mi abuela paterna; esa relación especial y única que representa el vínculo entre una nuera y su suegra. Con todos los condimentos – celos, tensiones, cariño, enseñanzas – que ello conlleva.

Los primeros tiempos hablaba más yo, de mis deseos, mis sueños, lo que anhelaba para mi hijo. También le transmití mi bronca por lo que había pasado, cómo sentía que las miserias de la humanidad me habían quitado mis principales afectos. En aquel momento entendí que la esperanza también es un asunto político, ya que, si la gente se encuentra desesperada, se puede volver más cínica. Y no es lo que yo deseaba para mí persona.

Igualmente, no era un solo tema personal. Observaba en todos lados el agotamiento del optimismo actual ante la pérdida de confianza en las modalidades políticas e institucionales que tradicionalmente canalizaban los conflictos, con consecuencias directas sobre

una noción generalizada de incertidumbre sobre las formas de vida preferibles por la mayoría de los habitantes de este bendito mundo.

Pero bueno, en mi caso, cuando se fue Javi y me enteré que estaba embarazada, en un primer momento estuve muy bajoneada, perdí las ganas de vivir, de sentir. No tenía estímulos que me devolvieran la alegría.

Fue principalmente mi hijo - aunque también la ayuda de mi terapeuta, una mujer con un alma noble a la que le estaré eternamente agradecida - el que me dio las fuerzas necesarias para salir adelante. También el empezar a estudiar en la Universidad: conocer otra gente, aprender más en profundidad este complejo mundo en que vivimos, poder mitigar desde la racionalidad el dolor de la pérdida de Javi y Dani. No puedo decir que me encuentro ciento por ciento feliz; pero entiendo que tuve avances, y ahora me siento relativamente bien.

En cambio, la vida entera de Analía era una búsqueda permanente de ayuda desesperada. Podría ser resumida como una ‘paria de un sistema económico, donde la precariedad siempre fue la norma’.

Me contó que cuando pudo salir de las adicciones, los empleos que logró conseguir ejercieron sobre ella una presión devastadora: debía estar siempre disponible, aunque se sintiera siempre descartable, como teniendo que rendir examen cada día para demostrar sus aptitudes, incluso mostrándose capaz de sacrificar todas y cada una de sus esferas de autonomía en aras del trabajo.

Era muy mencionado en mis clases de filosofía el escritor Franco Berardi, quien sostenía que el capital no recluta a las personas, sino que compra paquetes de tiempos separados de sus portadores, ocasionales e intercambiables. Y esos paquetes de tiempo no tienen ninguna conexión nocional – menos emocional – con una persona que merece derechos y tiene necesidades: simplemente se encuentran disponibles o no en el mercado.

Lo peor de todo es que los trabajadores como Analía trabajan a

destajo, en condiciones deterioradas y con salarios de subsistencia, simplemente para financiar a las elites financieras; todo ello mientras las mismas continúan haciendo lobby entre los agentes del Estado con el objetivo de destruir la red de servicios públicos de la que dependen justamente los trabajadores. Un doble puñal que no tiene ningún vicio de ética ni sustentabilidad social.

Relacionado a ello, a las pocas semanas que la conocí, tuvimos que pausar los encuentros por una semana porque se había enfermado. “Tuve un virus. El médico me dijo que seguramente tenía las defensas bajas luego de que le conté lo estresada que estaba”, me dijo, cuando nos reencontramos.

Es que la dinámica del capitalismo es la que desgasta y enferma al trabajador, para que luego las compañías farmacéuticas internacionales les provean las drogas que los curen fisiológicamente y los ‘levanten’ moralmente.

En el mientras tanto, persuaden a los trabajadores de que acepten este deterioro en las condiciones de trabajo como ‘naturales’, y que pongan el foco en su interioridad (ya sea en las características de su química cerebral o en la de su historia personal) para encontrar las fuentes de estrés que puedan sentir.

El problema es que lo que queda para el pauperizado trabajador es el sufrimiento individual interiorizado - que solo se resuelve temporalmente de a uno -, embebido en ciclos permanentes que solo atemperan el dolor del cuerpo y el alma. Pero nunca se llega a una curación total de la persona.

Es claro que el objetivo de las Elites es que las causas sociales y políticas del descontento desaparezcan. Donde las raíces colectivas de la infelicidad, como la desigualdad en la redistribución del ingreso, quedan en el olvido. Todo se nutre y se focaliza en una instancia plausible para los dueños del poder: incrementar el individualismo competitivo, la lucha del pobre contra el pobre.

Ello se complementa con la cultura del consumo, la cual perpetúa

la identificación con los ricos. La publicidad y el marketing constantemente nos bombardean con imágenes de productos y estilos de vida asociados con la riqueza y el estatus.

La ilusión de los trabajadores que lo harán es la zanahoria que el capitalismo nos da para que nuestras vidas sean más tolerables; pero sobre todo para que los pauperizados y oprimidos no forjen ningún tipo de solidaridad de clase con sus pares. El enemigo pasa a ser el de al lado que compite para ser rico.

De allí que se bifurca la otra pata de la cuestión: el realizar un emprendimiento se presenta como una panacea que ‘cura’ todos los problemas, donde los empresarios exitosos son celebrados como héroes culturales.

Esta narrativa del emprendedurismo hace muchos años refuerza la idea de que el éxito se encuentra vinculado a la capacidad de generar riqueza y acumular capital. Los trabajadores pretenden verse a sí mismos como aspirantes a ‘empresarios exitosos’. ¿La forma? Adoptando la mentalidad de los ricos. Pero sin capital.

Y allí entra la propagación del voluntarismo mágico basado en las ideas de autoayuda que vuelven la tan anhelada felicidad. Y si no tenemos éxito, es porque no hacemos el trabajo necesario para reconstruirnos.

Todo lo expuesto explicaba porque las explosiones de rabia pública se transformaron en una depresión individual medicada. Una sociedad que no reaccionaba. Una sociedad anestesiada.

Yo, por mi parte, buscaba solidificar mi mundo interior. En este sentido, tenía el apoyo de mi familia para que pudiera estudiar en la facultad; sin embargo, no quería descuidar a mi bebé. Necesitaba estar bien para él; sentía la necesidad de ser una madre presente ante la ausencia del padre.

Pasaba noches enteras pensando en cómo le explicaría en el futuro quien había sido su padre biológico, que había sido de su vida. Y lo más difícil: porqué había muerto en un lugar tan alejado, ajeno a

nuestro modo de vida, nuestra cultura, nuestro ser.

Entonces, después de casi dos meses de habernos conocido, se me ocurrió hacerle una propuesta a Analía. Podía sonar descabellada, pero estaba segura que, en el fondo, ambas lo disfrutaríamos: sería un momento único de reflexión, de aprendizaje; pero también una manera única de cerrar una etapa, un ciclo de la vida de todos los que estaríamos involucrados. Vivos o muertos.

“Analía, quiero proponerte algo”, le dije con mi mayor seriedad posible, luego de haber esperado el momento justo durante un silencio vacío en medio de una conversación banal sobre la vestimenta de moda adolescente. “Decime”, me respondió mientras sostenía un vaso de gaseosa bien fría, en un día de sofocante calor.

Entonces tomé coraje y comencé mi discurso: “Entiendo que el gobierno quiere hacer una película de vos, en pos de propagar sus supuestos éxitos. Como verás, la burocracia es lenta: los días pasan y no se volvieron a contactar contigo. Sé que, como laburante, estás acostumbrada a esperar. Pero, en el mientras tanto, creo que podemos hacer algo más que interesante”.

Me miró sorprendida. El silencio denotaba expectativa para escuchar lo que tenía para decirle: “Ahora que se llegó a una tregua con los Ejércitos de Oriente, y que parece que será duradera, por qué no aprovechamos y viajamos a Finlandia”.

Sus ojos se iluminaron, lo que me dio pie para continuar: “Vamos en donde están enterrados Javi y Dani; intentamos averiguar cómo fueron sus últimos días, conocemos un lugar hermoso, filmamos, sacamos fotos. Será un recuerdo imborrable. Además, y esto te lo digo en términos personales, quiero que mi hijo tenga registro, documentación de lo valiente que fue su padre. Pero, sobre todo, mostrarle cómo las miserias humanas hicieron que dos amigos del alma se enfrentaran y dieran la vida por un ideal ‘líquido’, flexible, y decididamente maleable”.

Las guerras son enormes tragedias para los pueblos, pero son

enormes oportunidades para la acumulación de capital; podríamos decir ‘regalos’ para la clase capitalista transnacional.

Es que el valor de las acciones de las principales compañías militares industriales siempre experimenta una escalada alcista cuando comienzan los conflictos bélicos; pero, además, estas se encuentran vinculadas a los grandes conglomerados financieros, generando entonces un círculo virtuoso que no solo enaltece la destrucción y la muerte, sino que, posteriormente, se retroalimenta bajo un proceso de reconstrucción de infraestructura que, a su vez, vuelve a generar más riqueza.

Por ende, la organización militar terminó no siendo más un atributo exclusivo de cada Estado, como pudo haber sido hasta la primera mitad del siglo XX, sino que existe una gestión mundial coordinada y jerarquizada por parte de las elites económicas transnacionales para ser parte del juego. Un negocio de ingentes ganancias; menos para quienes tienen que luchar hasta morir.

Ella continuaba enmudecida. Yo bajé mi mirada, agarré con mi mano derecha mi vaso de limonada, y bebí un sorbo que me permitía acompañar el momento, ganar tiempo. Mientras tanto recordaba aquella antigua frase de Erich Hartmann, periodista y fotógrafo que participó en la Segunda Guerra Mundial: ‘La guerra es un lugar donde jóvenes que no se conocen y no se odian se matan entre sí, por la decisión de viejos que se conocen y se odian, pero no se matan’.

¿Era necesario tener que llegar al límite para actuar? ¿Por qué se debió esperar a una especie de altruismo conjunto de las Elites de ambos bandos? No lo sé, tampoco lo puedo explicar, verbalizar. Lo único que me queda más o menos en claro es que en el Oriente existe una especie de ‘comunismo discursivo’, el cual claramente se encuentra alejado de lo que debería ser una democracia completa.

Haciendo un paralelismo con las reflexiones del realismo político de las Relaciones Internacionales, los Estados de Oriente serían dictaduras que se presentan no como un mando totalitario, sino como

hegemonía; es decir, como la construcción orgánica de poderes constituyentes revolucionarios: sus ciudadanos viven en sistemas unipartidistas y el rol del Estado es tan predominante, que los gobiernos son inmunes a los intereses privados.

En este sentido y como contraparte, sea cual sea la empresa privada, tiene que tener como ‘leitmotiv’ la flexibilidad para poder acomodarse con el poder político. La rosca. Entonces existe tácitamente un ‘socialismo de amigos’, donde se observa un ‘Gran Hermano’ que busca, no digamos la ‘justicia social’, sino una especie de equiparación de derechos en pos de una igualdad predeterminada por mejoras reales en la calidad de vida de sus poblaciones. Pero que, evidentemente, se encuentra con ciertos límites que no se pretenden cruzar.

De este lado del mundo, hace mucho tiempo que estamos en la etapa en que ‘no hay alternativa’, donde el énfasis cayó sobre la preferencia: al principio, el capitalismo neoliberal era el mejor sistema posible, y las alternativas no eran deseables. Ahora se pasó a un peso ontológico distinto: aunque el capitalismo no es el mejor sistema, es el único posible. Si hay un colapso, una gran crisis sistémica, no hay nada que hacer; solo dios nos puede salvar.

Ello fue un éxito rotundo para el capitalismo, que lo cristalizó al momento de gestionar a la propia oposición, consagrando el objetivo final de la ideología: la invisibilidad. Como sostenía Bertol Brecht: ‘El capitalismo es un caballero que no le gusta que lo llamen por su nombre’.

Pero, además, mantiene una posición discreta, detrás de la escena política, que actúa como eje rector fundamental de la sociedad contemporánea. En palabras de Diego Fusaro, ‘el capitalismo no solo gestiona el consenso, sino que también gestiona la disidencia’.

Ello lo pude entender en estos meses que estudié teoría política; es más, era uno de los primeros conceptos que querían que nos metiéramos en la cabeza los profesores más progresistas – aunque con

temor de ser reprimidos académicamente por quienes podrían considerarlos formadores de opinión con un alto ‘exceso de izquierda’ —: la tesis de Albert Hirshman.

En la misma se indica que, cualquier cambio progresista, será en gran medida superficial, de fachada, cosmético, y por tanto ilusorio, ya que las estructuras profundas de la sociedad permanecen totalmente intactas. Pero, además, un cambio propuesto, aunque quizás sea deseable en sí mismo, implica costos o consecuencias: el deseo de tenerlo todo pone en peligro lo poco o mucho que ya se ha conseguido.

Si tengo que hablar de nuestro país, el Partido que se perfila a destronar al Partido Nacionalsocialista Libertario en las próximas elecciones, tiene como eje programático una especie de nueva ‘tercera vía’: lo que se podría denominar un ‘nuevo fascismo latinoamericano’.

Es que el Partido Nacional-Corporativo del Pueblo, tiene como motor el cumplimiento de la ‘Modernidad capitalista’: modernización, industrialización, proletarización de la población y construcción de un imaginario simbólico nacionalista necesario para con el fortalecimiento del Estado-Nación argentino.

Creo que la mejor traducción política sería: un gobierno que funciona como ‘perro guardián’ de las ganancias de la burguesía, focalizado en el fortalecimiento de una superestructura ideológica y política.

Un Partido que no solo buscaría cogobernar con el brazo armado del capital nacional argentino contra lo que queda, las migajas, del movimiento obrero; sino que, además, trabajaría codo a codo con el poder de coerción del capital internacional para conservar el actual reparto imperialista del mundo Occidental. Por ende, no había nada bueno que esperar para las mayoritarias masas empobrecidas argentinas.

“¿Cómo vamos a pagar el viaje? Yo no tengo nada de dinero, vos

sabés que vivo al día con lo poco que gano barriendo veredas”. Le respondí que no se preocupara, que ya veríamos la forma de llegar a Finlandia.

Mi respuesta no la conformó demasiado; era lógico que se encontrara dubitativa. Era una mujer que, sin dinero ni contactos, nunca había podido conseguir nada relevante, superador, para su vida. Siempre vivió de promesas de terceros, y pocas veces se cumplieron. O se realizaron a medias, con la expectativa que en el futuro se pudieran hacer realidad. Esa zanahoria adelante que nunca se alcanza.

“¿Y qué harías con tu hijo?”, prosiguió preocupada por mi bebé. “Eso no tengo dudas, lo llevo conmigo, aunque vayamos solo unos pocos días”. Por el gesto displicente en su rostro, creo que le gustó mi respuesta: una madre que había perdido sus cuatro hijos, debería estar complacida para con la muestra de celosía hacia mi ser máspreciado.

Entonces me puse a pensar de donde podría sacar el dinero para el viaje de los tres. Mi familia no podía. ¿Alguna empresa que pudiera colaborar? No tengo nada concreto que ofrecerles. No sé, tal vez podría ser una empresa de tecnología de clonación, que quiera ‘adueñarse’ de la historia para sacar algún beneficio económico. Igual no tengo idea por dónde empezar, como acercarme a ellas. Lo que estaba segura es que no quería que la búsqueda de recursos me lleve meses o años. Me había envalentonado y deseaba, con todas mis ganas, viajar lo antes posible.

Entonces se me ocurrió la cuasi única opción que me quedaba: ir a la casa de Dani y hablar con los padres. Yo sé que revolvería el dolor de un pasado que nunca sanará completamente. También sabía que Benjamín quería cerrar un ciclo, una herida bajo un relato que, por lo menos a él, le reconfortara el alma.

Entonces se me ocurrió proponerles que se involucren invocando lo impredecible: el relato de alguien que lo haya conocido, alguna marca que él haya dejado, una foto que lo inmortalice para el resto

de las vidas de esas personas que lo amaron. Que quedara como un héroe en la memoria colectiva, no solo de su familia.

Y así fue. Una tarde lluviosa (era más probable que Graciela y Benjamín se encontraran en casa al atardecer), dejé a mi hijo con mi mamá jugando en su casa, y les toqué el timbre sin previo aviso. Esperé agazapada debajo del techo de la casa contigua. Nada. Al minuto volví a tocar, manteniendo el botón presionado unos segundos. Sin respuesta. Solo se escuchaban las gotas que caían con fuerza desde el cielo.

Giré para observar si veía alguno de los autos de la familia. Entonces lo vi venir a Benjamín. Como siempre, estaba impecable: traje marrón, camisa a rayas, zapatos al tono. Llevaba un amplio paraguas con un hermoso bordado de pájaros, el cual hacía relucir una cadena de oro que colgaba de su cuello y brillaba a la distancia.

Me observaba mientras se acercaba, pero su rostro parecía inmutable. “Hola Julieta, ¿Qué te trae por acá?”, dirigiéndose a mi persona con su típica cordialidad apática. “Hola Benjamín, ¿Cómo anda?”, le pregunté con el mismo respeto que él siempre infundía. “Los vine a ver a usted y a su esposa; quería comentarles algo”. “Pasemos que llueve mucho. Mi esposa salió a hacer unas compras, pero ya debe estar por llegar”, me respondió impávido.

Con su dedo índice de la mano derecha me señaló el sillón del living como para que me sentara. Se dirigió a la cocina, mientras yo me acomodaba cuidadosamente, sin querer perturbar la pulcritud que caracterizaba su hogar.

“Me acaba de avisar Graciela que ya está viniendo. Mientras tanto, voy a terminar de hacer algunas cosas de trabajo. Podés mirar la tele, o lo que quieras. Pedile a las chicas un café, algo para comer. No tengas vergüenza”, prosiguió mientras subía por la escalera; no sé si iba hasta su cuarto, o a la habitación que utilizaba para trabajar. Igualmente, conociendo su displicencia – para no decir indiferencia y apatía -, no me sorprendió.

El living acogedor era ideal para disfrutar un rato en comodidad y tranquilidad. Solo me dediqué a mirar el celular, averiguar cuánto saldría un pasaje a Finlandia, donde sería la escala, cómo podría trasladarme desde Helsinki hasta el lugar donde Dani y Javi perdieron la vida.

La verdad es que me puso un poco mal ver los precios; para mis finanzas personales, claramente la posibilidad de que viajáramos los tres era inalcanzable. Pero por eso estaba acá. Sabía que las elites manejan otros valores, donde los montos de dinero que implican un viaje a Europa no suelen ser un problema. Pero todo dependía de Benjamín: él tenía ‘la lapicera’ para brindarnos – o no - la ayuda que necesitábamos.

No pasaron diez minutos cuando escuché girar el picaporte de la puerta. Era Graciela. Aunque solía vestir con marcada modestia, lo que siempre resaltó en ella era su bello rostro. Esta vez era diferente: no sé si eran los años, o el haber perdido a un hijo. Pero sus ojeras se entremezclaban con unas incipientes arrugas, a lo que se le adicionaba la falta de pintura y algún tipo de delineador.

Era, tristemente, una cara demacrada que solo denotaba tristeza. Nunca había sido una persona simpática o súper feliz; pero jamás le había visto este nivel de desidia para con su propia persona.

“¿Cómo estás, Juli? ¡Qué gusto verte!”, fue lo primero que me dijo con amplia frescura. Valoré mucho la alegría con la se expresó; siempre esa primera impresión es fundamental, sobre todo ante el pedido que se venía de mi parte. “Vine a verlos para charlar un poco con ustedes; tengo un proyecto y quiero contárselos. Y no te puedo mentir Graciela, también les vengo a pedir ayuda”.

Abrió sus ojos sorprendida. “Con gusto te daremos una mano si está a nuestro alcance; espera un minuto que lo llamo a Benjamín” me dijo desde la puerta de la cocina. Luego trajo unas masas finas, y agua caliente con sobres de té, café y leche en polvo.

“Decime que te gustaría”, me dijo mientras se acomodaba en el

sillón a mi derecha. En el momento que dispuso a servirme agua caliente en una taza que contenía un saco de té, escuché los pasos de Benjamín bajando de la escalera. Agarró el atado de cigarrillos que se encontraba apoyado en el fleje del armario de pino, como así también el encendedor que se encontraba dentro del mismo. Luego prendió uno, una vez que se sentó en su mecedor preferido.

“Te escuchamos”, fueron sus únicas palabras previo al silencio. No necesitaba mirarme a los ojos. Él se sentía mucho para mí: no me sorprendería que, en su visión, yo era solo una jovencita insolente que le estaba haciendo perder su valioso tiempo.

“Sé que algo saben, pero quiero que, por favor, escuchen la historia completa de la vida de Analía”. Entonces les conté todo. Me miraron perplejos. Incrédulos. Creo que una cosa es lo que se ‘toca de oído’, lo que se rumorea sobre un discurso construido en base a lo que es ‘la inservible masa popular’. Y otra cosa es escucharlo de primera mano: un caso real, sentido. Que se torna ‘vivo’, palpable, sufrido. Donde afloran las miserias, la pobreza que duele de verdad.

No hubo comentarios. Entonces, inmediatamente, proseguí a explicarles los objetivos de nuestro viaje: lo que se podría decir, nuestros deseos. Que también embebían, al menos de manera tangencial – aunque ello es muy personal –, un aporte para ellos.

Por eso, ante su atenta mirada, insistí en el valor que implicaba el poder conocer algo más, algún detalle que podíamos entender como un ‘hallazgo’ en aquel país nórdico; tan alejado, pero con tanta significancia para nosotros. Y, por supuesto, el reconocimiento de la estoicidad de su hijo. En medio de tanta porquería, que mejor manera, tal vez la única, de recordarlo con orgullo.

“Mirá, entiendo tu posición, pero todo esto no es necesario para nosotros. En nuestra visión, el tema Daniel está cerrado. Estamos orgullosos del cambio que hizo en su vida, como pudo salir de ese flagelo que son las drogas, y como las fuerzas armadas lo hicieron un hombre hecho y derecho”, me respondió tibiamente Graciela,

con un dejo que conjugaba tristeza y resignación.

“Además, no nos olvidemos que fue un clon y que, como tal, en el fondo, tenía predestinado su destino. Ojalá nunca hubiera llegado, pero llegó. Y murió como un verdadero héroe, luchando contra los demonios comunistas. Te repito, para nosotros, es un tema terminado”, concluyó tajantemente Benjamín.

Era claro que no les interesaba mi propuesta, ni Analía, ni el volver a mencionar a su hijo. “Le agradezco y lo entiendo Benjamín; disculpe que lo molesté, pero realmente creo que usted es nuestra única oportunidad para hacer este viaje”, fue lo único que atiné a decirle. Asintió con la cabeza, volvió sus piernas cruzadas a su posición original, se levantó lentamente, y se retiró por las mismas escaleras en las que vino.

Me quedé mirando el horizonte infinito. Se me había caído la única esperanza y, la verdad, me encontraba desolada. “Juli, quédate tranquila. Él se hace el fuerte, pero en el fondo siente un inmenso dolor”, me dijo Graciela, mientras me tomaba la mano. Y luego prosiguió: “Desde que somos parte de la ‘Elite residual’, Benjamín no es el mismo. Nos quedamos con bastante dinero, pero nos vaciaron de poder. Y ello lo afectó bastante. Luego vino lo de Daniel, y lo terminó de destruir. Estuvo mucho tiempo deprimido, sin prácticamente querer salir del cuarto o hablar con alguien. Creo que su respuesta ha sido un instintivo mecanismo de defensa. Solo te pido algo de tiempo. Dejame que hable con él y en estos días te llamo”.

Le agradecí de corazón. Entonces aproveché su buena predisposición para quedarme un rato más: le conté como estaba mi familia, especialmente como crecía mi hijo - y de paso le mostré algunos videos de él -. Miraba atenta, sonriente. A veces, sutiles y escuetos momentos, representan mucho, acarician el alma.

Luego de mostrarle las últimas imágenes, ambas tomamos nuestras tazas e hicimos unos segundos de silencio. Hasta que me observó con unos ojos inusualmente brillantes: “¿Tenés aprecio por

Analía, no?”, se expresó con un suave movimiento de labios. “Sí, es una muy buena persona, que sufrió mucho en su vida y solo quiere ser feliz”.

Entonces tomó fuerzas y me dijo: “No importa qué tipo de familia se conforme, que hermoso es ver que la gente se junte y se quiera”. Asentí con mi cabeza. No había mucho más que agregar.

Entonces me levanté, agarré mi cartera y le di un fuerte abrazo antes de retirarme. Salí de la casa y me fui caminando lentamente para casa. Mientras tanto, pensaba en alguna otra opción; sentía que lo de los padres de Dani era cuasi imposible.

La realidad es que no sabía la dinámica de la pareja, sobre todo luego de haber afrontado la muerte de su hijo. Tenía en claro el carácter de Benjamín, su tozudez, su visión con un prisma ideologizado de casi todos los órdenes de la vida. Lo presentía difícil, muy difícil. Más, después de su firme negativa.

Cuando llegué, el ‘pequeño Javi’ me estaba esperando. Lo bañé y le di de cenar. Al acostarme con él en la cama, observé que en el celular tenía un mensaje de Analía, preguntándome como me había ido. Preferí no responderle; no quería generarle ningún tipo de expectativa hasta que no agotara todas las posibilidades. No quería matar su ilusión. Por lo tanto, a la mañana siguiente le escribiría que no tenía novedades, que estaba viendo el tema, y que apenas supiera algo le iba a avisar.

Me levanté bien temprano para llevarlo a Brunito al jardín. Fui hasta la cocina y me dispuse a hacerle su leche con las galletas de chocolate que tanto le gustaban, mientras lo dejaba descansar un rato más. En ese momento, sonó el celular. Moví la cabeza en varias direcciones, porque no recordaba donde lo había dejado. Estaba en la mesada del desayunoador. Era Graciela: “Hola Juli, buen día. Venite a casa. Por favor si puede ser por la mañana mejor, que Benjamín no va a estar’. Sin cuestionar el porqué de la ausencia de su marido, le respondí agradecida que a eso de las nueve estaba por allí.

Las primeras cuadras Brunito caminó, pero las últimas dos antes de llegar al jardín, solo quiso upa. “Es divino, siempre duerme un rato antes de empezar a jugar”, me dijo Malena, su maestra preferida y con quien tenía una gran confianza, cuando lo recibió en la puerta. “Te agradezco, pero le agregaría un juego de palabras: ‘es divino cuando duerme’”.

No pudo contener la carcajada, y yo también me sonreí. “Male, le puse una muda más de ropa por si se ensucia, además de un alfajor y un jugo de naranja. Gracias por todo como siempre”, la saludé despidiéndome con un beso.

De allí me dirigí a una panadería cercana. Me llevé una docena de medialunas, mitad de manteca y mitad saladas. Luego le compré a Graciela un pañuelo bordado de flores, de un color gris satinado. Sabía que le gustaban para recoger su cabello o cubrir su cuello. Más allá de que no se puede ir de visita a una casa con las manos vacías, era una forma de agradecerle el gesto que hizo por mí, cualquiera sea el resultado final.

“Pasá Juli, ¿querés un cafecito?”. “Dale, traje además unas medialunas”, le respondí mientras entraba a su casa. “No te hubieras molestado, igual está hermoso, te agradezco muchísimo”, me dijo mientras observaba el pañuelo que le había obsequiado. Luego prosiguió con un abrazo, que se prolongó por unos segundos. Como quien estuviera con ella no solo era yo, sino que, a través mío, también estuviera abrazando a Dani.

“Tengo buenas noticias. Hablé con Benjamín y finalmente cedió. Es más, creo que está contento y motivado con el viaje. Al principio estuvo reticente; es entendible, no quiso remover un pasado doloroso. Pero después lo pensó bien, y, como yo le dije, puede convertirse en un proceso sanador; tanto para nosotros, entendiendo que lo que averigües se convierta en una herramienta para el recuerdo, como para las próximas generaciones, a quienes se les pueda transmitir todo lo ocurrido y que puedan aprender y comprender cabalmente

lo que causa la muerte y la destrucción. El futuro puede y debe ser mejor”.

Me puse a llorar. “Te agradezco de todo corazón, no sé qué decirte”, murmuré. “Nada. Solo te voy a pedir algo; no es una condición, pero es algo muy importante para mí”. “Lo que quieras”, le respondí inmediatamente.

Se acomodó en el sillón, apoyó su taza de café con leche en la mesa ratona, y me miró firmemente, directo a las pupilas: “Yo sé que el tema de la religión es algo que se encuentra en desuso. Es más, seguramente vos lo escuchaste hablar alguna vez a Benjamín sobre el tema. Pero yo soy una persona creyente. Creo en dios, en alguien superior, que predetermina nuestro destino”.

Luego hizo un silencio, como si no le salieran las palabras. Yo la miraba atentamente. Se le notaba pasión, sus ganas de desahogarse, de llegar a algo que no yo podía deducir.

Entonces fui a la cocina y le traje un vaso de agua. “Quedate tranquila, cuando te sientas bien me seguís contando”, le dije mientras le agarraba la palma de su mano derecha; no solo quería su comodidad, sino también su confianza.

“Gracias Juli. Lo que te quería pedir es que encuentres donde murió, y hagas lo necesario para que le hagan una tumba en aquel exacto lugar. Luego quiero que pongas allí unas flores en mi nombre, que resplandezcan con el sol saliente, como si dios iluminara el alma de mi hijo”.

Lo que vino después, fue el contemplar su llanto. “Sabés que, te entiendo. Y creo que es algo que solo una madre lo puede comprender. Te prometo, con toda mi fuerza y mi pasión, que voy a cumplir tu deseo”.

Luego de un fuerte abrazo, se fue a su habitación. Enseguida bajó con una mochila; dentro de ella, varias bolsas con fajos de dinero, que para mí era incontable de solo verlo. Nunca había observado tanta plata junta en mi vida. “Les va a alcanzar para los tres pasajes;

pero, además, para vivir tranquilamente unas semanas allí”.

Con mucho cuidado, cerré la mochila. Continuamos bebiendo las infusiones, hablando de nuestras vidas presentes, y que deseábamos para nuestro futuro.

Sobre este punto, todo era difuso; ninguna de las dos lo tenía bien en claro. Y eso me sorprendió: uno siempre cree que cuando llega a cierta edad, debe tener todo programado. Pero, evidentemente, se puede llegar a una etapa avanzada de la vida con incertidumbre, con nuevos sueños, con el anhelo de poder cumplir nuevos deseos antes de morir.

Cuando salí de su casa, era cerca del mediodía. “Prometo estar comunicada con vos permanentemente. Te voy a ir avisando cada paso que dé: cuando saque los pasajes, el alojamiento, fechas, horarios, todo. Quiero que lo vivas como si vos también estuvieras allí con nosotros”.

“Te agradezco”, me respondió apoyada en el marco de la puerta. “Por supuesto, envíale un fuerte abrazo de mi parte también a Benjamín. De corazón, el gesto de ustedes quedará grabado a fuego por el resto de mi vida”. Eso fue todo; le hice un ademán de despedida con mi mano izquierda, y comencé a caminar hacia mi casa.

Había dado solo cuatro pasos cuando me di cuenta que quería decirle algo más. Volví rápidamente, toqué el timbre, y enseguida salió Graciela. “¿Pasó algo?”. “Quiero ser clara: nos encantaría que puedas venir con nosotras. Creo que también para vos podría ser una experiencia única. Entiendo que tendrías que arreglar unos cuantos temas de la logística familiar. Lo único que te pido que me avises lo antes posible, porque yo ya empiezo a organizar todo”.

Me miró, se sonrojó, pero no dijo ni una palabra. Luego me dio otro fuerte abrazo y se volvió a meter adentro de su hogar. Ahora sí, estaba feliz. Sentí que había avanzado varios casilleros en la búsqueda de mi destino.

Primero compré los pasajes; pude conseguirlos para dentro de una semana. Luego reservé una hostería en el pueblo, en la cual me pedían una estadía mínima de tres días. Saqué diez. No sabía cuánto tiempo iba a llevarme cumplir el pedido de Graciela, así que preferí ser cauta y luego ver allí como se sucedería todo.

Inmediatamente llamé a Analía. “¡Síííí, estoy saltando de alegría, no lo puedo creer!”, me gritó desaforada del otro lado del teléfono. “¡Ya ni recuerdo que día estuve tan feliz como hoy! ¿Puedo ir a tu casa? ¡Quiero que brindemos juntas!”.

Le dije que la esperaba. No quise bajarle los decibeles a su nivel de excitación, merecía disfrutar este momento de felicidad. Pero sabía que no era todo tan fácil, que esto recién empezaba, y que todavía quedaba mucho trecho – y seguramente habrá algún que otro obstáculo (espero que no muchos) – por recorrer.

Luego le hablé del viaje a mi familia; la que, con cierta extrañeza puedo decir, no me hizo ningún tipo de reproche. Más aún, prácticamente no hubo comentario alguno. No sé si era tanto el desinterés en mis asuntos; creo yo, más bien, que estaban muy ocupados cada uno en su mundo. O, tal vez, piensan que este viaje puede convertirse en un punto de partida liberador, energizante para seguir adelante con más fuerzas en mi vida futura.

Después les conté a mis mejores amigas. Pero no le di mucha relevancia a sus apreciaciones: estaba decidida, segura de lo que estaba haciendo, y, sobre todo, focalizada en preparar todo y no olvidarme nada. Quería tener lo máximo posible planificado, no dejar nada al azar. Especialmente, porque iba con un niño muy pequeño a un lugar muy lejano. Debía tomar todos los recaudos.

Medicamentos – tenía otitis recurrentes, así que llevaba siempre conmigo un spray en aerosol para que le fluyan las fosas nasales -, algunos productos alimenticios que le eran nutritivos y le gustaban mucho, y ropa apropiada. Por suerte, contaba con todas las vacunas del calendario al día.

Lo único que me preocupaba un poco era la gripe que podría derivarse del frío finlandés. Sin embargo, me tranquilizaba que Brunito no iba tener contacto con chicos durante el viaje; por ende, las posibilidades de contagio de algún virus disminuirían ostensiblemente.

Al día siguiente me puse a hacer las valijas. Busqué los zapatos y los productos de higiene, tarea no menor. Doblé con cuidado los abrigos, las remeras y los pantalones, para que me entren en cada una de las dos valijas pequeñas que disponía llevar. No quería estar muy cargada. Debíamos trasladarnos bastante y, con Brunito a cuestas, deberías estar lo más ligeras posibles.

Al terminar, el cansancio físico se conjugó con el mental. Me acosté en la cama, y volví a pensar en Graciela. Me imaginé lo difícil que debía ser para un ser humano, cualquiera sea, buscar la redención luego de perder un hijo. Ella lo quería; al menos lo intentaba. Mirar hacia el cielo y buscar respuestas en el más allá, en algún ser superior que pudiera mitigar su dolor.

En una conversación que tuve con Dani durante su lucha para salir de las drogas, me contó que, cuando le habló a su padre sobre la idea de acercarse a la religión para que le diera fuerzas, Benjamín enseguida se opuso, su rostro denotó un exceso de nervioso, hasta le gritó sin poder expresar – ni sostener - una idea clara del porqué de su bronca.

Entonces fue a hablar con su madre, y Graciela le transmitió que lo de Benjamín era una cuestión puramente ideológica. El odio tenía sus raíces en la lucha entre el capitalismo y el cristianismo, ya que sostenía que las iglesias modernas, aunque habían sido denostadas y adoctrinadas con el correr de los años, se las ingeniaban para agradar al mundo y no a dios, y no viceversa como en siglos pasados.

“Te voy a dar un ejemplo”, me dijo Dani en su momento: “La iglesia que habla sobre como acoger mejor a los inmigrantes; mientras el capitalismo salvaje o los rechaza, o los explota como mano de obra barata”.

Esa búsqueda para con el ayudar a interpretar esa sensación de injusticia, demostrar que la sociedad no se encuentra fracturada, sino que vivimos una época que no hay comunidad debido a que la atomización de los individuos solo llega a la calle en forma de manifestación, antes de ser diluida o absorbida por el sistema. En este sentido, las elites entendieron que las diversas congregaciones despertaban esa rabia que, a su vez, podía desencadenar en un factor revolucionario que ataque los cimientos del estatus-quo.

Bajo este escenario, Benjamín sostenía que la razón y la fe deben estar juntas a favor de la civilización nihilista de las finanzas y de los mercados. O sea, que la ‘macro-situación’ iba a derramar felicidad y prosperidad, que, de algún modo, se conjugaría con la paz emocional.

A estas horas de la noche, solo podía recordar las palabras de Jean-Jaques Rousseau, en el famoso libro Emilio: ‘Amar a la humanidad es solo la coartada para no interesarse por su propio vecino’. En fin, ya era muy tarde y el cansancio me abatía. Era hora de dormir.

Pasó el tiempo y había llegado el tan esperado día del viaje. Me levanté bien temprano. Terminé de vestirlo a Brunito, desayunamos, coordiné con Analía los últimos detalles previos a nuestro encuentro en el aeropuerto. Mi madre me llevaría. Era el momento de comenzar nuestra travesía.

El camino al aeropuerto fue tranquilo, sin mucho tráfico. Brunito estaba tranquilo: estaba claro que no entendía cabalmente lo que estaba ocurriendo. Para él, era un viaje de paseo a un lugar lejano con la ‘tía Analía’. Solo había pedido muchos chocolates para el camino cuando se enteró que el viaje era largo.

Cuando llegamos, el aeropuerto internacional Ministro Pistarini se encontraba semivacío. Hacía tiempo que se habían reducido la cantidad de vuelos; como, por ejemplo, el destino a París, nuestra escala previa a Helsinki, que tenía una frecuencia semanal.

Algunos hacen referencia al cambio tecnológico – las reuniones de trabajo podrían hacerse a través de la virtualidad -, pero la realidad es que las restricciones a los viajes a países ‘enemigos políticos’ (cualquiera que fuera acusado de infringirle daños al gobierno de turno) y el fin de la clase media acomodada que podía viajar – ahora solo queda la elite rica y el ‘resto’ -, hicieron que la conexión Argentina con el mundo, desde hace varias décadas, se encuentre en una pendiente de constante decadencia.

En este sentido, era interesante recordar dónde se había ubicado históricamente, en términos geopolíticos, nuestro país. Generalmente – para no decir casi siempre – hemos estado en una especie de ‘tercera posición’, parafraseando al general Juan Domingo Perón. Un constante zigzagueo – desde las ‘dudas estratégicas’ ante la Segunda Guerra Mundial, hasta la vergonzosa venta de armas a Ecuador en la década de 1990 después de la ayuda peruana en la guerra por las Islas Malvinas -, las cuales, pecando de sinceridad, nunca nos habían dado resultados positivos.

Pero, además, a pesar de que estábamos lejos de los grandes teatros de operaciones de los conflictos internacionales - lo único realmente relevante fueron siempre los recursos naturales estratégicos del Polo Sur -, las peleas regionales entre las grandes potencias implicaron el involucramiento – directa o indirectamente – de prácticamente todos los actores estatales. Incluida la Argentina.

Analía ya estaba sentada esperando con sus valijas. Apenas me vio, se le iluminó la cara con una sonrisa. Nos abrazamos con fuerza y nos agarramos las manos. Era el momento. Despedimos a mi madre con un ‘hasta pronto’, y nos fuimos a presentarnos ante la aerolínea para despachar las valijas. Todo en orden. Era hora de embarcar.

En la cola para pasar migraciones, empecé a notarla tensa. “Estoy bastante nerviosa Juli, sabés que nunca hice un viaje en avión. Siempre fue un privilegio de los ricos. Es una mezcla de miedo a las alturas, con incertidumbre de lo que nos podemos encontrar cuando

lleguemos”, me dijo al darse cuenta que la miraba intentando descifrarla.

Entonces intenté empatizar buscando mostrarle mi complicidad. “Yo también es la primera vez que viajo en avión. Pero estoy tranquila, dicen que es el medio de transporte más seguro del mundo. Y más ahora, que estamos en un período de ‘relativa paz’. Además, allá todo va a estar perfecto. Es un lugar hermoso. No solo vamos a cumplir nuestro objetivo, sino que la vamos a pasar genial”, le respondí con una amplia sonrisa.

La verdad es que el viaje fue bastante placentero, y Brunito se portó relativamente bien por ser tan pequeño en un recorrido tan extenso (algunos autitos de juguete y un par de juegos de mesa fueron suficientes). Con Analía nos turnamos para cuidarlo; yo pude dormir alrededor de seis horas, Analía otras tantas.

Al llegar a nuestra escala, que iba a ser de aproximadamente dos horas, con Analía nos tomamos un aperitivo con unas galletas dulces. Brunito, por su parte, se ‘tragó’ rápidamente dos vasos de leche chocolatada que le compramos en una cafetería. Lo notaba feliz con la experiencia, y sentía que el vuelo no lo había perturbado tanto. Ahora serían unas pocas horas hasta nuestro destino final. Ya estábamos más cerca.

Al arribar al aeropuerto de Helsinki, nos encontramos con un escenario calmo. A esa tranquilidad se le adicionaba una impoluta amabilidad en la atención, tanto en migraciones, como para quienes nos explicaban con un pausado inglés como retirar las valijas y poder encausarnos hacia la salida.

Al salir del aeropuerto, sentimos un frío seco, con una temperatura que calculo se encontraba entre los doce o trece grados centígrados, pero que no era para nada molesta. Por su parte, el cielo se encontraba despejado; ideal para poder ampliar la visual y disfrutar al máximo los paisajes durante el viaje al pueblo.

Mientras buscaba la combinación de tren y autobús que había

anotado unos días antes de viajar – necesitaba ser planificadora, más aún con Brunito, en un país lejano, y con un idioma y una cultura totalmente desconocida -. “Juli, ¿vos pediste que nos vinieran a buscar?”, escuché la voz de Analía mientras miraba mi teléfono celular. “No, ¿por?”, le respondí sin levantar la vista. “Porque hay dos señores que tienen un cartel con nuestros nombres”.

Al levantar la vista, efectivamente estaban allí: uno vestido de elegante sport – camisa a rayas, pantalón azul, zapatos marrones al tono -, y otro de impecable traje negro. Cuando cruzamos miradas, el hombre de negro le susurró algo al otro y, lentamente, comenzaron a caminar hacia nosotros. Mientras tanto, Brunito jugaba con sus autitos de juguete en el cristalino suelo de mármol.

“Buenos días, ustedes son Julieta, Analía y Bruno, ¿no?”, nos dijo en un perfecto castellano-argentino. “Buenos días, si somos nosotros”, le respondí con algo de intriga. “Soy el Embajador Argentino en Finlandia, Román Alvarado, y él es chofer de la Embajada, Cristian Anujich”.

Ni Analía ni yo sabíamos que decir, no entendíamos que estaba ocurriendo. El Embajador se dio cuenta en seguida de nuestro estado atónito, por lo que volvió a tomar la palabra: “Estamos aquí porque desde la Cancillería me avisaron de su tan noble objeto. Queremos ser parte del mismo; al menos ayudar en lo que podamos. Por ello, les pongo a disposición uno de los dos vehículos que tenemos en la Embajada, para que los traslade directamente al pueblo donde van a pasar sus próximos días”.

Crucé miradas con Analía; ambas estábamos sorprendidas. ¿Cómo sabían que íbamos a estar allí ese día? O sea, el Gobierno había promovido su historia, pero luego había desistido – o, al menos, no había hecho eco – a brindarle ayuda financiera. Evidentemente, los servicios de inteligencia tenían toda la información. Y se ve que cuando revisaron nuestro cronograma de viaje y lo reportaron, a algún funcionario le llamó la atención, y entendió que podría sacar

rédito de ello. Personal o para el país, no lo sé.

No valía la pena preguntar por qué nos estaban esperando. Analía no estaba en condiciones de tomar una decisión – solo me observaba absorta y descolocada –, por lo que decidí hablar: “Le agradezco mucho señor Embajador, pero no lo quiero molestar. Con una combinación de tren y ómnibus llegaremos tranquilos. En serio, no se preocupe”.

“Mire Julieta”, replicó mientras respiraba hondo. Mientras me disponía a escucharlo, busqué rápidamente en el celular que el señor que estaba delante mío era realmente el Embajador. Después de lo que viví estos últimos tiempos, quedé muy desconfiada de todo. En este caso, efectivamente era él.

“No es un lugar lejano, pero tampoco cerca. Si salen ahora con el auto, llegarán a destino al atardecer. En serio, realmente no nos cuesta nada. Estamos para eso, para servir a nuestros conciudadanos en cualquier lugar del mundo que nos necesiten”.

Sentía que no estaba bien lo que nos estaba proponiendo. Una Embajada tiene que asistir a un compatriota que tiene un inconveniente en un país extranjero; no debería ‘prestar ayuda’ a quienes se podría decir, se encuentran en un viaje ‘de placer’. Recursos humanos, combustible, desgaste del automóvil. Claramente no correspondía.

Sin embargo, me tomé unos segundos y pensé en la comodidad del niño, en la seguridad de llegar bien y rápido a destino. Aunque no era lo más ético del mundo, seguramente no era la primera vez ni la última que lo harían. Esta forma de ‘mala administración de los recursos del Estado’, debe pasar todo el tiempo, en todo lugar.

“Perdona que me meta Juli. Yo digo que aceptemos. Mirá, no creo que sea algo tan malo. Además, mientras las Elites políticas se despilfarran millones en malversación de fondos para con ellos y beneficiando a las Elites económicas; esto eran migajas. Ni migajas, nada. Donde, quien dice, hasta el país pueda beneficiarse de algún

modo”. Me sorprendí que emitiera una opinión; pero, sobre todo, que fuera tan contundente. Estábamos alineadas. Ya no había nada más que discutir.

“Está bien Embajador, le agradezco una vez más por la deferencia. Es un viaje especial para nosotras y estamos muy contentas de estar acá; viéndolo de un modo pro-positivo, su ayuda nos envalecenta y nos da más fuerzas para hacer lo que sentimos: darle el reconocimiento necesario a nuestros familiares, que también son compatriotas caídos durante la gran guerra”.

El Embajador sonrió, y se acercó a darnos un beso de despedida a ambas. Luego acarició la cabeza de Brunito. “Disfruten su viaje y, ojalá, puedan cumplir su sueño. Quedo a disposición para lo que necesiten”. Entonces Cristian agarró las valijas más grandes y empezó a caminar hacia el estacionamiento. “Sígueme por favor, es aquella camioneta azul de allí. Nos acomodamos y salimos”.

El viaje fue hermoso. Los paisajes eran tranquilizadores. Bosques, llanuras, algunas colinas no muy altas. El verde se complementaba con el azul intenso de los lagos. Fueron unas horas maravillosas, solo interrumpidas por el aburrimiento de Brunito. Nada que unos juegos en el teléfono celular no puedan amainar.

A medida que trascurrían los kilómetros, me acordaba de anécdotas reconfortantes con Dani para contarle a Analía. Y cuando llegaba el turno de Javi, se me humedecían los ojos. Cada recuerdo, aunque sea relatado a través de una oralidad similar a los de la era bíblica, tenía ese gustito a ‘no sé qué’ de quien fue el primer ser amado. Quería gritar a los cuatro vientos que la vida de Javier había tenido sentido, que fue intensa, que seguramente había valido la pena hasta el último segundo.

Después de unas cuatro horas de viaje, llegamos al pueblo. Era una tarde nublada, bajo una especie de suave bruma pero que no generaba molestia visual. A pocas cuadras de la calle principal de ingreso, se encontraba la hostería que nos albergaría los próximos

días. “Disculpen chicas, pero la calle donde se ubica es demasiado angosta para ingresar. Las dejo en la esquina. Igualmente, como verán, no hay prácticamente gente en la calle. Así que podemos bajar las valijas tranquilos”, nos dijo con un tono monocorde Cristian.

Hombre de pocas palabras, durante el viaje nos comentó que había llegado a Finlandia hacía unos años siguiendo a una mujer finlandesa que estaba de vacaciones en Villa Carlos Paz, donde él residía y trabajaba como guía de turismo. No nos dijo nada sobre ella, ni porqué decidieron vivir en su país; solo que se separaron a los pocos meses llegar aquí.

‘Como no sabía hacer nada’ – según sus propias palabras -, se le ocurrió ir a la Embajada Argentina en Helsinki a ver si lo podían ayudar. Justo se había jubilado el chofer, así que lo tomaron. Y desde ese momento, trabaja conduciendo a los sucesivos Embajadores. Entiendo que tenía una personalidad ideal para ello: serio, discreto. Tampoco parecía tener muchas expectativas personales ni profesionales. Pero, lo más importante, se lo notaba leal.

Tardamos unos veinte minutos entre que sacamos las valijas del auto y entramos en la hostería. El lugar era muy acogedor, todo construido en pino. Un par de sillas con una pequeña mesa ratona, una especie de armario, un mostrador que dejaba entrever las piernas. Detrás, un hombre de unos sesenta años.

Cristian nos acompañó hasta adentro, con la idea de facilitar la comunicación. No era que dudaba de mi nivel de inglés, pero no era lo suficiente bueno como para mantener una conversación fluida. Y, sinceramente, no sabía cómo sería la comunicación con este hombre en Mohko, este pueblo tan alejado ubicado a unos pocos kilómetros de la frontera rusa.

“Su nombre es Heikki. Me dice que sabe lo básico de inglés, pero que se van a entender. Ya las estaba esperando; sabía que vendrían dos mujeres y un pequeño niño desde Argentina. Por eso les dejó unos chocolates de bienvenida sobre sus camas, y tiene preparada

una cena típica local en el salón aquí contiguo. Espera que se sientan como en su casa”, nos comentó Cristian, mientras Heikki nos hacía una sonrisa acompañado con un ademán de bienvenida. Le agradecí inmediatamente con mi mejor inglés posible, y en seguida se ofreció a acompañarnos a la habitación.

“Le agradecemos encarecidamente todo lo que hizo por nosotros Cristian, ha sido de una gran ayuda”. “Por favor señorita, es mi deber. Le deseo lo mejor, y, como le dijo el Embajador, quedamos a su disposición”, nos respondió mientras me daba una tarjeta con sus datos personales y los de la Embajada. Rompimos el ‘protocolo’ y, tanto Analía como yo, le dimos un cálido abrazo. Se ve que ello lo relajó y se despidió haciéndole upa a Brunito, antes de marcharse.

Subimos cuidadosamente por unas escaleras dos pisos. En el primero había seis habitaciones, en el segundo cinco. Mientras avanzábamos atentos a que Brunito no se cayera por el amplio espacio que había entre cada barrote, Heikki nos contó que era el dueño de la hostería, y que lo había inaugurado hacía veintiocho años.

Al llegar, abrió la puerta de madera con una llave antigua, de esas con varias herraduras que se utilizaban comúnmente en la primera mitad del siglo XX. Nos mostró ligeramente la habitación, la cual contaba con comodidades acordes para tres personas. Le pedí que me esperara un minuto, así controlaba que el televisor y el aire-acondicionado frío/calor funcionaran, y que el agua fría y caliente del lavamanos y la ducha fluyeran correctamente. Al comprobar que todo estaba bien, Heikki dispuso a retirarse.

Sin embargo, apenas agarró el picaporte, desistió en girarlo, y se dio media vuelta para dirigirse nuevamente a nosotras: “Ah, antes que me olvide, la Embajada de su país en Helsinki les contrató un guía que los va a llevar al lugar donde tienen que ir. Los espera en el hall bien temprano; mañana a las nueve en punto me dijo que los pasaba a buscar. El desayuno va a estar a partir de las siete. Igualmente, los espero hoy a las ocho de la noche para cenar”.

Todo estaba saliendo mejor de lo planeado. En el avión estaba preocupada por todo lo que iba a tener que hacer una vez que arribáramos a Finlandia. Realmente era un alivio saber que no me tendría que ocupar de toda la burocracia logística, sobre todo en mi primer viaje al exterior y en un país tan diferente en tantas cuestiones. Más tarde le escribiría al Embajador para agradecerle nuevamente por todo lo que había hecho por nosotros.

Después de agradecerle nuevamente, nos dispusimos a acomodarnos. Eran tres camas, enfrentadas a una mesa que contaba con una televisión, una silla de costado, y un anotador con una lapicera. En el vértice derecho de la mesa, una biblia. Me extrañó: por eso, luego de acomodar la ropa, me detuve en ella. En la primera página, había una reflexión interesante para el lector: ‘Sea este testamento el fiel reflejo de la lucha contra el comunismo; que, aunque lo quiso, nunca pudo matar la fe’.

Entiendo que esta frase implica una caída del principio de autoridad basado en el rechazo de principios racionales y científico – y yo le agregaría morales –, muchas veces con el argumento que son solo verdades relativas y que, por esa razón, suponen el derecho de no aceptarlas u oponerse invariablemente a ellas. El objetivo: moldear la manera de ‘llegar’ al espíritu y la autoestima del individuo.

Recuerdo en mis clases de historia económica mundial cuando la profesora se refería a la ex premier británica, la ‘dama de hierro’ Margaret Thatcher, quien sostenía que lo importante era cambiar el enfoque, la visión del individuo. Modificar la economía solo era el medio, el método; el objetivo final era el corazón y el alma de los individuos.

En Occidente, ello nos llevó a una condición civilizatoria que fue mostrando con el correr de los años la abolición progresiva de todo cimiento común; un hormigueo de seres esparcidos bajo una lógica de responsabilidad individual, los cuales se volvieron incapaces de anudar entre ellos lazos constructivos y duraderos, para hacer

prevalecer reivindicaciones prioritariamente desplegadas sobre sus propias biografías y condiciones.

Por ende, y ello es lo más extraño, en la lucha contra el socialismo todo terminó siendo contrario de lo que propagaron históricamente los credos que pisaron fuerte en el mundo Occidental: una fe que ya no es para el colectivo, ni tampoco es caritativa. Es, simplemente, para beneficio propio. Que no es, precisamente, la enseñanza que yo quería para Brunito.

“El hotel parece estar lindo, ¿no?”, le pregunté como para sacar algún tema de conversación, al verla visiblemente incómoda. “Parece que si Juli, te agradezco por haberte ocupado de todo; igualmente mucho no lo estoy pudiendo disfrutar. No te voy a mentir: me siento un poco agobiada, son muchas cosas nuevas y se me vienen muchos recuerdos a la mente, no sé cómo explicarlo”.

Entonces le dije que se relajara, se quitara los zapatos, se acostara y moviera los pies suavemente, de un lado hacia el otro. Me hizo caso; en el mientras tanto, observaba como jugaba Brunito en la habitación. Unos minutos más tarde, cerró los ojos. No dormía, ya que cada tanto me comentaba algo en relación a la ropa que había traído para su estadía en Finlandia. Pero entiendo que, evitando la luz que provenía de la lámpara de cristal ubicada en el techo a dos aguas, era una forma de descansar.

“¿Te parece ir a dar una vuelta?”, me preguntó Analía una vez que finalicé de desempacar y acomodar en los armarios todo lo que habíamos traído en las valijas. Tenía todavía los ojos brillosos, pero ya se la notaba más calmada. “Dale, si te parece vamos a dar una vuelta por la zona, y después volvemos para cenar. De paso, por ahí encontramos algún espacio lindo al aire libre para que Brunito pueda jugar”.

Caminamos unas cuadras hacia la derecha, para luego retornar e ir en sentido opuesto. Se notaba que el pueblo no era tan pequeño, pero tampoco le daría el mote de ciudad. Calles calmas, algunas

de piedras. Casas bajas en su mayoría, algunas muy coloridas. Casi todas las ventanas que observamos eran muy tupidas, con flores de todo tipo.

Los aislados autos que vimos, marchaban bastante despacio, como paseando displicentemente. No había colectivos o micros; si algunas camionetas tipo Van. Y me sorprendió, sobre todo, la poca gente que había caminando. De las tres personas que nos cruzamos, dos nos miraron con extrañeza desde una distancia prudencial. La más joven – ya que las otras eran personas mayores –, directamente nos ignoró.

A la hora ya estábamos de regreso en la hostería. Se notaba nuestro cansancio: en cada uno de los poros de nuestra piel, sentíamos la transpiración de un día movido. Se bañó primero Analía, y luego lo bañé a Brunito antes de darme una ducha.

Las gotas que corrían por mi rostro eran refrescantes. Y me sentía aliviada de darme cuenta donde había llegado: costó, pero creo que el esfuerzo está valiendo la pena. Y, para ser sincera, hasta el momento, todo había salido bastante bien. Ojalá todo siga así.

A las ocho en punto bajamos a cenar al comedor como nos dijo Heikki. Había seis mesas, todas vacías. Una sola tenía la vajilla preparada. Todo era muy sencillo: como el resto de la hostería, todo era de madera antigua, sin mantel. Tres juegos de cubiertos, vasos – dos de vidrio y uno de plástico para mi hijo –, servilletas individuales y una jarra de agua.

“Le agradezco por la invitación y deferencia de atendernos. Encima estuvo muy atento y puso un vaso de plástico para Brunito”, le comenté a Heikki apenas lo vi ingresar por la puerta. “No es nada. Esta primera cena de bienvenida corre por mi cuenta. Me han contado un poco de su historia y creo que es muy loable lo que van a hacer”, me respondió, mientras buscaba una silla de la mesa contigua y la acercaba al vértice de la nuestra.

Antes que pudiera decirle algo, se dirigió hacia la cocina, la cual

se encontraba detrás de una puerta doble al fondo. A los pocos minutos volvió con dos grandes fuentes, una en cada mano. A medida que se iba acercando, se observaba un humo espeso que iba subiendo lentamente por el centro de las mismas. Cuando las apoyó en el centro de la mesa, el calor que emanaban ya nos abrazaba a todos.

“¡Que buena pinta tiene!”, exclamó Analía, mientras miraba con ansiosa atención la comida. En la fuente más grande, había una especie de carne de ciervo, cubierta con una salsa de tomates y cebolla. En la otra, papas, batatas rústicas, y en el centro un puré de calabaza.

“Es una comida autóctona, muy nuestra. Es más, este tipo de animales, que solo se encuentran aquí, están protegidos hace varias décadas. La verdad no entiendo el actual porqué; se han reproducido de a cientos en la región, inclusive perjudicando ciertas cosechas importantes para nuestro pueblo. Pero la sociedad protectora tiene mucho poder de lobby y se ha vuelto renuente a discutir algún tipo de ‘cuotas de caza’”.

Más allá de este caso en particular, el cuidado del Medio Ambiente fue siempre algo que me interesó: ayudar a conservar los recursos naturales, ser eficiente con el agua y los residuos, trabajar sobre las energías renovables, entre otros.

Sin embargo, también entiendo a la otra vertiente del socialismo; aquella que sostiene que el tratamiento de este tipo de temas desvían la atención de lo que debería ser más importante: la lucha de clases. Centrado, principalmente, en la pelea entre la casta que conforman las elites, y el resto de la sociedad.

En este sentido, algunos teóricos sostienen que no se puede sostener al mismo tiempo el estadio de convulsión sistémica, con el conflicto en acción. Todo tendría su tiempo: una vez asentadas las bases de una metanarrativa cuestionadora de los privilegios para con un sistema más justo y razonable, recién ahí se podría trabajar en un reclamo de eficiencia y de protección de una temática particular, como es el caso del Medio Ambiente.

Yo no estoy tan de acuerdo: creo que deben poder conjugarse ambas cuestiones al mismo tiempo. En este aspecto, entiendo que se tiene que generar una disputa programática en términos políticos, y, a la vez, pelear por conseguir objetivos concretos; esto es, traducir el descontento y la movilización del conflicto desde lo general – lo que podríamos sostener es lo primariamente relevante - a lo particular, sin ningún tipo de demora.

Pero bueno, este es otro momento histórico, donde tanto Oriente como Occidente se encuentran en un proceso de pacificación y construcción interno: consolidar sus modelos socio-económicos y políticos dentro de sus esferas de influencia, sin confrontar – ni entrometerse -, con lo que ocurre del ‘otro lado del muro’. Lejos entonces estamos de dar esta discusión filosófica de ‘Prioridades socialistas y Medio Ambiente’ en Occidente.

Luego de disfrutar la cena mientras conversábamos de temas banales – como es Argentina, que actividades suelen hacer en Finlandia, etc. -, le agradecemos nuevamente la hospitalidad y nos fuimos a la habitación. Pusimos el despertador a las siete y treinta, para levantarnos con tiempo. El cansancio era demasiado para hacer algo más antes de fundirnos en un sueño profundo.

No fue necesario esperar el despertador: a las siete en punto tocaron la puerta. Era una señora mayor que nos traía un rico y abundante desayuno. Huevos revueltos, tocino, pan tostado con café y jugo de naranja. Nos dejó todo sobre un enorme carro de acero, con toda la vajilla correspondiente. No hablaba una palabra en inglés, pero creo que comprendió nuestro ademán de agradecimiento cuando inclinamos nuestras cabezas.

Brunito estaba bien, contento. Un paisaje nuevo siempre es llamativo para los pequeños. Además, habíamos ido solo una vez de vacaciones previamente desde que nació - un camping ubicado en un pueblo cercano a Mercedes, en la Provincia de Buenos Aires -, la comida finlandesa le era muy sabrosa, y se sorprendía al escuchar un

idioma diferente. Toda una experiencia reveladora.

Nos cambiamos, nos aseamos, y a las nueve menos cuarto estábamos en el hall de la hostería. Nueve en punto, haciendo honor a la seriedad nórdica, un hombre joven ingresó por la puerta. “¿Ustedes son Julieta y Analía?”, nos preguntó protocolarmente, sabiendo ya la respuesta afirmativa de antemano. No era un inglés puro, británico, sino más bien sonaba como si fuera del sur profundo de los Estados Unidos. Como con Heikki, le dije a Analía que se quedara tranquila, que le iba a oficiar de traductora, con el objetivo que no se pierda nada importante del viaje.

Asentimos con nuestras cabezas. “Si están listas, por favor acompañenme al auto, así las llevo a nuestro destino. Mi nombre es Robert”. Brunito, de repente, se acercó a su pierna y la rodeó con sus brazos. Muy dulcemente, Robert le acarició su cabeza.

“Su nombre es Bruno, pero le decimos por su diminutivo, Brunito”. “Hola Brunito”, le habló mientras lo miraba con ternura. “Tenés un hermoso nombre, aunque un poco difícil de pronunciar para mí”. En ese momento, con Analía esbozamos una tenue sonrisa. El respeto y la amabilidad nos estaban allanando el camino.

“El auto se encuentra a unos cien metros; sino lo hicieron, por favor tráiganse botellas de agua para hidratarse”. Le agradecí la sugerencia; igualmente, ya tenía preparada una mochila con comida, bebida, protector solar y repelente para la travesía. Con un niño, no se puede improvisar. Es mejor que nada quede al azar.

Nos abrió gentilmente la puerta, y ayudó a subir a Brunito. Él con Analía iban atrás, mientras yo iba de acompañante del conductor. “Son solo unos quince minutos de viaje, iremos hacia el otro lado del pueblo, en las afueras. Luego nos adentraremos en el pequeño bosque que se encuentra contiguo al campo que atraviesa el camino”.

“Robert, ¿puedo preguntarte de dónde sos? Por supuesto no te quiero molestar, no tienes compromiso en responder”. Quería empa-

parme de todo lo que pudiera; cada conversación, cada paisaje, cada monumento, era un aprendizaje. Sentía que debía aprovechar cada minuto del viaje. Un recuerdo que, estaba segura, lo llevaría en mis retinas toda la vida.

“No hay problema Julieta. Soy de Alabama, del sur de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero estoy aquí desde que finalizó la guerra. Vine como soldado para luchar y me quedé a vivir. Ahora me dedico a ser ‘tours’ para gente como ustedes, que intentan entender que ocurrió con sus seres queridos, como así también otras personas interesadas por los temas de geopolítica en general, inclusive sobre cuestiones militares tácticas y operativas. Por supuesto, no todo el tiempo surge este tipo de trabajos; por ello también tengo una pequeña huerta donde poseo distintos cultivos que me permiten vivir un poco mejor. Ah, además hago trabajos de herrería”.

Me interesaba su historia personal y quería hacerle algunas preguntas, pero lo veía tan compenetrado que preferí no interrumpirlo. “Cuando se comunicaron de la embajada de ustedes conmigo, enseguida busqué toda la información que pude sobre sus familiares. Solo pude acceder a fuentes abiertas; conseguí algo más de Daniel, pero me fue muy complicado encontrar información de Javier. Hay mucha celosía desde Oriente”. No me sorprendía. La geografía era relevante y, claramente, estar del lado Occidental de la ‘cortina de hierro’ no ayudaba para con la obtención de más detalles sobre el transcurso de la estadía de Javi en Finlandia.

Analía solo miraba fijamente por la ventana. Brunito estaba fascinado con la flora, los animalitos pequeños que se nos cruzaban, la versatilidad de los pájaros para moverse en la arboleda. “Ya estamos cerca, cuando nos adentremos por este camino en el bosque, son unos doscientos metros para llegar a destino”, nos dijo Robert luego de transcurridos más o menos los quince minutos que nos había anticipado.

Después de un corto recorrido bajo una espesa arboleda, Robert

detuvo el auto. Frente nuestro, había un espacio importante, vacío, de unos veinte metros de diámetros. Lo notaba bastante rocoso para lo que era la zona. Los rayos de sol impactaban con fuerza desde el cielo despejado.

“Es por aquí, síganme”, nos dijo Robert mientras apagaba el motor. Bajamos con cuidado, sobre todo teniendo mucha precaución que Brunito no se tropiece con alguna piedra, o se caiga en algún desnivel. Apenas descendimos, le puse protector solar. “En un rato nos colocamos repelente mi amor, no quiero que te piquen los mosquitos”.

Su beso en mi mejilla derecha mientras me abrazaba, era todo lo que necesitaba para energizarme. Sabía que, en pocos minutos, estaba a punto de vivir un momento especial, anhelado. Quería aprovecharlo al máximo; y, para ello, tenía que sentirme bien, feliz, con fuerzas.

Luego de caminar unos setenta metros, Robert se detuvo bajo una zona arbolada que cobijaba un espacio barroso y rocoso, prácticamente sin pasto, que abarcaba un radio de unos diez metros cuadrados. “Hay varias historias sobre los combates que hubo en esta zona, entre ellos el de sus familiares. No puedo decirle con exactitud cómo fue la batalla que los involucró; pero si les afirmo que fue aquí, ya que es el lugar donde se encuentran enterrados sus cuerpos”. Su relato era pausado, sentido. Luego hizo un silencio, como esperando alguna pregunta de nuestra parte. Pero solo queríamos escuchar.

“Tiempo después, una vez que se retiró el ejército de Oriente, se encontró sangre en algunos árboles. También por aquí, en estos sectores donde hay tierra en el suelo. En este mismo lugar es donde, por pruebas de ADN, pudieron confirmar que estuvo Daniel. Hace unos meses, luego de que un equipo de profesionales excavara la zona, se encontraron sus restos”. Mi corazón se empezaba a acelerar. En mi imaginación, podía observar, como en una película, aquellos momentos finales de su vida.

“También identificaron otros cuerpos desmembrados; uno de ellos con un patrón genético similar, pero que no se encontraba en la base de datos de Occidente. Solo por noticias de medios de comunicación denominados ‘canales no formales’, se supo que había muerto otro argentino en esta zona, probablemente durante la misma batalla. Entonces teníamos a dos argentinos, con un patrón genético similar, peleando al mismo tiempo. Pero en bandos contrarios. Por eso se cree que la otra persona era Javier. No les puedo dar más precisiones que esto que les estoy contando. Es todo lo que se”.

Yo me largué a llorar desconsoladamente. Es como que descargué toda la angustia contenida por años. Pensé en Dani y Javi, en mi corta historia de amor, en Brunito, quien jugaba inocentemente a perseguir mariposas.

En seguida sentí el brazo de Analía recorriendo mi espalda; el estar juntas en este momento era una caricia al alma. Ella, aunque con mayor templanza, también dejaba caer unas lágrimas por sus mejillas. Robert, mientras tanto, solo atinaba a observarnos y respetar este momento tan especial.

Luego de un par de minutos, logré tranquilizarme. Analía se sentó sobre una roca plana; el calor y el momento requerían un descanso. “No me gusta entrometerme, pero si ustedes quieren contarme, me interesaría saber quiénes son estos soldados, que representan para ustedes”, nos preguntó Robert, al tiempo que nos alcanzaba las botellas de agua que teníamos en nuestras mochilas.

“Son mis hijos”, respondió Analía inmediatamente, con una desinhibición propia de alguien que necesitaba sacar lo que tenía guardado muy adentro. Fue una frase entonada con fuerza, segura de quien sabía bien quien era y a que había venido. Entonces sentí que era la primera vez, desde que nos subimos al avión, que ella me sostenía a mí emocionalmente.

Robert abrió los ojos con razonable extrañeza. “Dame un minuto que me componga y te cuento la historia completa”. También bus-

qué una piedra lo suficientemente lisa y horizontal para apoyarme. Al encontrarla unos metros hacia la izquierda, me acomodé estirando ambas piernas en toda su extensión; el relato ameritaba la mayor comodidad y relajación posible.

“Te dejo que le cuentes la historia vos Juli. Me voy a jugar un poco con Brunito que ya lo veo inquieto. Con permiso”, nos dijo Analía. Una vez que se fue, le conté a Robert, lo más detalladamente posible dentro de lo que conocía, la historia de Javi y Dani.

“Guau, es una historia increíble. Encima la política tiene un rol fundamental. En mi caso, siempre me fascinaron las peleas ideológicas y, durante toda mi vida, traté de entender y ponerme en el lugar del otro; aunque, debo reconocer, que en muchas ocasiones me cuesta. Más cuando veía a mis enemigos en el campo de batalla como socialistas que debíamos exterminar”. Su rostro había mutado. Se le notaba la rabia, lo difícil que había sido vivir un momento tan violento, con tantas contradicciones.

“El odio se exacerbaba con cada batalla que pasaba; y, por supuesto, me era muy difícil abstraerme. Aunque ahora, ya con el paso del tiempo, tengo las herramientas para poner una distancia prudencial a los acontecimientos que ocurrieron durante una triste coyuntura histórica para mi vida. Creo que estoy en condiciones de hacer una análisis más frío y racional”, concluyó.

Las últimas palabras de Robert me hicieron pensar. Cuando, en 1953, Zhou Enlay, entonces Primer Ministro Chino, se encontraba en Ginebra para las negociaciones de paz que pondrían fin a la guerra de Corea, un periodista francés le preguntó qué pensaba de la Revolución Francesa. Zhou le respondió que todavía era demasiado pronto para dar una respuesta.

Las guerras mediáticas modernas encuentran su campo de batalla, entre otros, en la enorme capacidad de descontextualizar lo más obvio y revestir los intereses del poder con piel de víctima, intercambiando relatos coyunturales históricos según la necesidad

política. En este sentido, creo que es vital comprender que cuando la libertad del individuo está gobernada por lo externo, los deseos e impulsos suelen ser expresados sin reflexión, arbitrariamente.

De ahí que la verdadera libertad es autoconsciente, que se va depurando con la autocrítica. Entonces hay que dejarla fluir, hay que respetarla. Al respecto, hay una hermosa frase de Rosa Luxemburgo: “La libertad es siempre la libertad del que piensa diferente”. Estudiar, pensar, vivenciar. Todo ello, en conjunción, permite cambiar, buscar ser mejor persona. Y creo que Robert me quería decir que hace tiempo viene buscando ese camino.

“La paz que encontré aquí me hizo reflexionar más profundamente, filosóficamente si se quiere, sobre las bases morales sobre las que nos sostenemos como sociedad global”, continuó. Entonces le dije que me contara lo que quisiera, lo que le saliera, lo que creyera conveniente. Que no fuerce una conversación que lo incomode. Era un tema difícil, recién nos conocíamos.

“Está bien, me gusta hablar, abrirme. Por eso te soy sincero: el también ser un soldado clonado, me acercó a pensar sobre esta dicotomía entre el bien y el mal. Al principio pensaba porqué yo tenía que realmente venir a pelear esta guerra. ¿Era justo que los humanos ‘naturales’ continuaran su vida como si nada, a miles de kilómetros de aquí, y yo, que casi pierdo el páncreas por una herida de bala, y tengo dolores de cabeza frecuentes como consecuencia del stress post traumático que me ocasionó el conflicto – sin mencionar la cantidad de amigos y conocidos muertos en combate -, debo olvidarme de lo ocurrido y seguir adelante? ¿Por qué ellos no vivieron lo mismo que yo, si supuestamente la victoria era por la democracia y la república mundial, y el futuro de paz y prosperidad de todos los niños estadounidenses?”.

Observé como sus labios se apretaban con bronca. Pero más que molesto, se lo notaba triste. No caben dudas que vivenció diversas formas sutiles de dominio utilizadas por el poder. Le impusieron

ideales de consumo, riqueza y libertad individual como fines supremos de la vida humana, haciendo que los mismos funcionaran como una exigencia para él.

Pero finalmente, parece que Robert se libró de las cadenas, de aquellas concepciones que habían devenido imperativos; aquellas formas que lo habían atrapado, coaccionado para con la búsqueda ilimitada de un círculo vicioso de apropiación y acumulación.

El odio, la adquisición de bienes materiales, el rendimiento ilimitado, el egoísmo, el narcisismo y la obediencia inconsciente constituyeron modos de satisfacción propios de su vida pasada. Ahora buscaba otra cosa, necesitaba otra cosa. Un espacio donde la ética y la moral tomaran la delantera, dejando atrás la confusión y el sado-masiquismo de la autoculpa permanente.

Robert entendió que tanto las desigualdades socio-económicas, como los diferenciales de trato entre los nacidos naturalmente y los seres humanos clonados - listos para ser funcionales, serviles para con la guerra, entre tantas otras cuestiones -, no eran parte del devenir natural de la vida humana; sino que, contrariamente, habían sido contruidos y desarrollados conscientemente por los grupos de poder dominantes, cuyo objetivo fue siempre – entiendo yo que tanto en Occidente como en Oriente – el de perpetuarse en el poder.

“Bueno, entonces ahora que ya estamos aquí, cuéntenme exactamente que desean hacer, que tienen en mente”, preguntó Robert. “Queremos poner sus tumbas. Que todos sepan que están aquí, y que sus familiares y amigos, siempre tengan un lugar para recordarlos”, afirmó Analía.

“Además, pensamos una idea disruptiva, sustanciosa en términos de enseñanza: hacer algún tipo de monumento o estatua que represente el conflicto, pero también la hermandad que unía a dos combatientes rivales, a sabiendas que se vivía bajo un escenario donde reinaba la desidia, lo absurdo de la guerra, la muerte. Algo que represente fielmente aquel contexto histórico; y que, sobre todo, nos

deje esperanza, una prospectiva de un mundo mejor”.

“¿Qué se te ocurre?”, deslizó Robert, con cierto rostro de asombro. “No lo sé exactamente. Podría ser una estatua con las caras de Dani y Javi, cada uno con su uniforme militar del bando que representaba, pero no en posición de combate. Estaría bueno que estén abrazados, puede ser arrodillados en el piso, habría que pensarlo. Pero como les dije antes, tiene que ser simbólico, testimoniar algo. Que no quede simplemente en un recuerdo para la memoria familiar”.

“¡Excelente idea! ¡Me encanta! Miren, conozco un escultor muy bueno en una ciudad no muy lejos de aquí, serán unos treinta kilómetros. Y yo me doy maña para todo lo que es manual, así que me comprometo a ayudarlas. Será un placer y un honor para tan noble gesto”.

Luego Robert nos dijo que él mismo pediría el permiso correspondiente a las autoridades municipales. “No creo que haya inconvenientes; igualmente, por favor hablen ustedes con el Embajador de Argentina para también pedir su visto bueno. Entiendo que es necesario. Es siempre mejor hacer las cosas prolijamente: el conflicto bélico es relativamente reciente, y todavía se encuentra bien impregnado en la memoria colectiva. Cualquier tema que involucre relaciones bilaterales, de cualquier tipo, se tiene que tratar con mucho cuidado”, sentenció con una seriedad que desconocíamos de él hasta el momento.

Ambas sonreímos tibiamente; y creo que Robert se dio cuenta de nuestra alegría. “Mami, ¿falta mucho?”, me dijo Brunito mirándome fijamente a los ojos mientras me agarraba la falda. Ya estaba impaciente, había sido ya mucha aventura nueva para él. Era hora de volver hacia el auto.

Apenas lo ayudó a subir a Brunito a su asiento, y antes de que nos acomodáramos y prendiera el motor, Robert realizó un lento suspiro: “¿Quieren ir a almorzar a casa? Tengo unas ricas pastas; son una

especie de raviolones de salmón que les van a encantar, sobre todo a mi pequeño amiguito”, esbozó con seguridad.

Intercambiamos miradas con Analía; hubo un rápido consenso de aceptación. Entonces le asentí a Robert suavemente con la cabeza, para, sencillamente, recibir de su parte una cálida sonrisa.

Hubo unos minutos de silencio. Por mi parte, no solo disfrutaba del paisaje: estaba contenta por cómo iba todo, por la gente noble que estábamos conociendo en este recorrido por un mundo inhóspito para Analía y para mí.

Y además estaba Robert: un hombre joven, afable, de tupida cabellera rubia, pómulos prominentes, ojos verdes saltones, y una vestimenta casual pero prolija – con un estilo muy baqueano –, que me generaba simpatía y confianza. “Con todo respeto, y cambiando mi rol de entrevistada a entrevistadora, puedo yo preguntarte por qué no volviste a los Estados Unidos. Por supuesto, no tenés obligación de contestarme Robert”. Me miró y se sonrió. Por mi parte, sentía una buena vibración entre nosotros.

“No hay problema Juli, con gusto te voy a contestar”, me respondió mientras se acomodaba torneando su espalda en el asiento del auto. “Voy a tratar de ser breve para no aburrirlas. Por un lado, no quise volver al país que me trató como un ciudadano de segunda, me envió a la guerra simplemente como si fuera un mero experimento, una ‘rata de laboratorio clonado’, sin importar mis pensamientos, mis posicionamientos y aptitudes para la guerra, el sufrimiento de mi familia”. Su voz y su rostro denotaban claramente la rabia que llevaba consigo, impregnada en su piel.

“Peor aún; esto último a sabiendas que habían permitido mi gestión firmando un preacuerdo de excepcionalidad en el cual, por mi condición de tener predisposición genética a cierto nivel de autismo – que al final, por suerte, terminó siendo muy leve y me permite tener una vida normal –, podían, en caso de que surja la necesidad de ir a la guerra, no tener mi disponibilidad total. Pero cuando llegó

el momento de ir al frente, no quisieron aceptar que, aunque llevaba una vida sin limitaciones, los daños psíquicos que causa un conflicto bélico podían disparar una crisis neurótica irreversible. No les interesó, y me enviaron igual. A mí y a todos los clonados, cualesquiera era su condición”.

Mientras agarraba su botella para tomar un trago de agua, con Analía aprovechamos a cruzar miradas. Ambas estábamos sorprendidas por el relato, las similitudes con lo que había ocurrido en Argentina. Yo, además, recordaba específicamente mis clases sobre los Estados Unidos: principalmente su lucha para no perder una posición de preeminencia o liderazgo debido a los dilemas internos. Aunque, como decía una vieja profesora, “en América puedes cambiar de partido, pero no puedes cambiar las políticas impuestas por las Elites”.

En este sentido, era apasionante como su modelo denominado de ‘democracia liberal’ era, en realidad, una plutocracia, donde las elites económicas son la minoría protegida de un imperio privado, una organización fundamentalmente militar cuya única ética es el poder y la violencia. Que, además, conlleva un mecanismo ideológico y psicológico que no existe para proteger a la ciudadanía, sino para controlarla. Y si a ello le adicionamos la supremacía de un nihilismo imperial expresado en la obsesión por la guerra infinita, no es de extrañar que las elites estadounidenses sean las líderes adalides de la codicia masiva que rige la totalidad del gran imperio occidental.

“El otro tema es el cambio tecnológico que ocurrió en mi país. Cuando nos comunicábamos durante la etapa de la guerra, me decían que allí la cuestión cada día se profundizaba para peor, aunque ya el problema venía hacia rato ¿En qué sentido? La tecnología, las máquinas, desplazaron a las personas en la mayoría de los trabajos. Los únicos que se salvan son la Elite política y económica dominante de siempre, que manejan los hilos del país a su antojo. Tienen como soporte un grupo de hiper-profesionales serviles, que, con sus

conocimientos técnicos y financieros, les proveen a los ricos lo que necesitan. Y para el resto, nada. Ciudadanos de segunda y tercera que nos llevamos las migajas, solo para sobrevivir”.

Cada palabra de Robert era una verdad revelada. No de los Estados Unidos de Norteamérica o de Argentina; sino del mundo. O al menos del mundo Occidental que yo había estudiado.

A pesar de ser más productivos que nunca, los salarios de los trabajadores llevan décadas de estancamiento. Y las grandes corporaciones se llevan el excedente, buscando denodadamente mecanismos de evasión y elusión. Y ahora, además, hay que adicionarle que diariamente se eliminan miles de puestos de trabajo, los servicios se vuelven más precarios, y las vidas de las mayorías se tornan más difíciles e inseguras.

Me acuerdo que, en una clase de economía internacional, un compañero había preguntado por qué no se creaba un impuesto sobre la producción de robots a escala, lo que podría generar ingresos para financiar nuevos bienes públicos y servicios universales, con el objetivo de contrarrestar los efectos negativos que genera la automatización. En aquel momento, se hizo un silencio de radio, acompañado por una sonrisa socarrona, por parte del profesor. Evidentemente, las respuestas éticas no son las que desean escuchar los dueños del gran capital en Occidente.

Lo importante para el gran capital es maximizar las ventas con los menores costos posibles, siendo la tecnología fundamental para disminuir el ‘costo del trabajo’. Pero ello debe ser logrado con un fino, quirúrgico equilibrio, ya que de la capacidad consumo de los trabajadores y los Pymes, depende que se pueda mantener a flote el sistema con una rentabilidad aceptable para alguna burguesía y ciertos profesionales ejecutivos que puedan traccionar y mantener ‘moralmente’ el estatus-quo.

Por el contrario, para las clases dominantes, la política tecnológica y económica es a menudo una cuestión estética, sin efectos reales

en sus vidas: ellos tienen una manera de pensarse, una manera de ver el mundo, de construirse como individuos, abstraídas de cualquier efecto de políticas determinante para con su quehacer diario. Para las elites no existe una cuestión de desgaste, de pérdida, de ‘remar contra la corriente’, como lo es para la mayor parte de la sociedad. Tanto en la Argentina, como en los Estados Unidos, ello estaba más que claro.

No tardamos mucho en llegar al pueblo. Ya reconocía algunas calles, a las cuales notaba un poco más animadas, que el día anterior. “Bueno, ya falta poco para llegar a casa. Para no excederme en la generalidad de los detalles, y volviendo a mi caso particular, no quise vivir más desempleado en una ciudad alocada, una jungla cimentada bajo parámetros de codicia y acumulación desmedida, sin ningún tipo de apreciación de la naturaleza”, continuó Robert mientras zigzagueaba para llegar a su hogar.

“Quería un tipo de vida más pura, alejada del consumo por el consumo mismo. Miren por ejemplo esa hermosa arboleda, acompañada por pájaros y otros hermosos animales que disfrutaban del aire libre, prácticamente sin contaminación alguna”. No necesitaba explicar más nada. Más allá de los gustos personales, la tranquilidad de lo natural emanaba por los poros de cada casa, de cada esquina.

“Aquí, en donde en algún momento combatí por mi vida, encontré la paz, la felicidad y el sosiego necesario para reencausarme. Sin prejuizgamientos por ‘haber sido un clon’, y con muchas ganas de hacer cosas que me dan placer. El individuo alienado por dinero, por la producción dirigida a producir valor de cambio, y sometido a la deshumanizada mercantilización de las relaciones humanas, es, decididamente, parte del pasado de mi vida”. Sus palabras no dejaban de sorprenderme: un discurso propio de un oriental, por parte de un ex soldado de occidente.

“¿Pero disculpame, pudiste volver a ver a tu familia después de la guerra?, le preguntó Analía, explicitando esa valoración de lo fami-

liar propia del argentino – y más aún por su historia personal -. Por supuesto, ella no sabía que esta diatriba cultural no siempre suele ser apropiada para ser transpolada proporcionalmente a otras latitudes.

“Sí, claro. Volví, estuve un tiempo con ellos. Es más, conseguí un trabajo en una fábrica del padre de un amigo. Éramos proveedores de una empresa de guerra muy importante. Pero como les comenté previamente con respecto al tema tecnológico, generaron no sé qué tipo de proceso con inteligencia artificial y desistieron de nosotros como compañía tercerizada”.

La realidad es que en ninguna parte del mundo existía un verdadero marco regulatorio para mitigar los efectos negativos sobre los trabajadores derivado de los cambios tecnológicos. Es más, hasta la misma inteligencia artificial había sido subyugada al ‘capitalismo racionalizado’, máxime habiendo desaparecido en Occidente el peligro de los regímenes socialistas.

Ello no era un tema menor, ya que la inteligencia artificial permanecía bajo control de las fuerzas del mercado; como consecuencia, había desembocado, de forma inexorable, en un mega-rico oligopolio de datos de multimillonarios que cosechaban la riqueza creada por los robots que a su vez habían desplazado previamente a la mano de obra, dejando a su paso un masivo proceso de desempleo a su alrededor.

En un debate en la Facultad, se interpeló fuertemente el concepto de ‘necesidad de forjar a la humanidad en torno a la tecnología’; por el contrario, se planteó que es fundamental sentar la posición ‘antropológica’ respecto de la ubicación de la humanidad en el cosmos: que no sea dejada de lado, que no perdiera su lugar de sujeto histórico bajo el dominio de las máquinas.

Estaba totalmente de acuerdo con ello: el trabajo humano debe ser el ‘sujeto’ de toda relación de producción; ese factor activo en la creación de la riqueza y la transformación del mundo, no importa cuán ‘automatizada’ se vuelva esta relación.

¿Cómo se podrían evitar los peligros destructivos del progreso tecnológico? ¿Será que la única solución realista posible a largo plazo es que la tecnología deje de estar en manos de los dueños de una sociedad basada en la competencia desenfrenada, de un lucro capitalista que se aleja de la lógica del control de la sociedad, de los trabajadores y las masas populares?

Realmente no lo sé. Solo puedo repetir las palabras que una vez leí del célebre bioquímico y profuso escritor Isaac Asimov: «El problema no está en la propia tecnología, sino en la humanidad. Destruir y someter a hombres, sea probablemente solo el deseo de otros seres humanos. Es más, si la tecnología produjese robots con conocimientos suficientes como para tomar decisiones de orden moral, la humanidad estaría a salvo».

“Ya falta poco, solos unas cuadas, es por allá”, nos indicó Robert, apuntando hacia adelante y a la izquierda con su dedo índice de la mano derecha. “Bueno, voy a terminar con mi historia antes de llegar. Luego puse un negocio de venta golosinas y almacén con un dinero que me prestó mi madre. Todo porque varios familiares y amigos me decían que la de emprendedor no es una categoría meramente económica sino centralmente moral: ‘la gente de bien’ no permite que nadie le regale nada. Como sostenía mi tío Andrew, para los ‘mejoristas’, el esfuerzo personal es la medida de todas las cosas y la cuantificación de su rentabilidad la vara con la que juzgar la dignidad ajena”.

Pensaba entonces en la lógica que logró imponer un sentido común que permea transversalmente a toda la sociedad: la idea de que los que no se esfuerzan son moralmente imputables, por ejemplo. Llegamos a un estadio en la sociedad global donde todo el mundo parte de la base de que el esfuerzo es bueno, que le va mal al que no se esfuerza.

Pero ello no es todo: además de esforzarse, hay que eliminar los obstáculos – incluidos a los ‘vagos’ -, con los cuales hay que ser im-

placables, imponerles la mano dura, mostrarles la necesaria naturalidad de un darwinismo social donde los ganadores son el resultante de su propia fortaleza. Pero, además, les hacen creer a las masas que, si lo hacen de este modo, trabajando arduamente y a conciencia, serán parte de los que van a regir el futuro, los que estarán en la cima de la pirámide. Una falacia, potenciada por el engaño: al no ser parte de la Elite, nunca llegarán a lograrlo.

“Necesitaba por los menos dos empleados para cubrir las veinticuatro horas del día, porque al haber mucha competencia con tantos desocupados que pusieron el mismo tipo de comercios en la zona, no podía cerrar en ningún momento. El problema es que la competencia sí automatizó el expendio y despidieron a sus empleados. Yo no podía darme ese lujo. Había contratado a dos mujeres, ambas sostén de familia. Una había sido constantemente golpeada y sufría constantes ataques de pánico; es más, lloraba mucho en el negocio, lo que le dificultaba cumplir con las tareas. La otra, una ex adicta y convicta, tenía una pequeña beba. El padre había desaparecido y no tenía ayuda económica de ningún familiar. Como verán, moralmente no me podía permitir dejarlas sin empleo”.

“Y termino con esto chicas, sino el melodrama se torna exhaustivamente largo”, continuó mientras bebía el último sorbo de su botella. “Las chicas me decían siempre que yo era una bendición para sus vidas. Pero no pude aguantar: empecé a perder dinero, tenía un déficit financiero que se me había ido de las manos. Tuve una crisis de nervios, una crisis moral, una crisis de todo. Y terminé cerrando el negocio. Aquello fue un quiebre en mi vida: no quise saber nada más con Estados Unidos. Necesitaba un cambio. Y qué mejor que este paraíso que ya conocía. Entonces me despedí de mis afectos y me vine para acá”.

Aquello fue lo último que dijo Robert sobre su pasado antes de apagar el motor enfrente de un portón de metal grisáceo, el cual parecía tener un espacio donde solo podía ingresar un auto no muy amplio, diría máximo de gama media.

“Es aquí, la amarilla de ventanas rojas. ¿Te gusta Brunito?”, le preguntó mientras le desajustaba el cinturón y lo bajaba del auto. Evidentemente, los niños conllevan intrínsecamente esa magia propia de la inocencia. Con mi hijo, Robert rápidamente había recuperado la sonrisa.

Ingresamos todos con cuidado. Nos pidió que nos quitáramos los zapatos. Era lógico: se notaba que su alfombra violeta brillaba del cuidado intenso. Cada mueble de la casa estaba cuidadosamente tallado en madera: sillas, mesa, mesada, cama. Además de hermosos y pintorescos cuadros de distintos autores, – cuya temática se repetía y se centraba en movimientos contorneados de cuerpos desnudos –, resaltaba un hermoso hogar justo en el centro del living. “Siéntense donde gusten. ¿Quieren un café? Busco alguna especie de juguete para Brunito y después preparo algo caliente”.

Me senté en un cómodo sofá, que parecía estar hecho de una especie de pana algo gastada. Le pregunté a Analía como estaba. “Bien, tranquila”, fue su corta pero tranquilizadora respuesta. Creo que habían sido muchas emociones y necesitaba ‘parar un poco la pelota’. Podría decirse que esta casa era ideal para ello.

Robert regresó haciendo equilibrio con las tres tazas de café en una bandeja plateada. “No sé si toman azúcar o edulcorante, así que les traje varios sobrecitos de ambos. Ahora vengo con unas galletas dulces, son de vainilla, azucaradas, características de esta zona de Finlandia. Pruébenlas y después me dicen que les parecen”.

La verdad es que estaban deliciosas. La cara de Analía también denotaba que estaba disfrutando el momento; no solamente por las exquisiteces que estábamos bebiendo y comiendo, sino, y, sobre todo, por la cortesía del anfitrión.

Robert se sentó enfrentado a nosotras. Se cruzó de piernas y, mientras bebía su café, comenzó a mirar a través de una pequeña ventana ovalada que daba a una especie de parque posterior a la casa. No quería interrumpir su momento de paz y reflexión, pero

continuaba perpleja con su historia de vida y no podía dejar de preguntarle qué había pasado con esas mujeres que habían trabajado con él.

“No te puedo mentir Julieta. Realmente no lo sé. Siempre pienso mucho en ellas, pero no me quiero contactar ni preguntarles a mis familiares de allá si saben algo. Tengo miedo que me digan lo peor, que les pasó algo, que viven en la pobreza extrema. Sé que puede parecer cobarde, pero no sé si lo toleraría. Ya sufrí mucho en aquel momento, y no quiero que mi mente vuelva a recorrer esas situaciones traumáticas y dolorosas. Menos aún si me siento incapaz de hacer algo por cambiar sus realidades. Ya está, es parte del pasado. Como se dice vulgarmente, cosa juzgada”.

Que quede claro: como ciudadano común y corriente, Robert no era responsable de lo que le pudo haber ocurrido a esas dos mujeres. Los ciudadanos se encuentran en una condición de horizontalidad desorganizada, que los revela sin fuerza y sin capacidad de poner límites al poder de los ‘pocos’. Y como complemento, no solo asistimos a un proceso de des-responsabilización de los partidos en su función mediadora y representativa, sino que existe, por sobre todo, un claro faltante de compromiso de los más ricos y poderosos para con el desarrollar algún tipo de obligación moral o económica hacia la sociedad.

Este escenario de dejadez por parte de las elites políticas había logrado cierto grado de aceptación social; es decir, tenía su justificación, su razón de ser: lograron instaurar que las políticas sociales y distributivas eran las que habían sobrecargado al Estado.

Y ese había sido el gran error: un Estado sobrevalorado y populista había generado una sociedad que manifestaba cada vez más demandas y reivindicaciones, lo que derivaba a su vez en protestas y huelgas permanentes. Por ende, la recomendación de las Elites era: se debía reencausar la democracia para darle gobernabilidad.

Y para reencausarla, se tenía que apostar por una concepción mi-

nimalista. Lógicamente, el objetivo apuntaba a licuar la democracia de partidos, a convertir las elecciones, no ya en un mecanismo de representación de demandas, sino meramente de elección autorizada de dirigentes políticos; el objetivo: fortalecer el individuo por sobre el ciudadano.

Por ello podría afirmar que la respuesta de Robert no era la excepción, sino la regla. En general, todo lo que solía ser propio de una comunidad, de un interés por el otro, había desaparecido, resultando en un sálvese quien pueda generalizado.

Bajo este escenario, los más desfavorecidos, como las empleadas de Robert, se ven aún más castigados: la precarización del trabajo y las economías digitales habían generado una subjetividad que no contaba con memoria sindical ni con posibilidades de organización colectiva, favoreciendo al individualismo extremo. A ello se le adiciona el temor de ser permanentemente desclasado hacia un nivel inferior, lo que ha generado una relación con la política determinada por la permanente incertidumbre.

Lo único concreto es que en Occidente vivimos bajo un capitalismo, consolidado, omnipresente. Donde prima una ideología de lo inamovible; un realismo capitalista que vertebra siempre en un génesis común: no podemos pensar fuera del capital. Ello conlleva a que el pesimismo se normalice, a que el inmovilismo se justifique por pura lógica. Vivimos en un capitalismo tentacular que ha conseguido absorber las disidencias, mercantilizarlas y convertirlas en una marca.

Es el capitalismo en su versión agresiva, revanchista, paranoica. Que permea a aquellos que sus vidas ya han sido dañadas, donde ya hubo una catástrofe socio-económica previa. Sus objetivos: subjetivar las causas del mal, evitando construir un relato objetivo que explique la situación real de lo que ocurre. Buscar víctimas con el mero foco de agitar la energía destructiva, canalizándola en la búsqueda de chivos expiatorios.

Entonces el resentimiento es utilizado contra las masas, vertebando una antiooherencia de clase donde la identidad ríida, nacionalista y racial son usadas para que las mayorías sostengan su sufrimiento de manera atomizada, visualizando como enemigo al inmigrante, al otro trabajador, al que tiene un negocio similar al mío, al que comparte los mismos trazos dentro de las relaciones sociales.

¿Qué sentido tiene intentar cambiar las cosas si, en el fondo, ni siquiera podemos imaginar que proponer después? Sin embargo, está claro que no se puede seguir como hasta ahora. Como dijo una vez el entonces alcalde Claude Dilain, en el Congreso del Partido Socialista Francés: ‘Queremos volver a la normalidad, pero es la normalidad la que es insoportable’.

¿En qué estadio estamos de la historia? ¿Cómo ha terminado todo? La mayor parte de la sociedad occidental ha adherido a teorías que les brindan una respuesta sencilla e identitaria a los problemas materiales que encuentran. Esto es, se ha elegido creer en los milagros.

¿Quiénes son los únicos que los pueden proveer? Justamente esas Elites que se ven falsamente como ‘salvadoras’, y sobre las que se puede desbordar un amor absoluto. Pero también, son las que generan al mismo tiempo ese odio hacia los enemigos – cualesquiera sean ellos – a los que se los muestra, literalmente, deshumanizados. Por ende, en todo momento cohabitan el amor y el odio, en un sistema que ha dejado de ser racional, y que nos ha llevado a la gran guerra. A aquella guerra que nos ha traído hasta aquí.

Nos quedamos, apaciblemente, disfrutando de la tarde. Y las horas se pasaron así, como si nada. ¿Me imagino que se quedan a cenar?, haciendo Robert más una afirmación que una pregunta. No pudimos – ni quisimos – negarnos.

A las seis estábamos degustando una sopa de verduras deliciosa, preparada con mucha dedicación y armonía. No estábamos acostumbrados a comer tan temprano, pero había que adaptarse al lugar

donde estábamos. También, de a poco, empezaba a disfrutar el silencio que emanaban las calles del pueblo. No me vendría mal olvidar, por un tiempo, el bullicio de la gran ciudad.

Mientras saboreábamos unos ricos frutos del bosque de postre, muy dulces por cierto, Robert llamó a su contacto en la oficina municipal. No lo atendió, pero le dejó un mensaje en su teléfono celular. Y la eficiencia finlandesa no tardó en reflejarse en todo esplendor: una hora y media más tarde, por mensaje de texto, ya teníamos la aprobación de Helsinki.

Robert parecía estar igual o más entusiasmado que nosotros. Es más, apenas recibió el visto bueno, llamó al escultor. ¡Bingo! Estaba disponible para trabajar. A la mañana siguiente, a primera hora, nos esperaba en su atelier. Y calculaba, según le comentó por teléfono luego de que Robert le explicara a grandes rasgos lo que pretendíamos, que entre una semana y diez días podría tener la estatua terminada.

Solo faltaba la aprobación final del gobierno argentino. Decidí escribirle directamente al embajador, sin intermediarios. “Están autorizados, si a eso vinieron. Lo único, Julieta, avísame apenas tengan la fecha de inauguración. Por supuesto queremos estar allí”, fue su inmediata respuesta. Mi felicidad era indisimulable: todo se dirigía, fluida y armoniosamente, hacia un final feliz.

“¿Quieren hacer una recorrida nocturna por el pueblo, o prefieren volver a la hostería? Entiendo que pueden estar cansados, sobre todo Brunito. Aunque lo veo muy cómodo descansando en el sofá con el celular”, nos preguntó Robert sonriente, mientras lavaba la vajilla y nosotras lo acompañábamos en la cocina. Estaba obstinado en que no lo ayudáramos. “Son mis invitados. Relájense y disfruten su estadía en Finlandia”, nos repitió varias veces.

“Por ahí Juli podemos volver caminando, nos despejamos un poco y ya regresamos”. “No es mala idea Analía. Robert, ¿Estamos muy lejos del hotel? Y de paso te pregunto, ¿hay algún almacén o

similar para comprar alguna bebida y snacks de camino?”.

Nos dijo que eran alrededor de dieciséis cuadras, y que había una especie de quiosco a unas cinco cuadras del hotel. Solo quedaba agradecerle y convencerlo a Brunito que dejara su comodidad, antes de emprender la partida. “Las paso a buscar a las nueve de la mañana para ir al atelier. Espero que tengan una buena noche”, fueron las últimas palabras de Robert al despedirnos en la puerta de su casa.

El incipiente anochecer estaba nubloso y fresco, aunque ello no era molestia: estábamos todos bien abrigados. Las calles era un páramo de tranquilidad, e intentábamos zigzaguear hasta llegar a destino por aquellas arterias que nos generaban interés: alguna casa distintiva, una arboleda llamativa, la decoración de las veredas. Mismo el empedrado que le daba una sensación de tierna vejez. Realmente disfrutábamos el paseo.

Llegando al quiosco, sonó mi teléfono celular. Era el Embajador Argentino. Me extrañó. Porque además era un llamado, no un mensaje. “Mira Julieta, te molesto por lo siguiente. Se comunicaron de la Cancillería para reforzarme un tema, y quieren que te lo transmita con toda la seriedad y la vehemencia posible. Este es un asunto delicado. Esperamos y deseamos que sea positivo para el país; pero también queremos evitar que sea un bumerang que nos impacte negativamente. Y no solo al Estado Argentino; también a vos y a mí. Sos una estudiante de relaciones internacionales, y entiendo que sabés qué podés decir y que no. No es una sugerencia. Es una orden”.

No estaba sorprendida, ya que me imaginaba por donde venía el tema. Y la realidad es que entiendo que cualquier mínimo paso en falso, podía ser dañino para con el estatus-quo de las relaciones bilaterales. El discurso debía evitar alterar la perspectiva de terceros sobre el posicionamiento ideológico de la argentina en el mundo; sobre todo ante un tema tan álgido como lo ha sido un conflicto armado de enormes implicancias transnacionales.

En un mundo de complejidades crecientes y mezquinos intereses,

para las elites occidentales la geopolítica y la geoeconomía deben servir para potenciar las ganancias a través de las cadenas globales de acumulación de capital. Bajo este marco, se ha intentado que la paz que ha sobrevenido después de la guerra sea más que la mera ausencia de un conflicto violento, lo que se denominaría ‘paz negativa’.

Por ende, creo que las elites argentinas deben estar buscando relaciones de colaboración y apoyo mutuo para lograr una ‘paz positiva’: una paz que dure más que un alto al fuego y que genere un ciclo económico y financiero virtuoso que permita mantener la posición privilegiada de los grupos concentrados de poder.

A ello se le debe adicionar que el erigir un monumento seguramente no pasará desapercibido en épocas de rápido esparcimiento de las noticias. Los canales de comunicación y las redes sociales están hechas sobre todo para actuar; te empujan a repetir, a difundir, a compartir el mensaje. Son poco racionales y procuran convicciones que se hacen por impacto, no por un razonamiento quirúrgico y progresivo.

Y lo que es peor, lo que domina a las redes es el pensamiento mágico. La verdad es cada vez más emocional y no real: las ‘noticias falsas’ circulan mejor porque son más espectaculares y sorprendentes. Por ende, se complejiza distinguir lo cierto de lo falso, lo verdadero de lo dudoso, la realidad de la ficción. Seguramente deben querer desde la Cancillería que la noticia que salga a la luz sea lo más fidedigna, precisa, posible.

Finalmente, creo que su principal problema era que tanto no me conocían. O sea, era una joven con una premisa más que loable, pero no tenía un ‘prontuario político’, ni propio ni familiar; por ende, más allá de que era una estudiante ‘común’ de Relaciones Internacionales, no sabían cómo podía actuar al final del día.

“O sea, puedes hacer el monumento, pero bajo la siguiente premisa: nada de reminiscencias políticas o ideológicas. Debe ser una

representación fidedigna de la amistad y la fraternidad. Del encuentro y la concordia. Y, sobre todo, nada que haga referencia a las potenciales virtudes morales o militares que podrían haber tenido, o tener, los ejércitos de Oriente. Esto debe ser así, y no es negociable”, sentenció el Embajador Alvarado.

Por supuesto le dije que no había problemas, que lo único que iba a mostrar la escultura era el amor y la amistad, valores que deben primar en cualquier circunstancia; y que, sobre todo, al final del camino pueden triunfar.

En realidad – y en el fondo - no estaba de acuerdo: yo quería también una imagen política, el mostrar que hubo una guerra absurda que no sirvió para cambiar nada; solo reacomodamientos geopolíticos que causaron la muerte de millones de jóvenes.

Sí, es verdad que lo principal para mí es que uno fue el amor de mi vida y el otro mi gran amigo; pero, además, quisiera que ambos sean representativos de todas aquellas personas de ‘segunda’, seres humanos clonados que solo habían venido a este mundo con el objetivo ulterior de ser ‘carne de cañón’ para la guerra.

Evidentemente, no es lo que quería el Gobierno Argentino. Por lo que había podido estudiar, sobre todo después de la guerra, las elites políticas querían reducir el progresismo a un conjunto de consignas vacías, pronunciadas por un grupo de privilegiados orientales que viven en un mundo ‘post-materialista’, cuando en occidente estamos, teóricamente, asfixiados por problemas ‘reales’.

Por ende, esgrimían que las elites orientales cooptaban a aquellos que se aprovechaban de cualquier beneficio gubernamental. Entonces utilizan el concepto de la privación relativa: hacen creer que el de al lado no es un par sino el enemigo; y que el tema no es solo cuanto se pierde, sino ante quien; la sensación de que uno está perdiendo, mientras otros (que no lo merecen), están ganando. Aunque desde el gobierno argentino no quiere que se sepa quiénes son exactamente los ganadores.

Lo que claramente se destaca es que se renuevan los recursos clásicos del fascismo: la convocatoria a proyectar el resentimiento y la frustración en grupos vulnerables y en conspiraciones de sujetos difusos. El objetivo, hasta el momento, se ha cumplido: ese desprecio ha impedido que se regenere un sentido de comunidad, que a su vez se traduzca en políticas concretas para toda la masa de la sociedad afectada por la pobreza y la falta de oportunidades. Diferente a lo que se decía que pasaba en Oriente. Y que, en este caso, desde la Cancillería argentina se quería tapar.

Luego de que difícilmente nos pudimos hacer entender, compramos fiambres para hacer sándwiches, algunas gaseosas y agua para algunos días. Luego, directo al hotel: estaba ya refrescando y Brunito estaba algo desabrigado. Además, ya se lo notaba fastidioso del cansancio. Por ello, las últimas cuerdas nos turnamos con Analía para hacerle upa.

Llegamos y nos fuimos directo a la habitación. Le dejé un recado en el escritorio de ingreso a Heikki para que por favor nos tuviera el desayuno temprano, ya que queríamos estar con tiempo para asearnos y vestirnos antes de ir a ver al escultor.

Pasamos una noche apacible después de cenar; todos tuvimos un sueño profundo. Me levanté cerca de las seis de la mañana, sola. No pude volver a conciliar el sueño; estaba como exultante, excitada. La desperté a Analía a las siete en punto. A Brunito lo vestí, pero lo dejé dormir un poco más.

Bajé a ver si lo encontraba a Heikki para preguntarle si tenía un cochecito disponible. Por suerte estaba en la recepción, con la amplia sonrisa que lo caracterizaba: “Hace rato estoy despierto, quería que tengan el desayuno listo. Déjame ver Julieta, creo que en la pieza de depósito de aquí atrás tengo uno. Hace años lo compré, aunque mucho no se utilizó. La realidad es que no vienen muchos niños pequeños a esta hostería”.

Luego de agradecerle, fui a buscar a la habitación a Analía y Brunito. Lo bajé en brazos con mucho cuidado. Por suerte, al llegar al comedor, no solo nos encontramos con un abundante desayuno, sino también con un hermoso cochecito color celeste ubicado al lado de la mesa.

Degustamos tostadas con manteca y dulce de frambuesa, junto con un rico café – aunque para mi gusto un poco fuerte -. Cuando terminamos, nos sentamos en las sillas medievales del hall a esperar a Robert. Nueve en punto, nos estaba pasando a buscar.

“Buenas noticias, tengo también el ok de la Embajada, aunque con alguna reticencia. Pero no importa: podemos ir yendo tranquilos”. “Excelente noticia”, me respondió inmediatamente Robert. “El camino es medio sinuoso, pero no tardaremos más de una hora y media en llegar hasta la ciudad donde vive el escultor”.

El viaje fue tranquilo. El día era soleado, luminoso. Las praderas brillaban, el verde césped resplandecía bajo una suave brisa. Brunito se había vuelto a dormir después de tomar la leche y comer unas galletas. Analía estaba como anestesiada, sin emitir palabra. Se dejaba llevar y punto. Yo disfrutaba el paisaje; cada vez que giraba la cabeza para mirar hacia adelante, notaba inmediatamente que Robert se daba cuenta de mi movimiento y me observaba con una indisimulada, pícara sonrisa.

La casa se encontraba emplazada en el centro del bosque. Era una zona de varias viviendas similares, sencillas, algo coloridas. Con techos a dos aguas, amplios ventanales, pero no de gran superficie. La del escultor tenía como una especie de jardín abierto que la circuncidaba, donde caminaban libremente algunas gallinas, conejos, y otros animales autóctonos de menor porte.

Estacionamos a una distancia prudencial, a unos diez metros de la entrada. Nos bajamos los cuatro, y caminamos hacia la puerta. Robert se adelantó y golpeó la misma tres o cuatro veces. No tuvimos que esperar más de quince segundos, que un hombre de unos sesenta

años, con una barba canosa, algo descuidada, pantalón azul y una camisa a cuadrillé, nos abrió la puerta.

“Qué bueno verte otra vez Robert; y bienvenidas a mi hogar señoras. Y por supuesto, bienvenido también a este hermoso pequeño. Tengo algunos juguetes de cuando viene mi nieta a jugar, ahora los busco. Ah, me olvidaba, mi nombre es Aarne, soy estonio, pero hace mucho vivo aquí en Finlandia. Perdón por no presentarme de entrada, los años no vienen solos”, fueron las primeras palabras del escultor, riéndose solo mientras le hablaba en fines a Robert, al tiempo que él nos traducía. Su mirada de reojo se suavizaba con una tenue sonrisa que sobresalía del pliegue de sus arrugas. La primera impresión que me dio es de un hombre simpático, afable.

“Le agradecemos de antemano la posibilidad de ayudarnos. Nos parece una hermosa oportunidad. Es más, es un sueño para nosotras. Con la gran ayuda de Robert y, por supuesto la suya, estamos seguras de que lo vamos a poder hacer realidad”, le comenté mientras pasábamos a un acogedor living de madera. Nos sirvió café a los adultos, y un vaso de jugo con un chocolate a Brunito. “Ojalá sea así”, me respondió mientras asentía con su cabeza.

Luego de acomodarse en su mullido sillón rojo en la cabecera, se preparó una pipa. La prendió; después fue por una lapicera y un anotador. Estaba listo para comenzar a trabajar y nos preguntó de todo: como había sido nuestra llegada a Finlandia, cuál era el espíritu del proyecto, que representaban Javi y Dani para nosotros, qué queríamos mostrar (y demostrar).

Le expliqué todo con el mayor lujo de detalles posible. Y a pesar de no entender absolutamente nada de arte, me ofrecí a venir todas las veces que fuera necesario para aclarar cualquier duda que tuviera sobre el proyecto. Analía no decía nada; no si se estaba sobrepasada, o era algo muy complejo para poder analizarlo o verbalizarlo. Su simpleza se circunscribía a la felicidad de poder cumplir su cometido.

Robert tampoco opinaba; solo se remitía a oficiar como traductor. Por supuesto, yo no entendía lo que le decía a Aarne, pero se notaba que hacía un gran esfuerzo por ser preciso: gesticulaba con las manos, movía rasgos faciales para darle énfasis a algunas palabras. Hasta en un momento se paró para intentar mostrarle las medidas de la estatua.

Una vez que finalicé mi alocución, Aarne me miró unos segundos de reojo. Luego bajó la vista, y recorrió con sus ojos los apuntes que había tomado. Entonces realizó un suspiro, previo a hablarnos a todos: “Voy a comenzar a trabajar hoy a la tarde; para mañana al mediodía tendré un bosquejo, un dibujo al que le sacaré una foto y se los enviaré al celular de Robert para que me den su opinión”. La atención era total. Aún sin entender, el aura que transmitía hacía que hasta Brunito lo observara con toda la amplitud de sus pupilas.

“Si les parece, les propongo que vengan cada tres o cuatro días para que podamos realizar un seguimiento entre todos; por supuesto, sus opiniones están basadas en sus propios deseos. Mi deber es respetarlos y sugerir, con mi experiencia de vida, las alternativas que considere pertinentes para que el monumento quede de la mejor manera posible. Si todo sale bien, calculo que para finales de la semana que viene podría estar terminado”.

Había sido claro y sencillo. Lo hablé con Analía y, sin evaluarlo mucho, ambas estuvimos de acuerdo en avanzar. ¿Dónde encontraríamos otro escultor? Además, el no aceptar sería como una especie de destrato hacia Robert, quien nos había ‘servido todo en bandeja’. “Le agradezco mucho Aarne, es espectacular su idea y su propuesta. Seguro va a quedar hermoso. Lo único que quería preguntarle es cuánto costaría. Es que tendríamos que ver cómo pagarlo. Usted entiende, los recursos son escasos”, le comenté con sentida sinceridad.

Sin quererlo, creo que la seriedad en la que se había transformado mi rostro expresaba mi preocupación al respecto. Y Aarne, quien por unos cuantos segundos endureció sus rasgos y fijó sus ojos en

los míos, dio cuenta de ello: “Miren, se me ocurrió lo siguiente. No me paguen nada de honorarios, salvo los materiales y los insumos para la escultura. Yo me encargo de comprarlos y ustedes después ven como me lo van pagando. Como la idea es que tenga un fin histórico/turístico, hablaré luego con la municipalidad para que cobren algún tipo de pago por la visita, además de la venta de productos relacionados. Ahora no se hagan problema, comencemos a trabajar. Tema cerrado”.

Sin perder tiempo, se levantó de su sillón y fue a buscar cuatro copas a la cocina. “El vino ábrelo tú, Robert, yo ya estoy viejo y me cuesta hacer fuerza”, prosiguió mientras se reía. Analía y yo estábamos enmudecidas. Mientras chocábamos las copas, las indisolubles lágrimas de alegría que caían por mi rostro completaban maravillosamente un brindis que no olvidaré por el resto de mi vida.

Ya más distendidos, nos volvimos a sentar en los sillones mientras charlábamos de todo un poco. En un costado, Brunito armaba una ciudad en miniatura con casas, autos, caminos, muñecos, mesas, sillas, utensilios de cocina, mobiliario; todos juguetes y elementos que entremezclaban madera, metal, y plástico.

“Se ve que disfruta mucho, juega con mucha libertad. Esta región es ideal para los niños. Mucha tranquilidad, aire libre, vida sana. Poca tecnología; solo la necesaria para educarlos y que puedan tener algo de recreación. Perdón que me meta niña Julieta, pero ¿no te interesaría venirte a vivir acá? ¿por qué no lo piensas?”, continuó Aarne, mientras colocaba con excesivo cuidado la leña para encender el hogar.

Su pregunta era demasiado para mí, no la podía ni procesar: había llegado a Finlandia solo hacía un par de días con el objetivo de hacer el monumento; ni se me pasó por la cabeza extender mi estadía aquí más allá del tiempo que llevara el proceso de la creación e inauguración del mismo. Lo que sí me di cuenta, es que Robert me observaba atentamente.

“No estaría mal”, respondió Analía. Fue una sorpresa para mí que haya emitido una opinión sobre este tema. Aunque, pensándolo bien, no es una locura descabellada. En definitiva, es el futuro de su nieto. Y quien, como abuela, no quisiera lo mejor para su descendencia. Ella lo había entendido. Y yo tenía mucho que aprender de ella.

Entonces comenzamos a hablar sobre el tema. “Perdón que me meta, pero yo lo he vivido en los Estados Unidos: la educación digital es para los pobres y estúpidos. La digitalización actual va dirigida a la masa social más baja; las mayoritarias clases medias y los pobres. La elite hace rato huyó del mundo digital”, opinó Robert, con una firmeza virulenta poco usual de él; por lo menos el poco tiempo que lo conocía.

Estaba con la convicción que la interacción humana real, la vida sin teléfonos, se había convertido en un símbolo de estatus social. “El poder real y la riqueza está en el trato humano cordial. Allí se conoce gente, se arreglan los negocios a espaldas del pueblo, de las necesidades de la gente”, continuó.

“Eso es verdad”, tomó la palabra Aarne. “En mi país natal, Estonia, mientras los privilegiados crecen en entornos con relaciones fluidas – que generan contactos para seguir posicionándose como las elites de la sociedad –, los más desfavorecidos e ignorantes deben ceder sus datos personales a través de sus dispositivos. Es a ellos a quienes le analizan las elecciones más íntimas que realizan en el mundo virtual, a cambio de recibir algún tipo de gratificación emocional, líquida, que no obtienen en el mundo real”.

En Argentina pasó lo mismo. Nuestra cultura del aislamiento se propagó en las últimas décadas, donde los dispositivos tecnológicos llenaron un vacío. Lamentablemente, ello solo conllevó a que millones de pobres sean esclavos de la post-modernidad; se conformaron con tener un techo, alimento básico y una pantalla. Millonarios solo en su imaginario, en torno a un proceso de calvinización de la sociedad.

Bajo este marco, las elites lo manejaron al dedillo: una estrategia de inundar el mundo con un mix de post-verdad, noticias falsas, y teorías de complot. De este modo, no solo lograron generar un estado de ansiedad permanente, sino también crearon una realidad paralela: moldearon una mentalidad que sea inmune a los datos, a los argumentos, y a los hechos. El objetivo: que las condiciones básicas del debate público queden erosionadas.

Lograron que las mayorías tengan la ilusión de que, después de todo, no se encuentran solas. Sobre lo que no están de acuerdo, lo pueden obviar: total, dialogan en lugares comunes con personas que piensan como ellos. Una especie de sectas que recelan de lo ajeno, que para ellos no tienen legitimidad. Allí desaparecen los motivos de sospecha mutua, el miedo a la diversidad. Se cierran en su lógica, en su mundo interior.

Sin embargo, ello no puede hacerse en la vida real. Vivir con diferencias requiere estrategias. Pero estar tanto tiempo con la pantalla, impide escuchar otras voces. Peor aún: lleva a olvidar las habilidades para lidiar con terceros. Enfrentar las injusticias, defender los propios derechos.

Y contrariamente a todo lo que habíamos hablado hasta ahora, todavía no habíamos tocado el tema que, para mí, sintetizaba el objetivo superador de la tecnología: llevar a la reducción general del trabajo necesario de la sociedad al mínimo, permitiendo el libre desarrollo de las individualidades, el aumento de las cualidades artísticas, científicas. Todo ello a través de un fluido y armonioso intercambio, justamente, personal. Y no a través de una pantalla.

¿Será el camino que siento propio la estrategia de implantar el socialismo a través de la educación, la formación, la utilización objetiva de los medios de comunicación? A diferencia de la guerra de conquista de tipo revolucionaria que acabábamos de padecer, por qué no se piensa en subvertir culturalmente a la sociedad, como paso inmediato para alcanzar el poder político de forma democrática,

progresiva, pacífica y perenne. ¿Será mucho pedir? ¿Mejor dicho, es una utopía estúpida? O sea, entiendo que, hasta el día de hoy, por ‘las buenas’ nunca ha habido resultados positivos sostenidos en el tiempo para con la causa de la igualdad y el desarrollo humano. Pero quisiera no perder la esperanza.

Por ahora, lo que se ha visto después de la guerra, es una especie de parálisis por desconfianza. Ha habido algunas protestas en las redes sociales contra el gobierno, pero rápidamente la inercia burocrática ha confrontado al nihilismo digital. Las elites y el resto de la ciudadanía son demasiado asimétricas para lograr cualquier tipo de balance en la discusión entre partes. O, mejor dicho, de avance en pos de los intereses de las mayorías empobrecidas.

“Le agradecemos mucho todo Aarne; no solo la predisposición para realizar la escultura, sino por, sobre todo, la calidez y la hospitalidad”, le dije mientras le agarraba sus manos rasgadas por años de trabajo. “Es un placer”, fue su fina respuesta, siempre con una sonrisa en el rostro.

Juntamos todo lo que había utilizado Brunito para jugar y nos dispusimos a regresar. “Dile por favor al niño que es para él. Que lo disfrute mucho”, le comentó Aarne a Robert, mientras le daba uno de sus autos de colección a mi pequeño hijo. Su rostro de felicidad lo decía todo. Estaba feliz.

Cuando volvíamos en el auto, le hablé a Analía en tono bajo, mientras Robert le enseñaba canciones finlandesas a Brunito, quien, poniéndole todas las ganas, trataba de tararearlas: “¿Te parece que llamemos a Argentina y le hablemos a los padres de Daniel? Me parece que se van a poner muy contentos. ¿Vos que pensás?”. “Estoy de acuerdo Juli, llamemos y démosle esta gran noticia. Sufrieron mucho todo este tiempo y creo que cuanto antes lo sepan mejor. Va a ser una caricia al alma”.

Mientras miraba por la ventanilla, me puse a pensar si, por el contrario, no era mejor esperar un poco antes de avisarles a Graciela

y Benjamín. Aunque sea hasta que la escultura se encuentre un poco más avanzada; no quería generales una desilusión si después, por algún motivo, se cancelaba o se dilataba mucho en el tiempo.

Sin embargo, al observar la belleza de la naturaleza, reflexioné sobre lo maravilloso que es disfrutar cada momento, ser positivo, mirar siempre la ‘mitad del vaso lleno’. Estábamos cerca de lo que habíamos venido a buscar, del sueño que puede convertirse en un disparador para dar vuelta la página en todas las vidas de las familias involucradas.

No me refiero a un cambio brusco; solo el que nos permita reflexionar con mayor claridad sobre el pasado, con la altura suficiente para permitirnos recordar, de tener viva la memoria, de aprender de lo ocurrido para tomar lo positivo y desechar lo que tanto nos ha hecho daño. Pero sin nunca dejar de pensar en el futuro.

Era el momento de mirar para adelante, de pensar en nosotros. Entonces lo miré a Brunito. Era la luz de mi vida. Él era el futuro. Y yo, como madre, quería lo mejor para él. Le deseaba toda la felicidad del mundo.

“¿Cómo estará Andrea, te imaginás Juli?”. Las palabras de Ana-lía, ya ingresando al pueblo, fueron como un balde de agua fría. En realidad, ya era la segunda vez que me sorprendía en el día, después de demostrarme su amor de abuela para con Brunito.

Entonces sentí una especie de angustia. Sabía que estas últimas semanas habían sido de enorme turbulencia, pero me sentí un poco egoísta. No había pensado en ella; en tal caso, era tan madre como Graciela. Simplemente Graciela y Benjamín eran lo cercano, los que me habían facilitado el viaje.

Andrea, como todo aquel que se va lejos y uno pierde el contacto – además de que no tenía ni la más remota idea de cómo contactarla del otro lado de la nueva ‘cortina de hierro’ -, representaba una incógnita para mí. Y, en realidad, tampoco tuve una relación cercana cuando vivía en Argentina. No había sentimientos de por medio. Por

otro lado, Claudia estaba muerta; solo me representaba más dolor, un sufrimiento interno que prefería evitar. El mejor antídoto era el olvido.

“No tengo idea Analía; ojalá esté bien y algún día se pueda enterar de este monumento a Javi. Veremos cómo lo podemos vehicular más adelante. Te propongo lo siguiente: primero resolvamos todo lo que se encuentre a nuestro alcance para terminar la escultura lo mejor y más rápido posible. Ahora, cuando lleguemos al hotel, llamo a los padres de Dani, a quienes conocemos y a quienes nos debemos por esta posibilidad única que nos da la vida”, le contesté con la mayor mesura y tranquilidad posible.

Llegamos a la hostería y nos despedimos de Robert. Quedamos en contacto ante cualquier novedad. Creo que él también estaba cansado y se quería ir a su casa en soledad. Además de no estar acostumbrado a convivir tanto tiempo con tres personas más, también debía hacer las tareas de su vida cotidiana.

Nos acostamos un rato a descansar en la habitación. No más de dos horas, solo para relajarnos y descansar las piernas. Después fuimos un rato a una plaza cercana. Desde allí llamé a Graciela, pero no me atendió. A la hora regresamos a la hostería y volví a llamarla. Sin respuesta. De Benjamín tenía su número, pero como había venido la mano, no me animaba a telefonarle. Y me parecía que esta situación especial, ameritaba algo más que un mensaje de texto para comunicarles tan grata noticia.

Pasadas las nueve y media, sonó mi celular. Era Graciela. “Graciela, tengo una noticia para darte. Para mí es algo hermoso y espero que toda tu familia lo sienta de la misma manera”, comencé, lenta y pausadamente, desde el otro lado de la línea. Y le fui contando, resumidamente, todo lo que me había ocurrido desde que llegué a Finlandia, hasta la concreción de la escultura.

Cuando finalicé, sentí el llanto del otro lado de la línea. “Te agradezco muchísimo Juli. Me hacés muy feliz. Me encantaría verlo

algún día en vivo y en directo, estoy muy emocionada”. Graciela desbordaba de felicidad.

“Me alegro muchísimo Graciela. Si te parece, apenas se encuentre terminado te aviso y te mando fotos y videos de cómo quedó emplazado en el lugar. Te mando un beso grande para vos y saludos para toda la familia”. En aquel momento me sentí más que bien; era como si me hubiera sacado una mochila de encima. Como que, lentamente, se estaba cerrando una cuenta pendiente.

Me relajé tanto que sentí el cansancio sobre mis huesos. “¿Analía, te parece que comamos unos sándwiches en el comedor y luego vayamos a ver un poco de tele a la habitación?” Después del baño y la cena, y mientras Brunito miraba dibujitos, nos quedamos con Analía charlando de la vida. No eran las diez de la noche cuando nos acostamos a dormir. Esta vez, sin despertador.

Cuando abrí los ojos al otro día, extrañamente observé que tenía un mensaje de texto. No era de mi familia, quienes, desde que llegué a Finlandia, solían escribirme pasado el mediodía, simplemente para preguntarme como estaba todo. En este caso, extrañamente, era Graciela: “Disculpame que te moleste tan temprano Juli, pero le comenté a Benjamín todo lo que me dijiste. Aunque celebra la idea general y tu buena voluntad, no está muy conforme con la pose abrazando a Javier. Y, te soy sincera, justamente no es porque sea Javi, sino porque su escultura representa para él al enemigo socialista”.

Recuerdo cuando en unas de las clases de sociología de la Facultad, la profesora nombró a Heitmeyer, un autor que se refiere a la ‘crudeza burguesa’, donde no se apela a la burguesía solo en términos económicos, sino a lo que podemos comprender como los ‘modales burgueses’, los cuales han sido tomados como sinónimos de ‘civilizados’ por todas las democracias occidentales.

Sin embargo, detrás de ellos, a lo largo de la historia de los últimos siglos se verificaron actitudes fuertemente autoritarias que, aunque en contextos de templanza no se expresan abiertamente,

cuando emergen lo hacen en forma violenta, apuntando directamente contra el contrato social, los espacios de solidaridad, y un odio visceral hacia lo que ellos denominan ‘la izquierda’.

Todo ello se manifiesta en un fuerte sentimiento de superioridad cultural y moral sobre todos aquellos que profesen ideas progresistas. Una lucha cultural contra lo que conciben como una guerra con enemigos, bajo una narrativa conspiradora, que hay que doblegar.

“Lo siento Graciela, avanzaremos así. Es lo que acordamos, lo que sentimos, lo que nos parece más apropiado como mensaje. Por otro lado, ya tenemos todos los avales diplomáticos de Finlandia y Argentina. Te repito, esto no es político ni ideológico: es una oda al amor, la fraternidad, el demostrar la estupidez y lo dañino que son las guerras. Lo siento”, fue mi devolución al instante.

Por ahí estuve apresurada, impulsiva. Pero me sentí interpelada. Quería que todo siguiera tal cual lo habíamos acordado con Aarne. Respetaba y les iba a estar eternamente agradecida a Graciela y Benjamín por lo que habían hecho por mí; pero en esto no podía consensuar. No cabía en mi cabeza ceder. La forma de la escultura representaba todo lo que yo deseaba.

Solo había un tema que, a partir de este momento, me empezaba a preocupar. Y no era que me cortaran el saldo de la tarjeta de crédito, o que me pidieran que les devolviese el efectivo que me dieron para el viaje, ya que creo que nos podríamos arreglar pidiéndole ayuda a Robert o a la Embajada, o mismo buscando algún trabajo esporádico.

Esto era otra cosa, más grave aún: a pesar de que Benjamín había perdido gran parte de su poder político, podría tener el suficiente ‘poder de fuego’ para intentar frenar el proyecto. Y aunque no era palpable a la distancia, muy dentro mío era un temor real.

En los días subsiguientes, no recibí ningún mensaje más por parte de Graciela. Entonces entendí que lo mejor era también pasar a silencio: ya habría tiempo, una vez instaurado el monumento, de

volver a ‘tender puentes’ con la familia de Dani. Por eso regresé tranquila con Robert a verlo a Aarne.

Esta vez, Analía se quedó con Brunito en la plaza cercana a la hostería; me dijo que toda la situación, el contexto, ya la había estresado demasiado y confiaba en mí para avanzar con el resto del proceso.

“Pasen, que gusto verlos chicos. Estaba desayunando y ya estaba por arrancar”, nos dijo mientras nos invitaba a pasar a su atelier. Sin entender demasiado, observé que, de a poco, el trabajo comenzaba a tomar forma. Eso sí, el shock emocional de esta primera impresión no era por lo que veía; sino más bien, por lo que representaba.

Aarne me preguntó qué opinaba sobre la posición de los hombros en los abrazos, los rasgos faciales – le había dado una foto de ambos que nos habíamos sacado los tres en aquel viaje a Entre Ríos -, y finalmente me comentó sobre la altura que él creía debían tener ambas esculturas. Todo lo que me decía me parecía razonable, coherente.

“Lo dejo todo en sus manos Aarne. Por supuesto que descuento lo bello que va a quedar; pero para Analía y para mí, lo importante es que quede plasmada la idea, su representatividad”. Robert solo continuaba con su rol de traductor, en el cual se sentía muy cómodo. Y entiendo que dado lo sensible del tema, seguramente le parecía lo más prudente.

“Lo único que les tengo una mala noticia. Hay escases de insumos; básicamente porque muchos solo son explotados en Oriente, y se traen de manera ilegal. No solo son muy costosos; sino que además está habiendo mucho control marítimo. Es más, han derribado varios buques con mercadería. Por lo tanto, lamento decirles que el trabajo, a buen ritmo y teniendo en cuenta que teóricamente recién podré recibir ciertos materiales la semana que viene, estaría aproximadamente en tres semanas”, nos comentó Aarne, mientras repasaba con una especie de pincel la base de la escultura.

Lo peor de todo es que sabía que del otro lado de la ‘cortina de

hierro', la interdependencia compleja es igual o más profunda que en Occidente. Se explota la materia prima en un país, se procesa en otro, se ensambla en un tercero. Y, quien dice, por ahí en un cuarto se lleva a cabo el proceso logístico hasta el lugar de destino.

Por ende, aunque se puede controlar, tener un arreglo, o una relación aceptable con alguna región o industria de oriente, con el control o la supervisión de todo el proceso productivo por parte de las grandes potencias, todo se torna más que complicado. En este mercado global que abarca múltiples fronteras, y mientras nos encontramos todavía ante una tensa calma de post-guerra, solo se puede confiar en la palabra de los proveedores que Aarne conoce. Como diría Analía, quien es mucho más creyente que yo, recemos que así sea.

Por lo que había estudiado en la materia Economía Internacional, Rusia y China no solo dominan política y militarmente el territorio oriental, sino también la mayor parte de sus materias primas y capacidades productivas. Y esto ha sido muy interesante para con el pensar sobre su conquista 'moral y política' de todos sus aliados: ambas potencias nunca dan lecciones institucionales, ni fingen ser amigos; su actitud es práctica, sin ideologismos claros ni condescendencias.

Pero, además, lo atractivo que conllevó al éxito de alianzas diplomáticas del modelo sino-ruso ha sido la manera que tuvieron de esconder inteligentemente su dimensión económica del sistema imperial – expoliando recursos de sus satélites -, la política – combatiendo discretamente la insurgencia popular endógena de los países aliados -, y la geopolítica – mostrando permanentemente las debilidades éticas de los enemigos accidentales -. Como, socarronamente, me puso de ejemplo un profesor de educación física de la secundaria en sus tiempos de búsqueda de una relación amorosa: “No es que yo sea demasiado bueno, sino que los demás son demasiado malos”.

En cuanto a este último punto, el ataque a Occidente se basó en una parte de la teoría descripta por el afamado economista Friedrich Hayek – obviamente tomaron la conveniente -, la cual indicaba que

las instituciones democráticas liberales de Occidente conducían sin remedio hacia una transformación gradual desde el orden espontáneo de una sociedad libre, hacia un sistema totalitario: aquel que corona a la propiedad privada capitalista como principal derecho sagrado.

Como consecuencia, los rusos y chinos buscaron demostrar que aquel modelo occidental generaba una situación socio-económica de tensión y confrontación permanente, que potenciaba las diferencias de clase, sociales, y morales que subyacen bajo una guerra cultural y económica; y donde existe una visión maniquea del mundo dividida entre trabajadores y perezosos, entre los aprovechadores del colectivismo y los aportantes al valor agregado del individuo.

Un Occidente en el cual la inflación o la recesión se conjugan negativamente con ‘migrantes quita empleos’; o donde se vivencia una dinámica que enaltece una seguridad social exigua, mientras que, como contrapunto, se glorifica un auge en la industria de la guerra. Y como corolario, nos encontramos en un contexto occidental en el cual el Estado no es el anfitrión del banquete, sino un comensal más de poca monta.

Después de un par de horas que entremezclaban ideas, referencias culturales, y algo de política - té con masas de por medio -, le agradecí una vez más a Aarne y nos despedimos hasta dentro de una semana, cuando me dijo que seguramente ya tendría más materiales y podría observar un mayor avance, al menos sobre la estructura basal de las esculturas.

Subimos al vehículo e, instintivamente, agarré la billetera para ver cuantos Euros me quedaban. Después busqué en la aplicación del teléfono celular para ver el monto de dinero que quedaba en la cuenta. Otra vez volvió la preocupación a mi mente: el desarrollo de la escultura se iba a dilatar y, por ende, el monumento todavía tenía fecha incierta de inauguración. Conclusión: me quedaban unos cuantos días en Finlandia, y el dinero no era infinito.

Todos me habían acogido maravillosamente – Heikki, Aarne, la gente de la Embajada Argentina, y ni que hablar Robert –, pero no podía abusar. Y éramos tres personas, incluido un niño con todas sus necesidades, que debíamos mantenernos. Entonces comencé a pensar en pedirle ayuda a Robert para que hablara con algún conocido que me pudiera ofrecer trabajo. El que sea.

“¿Te pasa algo? Estas muy callada” me preguntó Robert, luego de percibir mi indisimulable estado de ánimo. Suspiré y le respondí: “Te soy sincera, no tengo el dinero suficiente para esperar un proceso de desarrollo que no tiene un norte temporal preciso. Estoy feliz y súper agradecida de toda la ayuda que hemos recibido desde que llegamos al país. El tema es que no creo que pueda conseguir más liquidez, ni en la Embajada, ni desde Argentina. Para hacerla corta: tengo miedo de que, por el motivo que sea, la escultura se siga retrasando. Y yo necesito estar aquí para asegurarme que el monumento se termine y que el sueño tenga un final feliz. No quiero molestarte más, pero por ahí conocés a alguien que necesite una persona para trabajar”.

Robert centró su mirada en el frente, y agarró el volante con ambas manos. Luego de unos segundos de silencio sepulcral, tomó la palabra: “Mira, no quiero que te preocupes. Te puedes quedar en mi casa el tiempo que necesites. Como sabes, vivo solo y hay espacio para todos. Nos podemos acomodar, tengo dos colchones cómodos, puedo conseguir uno más. Por el resto de las cosas, la comida y todos los productos que son necesarios, después lo vemos. Yo gano lo suficiente para que no falte nada. Nos vamos a arreglar”.

“Te agradezco muchísimo Robert por la propuesta. Lo voy a pensar, además lo tengo que hablar con Analía, tengo que pensar bien en Brunito. Pero de verdad, tus palabras denotan que tenés un gran corazón. Se nota que sos un ser especial”. Le devolví una sonrisa. Él también me sonrió. Estiró su mano derecha y agarró la mía. “Quédate tranquila Juli. Se va a solucionar”, fue lo último que me dijo antes

de que el tiempo transcurriera en silencio y me dejara en la puerta de la hostería.

Subí a la habitación. Me senté en la cama. Antes de aceptar la propuesta de Robert, iba a agotar todas las instancias posibles. A mi familia no podía pedirle nada; simplemente no tenían. Menos a Graciela y Benjamín con lo que había pasado. Entonces agarré el teléfono para llamar al Embajador. “Lo siento Julieta, no te puedo ayudar, no tengo más recursos que para facilitarte la logística y algo de una caja chica, pero es algo mínimo para insumos básicos; no creo que te alcance para muchos días. Puedo pedir un incremento de expendio para gastos de la Embajada; la respuesta puede ser positiva o negativa. Y, en caso de que sea afirmativa, igualmente suele llevar un largo ‘tiempo burocrático’ para hacerse efectiva. Por lo tanto, no te puedo prometer nada”, fue su tajante respuesta.

En ese momento entró Analía con Brunito. “¿Cómo te fue? ¿Estás bien?” me preguntó al notarme rara. Yo miraba perpleja a mi hijo, como inanimada, sin reacción. Por mi cabeza pasaban demasiadas cosas a la vez: realmente no tenía una vida fuertemente estructurada en la Argentina; Brunito era pequeño y se notaba que estaba cómodo en el lugar; Robert me parecía un joven carismático, amable, sensible; Analía era una muy buena persona, una gran compañera con la cual compartíamos el mismo objetivo. Por eso tenía que hablar con ella y consensuar como seguir: habíamos hecho este proceso juntas, el deseo era de ambas, y debíamos acompañarnos ‘espalda con espalda’ hasta el final.

Le expliqué todo y le comenté sobre la propuesta de Robert. “Lo siento Juli, pero yo no creo que pueda estar más tiempo aquí. Me encanta el lugar, y estoy muy feliz por todo lo del monumento. Pero me siento ajena, extraño mis cosas, mis afectos. Sé que no es mucho, pero aquí es todo tan diferente: desde la gente, pasando por la comida, hasta la propia cultura fina. Soy una mujer sencilla; un tiempo está bien, pero para mí, quedarme indefinidamente es demasiado. Si

el artista no tiene una fecha precisa de finalización de la escultura, yo quiero irme”.

No le podía decir nada. Comprendía sus razones. Además, cada ser humano es diferente; con un pasado, una idea, una forma de ver la vida que es única. No la iba a detener. “Además estoy tranquila porque sé que vos vas a seguir adelante y todo terminará en un éxito, con una hermosa obra de arte que será valorada ahora y siempre. Confío ciegamente en lo que sos; en el poco tiempo que te conozco sé lo que valés como persona, la fuerza que tenés, el valor que le das a la palabra”, continuó mirándome fijo a los ojos. Me acerqué a ella y la abracé con todas mis fuerzas. Con mayor suavidad, pero con el mismo afecto, ella hizo lo mismo. Mientras tanto, Brunito jugaba con unas cartas sobre mi cama.

No tenía margen de acción; lo único que estaba segura es que quería ver el monumento inaugurado. Lo miré a Brunito. Y recordé que Robert siempre fue muy atento, muy cariñoso con él. Entonces me decidí y le envié un mensaje al celular: “Hola Robert, discúlpame que te moleste, sé que nos vimos hace un rato. Estuve pensando en tu propuesta, y me decidí a aceptarla. Una vez más, te agradezco infinitamente. Realmente no quería molestarte, pero no tengo más recursos para quedarme. Te prometo cuando termine todo, juntaré dinero para pagarte lo que consumimos, la totalidad del gasto que te ocasionemos”.

Me recosté en la cama. No pasaron unos minutos cuando escuché que me había llegado un mensaje. “Olvidate, no te preocupes, va a estar todo bien. Ahora focalízate en cumplir tus sueños. Los cuatro nos vamos a acomodar de algún modo”, me respondió con una voz pacificada. “Somos tres. Me olvidé de decirte que Analía no se va a quedar. No es por vos, ni por tu casa; es un tema personal. Pero está contenta y tranquila porque sabe que yo me quedo y el monumento se va a inaugurar”.

Eso fue todo. Le avisé a Heikki que hoy era nuestro último día en

la hostería. En pocas horas, Robert nos pasaría a buscar a las tres. “¿En serio no necesitan que los acompañe a la casa de Robert? Analía y Brunito pueden venir en mi auto, así van más cómodos”, nos insistió con su habitual amabilidad, luego de ayudarnos a bajar las valijas. “No es necesario, está cerquita. Nos apretamos un poco y, cuando nos demos cuenta, ya estaremos allá. Heikki, te quería agradecer nuevamente, de todo corazón, por la hospitalidad. Fuiste el primer finés con el que tuvimos contacto fluido, y has sido el mejor anfitrión que pudo haber. Nunca nos olvidaremos de vos”.

Primero Analía, después yo, y finalmente Brunito, lo abrazamos. Observé la felicidad - y algo de emoción -, en su rostro. Para ambos, nuestro encuentro seguramente reforzaba el hecho que había buena gente en todas partes del mundo.

Nos acomodamos más que bien. Yo dormía con Brunito en la cama de Robert, mientras él puso un par de colchones en el comedor para dormir con Analía. Igualmente serían solo dos noches. Apenas terminamos de acomodarnos en nuestro nuevo hogar, compré su pasaje de regreso a la Argentina.

Desde el momento en que le avisé que se iba en menos de cuarenta y ocho horas, decidió no salir más de la casa. “Estoy cansada, me quedo lavando la ropa sucia, ordenando mi valija, y jugando con Brunito aquí, aprovechando mis últimos días con él”, fueron las razones que esgrimió. No le cuestioné nada. Era como un boxeador que había dado todo y llegó el momento de tirar la toalla. Había cumplido con su cometido.

Me comuniqué con el Embajador y nos prometió su vehículo para buscarla y llevarla al aeropuerto. Cinco horas antes de que saliera el vuelo, Cristian estaba en la puerta de la casa. La despedida fue tranquila, diría armoniosa: luego de agradecerle por todo a Robert, le dio un beso interminable a la mejilla derecha de su nieto. Al ver que se puso triste por su partida – por supuesto sin entender muy bien por qué -, Analía le prometió a Brunito que se verían pronto.

En mi caso, fue un hasta luego; sabía que, en algún momento no muy lejano, nos volveríamos a encontrar. Y mientras observaba el auto alejarse lentamente, tuve una extraña sensación de paz interior; más que un vínculo nuera-suegra, sentí que había ganado una amiga para toda la vida.

Con Robert era todo sencillo. Comenzamos a trabajar juntos en su huerta, hacíamos las tareas del hogar, disfrutábamos los atardeceres. Cuando él se iba a hacer trabajos de herrería, que por cierto eran hermosos por su dedicada precisión e imaginación para que se plasmen como obras de arte en cada hogar – siempre sacaba fotos al terminar y me las enviaba –, yo me encargaba de cocinar para el almuerzo o la cena.

El tiempo que tenía libre, lo dedicaba a jugar con Brunito en el amplio jardín. En cuanto a Robert, a los pocos días de estar en su casa ya le había construido una hamaca, una casa para niños con diversidad de muñecos, y una bicicleta artesanal para que se paseara en círculos por el jardín. Brunito lo disfrutaba enormemente: horas enteras alternando diferentes tipos de juegos lúdicos, junto a lo que se podría denominar como una especie de ‘iniciación deportiva’.

Ello me hacía reflexionar sobre el futuro de Brunito. Por lo que me contaron Aarne y Robert, además de lo que yo mismo percibía, en Finlandia se encontraban alejados de la locura tecnológica que se vivía cotidianamente en la Argentina. Especialmente, de la juventud estupidizada y corrompida por las mayoritarias banalidades que dejan traslucir las contaminadas redes sociales.

Y como consecuencia, tenemos que, con la potencia de la tecnología al servicio de los medios de comunicación concentrados, hoy las elites de nuestro país han seducido a las capas populares con un discurso establecido bajo un nuevo modelo antropológico: el del individualismo posesivo, de la competencia como forma de vida, el de la precariedad social como manera natural de existir en el mundo.

Entonces comencé a pensar que no quería volver a ello. ¿Y si me

quedaba? Podía buscar trabajo, un lugar para vivir. Tendría que ver el tema de la residencia y la escolaridad de mi chiquito, que sería lo más importante. Estoy segura que mi familia y amigos lo entenderán. Voy a sentir su ausencia; pero, quien dice, pienso que si todo va bien podré visitarlos con cierta asiduidad.

Eso sí, me gustaría continuar mis estudios universitarios. Las Ciencias Sociales son, definitivamente, mi pasión. Podría intentar hacerlo de forma virtual. Sino, cuando tenga un mejor nivel del idioma finés, y Brunito sea un poco más grande, podría aplicar a alguna universidad de aquí. Pero bueno, era solo una idea. Primero debía inaugurarse el monumento, y después vería.

Un día antes que se cumpliera la semana prevista, Aarne lo llamó a Robert para decirle que no fuéramos, ya que no había podido avanzar casi nada porque prácticamente no había recibido insumos. “Quédate tranquila Juli, esto es así. Pero lo va a terminar. Aarne es un señor, un hombre de palabra. Son cosas que lo exceden, de lo cual él no puede hacer nada. Y nosotros tampoco”, me dijo Robert, mientras me abrazaba al ver mi exceso de llanto. Es que tenía tantas ilusiones, y tanto miedo de que se frustrara el monumento, que no me pude contener. Solo la mirada incrédula de Brunito, y un té con miel, pudieron calmarme.

El tema de la escasez me llevó a mis clases de comercio en la Universidad. Recuerdo como se entremezclaban las expectativas de los consumidores, con la lógica y la racionalidad de los oferentes. Y, puntualmente, tengo en mi cabeza el ejemplo que presentó la profesora sobre la Yugoslavia socialista: hubo un momento de la historia en el cual comenzó a circular el rumor de que no había suficiente papel higiénico en las tiendas.

En aquel entonces, las autoridades se apresuraron a asegurar que hubiera lo suficiente para satisfacer las necesidades ordinarias de consumo. Sin embargo, a pesar de que se sabía que no había escasez, el consumidor promedio comenzó a razonar de la siguiente manera:

“Sé que hay suficiente y que el rumor es falso, pero ¿Y si algunos se tomaran en serio el rumor y, presos del pánico, empezaran a comprar en exceso, provocando así una escasez real? Entonces será mejor que, por las dudas, también yo vaya y compre para tener una reserva de papel higiénico”.

Igualmente, a esta altura del partido, poco me interesaba la teoría. Quería que todo se solucionara, como fuera, lo antes posible. Realmente, no sé cómo voy a poder manejar la ansiedad de aquí en más.

Se ve que Robert, desesperado por ayudarme, lo llamó a Aarne para contarle de mi angustia. Al rato se acercó a la cocina, donde me encontraba preparando una carne con papas: “Mira lo que me escribió Aarne en el celular. Apenas tenga novedades, no es necesario ni que vayamos. Mientras vaya avanzando con la escultura, nos irá enviando fotos y videos en el mismo momento para que le demos nuestras sugerencias. Dice que te quedés tranquila que todo va a estar bien”.

Solo atiné a esbozar una tímida mueca sonriente. Quería tener fe, pero era todo lo que pude hacer. Y Robert se dio cuenta. Entonces fue por más: “Eso no es todo. Tengo un conocido en Helsinki; lo voy a llamar para ver si puede acelerar el proceso y hacer que la aduana le dé prioridad al pedido de Aarne. Es un amigo que me quedó de hace muchos años; lo conocí apenas volví de Estados Unidos. No sé si dará resultados, pero al menos lo intentaré”.

Parece que su llamado dio resultado. A los tres días teníamos la primera imagen de Aarne, sonriente, con su mameluco de trabajo y sus manos sobre la escultura. Y los días subsiguientes, nos enviaba, indistintamente a media mañana o después del almuerzo, sus avances; solo cuatro veces le pedimos algún retoque estético o le sugerimos una idea diferente – el más importante fue sobre la posición de la representación de los cuerpos de Dani y Javi’ -. Y algo no menor: Aarne no continuaba el trabajo hasta que no le dábamos nuestra conformidad para que prosiguiera.

Un martes, bien temprano, comenzó a sonar mi celular. Una, dos. A la tercera vez reaccioné y atendí: “Perdona la hora Julieta, pero estaba inspirado en el final y estuve con las esculturas retocándolas toda la noche ¡Trabajo terminado!”, exclamó con fuerza Aarne. “¡Gracias! ¡Mil gracias! ¡Ya le aviso a Robert y apenas pueda vamos para allá!

Salté de la cama y fui corriendo hasta el comedor. Luego a la cocina. Después me acordé que Robert me había dicho que tenía programado un trabajo temprano. Lo llamé al celular. No respondía. Tuve que contenerme por casi cuarenta minutos, hasta que recibí su mensaje: “¡Excelente noticia! Avísale por favor a Aarne que si puede vamos después del mediodía, cuando termine un atril que estoy haciendo aquí en el pueblo”. Por supuesto, Aarne no tuvo problemas. También nos esperaba con mucho entusiasmo.

Luego de un almuerzo fugaz, partimos los tres hacia su casa. Al ingresar por su portón de piedras, ya nos esperaba con la puerta abierta, mientras realizaba un ademán de con su mano derecha y nos regalaba una enorme sonrisa de oreja a oreja: “Buenos días; por favor pasen al atelier de Don Aarne. La escultura los está esperando”.

Brunito entró corriendo. Sus veloces pasos se dirigieron hacia la cocina, donde se encontraba el obeso gato blanco del dueño de casa. “Ubíquense por favor por aquí. La primera impresión es fundamental y, desde esta posición, la óptica tiene la mejor perspectiva”, sentenció con la templanza de un experimentado profesor.

Mientras nos ubicábamos con la mayor precisión posible siguiendo sus indicaciones, Aarne caminó lentamente hacia la escultura, cubierta por una amplia túnica blanca. “¿Están listos?”. No llegamos a asentir con nuestras cabezas, que la misma ya estaba desparramada en el suelo.

Me largué a llorar. Parecían embalsamados de lo perfecto que eran sus rostros, sus cuerpos. Javi y Dani; el primero arrodillado con ambas piernas apoyadas al suelo. Dani también tenía la región pos-

terior del muslo izquierdo en la misma posición, mientras la pierna derecha se encontraba flexionada noventa grados.

Ambos estaban vestidos con uniformes militares; cada uno con las insignias de sus respectivos ejércitos. Y lo más emotivo era el abrazo, como con fuerza, con las manos izquierdas apoyadas en los hombros. Solo quedaban libres sus respectivas manos derechas, las cuales sostenían unos cascos, que, por su posición oblicua desgastada, daban la sensación de pertenecer a una guerra ya terminada.

No podía parar; las lágrimas brotaban como gotas de lluvia cayendo de un viejo techo a dos aguas. Me costaba mantenerme en pie; mis piernas se flexionaban como el tronco de un roble que se resquebraja y se debilita lentamente. Busqué la silla más cercana para sentarme. No podía más.

Entonces apareció Robert para darme un abrazo que hiciera de sostén de mi frágil existencia. Y después vino Aarne, con un vaso de agua. Tardé unos segundos en tranquilizarme y componerme. También recibí su sentido cariño al tomar mi mano, mientras Robert se alejaba unos centímetros, sin dejar nunca de decirme que todo iba a estar bien, y que el monumento emplazado sería un éxito hermoso.

“Es perfecto, un millón de gracias”, le dije a Aarne con una tibia voz entrecortada. “Me alegra mucho que te guste. Lo hice con mucha dedicación y amor. El fin del mismo lo merecía”, me respondió con una sonrisa. “Ahora solo queda coordinar la logística. Yo me encargo de hablar con la municipalidad. Lo principal es encontrar un camión lo suficientemente grande para el traslado. Y, por supuesto, el trabajo lo tienen que hacer profesionales adecuados para que no se produzca ninguna fisura durante el recorrido y la instalación en el lugar”, continuó Robert.

Después de descansar un rato en el cómodo sofá, con Aarne comenzamos a imaginar cómo iba a ser el día de la inauguración, mientras Robert realizaba los llamados telefónicos necesarios para que no falte nada. Por suerte - y entiendo que fue gracias a su capa-

cidad – su gestión fue un éxito, ya que en menos de dos horas había coordinado la logística, consiguió los insumos necesarios, y acordó con todos los niveles de gobierno el día y la hora del evento: iba a ser el próximo domingo a las once de la mañana, con el objetivo que la mayor cantidad de gente pueda concurrir, y que el sol desnude a la escultura en todo su esplendor.

A mí se me ocurrió además preparar un catering para los presentes: te, café y gaseosas, junto a unas masas, facturas y sándwiches. Yo lo vivía como una fiesta, y quería que todos los interesados lo sientan de la misma manera. También pensé en llevar una especie de ‘plaza blanda’, con algunos juegos para que los más chicos que concurrieran estuvieran entretenidos y los adultos pudiéramos disfrutar, plenamente y sin interrupciones, de la inauguración.

“Van a venir del gobierno nacional algunos funcionarios de segundas líneas, pero puede que también se haga presente el Ministro de la Concordia Nacional. Así que vamos a agregar un souvenir con la misma imagen de la escultura, pero en miniatura, para todos los presentes”, le dijo el Intendente municipal a Robert, al llamarlo un par de días antes del evento. Como diría Carl Schmitt sobre la representación política, estamos ante la ‘presencia de una ausencia’, bajo la cual no solo gira la adopción de prácticas correctas, sino que también depende del significado simbólico – en este caso el evento de la inauguración – que tiene para los demás.

Hace tiempo en Occidente vivimos en una sociedad ‘democrática de audiencias’, constituida por un público que carece de organizaciones políticas que produzcan utopías. Donde solo ha quedado la forma más sencilla de unificación de un pueblo desagregado: un proyecto populista que se centra en la idea de libertad, que no es programática o colectiva, sino que busca meramente la expresión de una experiencia personal.

Bajo este marco, las Elites potenciaron un efecto ‘fusionista’, el cual que permitió coaligar ideas, referencias y actores a través de un

lenguaje con una fuerte impronta de símbolos conservadores, nacionalistas y tradicionalistas.

Las palabras clave: mérito, punitivismo, orden e individualismo, las cuales avasallaron cualquier noción de progresismo comunitario, justificando no solo lo contrario de las causales de las miserias y la desigualdad socio-económica reinante, sino que coadyuvaron a pulverizar cualquier estrategia que recuerde las veleidades de la otrora social-democracia finesa. Aquel Estado de Bienestar que no fue creado por la generosidad de las Elites capitalistas - olvidado quizás por su derrumbe con el paso del tiempo -, sino como un ‘seguro contra la revolución soviética’; un buffer de contención para que el descontento extendido entre las clases trabajadoras no se desbordara.

Robert lo entendía de la misma manera. “Sabes que pasa Juli, es obvio que a un sector de la política este monumento le cierra. Quieren humanizar una situación de violencia extrema, focalizándose en los ‘pobres soldados’ que tuvieron que pelear en el frente, por una causa que para muchos de ellos era obligada, pero que realmente no lo sentían. Por supuesto siempre haciendo referencia a la culpabilidad de las Elites Orientales”, me comentó mientras charlábamos del tema en la cena.

“Estoy de acuerdo Robert. Es más, recuerdo el caso emblemático del Japón post Segunda Guerra Mundial: las autoridades niponas pudieron moldear una nueva conciencia nacional en la cual el propio país fue presentado como víctima, lo que permitía lograr ignorar todas las atrocidades cometidas durante la guerra por los propios japoneses. Ello fue clave para mantener el orden social”.

“Lo recuerdo. Es más, entiendo que fue peor aún”, aclaró Robert, “ya que, con el objetivo de salvar el buen nombre de honor de sus nuevos aliados estadounidenses, los japoneses fomentaron la idea de que la utilización de las bombas atómicas sobre Japón realmente salvó vidas y que, por lo tanto, había sido el menor de los males. En fin, todo era lógico. Mejor dicho, políticamente lógico”.

Después de acostar a Brunito - estaba tan cansado de tanto jugar todo el día, que no quiso esperar a probar el postre de chocolate que le había preparado-, y mientras tomábamos un chocolate caliente en el sillón, pensé en hablar con Robert. Pero esta vez, no sobre el monumento, o el trabajo cotidiano. Quería hablar sobre la vida. Mi vida. Del futuro mío y de mi hijo.

Ya hacía mucho nos conocíamos, había un aprecio conjunto, y, la verdad, no tenía otra persona con quien poder hablar de lo que me pasaba; sobre todo la incertidumbre y mis dudas sobre cómo manejar el día después, una vez que el objetivo sea cumplido.

“Te soy sincera Robert, estuve pensando en quedarme. Estoy muy a gusto con la vida acá, la tranquilidad, la perspectiva de un futuro próspero para Brunito. Hasta yo quisiera continuar con mi carrera de Relaciones Internacionales. Pero, por otro lado, me surgen dudas. No sé si realmente podré aprender el idioma algún día, adaptarme a la cultura finlandesa. Más aún, no sé si podré sola con todo. Creo que es muy difícil. En Argentina tengo la familia, conocidos que me pueden intentar ayudar. A ver si me puedo explicar: siento que en mi país voy a estar en mi ‘zona de confort’”.

Sin decirme una palabra, Robert se levantó y se dirigió a la cocina. A los pocos segundos volvió con unos dátiles dulces. “No quiero que te vayas. Te prometo que te voy a ayudar en todo lo que necesites. Practicaremos el finés, trabajaremos juntos en nuestra huerta, te ayudaré a conseguir un buen empleo. Y, por supuesto, haré todo lo que sea necesario para que Brunito se sienta como en casa: cómodo, seguro, feliz. Me gustas; y mucho. Por favor, quédate”.

Entonces se acercó hacia mí lentamente. Se puso en cuclillas a mi lado, agarró suavemente con sus manos mi cuello, y me besó profundamente. Con sus labios, sintiendo toda la textura de su piel.

Y me dejé llevar. Desde Javi, nunca volví a pensar en estar con ninguna otra persona. Es verdad que en el medio estuve ocupada con Brunito, el desarrollo de la guerra, el poder encausar mi vida. Pero,

más allá de ello, me sentía ‘bloqueada’ para con el volver a intentar enamorarme.

Robert me gusta. Me hace sentir bien, me siento en paz. A veces el tren pasa una vez en la vida. No lo sé realmente. Javi era mi tren. Por ahí este es el segundo, en tan inhóspito lugar, con un hombre que, hasta hace pocas semanas, jamás pudiera haber imaginado en sueños. Pero la vida es eso, dinamismo permanente, idas y vueltas, avances y retrocesos. Creo que lo importante es ser lo más feliz posible durante el camino.

Mientras nos separamos unos centímetros, nunca dejamos de mirarnos fijamente a los ojos. “Hagamos una cosa. Yo también siento un cosquilleo en el estómago por vos. Has sido siempre adorable conmigo, con Brunito, mismo con Analía. Siento que sos una hermosa persona, que estás siempre atento a los mínimos detalles. Quiero probar. Voy a probar. Pero también quiero que sepas que, como la vida misma, veremos cómo estamos y el tiempo dirá el resto”.

“De acuerdo”, me respondió sin quitarme la vista de encima. “Sabes que mi situación es especial, hay muchas cosas en juego. Solo te pido que me apoyes, que me respetes, que me cuides. Como ha sido hasta ahora. De mi parte, prometo lo mismo. Ojalá, porque realmente lo deseo, que esto funcione”. Se sonrió y me abrazó cubriendo toda mi espalda. Luego, a la vera del hogar que emanaba una suave tibieza, nos fundirnos en una sola persona. Mientras tanto, la alfombra sostenía, con templada calma, todo nuestro ser.

Los días pasaban calmos. Nuestra complicidad solo se limitaba delante de Brunito: no quería que nos viera de la mano o besándonos. Ya buscaría el momento preciso para contarle; aunque, con seguridad y a pesar de su corta edad, algo ya intuía. Mientras tanto, terminaba de ultimar detalles para el gran día, especialmente en relación a cómo nos vestiríamos, las palabras que diría, el modo de contener las emociones. No quería que nada quedara al azar.

El domingo a la mañana amaneció radiante y soleado. Desayu-

namos frugalmente – ya tendríamos tiempo para picar algo después del evento – y nos vestimos de un modo elegante, razonablemente formal para la conmemoración. Partimos bien temprano; no eran las ocho y ya estábamos en el lugar con Robert y Brunito. Aarne llegó a eso de las ocho y media, vestido con un saco multicolor, pantalones chupines bordó, y zapatos con punta al tono. Se lo notaba exultante y feliz. Era un gran día para todos.

Una hora antes del comienzo, ya habíamos armado las mesas y sillas que habíamos llevado, formando una U rectangular. Sobre los manteles blancos, ubicamos con mucho cuidado la bebida y la comida, calculada para unas cien personas. Brunito dormía mansamente sobre una de las sillas; lo único que, cada tanto, teníamos que fijarnos que no se le cayera la cabeza sobre su lado izquierdo.

A las diez y cuarto llegaron los empleados de la municipalidad, con todos los adornos y el cotillón correspondiente. También trajeron unos bocados y algunas cajas de vino que, según me dijo el coordinador a cargo, eran para ‘honrar la amistad y celebrar el actual tiempo de paz’. Ellos no solo iban a colaborar en el armado, sino también en la atención de cualquier requerimiento que pueda llegar a surgir entre los presentes.

Las primeras personas se acercaron, curiosas, pasadas las diez y media. Unos minutos antes, Robert se había ido a la casa de Aarne a controlar la logística: esperar a la empresa de traslados, verificar que la escultura fuera cuidadosamente subida al camión, se atara correctamente, y luego sea colocada en el lugar exacto, donde la tierra tenía las mejores condiciones de soporte.

“Ya estamos llegando; estamos un poco retrasados porque tomamos todos los recaudos. No queremos que nada salga mal”, fue su mensaje en un corto audio. Igualmente estábamos bien de tiempo. Además, creo que no pasaba nada si el acto se demoraba algunos minutos. Entiendo que los retrasos pueden pasar en un evento de cierta envergadura.

Faltando pocos minutos para las once, llegó la intendenta con un grupo de asesores. Nunca nos habíamos visto, pero ella ya sabía quién era yo. “Buenos días Julieta, mi nombre es Lumi, soy la intendenta de Mohko. Espero que estés bien, ansiosa por este día tan especial. Me llamaron que el Ministro se encuentra un poco retrasado, estaría llegando alrededor de las once y media. Apenas se encuentre aquí, realizamos el acto”, me dijo manteniendo todo el tiempo una sonrisa extremadamente política.

Luego se le acercó uno de sus acompañantes, quien le comentó algo al oído. Se puso inmutablemente seria; miraba el suelo y no decía nada. Mientras esperaba que concluyera el dialogo parada enfrente de ella, observaba de reojo a Brunito, que se había enganchado a jugar con el perro de una pareja de personas mayores, las cuales habían llegado minutos antes en una antigua camioneta.

Cuando terminaron, Lumi levantó la mirada para volver a dirigirse a mi persona: «Yo diré las palabras de bienvenida; después el Ministro dará su discurso, y finalizaremos contigo. Cuenta brevemente la historia del porqué del monumento, lo que significa para ti, lo que quieras. Como puedas, Robert puede traducir”.

Estaba todo decidido. Tampoco yo había pensado un cronograma, una especie de agenda del evento. Si me hubiera gustado un ‘que te parece’, o tal vez un ‘sugerimos esto, nos gustaría saber si tenés vos alguna propuesta’. Pero bueno, entre expectativa y realidad había un largo trecho; evidentemente, debía ser así y punto. Mejor no discutir. No era lo más importante y, además, enojándome no iba a ganar nada. Es más, tenía mucho por perder. Estaba a minutos de cumplir mi sueño y no pensaba arruinarlo.

Robert consiguió una consola y había hablado con un amigo para que ponga una melodía suave autóctona de la región durante el evento. Pensamos que ello ayudaría a un escenario donde queríamos que se respirara paz. Y no nos equivocamos: a medida que llegaba la gente, se observaban muchas sonrisas y diálogos fraternos entre

conocidos que se encontraban allí para pasar un momento diferente.

Unos minutos pasados las once, todos los presentes – un cálculo a groso modo me decía que había ya alrededor de ochenta personas –, giraron su cabeza hacia la izquierda: se escuchó con fuerza el rugido del motor del camión que traía la escultura.

Una vez que estacionaron, Robert bajó y se ubicó en la parte trasera del vehículo. Cuando se abrió la puerta posterior, dos hombres fornidos se quedaron arriba, y otros dos descendieron, colocándose en posición para recibir a la escultura, la cual se encontraba cubierta con la que pude reconocer, era la túnica blanca. Con mucho cuidado, la bajaron lentamente, hasta apoyarla en una base que permitiría deslizarla hasta su destino final.

El silencio era total. Todos miraban inmutados el traslado. Una vez colocada la escultura en el lugar preciso que les indicó Robert, se retiraron, y vinieron los dos carpinteros contratados por la municipalidad para colocar el cerco circular de madera, de un radio de aproximadamente un metro de distancia desde el centro de la estatua. En pocos minutos el mismo estaba construido; incluido una pequeña puerta en el sector central para que un jardinero emprolijara el pasto interior una vez al mes.

Una vez que finalizaron, fui a buscar al auto de Robert el mármol grabado que habíamos enviado a hacer. Mientras terminaban de preparar los micrófonos para que comenzara su discurso la intendenta, ingresé un momento dentro del área cercada y, en un hueco que habíamos preparado especialmente en el suelo, lo apoyé con mucho cuidado, asegurándome que quedara bien centrado.

Por suerte, el mármol entró justo en aquel lugar; la medición milimétrica que habíamos realizado le sentaba perfecto. Tal como creíamos eran las palabras que habíamos elegido cuidadosamente para conmemorar aquel momento: “Este monumento representa el homenaje a dos amigos que se quisieron profundamente. Dos seres sociales que vivieron una coyuntura histórica que los llevó a que en-

tendieran la vida de forma diferente. Dos personas que lucharon por defender cuestionados ideales; pero que, seguramente, nunca objetaron el valor de la amistad y el cariño entre ellos, compartiendo los más hermosos momentos de sus vidas”.

En ese momento me acordé de las palabras del antropólogo Chernenychevski, quien sostenía que para constituir una esfera política superadora era necesaria una instancia de emancipación de cada individuo respecto al sistema; que los ciudadanos puedan ‘abrir los ojos’, sean capaces de discernir las contradicciones y las políticas miserables por parte de quienes los gobiernan.

En este sentido, Javi y Dani fueron embebidos, en un mayor o menor grado de conciencia, en un conflicto bélico de proporciones globales. No sé si tuvieron tiempo o la capacidad de cuestionarse los porqués. Lo único que estoy segura es que hay un hecho fáctico, innegable, que en siglos no se ha modificado: resulta mucho más fácil inducir a la gente a odiar, que inducirla a amar.

A los pocos minutos llegó el Ministro de la Concordia Nacional. Tres autos oficiales, antiguos, negros, enormes. Con él se presentaron una decena de personas, entre asistentes y custodios; estos últimos mostraban, desfachatadamente, sus armas cortas y largas. En el cielo, sobrevolaba un helicóptero con un francotirador, junto con un dron que portaba una especie de ametralladora. La verdad, para mí era algo de película, impactante.

“El tema es que fue amenazado de muerte por dos grupos armados. Grupos fascistas que no están de acuerdo con su forma abierta y amable de proceder ante las minorías y los inmigrantes. Además, es un ‘objetivo’ por su apoyo vehemente a todo tipo de políticas sociales que benefician a los más desfavorecidos”, me comentó Robert sigilosamente al oído.

Entonces recordé aquella frase de una profesora de sociología, tan lucida como racional ella, quien sostenía que mientras el progresismo se había vuelto en una ‘izquierda cultural’, la derecha se

iba haciendo cada vez más popular. Y ello ocurrió en todo el mundo occidental, sin excepción.

Estos grupos radicalizados que amenazan al Ministro, seguramente abonan posiciones que tienden a pensar en la existencia de una red global de izquierdistas y progresistas que dominan los medios y la cultura construyendo un sentido común políticamente correcto. Entonces ellos se colocan en la posición de la gente común, la gente trabajadora, apelando a un sentido según el cual, los otros, los que quedan fuera de ese esquema, constituyen el enemigo.

Pero, además, lo que ha hecho el conservadurismo radicalizado no es importar simplemente la lógica del antagonismo de la extrema derecha (por ejemplo, los nativos contra los inmigrantes que destruyen la cultura nacional), sino mixturarla con la perspectiva polarizadora de los neoliberales (dividiendo, por ejemplo, a los trabajadores de los holgazanes). En este sentido, el conservadurismo radicalizado funde posiciones, combinando cuestiones relativas a la identidad con la clase.

Por lo tanto, no es ilógico que vean este monumento como la totalización del ‘eje del mal’: un soldado comunista, extranjero; un clon que viene a ‘robar’ el proceso identitario nacional y los valores autóctonos. Por ende, aunque en una primera impresión a uno le puede parecer que la seguridad era excesiva, es razonable tomar todos los recaudos posibles.

Con un saludo protocolar, se dieron la mano el Ministro y la Intendente; luego, está última tomó el micrófono preparado para la ocasión, y pidió por favor silencio a los presentes para poder comenzar su alocución. Todos se callaron, con excepción de los pocos niños que corrían en dispares direcciones disfrutando de un improvisado partido de fútbol con una pelota que había traído uno de los padres.

Lumi agradeció a todos los presentes por estar hoy aquí, y habló de la relevancia que implica tener dicha obra de arte para la zona.

Y no solo por los visitantes que se podrán atraer, sino por la implicancia moral que tiene el monumento. “Por favor, ahora sí pueden quitar el cobertor”, les indicó a dos asistentes que se encontraban junto a ella.

Con lentitud y mucha suavidad, dejaron deslizar descendentemente la túnica, hasta que toda la escultura quedó desnuda. Bella, potente. Inmortal. “Cuando la igualdad supere a la mezquindad, la bondad a la perversión, la valentía a la cobardía, la humanidad a la brutalidad, el talento a la mediocridad, y la solidaridad a la usura infame, mi nombre será honrado. Javi y Dani”, eran las emotivas palabras que se dejaban traslucir entre ambos cuerpos, sobre el mármol tieso, abillantadamente pardo. El aplauso se dio solo, al unísono, ensordecedor. Casi un minuto que, para mí, fue eterno.

Posteriormente Lumi le pasó el micrófono al Ministro. “Estamos aquí en un día muy especial”, comenzó su discurso con fuerza. “Hoy no enunciaremos diferencias políticas ni ideológicas. Hoy hablaremos de redención, del volver a empezar, de que este monumento represente lo que muchos queremos para la humanidad”.

Hizo una pequeña pausa, la cual sirvió para que lleguen los primeros reconocimientos hacia su persona. “En este momento, donde todavía vivimos una tensa calma en la arena internacional, quiero ser firme: nuestro gobierno se encuentra comprometido con la paz y la concordia. Y este monumento escultural, que representa a dos hombres, los cuales se criaron a miles de kilómetros de distancia, en una cultura totalmente diferente a la nuestra, nos brindan ese ejemplo que tanto necesitamos todos: el de la amistad y el afecto como bandera por delante de todas las cosas”.

Finalmente, dijo que iba a resaltar lo que su gobierno nacional consideraba más importante: los logros en materia de derechos humanos y la contribución a la paz global. “Que quede bien claro: nuestro país lejos está de ser una dictadura asesina como lo son en los Estados de Oriente, donde se la pasan diciendo que viven per-

manentemente en ‘emergencia política’, con el mero objetivo de establecer un orden represivo permanente para devolver el orden, valiéndose de la suspensión de procedimientos legales que respeten a las personas”. El silencio era generalizado. La atención del público era total. Se notaba que la gran guerra estaba viva en los corazones; que las cenizas del conflicto todavía no se habían disipado.

“Acá vivimos en una democracia plena de derechos, y no tenemos problemas en dar a luz, visibilizar, el estoicismo de un luchador oriental, que seguramente fue engañado, como tantos otros, por las mentiras y difamaciones de Oriente. Así que, una vez más y ya para concluir, el gobierno nacional finlandés celebra este encuentro de ideas y culturas en pos de una humanidad más pura. Para todos.”

Todavía revoloteaban en mi cabeza sus palabras iniciales de no confrontación. Sin embargo, parece que a las mismas se las ‘llevó el viento’, y terminó atacando a sus oponentes. Como ocurre con muchos políticos, al Ministro no se le pudo ni confiar la promesa de cumplir un mero discurso.

Me cedió el micrófono. Era mi turno de hablar. De decir mi verdad; de agradecer a la vida. De recordar a mí Javi, y a mí Dani.

“Para comenzar, quiero agradecer a todos los que me ayudaron a que pueda cumplir este sueño; que no solo es mío, sino de Brunito, el hijo fruto del amor que me unió a Javier, de los familiares de Daniel, y seguramente los de Javier, con quienes no tengo contacto”. Robert traducía con paciencia y cuidado para, como me dijo él durante nuestra última charla ayer por la noche, “poder ser fiel en cada palabra a tu pensamiento”.

Me costaba contener las lágrimas y mantener la compostura, por lo que le pedí con señas un vaso de agua al asistente más cercano. Luego de beber un sorbo, recuperé algo de fuerza para continuar: “También quiero agradecer a todos los funcionarios de los gobiernos de Argentina y de Finlandia que nos ayudaron, a Robert y a Aarne, el mejor escultor del país, y a todos quienes, a su modo, aportaron su

granito de arena para que la escultura se encuentre aquí hoy, en este lugar tan emblemático, y pueda convertirse en un monumento que trascienda las generaciones”.

Sentí un hermoso aplauso colectivo. Cuando giré la cabeza vi el gesto de agradecimiento de Aarne con sus dos manos unidas y una enorme sonrisa, seguramente por mis sentidas palabras para con su persona. Robert asintió con su cabeza guiñándome su ojo derecho. Entiendo que era su forma de decirme que iba todo bien.

Solo recordé que el evento era filmado cuando observé la cámara a mi derecha. La inhibición duró el tiempo que racionalicé el hecho; bajo estas circunstancias, pensé dentro mío, tenía una oportunidad para que mucha gente alrededor del mundo – por supuesto incluida la Argentina – pudiera conocer el monumento que se estaba por inaugurar. Por ende, la potencial vergüenza se transformó en un sentimiento de oportunidad. Lo mejor que podía hacer era mostrarme lo más natural, clara y sincera posible.

“Sé que los sistemas político-económicos son muy complejos, ya que se encuentran enmarcados en las ciencias sociales, donde no hay verdades absolutas. Lo que sí es concreto y certero es la bondad y la grandeza de estos dos amigos, excelentes seres humanos, que querían disfrutar de la vida con sus seres queridos. Que tenían sueños y deseos. Que pensaban y sentían como cualquiera de nosotros”, continué antes de tomar una bocanada más de aire. No quería perder el impacto que genera un discurso que creía necesitaba ser vigoroso.

“Luego, la historia los puso en este lugar, como heroicos soldados que dejaron la vida por ideales opuestos. Los manejos, las formas, las miserias, se las prefiero dejar a las conciencias de las Elites que rigen los destinos de nuestras vidas. Solo les digo a los políticos del mundo: antes de pensar en ir a la guerra por sus intereses o convicciones, vengan a ver este monumento, y piensen dos veces antes de dar una orden que, para muchos seres humanos, y aquí no importa si son clonados o no, no tiene vuelta atrás. Para todos ellos es jugarse

lo máspreciado que tienen: la vida misma”.

Ya no pude contener el llanto. Sin embargo, no quería soltar el micrófono; necesitaba decir algo más, cerrar mi discurso con palabras que había meditado los últimos días, y eran las más sentidas que tenía dentro de mi ser: “¡Javi te amo! ¡Javi, Dani, nunca me voy a olvidar de ustedes!” Fue un grito, un alarido, solo interrumpido por una ensordecedora aclamación final por parte de todos los presentes.

Nos quedamos una hora más disfrutando del catering. Estaba todo realmente delicioso. La gente se me acercaba a preguntarme sobre Argentina, sobre cómo estaba transcurriendo mi estadía, sobre Brunito. Las autoridades se fueron rápidamente. Luego, de a poco, los presentes se iban retirando en sus vehículos, no sin antes saludar y agradecer con sinceridad a quienes habíamos hecho posible este monumento. Podría afirmar entonces que todo salió tal cual lo planificado: un éxito.

Mientras desarmábamos toda la infraestructura junto a los empleados de la municipalidad – mesas, sillas, cableado eléctrico, luminaria, sonido -, les dijimos a las últimas personas del pueblo que quedaban que se repartieran las bandejas de comida y botellas que sobraron.

Finalmente, despedimos a Aarne con un enorme abrazo. “Seguimos en contacto. Creo que, de este hermoso monumento, va a quedar algo más que lo simbólico; y ello es algo empírico, cotidiano. Que es nuestra amistad”, fueron sus palabras mientras arrancaba su vieja moto.

Quedamos entonces solos con Robert y Brunito. Y por supuesto, la bella escultura iluminada por el sol radiante. Inmediatamente, hice una grabación de un minuto haciendo un paneo de treientos sesenta grados de cómo había quedado el monumento para enviárselo a Analía y a Graciela. Lo estaban esperando. A los pocos segundos, ambas me agradecieron profundamente. Y quiero creer que, a la distancia, se emocionaron tanto como yo.

En el viaje de regreso en el auto, reflexioné sobre lo sanador que ha sido este viaje: tengo una sensación de paz al imaginar que Dani y Javi, en algún lado, con este monumento, están un poco más juntos. Los pienso unidos en el más allá, felices, conversando. Y porque no, buscando las respuestas que las miserables elites que manejan los destinos en la tierra, son incapaces de proveer. Como diría el el filósofo marxista del siglo pasado, Georg Lukács: “Para poder ver las cosas como exteriores a nosotros, no podemos estar en ellas”.

Entonces pensé como la destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de las generaciones anteriores, conlleva a que en la actualidad las personas crean en una suerte de presente permanente, sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven. Por lo tanto, de mi parte estoy tranquila que he evitado que ello ocurriera. Los nombres de Javi y Dani se perpetuarán en el tiempo.

Ahora necesitaba un poco de tranquilidad. Y para combatir la incertidumbre de lo exógeno, creo que lo mejor que puedo hacer es solidificar mi mundo propio, mi ser interior. Pensar en mi hijo, en mí, y, por qué no, ahora también en Robert. Quiero sentirme bien, feliz. Y mirar para adelante.

Le avisé a mi familia, a mis amigos, que no volvería por un tiempo. Seguramente habrá quienes se hayan puesto contentos, quienes se hayan enojado, quienes no pudieron entender el porqué. No importa. Es una decisión mía y estoy tranquila porque creo que, por lo menos en este momento de mi vida, es lo mejor para Brunito y para mí.

Y pasaron los días, los meses, los años. Y cuando me di cuenta, Brunito era Bruno, ya tenía trece años. Era un adolescente vivaz, feliz, que le gustaba disfrutar de la vida. Pero que nunca se había interesado en su pasado.

Será porque nunca lo había llevado a ver el monumento de su

padre y de su ‘tío’ Dani; o mismo debido a que hubo una política en el pueblo, sin prisa, pero sin pausa, de apagar lentamente la llama de los recuerdos de la guerra. De comenzar a silenciar lo que había ocurrido; aquel tiempo donde el sufrimiento llenó de dolor los cuerpos y las almas de sus habitantes.

“Mamá”, me dijo una fría noche de invierno en un fluido español que me propuse lo sostuviera desde chiquito. “Quiero saber quién fue mi padre. En todos estos años que hablamos del tema de las familias en la escuela, siempre sostuve a Robert como quien cumplió ese rol. Pero vos siempre me dijiste que él no era mi padre biológico”. Me miraba fijamente, como esperando una respuesta, o al menos algún comentario. Con mi silencio, yo esperaba que continuara para ver cómo podía tratar la situación de la mejor manera posible.

“Hoy, en la clase de arte, se me acercó el profesor y me dijo algo que me sorprendió, y que no entendí muy bien a que se refería”. “¿Qué cosa?”, le respondí, aunque ya intuía la respuesta. “Me dijo que mi padre y el arte son sinónimos en este pueblo. Que le había dado la posibilidad a muchos artistas de tomar su escultura como base para distintos proyectos en la región”.

Entonces comprendí que llegó el momento de que Bruno conociera su pasado. No sé si será el adecuado, pero la situación se dio así, y hay que afrontarla. “Hagamos una cosa; este sábado, que el pronóstico dice que vamos a tener una mañana con un sol radiante, te invito a conocer una obra de arte muy hermosa, que atrás tiene una bella historia. Y allí seguramente se te despejaran muchas de tus dudas”. Quedó pensativo. Terminó de cenar, y, a diferencia de su rutina habitual de quedarse en el living a mirar un poco de televisión, se fue a su habitación directamente a dormir.

Al otro día, cuando llegó de la escuela, dejó rápidamente su mochila en el living y vino a buscarme a la cocina. Yo había arreglado salir a las cuatro de la tarde de mi trabajo en la florería del pueblo para poder estar siempre cuando él regresara a casa desde la escuela.

“No sabes lo que me pasó mamá. Hoy tuvimos clase de historia, y pensé por qué no preguntarle a este profesor de historia, ya bastante mayor y que vivió toda la vida aquí, sobre una obra de arte vinculada a mi padre”, exclamó excitado. “Pero cuando le pregunté si sabía algo de aquello, miró para otro lado y me dijo que el tema era muy complejo, que involucraba cuestiones de política y de salud muy delicados, y que prefería no hablar sobre ello. Luego nos pidió a todos que nos ubiquemos en nuestros lugares, y comenzó la clase versando sobre el antiguo imperio romano, sin hacer referencia alguna a mi pedido”.

Pensé rápido. Brunito era un chico responsable; estaba segura que utilizaría toda la información que le daría de manera prudente. Con la misma, entendería quien había sido su padre, además de adquirir herramientas empíricas que le permitirían vincular la historia del país, con la suya particular. Era el momento de hablarle.

“Quiero que prestes mucha atención. Y tenés que prometerme que vas a guardarte para vos lo que te voy a decir ahora. Nadie lo tiene que saber. Solo Robert, vos y yo. ¿Me lo prometés?”. Le había hablado con toda la seriedad del mundo. “Te lo prometo mamá”.

“Viste que no hay muchos jóvenes en el pueblo, ni en las ciudades cercanas. La realidad es que, durante la guerra, el ejército de Occidente utilizó un tipo de gas, no del tipo de proyectiles incendiarios de fósforo blanco que afectan la piel, sino con un tipo de compuesto químico que no sé bien cómo explicarlo. Lo que ocurrió después es que los bebés y los niños pequeños de aquel entonces, comenzaron a mostrar trastornos psíquicos graves, episodios de violencia y locura; una especie de esquizofrenia, de trastorno neurológico, extrañamente inusuales en chicos de tan corta edad”.

En ningún momento quitó su mirada sobre mis labios. Estaba eclipsado por un contexto solo visto por él en alguna película de ficción. “Durante la guerra todos estaban abocados al conflicto; recién cuando finalizó empezaron a tratar el tema. Se construyó un enorme

nosocomio veinte kilómetros al sur, donde fueron a parar decenas de niños de toda la zona. Ninguna medicación surtía efecto. Luego, después de un tiempo, algunos comenzaron con ciertos problemas físicos. Malformaciones, tumores. Y todo se mantenía bajo un hermetico secretismo. La guerra estaba todavía fresca en las mentes agotadas; nadie quería traer más problemas”.

Recuerdo las palabras de Lord Dudley en las clases de historia sociológica, cuando, en los últimos años del Reinado de Isabel I de Inglaterra, sostenía que ‘La senilidad no degrada a quienes la padecen, sino a quienes la contemplan sin respeto’. Y ello había ocurrido en aquel momento: la situación fue tratada con la mínima exposición y la mayor rigurosidad. Finalmente, nada se pudo hacer. No había pasado más de un año y medio que cientos de niños habían fallecido”.

Bruno estaba comprensiblemente atónito. Y como si fuera un cuento con final abierto, me preguntó: “¿Y qué pasó después, mamá?”. “Como había sido un ‘error’ de las propias Fuerzas Armadas de Occidente, quisieron tapar todo. Quemaron el nosocomio con toda la documentación adentro, borraron todo lo que había en las redes sociales sobre el tema, les prohibieron a los médicos hablar de las consecuencias de la guerra en la salud de los sobrevivientes. Le sugirieron a toda la población ‘olvidar el pasado doloroso y mirar para adelante’. Y eso hicieron, prácticamente, la mayoría de los habitantes de Mohko y del resto de los pueblos que se vieron afectados”.

Quedó enmudecido. Se acomodó en la silla, miraba aleatoriamente para todos lados. No decía nada. Entonces volvió a fijar sus ojos en mi persona. Quería saber más. Y yo solo pude intentar explicarle el porqué de lo que había ocurrido con las palabras de la escritora Úrsula Leguin, quien sostenía que lo que experimentamos como presente no es real ni estable: es el producto de un cambio constante.

Por ende y dada la nueva coyuntura, era el momento histórico de callar, ocultar. De lo contrario, habría que enfrentarse a la realidad.

Y ello podría traer consecuencias. Sobre todo, en términos del actuar, de tomar un rol activo que genere un cambio superador para que las cosas mejoren; al menos desde el punto de vista de cada uno.

“Y papá, ¿en dónde entra en todo esto?” Su avidez por saber sobrepasaba, ampliamente y a una velocidad inusitada, mis intenciones de ir de a poco, de generar un relato pausado, por capítulos. Entonces decidí obviar la parte general de la historia, la guerra, y la política finlandesa, para avanzar directamente sobre su vida personal. La cual, obviamente, comenzaba con mi amor para con su padre.

Le conté todo. Todo lo que sabía, lo que me acordaba de él, de nuestra relación. De sus abuelas. De su viaje a China, de sus ideales. Del monumento que los inmortalizó a él y a Dani. No me guardé nada. Él merecía saber toda la verdad.

Creo que, desde aquel momento, su vida cambió. Empezó a ir, al menos una vez al mes, a visitar la escultura. También comenzó a embeberse de la historia mundial, de la guerra reciente, de la geopolítica y las luchas por el poder. Pero, por sobre todo y con gran ahínco, lo veía leer todas las publicaciones posibles sobre Argentina. Su país.

La vida política, la economía, su rol durante la última gran guerra entre Oriente y Occidente. Una ‘esponja de absorber información’, una avidez por aprender que tenía un disparador, una razón de valor superior: su propia vida, su propia historia personal.

Le interesó especialmente el origen de las ‘derechas’ argentinas, que hacía décadas se habían perpetuado en el poder: desde los más republicanos, neoliberales, cosmopolitas y elitistas, hasta los que abogaban por un nacionalismo reaccionario. Su característica común era que abogaban por políticas autoritarias basadas en sus nexos con las elites económicas corporativistas, a través de, teóricamente, valores culturales tradicionalistas individualistas, pre-estipulados sin ningún tipo de argumento científico conciso.

Este último punto era muy controversial para Bruno, ya que no comprendía cabalmente la lógica de las Elites de atacar la idea de igualdad, donde sostenían que era una ‘creación anti-natural que ahogaba las energías de cada persona’. Este concepto penetró y se impregnó fuertemente en las generaciones jóvenes – cada vez más desconectadas de la historia nacional -, con un formato simple, impactante, y sin complejidades que explicar.

Por otro lado, estaba, hasta se podría decir, desilusionado con el rol que había cumplido el partido de ‘sus abuelas’ – para ese entonces ya le había contado todo lo que sabía sobre Claudia y Andrea -. Es que la derrota de la izquierda en nuestro país había sido absoluta, humillante, imposible de sublimar. Se había claudicado sin siquiera intentar rememorar los hechos progresistas más inspiradores e incitantes; aquellos capaces de despertar orgullo y ánimo.

¿Fueron demasiado poderosas las fuerzas de las Elites? No tengo certezas de ello. Pero si puedo afirmar que existió – y existe - un desfase enorme entre el movimiento de masas sediento de un cambio radical, movilizándose desde abajo, y un proyecto izquierdista nacional viable en la Argentina.

Lo que si hubo fue una mutación de partidos socialistas fuertemente organizados, vivos y de militantes, a unos más centrados en los simpatizantes y los electores. No es casual que todos los partidos políticos izquierdistas se hayan convertido a lo largo del último siglo en facciones ‘light’ o ‘liquidadas’, carentes de estructuras clásicas de liderazgo y de apoyatura en organizaciones que los fortalezcan desde abajo.

“Pero eso no es todo mamá. En realidad, te diría que no es ni lo más importante para mí”, me dijo una noche que se lo notaba visiblemente angustiado. Mientras él se encontraba recostado en su cama y yo le tomaba su mano izquierda, me comentó que, como la guerra había destruido su familia, él quería una vida de consensos, lejos de los conflictos bélicos.

“Leí con mucho interés el acuerdo de post segunda guerra mundial, sustentado sobre el principio de que los socialdemócratas, apoyados en las fuerzas sindicales y los trabajadores, y los conservadores, sostenidos en el empresariado, se reconocían entre sí y se validaban. Cada una de las fuerzas, por supuesto, intentaba desarrollar sus políticas – que se diferencian claramente –, pero asumiendo un compromiso con el régimen político: en ambos casos se consideraba que, al final, debía prevalecer una política de conciliación. Y ello me parece fabuloso. Porque, como te decía la mamá, tengo temor a que cualquier tipo de radicalidad, que comienza con la cuestión económica o las variables sociales, termine en un escenario de caos, de otra guerra”.

Le dije que me esperara un minuto que iba a buscarle un vaso de agua. Cuando regresé de la cocina, ya lo noté un poco más tranquilo. Se sentó en su cama, bebió todo, y esperó mis palabras. “En la facultad estudié lo que se denomina el ‘sistema-mundo’. En el mismo se explica que, ya sea desde una perspectiva de globalización neoliberal o de populismo estatista, el apelar a las estrategias discursivas y de batalla cultural extremistas conlleva a que los gobiernos rompan reglas y acuerdos que, anteriormente, se tendían a respetar. Lamentablemente, esto es así. Por ende, nadie te puede prometer que nunca más viviremos un conflicto de la magnitud en el que estuvo involucrado tu padre”.

Primero quedó compungido por mis palabras. Creo que luego, por su rostro alicaído, se resignó. “El otro tema que me genera inquietud, y va más allá de Argentina mamá, es la diferencia entre Occidente y Oriente. Aunque en Occidente prevalecen las ‘democracias representativas’, la votación de las masas desahuciadas e ignorantes es principalmente catártica, no una rebeldía o una furia constructiva (como teóricamente era la de los revolucionarios de izquierda del siglo XX), que pueda conmover algún tipo de estructura de poder”.

“Sabés lo que pasa Bruno”, le traté de responder con mi mayor

franqueza dados mis conocimientos y mi experiencia de vida, “en Occidente se ha perdido la batalla de las ideas para ganar las mentes y los corazones del pueblo. De a poco, se ha demolido el sentido de habitar en sociedad, llevando hasta el extremo el repudio a cualquier salida colectiva y solidaria, haciendo del individuo su máxima de justicia moral. Y hay algo que te puedo decir con seguridad: la mercantilización de la vida solo ha llevado a mayores niveles de pobreza y desigualdad”.

“Si es como vos decís mama”, tomó la palabra más entusiasmado, “si la vida en Occidente no funciona, en Oriente, más progresista, debería brindar algunas soluciones a los dilemas de los más necesitados. Y creo que China, la tierra de adopción de mi padre, podría representar un muy buen ejemplo de ello”.

Entonces quiso estudiar todo sobre China. Cada día que regresaba de la escuela, nos sentábamos en el sillón y charlábamos sobre algún tópico que había leído sobre aquella potencia de Oriente.

Me contó del liderazgo del Partido con un pueblo que se articula como una unidad. Y al unificar, homogeniza. Y ello lo que da es cierta previsibilidad. La de mirar con optimismo futuro; su búsqueda, es la del bienestar colectivo.

Pero no solo para su interior: su mirada de concordia – y conquista – para con el mundo fue, a veces más acelerada, otras veces más pausada, un cúmulo de elementos políticos, económicos, productivos, culturales, ideológicos. Siempre buscando embeber al otro Estado en un objetivo común superador, e intentando prevalecer en la tan necesaria victoria ideológica que permite forja un proyecto estatal y hegemónico. Para ello, se tornó necesario potenciar la guerra de narrativas de competencia; fundamental para las construcciones del sentido en disputa.

Mientras tanto, sus tentáculos se desparramaban a través del financiamiento, los préstamos, las obras de infraestructura, el comercio. Tercerización con todo ‘Made in china’. En este sentido, China

ha sido un acreedor significativo, que se ha expandido hacia afuera productivamente y con prudencia geopolítica, a contraposición de una clara ausencia de neoliberalismo y financierización hacia adentro.

En cuanto a la rivalidad geopolítica, esta se dio prácticamente de manera natural. Como estudié en la carrera de relaciones internacionales, se podría decir que, en base a la teoría de la sucesión hegemónica, China reemplazó a los Estados Unidos (y este antes al Reino Unido). La alianza entre Beijing y Moscú se fortaleció con el tiempo, denostando, siempre que podían, el accionar imperialista de la OTAN. Para Occidente, ello había sido demasiado: el puntapié inicial de la guerra entre Oriente y Occidente comenzó con un mimético juego de palabras, pero que pasó rápidamente a los hechos.

Luego vino el desgaste de ambos bandos, para finalizar en un acuerdo político espurio. Ni vencedores ni vencidos. Un repliegue que dejó intactas las vértebras ideológicas, pero se llevó a millones de vidas consigo. Elites imperiales insensibles cuya degradación, solo ha sido simultáneamente detenida y acelerada por un formidable complejo militar-industrial saciado de belicismo y poder.

Estaba anonada de como la historia de su padre le había cambiado la vida. Pasaban los días, meses, años, y seguía igual de inquieto. Y yo lo alentaba todo lo que podía. Me parecía que el conocimiento en ciencias sociales le permitiría potenciar su inteligencia, embeberse de valores humanos, recibir herramientas que lo moldearan, pacientemente, pero con fortaleza, para que pudiera enfrentar un futuro cuyo destino tuviera como norte la búsqueda de la felicidad. Estoy convencida que, entendiendo lo que pasa, lo que ocurre en el día a día, y autogenerándose una prospectiva clara y concisa, le será más fácil y fructífero su desenvolvimiento futuro. Como persona y en la actividad que elija realizar.

Un jueves de octubre por la tarde, ya con diecisiete años, me sorprendió. “Ma, lo estuve pensando bien durante un largo tiempo y

me decidí: quiero ir a China. Deseo conocer a Andrea y, a través de ella, todo lo que pueda saber de papá”. Le pregunté porque ahora le había dado esas ganas por viajar. “¿Me hacés una chocolatada? Ahora te cuento”. Por supuesto, también le llevé sus galletitas de vainilla preferidas.

“La verdad, creo que es un viaje que me completa en su totalidad. Quiero aprender y conocer empíricamente su cultura política, que seguramente me va a poder brindar algunas respuestas, ideas que entiendo puedan ser superadoras con relación a lo que conozco en Occidente. Pero lo más importante, siento que me va a dar la posibilidad de encontrarme con aquella abuela que nunca conocí, a responder muchos porqués. La idea que vengo procesando hace un tiempo, se transformó en una especie de necesidad, un complemento espiritual a mi vida”.

Sus ojos se encontraban brillosos como siempre, pero esta vez denotaba, no sé cómo explicarlo bien, una especie de seguridad superlativa. Sus manos tomaban la taza con fuerza. Su cabeza se balanceaba permanentemente, como si quisiera mostrarse lo suficientemente claro para buscar mi apoyo: “Volviendo al tema del aprendizaje, quiero estudiar relaciones internacionales, como vos mamá. En este sentido, he leído y escuchado de varios académicos que, con la teoría, los libros, no alcanza. Es necesario, pero no suficiente. Estar en el terreno, sentir las emociones, hablar con los lugareños, aunque no sean profesionales o conocedores de temas técnicos o políticos, va a ser un plus para mi formación. Siento que me voy a capacitar un montón”.

Me quedé perpleja y feliz; tanto por su capacidad de argumentar, como por elegir la misma carrera universitaria que me apasionaba. Estaba orgullosa de aquel joven que había criado. De sus valores, de su racionalidad. No podía decirle nada más que apoyarlo. Y en algún momento había que dejarlo volar. Como yo lo había hecho en su momento.

Igualmente, antes que pudiera decirle algo, tomó mis dos manos: “Algo más. Quiero que te quedés muy tranquila. Ahora que se han normalizado las relaciones bilaterales entre Finlandia y China, es-tate segura que no me va a pasar nada. Lo voy a disfrutar mucho”.

Lo ayudé a preparar el viaje con mucha dedicación. Le di todos mis ahorros, preparamos la valija juntos, procuré que tuviera toda la documentación. A través de la Embajada China, que había reabierto sus puertas hacía unos tres años, pudimos obtener datos de Andrea. Aunque no fue nada fácil: “Les podemos brindar la dirección, el teléfono celular y otra información vinculada; lo único que requiere autorización de politburó. Esperen en la habitación contigua a la izquierda, y las llamaremos cuando tengamos una respuesta”, fueron las tajantes palabras del personal administrativo.

Toda la representación diplomática, una casona ubicada en las afueras de Helsinki, era imponente: jardines impecablemente cuidados, una fina decoración de telas en las paredes interiores, y variados cuadros de enorme porte con imágenes de Mao Zedong, Xi Jinping y las principales batallas que, según los chinos consideran, sostuvieron contra los ejércitos invasores.

A los quince minutos, ingresó una joven empleada a la habitación, con un papel en su mano: “El requerimiento fue positivo. Acá tenemos la última dirección donde esta persona se encuentra registrada. Es lo único que se les puede proveer. Buenas tardes”, fueron sus únicas palabras antes de señalarnos la puerta de salida.

Unos días después que finalizó la escuela secundaria, Bruno partió a China. Con toda la ilusión a cuestas. El vuelo de regreso era abierto, pero tenía hasta tres meses para poder quedarse allí. Sin embargo, los tres meses se transformaron en solo tres semanas. Antes de que me diera cuenta, Bruno ya estaba de regreso en casa.

En seguida noté que había algo raro; en las videollamadas y los mensajes solo me decía que estaba bien, que estaba contento. Nada de su abuela, muy poco del país. Yo no quise preguntar nada para

no incomodarlo. “Al final ma, me vuelvo la semana que viene”, me dijo de manera muy escueta. No habían pasado ni quince días desde que se había ido. Como madre, solo le dije que lo esperaba con los brazos abiertos.

Llegó un atardecer frío y nublado. Lo fuimos a buscar con Robert al aeropuerto internacional de Helsinki. Apenas salió de la zona de embarque me vio, y caminó a paso ligero hacia mí persona, antes de abrazarme con fuerza por unos cuantos segundos. Luego se dirigió a Robert, y también lo abrazó.

Ello no era común en él: aunque Robert había sido un excelente padrastro, Bruno se había acostumbrado a respetarlo y quererlo, pero a través de un vínculo que denotaba cierta distancia. No sé si porque inconscientemente no quería faltarle el respeto a su padre. Tampoco se lo cuestioné. Lo que me ponía contenta era la aceptación que tenía Robert a la forma en que Bruno quería manejar la relación.

El viaje de regreso a nuestro hogar fue bastante silencioso. “Se te ve bien Bruno”, le comenté intentando romper el hielo. “Y si mamá, fueron solo tres semanas”, me respondió con una tenue sonrisa. “En casa te cuento bien mi viaje”, continuó. “Tranquilo Bruno, va a haber tiempo. Te prepararé tus croquetas de arroz preferidas, con unas milanesas ‘a la Argentina’ que te van a encantar”. Robert me miró y también se sonrió: “Espero que hayas hecho una buena cantidad, yo también tengo mucha hambre”.

Llegamos a casa e inmediatamente Bruno subió al baño. Escuchamos la caída del agua de la ducha, y luego la puerta de su habitación que se abría y se volvía a cerrar. No quisimos molestarlo; pensamos que lo mejor era que se relajara, se pusiera cómodo, se volviera a reencontrar con sus cosas, con su mundo. Ya habría tiempo para conversar. Cuando él lo deseara.

“¡Brunito mi amor, ya está la cena!”, dije en voz alta. Pasaron un par de minutos, y mientras ubicaba nuestros platos y cubiertos,

escuché sus pasos. Se sentó en su lugar de siempre: a mi izquierda y enfrente de Robert. Nos sirvió jugo de naranja a los tres, y estiró las piernas. Serví las milanesas con una ensalada para acompañar en el centro de la mesa; luego, mientras controlaba el punto justo de la fritura de las croquetas de arroz, Robert salió de lavarse las manos del baño para ubicarse en su silla.

“Ahora que estamos los tres listos para cenar, tranquilos, les voy a contar”, comenzó Bruno, sin quitar los ojos del tomate y la lechuga que se estaba sirviendo. “La verdad es que no me fue muy bien, estoy bastante decepcionado”.

Ambos lo miramos, pero no dijimos ni una palabra. Queríamos dejarlo que se explayara tranquilamente. Por supuesto que estaba más que interesada en saber que le había pasado, pero realmente no quería presionarlo. No había ninguna necesidad. Fue un aprendizaje y punto. Siempre se pueden sacar cosas positivas de una experiencia de tal magnitud.

“Apenas llegué a la ciudad donde tenía el dato que residía Andrea, me acomodé en el alojamiento que alquilé y me fui a la dirección que me habían provisto en la Embajada. Cuando llegué a aquel departamento, había una mujer china, de mediana edad, con una bebé en brazos. No entendía nada de inglés, pero al repetir los nombres de Andrea y Claudia, solo giraba la cabeza de izquierda a derecha y viceversa, como indicando que no sabía de quién o de qué hablaba. Ya en ese momento me empecé a preocupar”. Entonces tomó un sorbo del jugo de naranja, sin quitar la mirada del vaso.

“Luego me fui a lo que sería el Registro Municipal de las personas. No había mucha gente, es un país donde se nota que está prácticamente todo digitalizado. Después de esperar unos minutos, me atendió una empleada en un amplio mostrador. Con mucha atención, tomó nota de mis datos personales, los de papá, y los de las abuelas. Le di todo lo que tenía. Me pidió que esperara unos minutos”.

Cuando terminó de deglutir la comida con placer, se disculpó

para ir al baño. Al regresar, volvió a tomar la palabra. “Mientras intentaba dilucidar que decía una pantalla gigante con noticias del país, escuché la voz de un hombre que me llamaba por mi nombre. Cuando me di vuelta, un señor bajito y bastante canoso, se encontraba al lado de mujer que me había atendido. Parecía ser una especie de jefe o director del lugar, ya que tenía varias insignias del Partido Comunista – más que el resto de los empleados – colgadas sobre su pecho”.

Los ojos de Bruno comenzaron a humedecerse. Dejó los cubiertos apoyados, y tomó aire antes de continuar: “Me confirmaron que Claudia estaba muerta, y que Andrea se encuentra en reclusión perpetua. No la podía ver, ya que, según me comentó este hombre, fue la autora intelectual, junto con otras dos personas, de poner una granada bajo un camión militar que explotó matando a dos soldados. Y aquellos que tienen cadena perpetua por el tipo de delito cometido por Andrea, no pueden recibir visitas. En aquel momento me hice el desentendido y no quise averiguar porqué Andrea hizo lo que hizo. Me dio temor a que pensarán que tenía algún vínculo con aquel hecho”.

Con Robert nos quedamos sin palabras. A mí se me hizo un nudo en la garganta; tenía una sensación de ahogo, como una fuerte opresión en el pecho.

“Les expliqué toda la situación, mi vida, el monumento. Que Javier había luchado por este país durante la guerra contra Occidente, y que había muerto en combate en Finlandia. Que entendía que, para ellos, mi padre debía ser un héroe de su patria. Por ello, les rogué que, por su memoria, me dejaran ver a Andrea”. Conocía bien a mi hijo. Le brotaba la bronca, la impotencia. Yo solo atiné a tomarle su mano derecha.

“Sin quitarme la vista, el señor me respondió con firmeza: sabían quién había sido mi padre y lo que había hecho por su país, por sus ideales, en la gran guerra que ellos mismos denominaban patriótica.

Pero, lamentablemente, en el caso de Andrea, no podían hacer nada. Me dio a entender que lo que hizo había sido muy grave, y hasta me sugirió que la recordara de la mejor manera con lo que me habían contado de ella. Y eso fue todo”. Ya no hubo posibilidad de que contuviera las lágrimas. Lo abracé con fuerza, esperando amainar un llanto que se había tornado desconsolador.

“Perdí el ánimo, las ganas de hacer cosas. Estaba como desorientado, sin un norte. Sin embargo, después de un par de días sin hacer nada, tomé fuerzas y quise aprovechar para aprender, absorber la máxima cantidad de información posible. Paseé por diferentes lados, recorrí universidades, intenté averiguar sobre las diversas organizaciones sociales que había en el país. Mismo sobre el funcionamiento del sector privado. Y lo que me encontré no es para nada diferente de lo que había leído. Un Estado totalitario, donde era muy difuso poder distinguir la dialéctica socialista de un capitalismo paraestatal”.

Visiblemente más tranquilo, el resto de la cena se dedicó a contar-nos, con su capacidad de análisis y sin prejuizgamientos, un país en el cual el sector privado existía amalgamado bajo el control estatal, con toda la estructura política y social subordinada a los intereses del comité central. Hablando en criollo, no había forma de ‘sacar los pies del plato’. Estés de acuerdo, o no, con el sistema pseudo-socialista.

En ese momento, pude corroborar lo que había aprendido en la facultad: el progresismo oriental lejos se encuentra de un izquierdismo cultural productivamente marxista: China era un modelo estatista, de sumo control y una democracia económica relativa.

Es que después de una época en que los Estados se habían visto profundamente denostados, mellados en sus capacidades de hacer, lo que se vivenció en Oriente ha sido un contrabalanceo de fuerzas por parte del realismo más puro de las Relaciones Internacionales.

En este aspecto, las elites políticas tomaron el control previamente cooptado por las elites económicas, y las acarrearón hacia un es-

pacio que no pudieron negarse: o juegan con nosotros a lo que nos conviene (un capitalismo nacionalista, con limitada redistribución de empoderamiento ciudadano para poder mantener el statu-quo político), o no podrán continuar comerciando con quienes quieran bajo condicionamientos leoninos, invirtiendo en recursos sin un mínimo objetivo de desarrollo colectivo, o mismo ‘timbeando’ financieramente el dinero de los ciudadanos chinos a nivel global como aves libres.

“Yo pensaba – por ahí era un deseo mío - que me iba a encontrar con un modelo superador. Aquel por el cual la política de transformación social va más allá del Estado, arraigada en instituciones colectivas fuera de él. Organizaciones sociales que no eliminen ni nos hagan olvidar la necesidad de crear temas comunes y lenguajes homogeneizadores que puedan circular a través de la ciudadanía”, continuó Bruno, con un rostro que denotaba esa conjugación entre furia y decepción.

Entonces volvió a fijar sus ojos en los míos. “Ma, siempre recuerdo tus palabras: los elementos socialistas no se construyen dentro de las instituciones centrales del capitalismo – incluida China -, sino en sus intersticios, precisamente donde el poder capitalista se encuentra ausente. Y que ello tampoco está directamente vinculado a la construcción de la capacidad de clase, sino al aumento de la relevancia económica, social y productiva en la vida de los individuos, lo que a su vez se transforme en un escenario colectivamente fructífero, donde cada uno pueda alcanzar sus sueños, y que los mismos se puedan amalgamar a la felicidad de todo el pueblo”.

Estaba sorprendida por como recordaba mis enseñanzas, nuestras conversaciones. Pero, sobre todo, su denodada búsqueda del porqué las injusticias son la norma y no la excepción, y que a su vez ello lo lleve a encontrar ese norte programático de lo que él pudiera considerar nos podría llevar a un futuro mejor para todos.

“Ma, sé que te puede parecer un poco loco o apresurado, pero

ahora quiero conocer Argentina. Solo unos días, por ahí algunas semanas, pero no más. Como quise conocer a Andrea, ahora quiero ver a mi familia de tu parte. Y volver a ver a la abuela Analía. Pero también quiero palpar, vivenciar, ese modelo que expulsó a mi familia paterna; ese fascismo exacerbado que día a día penetra con mayor fuerza en cada país de Occidente”.

Lo que más me sorprendía era que su motivación se mantenía intacta. Pero, además, la pasión con la que le brotaban las palabras, no parecían provenir de un joven idealista, sino de un avezado político. Estaba claro que quería aportar, sin saber muy bien la forma - como toda persona que recién empieza a vivir -, su granito de arena para que las cosas mejoraran. Se repetía entonces el fin noble del viaje a China: fusionar el amor por la familia, con el objetivo de contribuir para con el mejorar la calidad de vida de las mayorías empobrecidas.

“No te quiero abrumar, pero me atrevería a darte otro consejo, ahora sobre Argentina, un país que sí conozco de sobremanera: quienes detentan el poder, no están interesados en la igualdad. Ellos ya son iguales entre sí, son iguales entre los pocos. A los muchos, en cambio, la igualdad nos importa porque carecemos de poder; y creo, como se sostiene desde Oriente, que solo tenemos al Estado para tratarnos como iguales, para darnos un estatuto de defensa ante la ley”, le respondí mientras lavaba los platos.

Se quedó pensativo con mis palabras. No es que quería obstaculizar sus ilusiones – más aún, como lo apoyé en su viaje a China, también pensaba hacerlo con este -, pero esta vez sí entendía la idiosincrasia argentina y quería que sepa, con antelación y realísticamente, lo que probablemente se iba a encontrar. “Te va a ir bien Bruno, quédate tranquilo. Ahora anda a descansar que tuviste unas semanas bravas”, continuó Robert. Con una muestra de cohesión familiar, todos nos fuimos a dormir.

Antes del viaje, Bruno hizo cinco semanas de intenso estudio sobre Argentina: “Para comprender al enemigo, la mejor táctica es

conocerlo”, era un lema que le había transmitido cuando comenzó a interesarse en las ciencias sociales. Él tenía bien en claro que su país de natalicio era diferente a Finlandia, siendo nuestro país de residencia una especie de social-democracia donde ciertos derechos económicos y humanos todavía se respetaban.

Entonces estudió como los mayoritarios medios de comunicación del régimen que gobernaba la argentina, en manos de las elites políticas y económicas ultraliberales más rancias, sostenían los valores sociales de mercado, la responsabilidad personal del esfuerzo, la recompensa por los méritos propios y la competencia libre frente al debilitamiento moral que representa vivir de las dadas del Estado (pagado con el esfuerzo de los que sí se esfuerzan).

Entonces se debe aceptar – mejor dicho, aplaudir – el discurso de ‘busca tu provecho’, ‘la libertad es asunto tuyo y es accesible a todos por igual’, o el ‘mercado nos hace libres’. Una oda contra el Estado de Bienestar, sostenido por un posicionamiento que eleva el ‘darwinismo social’ bajo su lógica ‘natural’, propia de una derecha radicalizada que apela a la polarización profunda, sobreexcitando a la sociedad bajo un antagonismo permanente, el cual se constituye como una nueva normalidad.

La realidad era que, gracias a que en Finlandia todavía contábamos con cierta libertad de pensamiento – a consecuencia de una continuidad filosófica en la que el conocimiento y la sabiduría todavía representan un bien supremo en este país -, podíamos acceder a informes elaborados por distintos servicios de inteligencia latinoamericanos afines a ideas ‘más moderadas’, que entendían que la verdad era fundamental para construir una sociedad digna. Como diría el famoso director de cine Jean-luc Godard: “Ya es hora de que el pensamiento vuelva a ser lo que es en realidad: peligroso para el pensador, y transformador de lo real”.

Y los datos empíricos hablaban por sí solos: millones de personas en la pobreza, incluso en la indigencia; otros tantos obligados

a trabajos monótonos y extenuantes. Una marginalidad enraizada en décadas estanflacionarias, lo que se convirtió en el bombeo del combustible que conlleva a las masas a encontrarse siempre a un paso al abismo.

Miles y miles de jóvenes sin perspectivas que han renunciado a cualquier forma de solidaridad. Oprimidos que se refugian en lo único que importa: salvarse ellos mismos individualmente. Lejos de ser un avance de la libertad, es la aceptación de lo existente, del trabajo alienado, del chantaje enmascarado por el desempleo y la explotación. Donde quedan conjugados y potenciados negativamente deseos, frustraciones y voluntades. Una sociedad rota.

Bajo este escenario, es muy complicado generar una oposición de partidos propia de grupos de intereses afines a ideas progresistas. Y las Elites lo sabían capitalizar muy bien: buscan evitar llegar a acuerdos o establecer un escenario de mediaciones a través del obstaculizar la formación de enemigos políticos institucionalizados – lo que podría representar una izquierda radicalizada, revolucionaria, que tenga la capacidad de resquebrajar el statu-quo -, construyendo al mismo tiempo enemigos entre los diferentes grupos de la sociedad civil, los cuales son más fáciles de coaccionar, violentar, desestabilizar.

En definitiva, para las Elites argentinas, la existencia de algún tipo de partido político debe encontrarse enmarcado bajo la suficiente flexibilidad y permeabilidad dependiente del poder concentrado, cuyo objeto es que siempre puedan ser controlados.

Unos días antes de partir, Bruno me comentó que en Argentina había un movimiento de tinte revolucionario, el Frente de Izquierda Revolucionario Argentino (FIRA), trabajando en la clandestinidad. Y que iba a intentar contactarse para embeberse sobre su posicionamiento político y su visión sobre el contexto situacional del país.

Solo le pedí que se cuidara. Que lo iba a esperar, como siempre. Que le deseaba toda la felicidad del mundo. Y nada más. Eso fue

todo. No había llegado a disfrutarlo nuevamente lo suficiente desde su regreso del poco fortuito viaje a China, que ya lo estábamos acompañando con Robert al aeropuerto internacional de Helsinki nuevamente.

Previo al vuelo, hablé con Analía: allí se hospedaría durante su estadía en Buenos Aires. Además, sería su referente y lo acompañaría en todo lo que necesitara (dinero, lugares para conocer, visita a la familia). En realidad, en todo lo que deseara ser ayudado, porque, como cualquier adolescente y a pesar de su experiencia en China, se cree que es más autosuficiente de lo que es.

Al día siguiente de su partida, al llegar al atardecer del trabajo, recibí un mensaje de texto de él. Después de un poco más de veinte horas de vuelo, con escala en París de por medio, había llegado a Buenos Aires y ya estaba en el departamento de Analía. Ello me tranquilizaba y me ponía feliz: Bruno ya estaba con su abuela, en familia.

Me dispuse a tomar un buen tazón de café en el sillón. Robert ya me había dicho que no tenía horario de regreso porque debía terminar un trabajo en la pinturería local. Mientras miraba el celular y observaba las noticias posteadas en redes sociales, tocaron la puerta de casa. Me dispuse a calzarme antes de dirigirme hacia la entrada para ver quién era. “¿Julieta?”, me preguntaron en un perfecto español porteño. La emoción de sentir mis raíces tan cerca hizo que instintivamente abra, sin preguntar más detalles del partenaire.

Entonces un hombre enorme físicamente me empujó con sus dos brazos hacia adentro. Mientras me iba cayendo sobre la mesa ratona, pude observar otro más ingresando rápidamente y cerrando la puerta. Estaba tan aterrada como aturdida. Me intenté incorporar, lentamente. Me arrastre hasta al sillón. No me hablaban. Tampoco me seguían haciendo daño. Solo se movían atentamente por todo el lugar, como buscando ver si había alguna otra persona en la casa.

“¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? Llévense todo, pero por

favor no me hagan nada”, les dije en castellano. El más bajo, un hombre de unos treinta años, vestido de elegante sport, con una gominina que resaltaba su pelo rubio tirando a colorado, caminó lentamente hacia la silla más cercana. Una vez sentado, puso su mano derecha en el bolsillo, sacó un atado de cigarrillos, quitó uno y lo prendió con un fósforo.

“Venimos desde Buenos Aires con una misión”. Me miraba fijo a los ojos. Mi mente se balanceaba entre un dolor punzante en el sector izquierdo de la cadera, y el temor a las palabras que iba a salir de su boca. “Vos”.

“¿Por qué yo?”, le grité exasperada en llanto. “¿Acaso no mataste a una persona cuando vivías en Buenos Aires? Bueno, todo en la vida se paga”.

Entonces el otro hombre, cuarentón, con una pelada incipiente y un enorme abdomen disimulado por casi su metro noventa y cinco, tomó la palabra antes de que pueda realizar cualquier tipo de descargo: “Benjamín nos dio un buen dinero para que te asesinemos. Ese hombre posee una cólera como hace rato que no veía”.

El rubio, cruzado de piernas, pitaba con una tranquilidad exasperante. Cuando se compañero concluyó, dejó el cigarrillo a un costado, apoyado sobre la mesada de madera, para continuar con la historia: “El monumento a su hijo se lo bancó, aunque no era la forma como él quería que se lo recuerde. Pero cuando se empezó a correr el rumor de que en realidad lo que representaba, por la posición de afecto mutuo que tenían las esculturas de Javier y Daniel, era una oda a la homosexualidad, y encima a consecuencia de ello el gobierno de ultraderecha le quitó el cargo de Secretario de Infraestructura que recientemente le había otorgado en un acuerdo con su partido político, su odio se tornó ingobernable, y en su cabeza solo circuló la palabra venganza. Y hoy parece que la va a encontrar”.

Estaba aterrada, y solo atine a pedir clemencia: “Por favor, déjenme que hable con Benjamín. Él sabe que yo no tengo nada que ver

con la muerte de Dani. También debe entender que el monumento representa un mero acto de cariño de dos grandes amigos. Yo a su hijo lo adoré siempre, fue mi gran amigo. Nunca le hubiera deseado nada malo para él ni para su familia”.

“Su papá no pensó lo mismo”, me contestó rápidamente, sin dejarme continuar. “Es más, revolvió cielo y tierra buscando información sobre vos, a ver cómo te podía dañar. Por supuesto, con sus históricos contactos con los servicios de inteligencia, se enteró del asesinato que cometieron en la villa, que en entre otras cosas sabemos que en su momento fue ocultado para tapar otros ‘chanchullos’. Te denunció y bueno, el gobierno actual le dio luz verde para que nos pague para asesinar”.

No sabía qué hacer. Sentí que me iba a desmayar. “Mañana seguramente anunciaran que, en un enfrentamiento, lograron capturar y terminar con la vida de una terrorista, asesina de pobres y subversiva de izquierda. Es más, te puedo decir que el gobierno se relamió cuando se enteró que tuviste un hijo con un soldado de los ejércitos de oriente, un comunista que se había exiliado en China previo a la gran guerra”.

Solo pensaba en Brunito, en Robert. Era todo tan burdo. Utilizar como chivo expiatorio a una simple mujer, con una vida tranquila en un pueblo finlandés, era realmente cobarde. “La realidad es que el movimiento revolucionario argentino, a pesar de moverse en la clandestinidad, tiene cada vez más adhesiones; nos hemos infiltrado y averiguamos que están planeando un golpe de Estado. Si te muestran muerta, va a ser un símbolo amedrentador para muchos. En fin, igual nosotros no decidimos nada, somos meros agentes de inteligencia que solo cobramos el ‘extra’ que nos dio Benjamín. Los políticos sabrán como seguirá todo después de tu muerte”.

El más grande me agarró fuerte de los hombros y me sentó en la silla para esposarme. Pensé que ya no me quedaba nada; seguramente lo que vendría después sería un tiro en la sien. Sin embargo,

en el momento que me enganchaba las esposas, observé un rápido movimiento frente mío, a unos siete u ocho metros, en la entrada de la cocina.

Imperceptible para quienes no viven aquí, me di cuenta que Robert seguramente estaba detrás de la puerta corrediza que la separaba del living comedor. Evidentemente escuchó ruidos extraños al llegar, y sigilosamente ingresó por el jardín que daba a la puerta trasera de la casa.

“¿Quiénes son ustedes?”, les gritó luego de una rauda aparición, apuntando a quien me sostenía con su escopeta. Sin mediar palabra, el rubio intentó sacar inmediatamente una pistola. Robert le disparó directo al pecho. Cayó de espalda, desangrándose por la perforación profunda de la bala.

El hombre grande se puso detrás mío, poniéndome como un escudo humano frente a Robert. Mi amado giró su cuerpo y le apuntó. Grité desaforadamente queriendo evitar el fuego cruzado: “No, no, no disparen por favor”. Sentí un zumbido rasante en mi oído izquierdo. Miré hacia el frente y observé, espeluznada, como había impactado una bala en su yugular. Sus ojos permanecieron abiertos, sus pupilas inmóviles. Luego se derrumbó sobre su eje.

Mientras se desplomaba, mi mundo se caía junto con él. Entonces vi cómo llegó a apretar el gatillo, ya sin estabilidad para apuntar a quien me sujetaba. Sentí un pinchazo en el sector derecho del abdomen. Giré mi cabeza hacia abajo, divisé un sangrado prominente, y tuve la sensación que me bajaba rápidamente la presión. Ya no podía mantenerme en pie.

Epílogo

Aunque el viaje a Buenos Aires fue largo, no lo sentí tanto como a China, probablemente porque con la experiencia previa me encontraba más preparado. Además, tengo menos expectativas; o, mejor dicho, expectativas más realistas. Que sea lo que tenga que ser; y, sino, a disfrutar la tierra de mis padres.

Quiero conocer a mi familia. Y también a la de Daniel. Parte de construir la historia de ‘los hombres de las esculturas’, implicaba tener otra óptica sobre el móvil de los seres humanos, aprender otras verdades, poder contrastar diferentes ideas. Y, por supuesto, seguir disfrutando de lo hermoso que es la ‘amistad’ a través de los ojos de sus familiares y amigos, de quienes conocieron su particular historia de vida.

Llegué un lunes por la noche, alrededor de las veintitrés. Solo eran dos aviones los que aterrizaban, por lo que no tardé mucho en tomar mi valija. Al pasar mi pasaporte fines por migraciones, sentí algo especial, un placebo diferente a cualquier sensación previa vivida: estar en la tierra de mis ancestros me generaba un cobijo inexplicable.

Al cruzar la puerta de desembarque, había una mujer que sostenía un cartel con mi nombre. Era mi abuela, Adriana, la mamá de mi madre. Y también mi tío Camilo. Ambos me abrazaron, con fuerza. Mi abuela se largó a llorar. La besé en la frente. Era un momento de gran emotividad. De enorme felicidad.

No vino mi abuelo de Entre Ríos. Pero lo entiendo, solo hablé un par de veces con él por video llamada, y sé que no estaba bien. Mamá me contó su historia de un permanentemente fallido renacer, de respuestas inconclusas, de una depresión nunca solucionada. Había que ver la ‘mitad del vaso lleno’: los que estaban, no los que faltaban.

Corrí la mirada y a la izquierda, a unos cinco metros de distancia, me observaba una mujer con el pelo recogido, ojos delineados con

un maquillaje suave, color crema, y llevaba puesto un vestido marrón floreado y zapatos de charol oscuros. Esperó que mi abuela me suelte y que la situación se relaje. En ese momento, vino lentamente caminando hacia mí. Entonces la pude reconocer: era Analía.

“Brunito, no sabés cómo te extrañé”. La abracé. “Si abuela, ya lo sé”. Sentí también su calor, mientras Adriana y Camilo me observaban con ternura. Me explicó que, a sabiendas que iba a pasar los primeros días con Adriana, no pudo contenerse y esperar a verme el jueves, como habíamos coordinado desde Finlandia. Muy gentilmente, Adriana la alcanzó con el auto hasta su casa, para luego ir hasta nuestro destino final. El viaje había empezado con el pie derecho: mi arribo a la Argentina no podía haber salido mejor.

Con la familia de mamá fue todo muy lindo; pero, lógicamente, el nivel de excitación fue decayendo a medida que fueron pasando los días. Lo que sí noté es que desde un principio mi llegada no era solo ‘lo diferente’, el familiar que nunca habían visto personalmente y venía desde muy lejos. Representaba también algo más, quizás lo más importante: en mí ser veían el reflejo de mi madre.

Los encuentros se limitaron a dos cenas, un paseo por la ciudad, una obra de teatro con una prima. Luego fue el turno de la despedida de su casa, pero ya quedando conectados para futuras salidas con la abuela Adriana, el tío Camilo, y quien quisiera verme. Internamente, aunque no les dije nada a ellos, esperaba también ir a Entre Ríos a conocer a mi abuelo. Quería tener la foto completa de mi álbum familiar.

El jueves me fui a vivir con Analía, como habíamos quedado. Con ella fue diferente. Me sentía más cómodo; será que la recordaba con alegría por el tiempo que vivimos juntos – aunque yo era un niño pequeño –, además de reflejarme en su permanente esfuerzo por progresar, y su denodada búsqueda de la felicidad.

Desde que regresó del viaje a Finlandia, me contó que empezó a leer más. Me hablaba de su vida misma como un paralelismo de

lo que decía el enorme dramaturgo y político francés Víctor Hugo, quien sostenía que “La utopía es el porvenir que se esfuerza en nacer. Mientras que la rutina es el pasado que se obstina en seguir viviendo”. Sentía que ser más culta la empoderaba. Y le permitía socializar mejor.

Íbamos a tomar café. Me llevó a barrios marginales. Me mostró el trabajo comunitario que comenzó a hacer con los más humildes. Me comentó cómo intentaba, permanentemente, conjugar teoría con praxis: el comprender que la sociedad argentina se constituía en torno a una asimetría fundamental; esto es, como explicaba el filósofo Ernesto Laclau, la existencia de una creciente proliferación de diferencias entre los más humildes, lo que derivaba en una imposibilidad de articular la enorme cantidad de demandas insatisfechas que puedan generar un proceso político desestabilizador de un sistema corrupto, perverso, excluyente.

Sabía que las elites generaban permanentemente un vilipendio despersonalizador de individuos y grupos particulares, que derivaba en una situación de impotencia política esencial. Sin embargo, y a pesar de que Analía entendía que no se podían cambiar las condiciones estructurales de la sociedad a través de reformas políticas concretas intra-sistémicas, se debe buscar la posibilidad de canalizar la frustración colectiva a través de un programa superador moralmente, revolucionario, que termine de cuajo, de raíz, con la actual decadencia social.

“Hay que atacar las causas. Los defectos morales, en lugar de los políticos y económicos, son el eje de las problemáticas socio-económicas. Que no me vengan con otra cosa. El caso más emblemático Bruno, es el de las adicciones. Dicen que no pueden controlarlas, pero la realidad es que no quieren; si lo harían de verdad, deberían tocar intereses económicos profundos de las grandes corporaciones, las elites económicas que están detrás del negocio”. Sus palabras emanaban bronca. Pero se la notaba segura, clara en sus concepciones.

Lo único que me sorprendió que no me mencionara absolutamente nada del FIRA, u algún otro grupo revolucionario clandestino. Sería por miedo, por estar en una edad en la que no se quiere enfrentar con lo complejo; o tal vez por su pasado difícil, por no querer volver a sufrir los horrores de su infancia, de su juventud. De perder seres queridos. Seguramente no deseaba enfrentarse de ninguna manera al ‘monstruo’ que representaba el fascismo que gobernaba actualmente la Argentina.

Yo tampoco utilicé mi tiempo para contactarme con el FIRA. Entendí que ya habría tiempo para ello. Preferí disfrutar de la familia. Sin embargo, mi llama interior me decía que la espera no debía ser muy larga. Me encantaría que el poner ‘mi granito de arena’ sea aquí y ahora, en la tierra donde brotó la raíz de mi ADN. Por supuesto, mi necesidad se conjuga con el desastre social que se observa y me cuentan. No me puedo hacer el distraído: mi formación y mi ideología tampoco me lo permitirían.

Se ve que de ello también hay algo heredado. Luego de que me enteré lo de mi padre, empecé a averiguar en el pueblo si alguien sabía algo de él; un dato, una anécdota, lo que sea. Al indagar, el dueño de un bar me dijo que un compañero de armas de Javi le comentó que, antes de la batalla, y para mostrarle que la unión hace la fuerza y que no lo iba a abandonar, al ver su cara de aterrorizado mi padre lo abrazó con fuerza y le habló con firmeza: “Quedate tranquilo, estamos aquí, y ello prueba nuestra valía. Nos vemos en las malas, donde los cobardes no están”. No puedo estar más que orgulloso de él. Ojalá algún día pudiera emularlo, estar a la altura de como él se comportó en su corta vida.

“Abuela, te agradezco todo este tiempo que me dedicaste. Realmente lo disfruté”, le dije mientras tomábamos un café con leche con medialunas en la terminal de Micros de Retiro. No es que ella no quería pasar más tiempo conmigo, sino que tenía hace muchos meses un viaje programado a Formosa, donde iba a trabajar por va-

rias semanas como asistente social en un programa de renovación de infraestructuras en las comunidades aborígenes más vulnerables, en el marco del plan de mejoras del Ministerio de Desarrollo Social.

“Unas semanas después que volví de Finlandia, el Embajador que habíamos conocido se contactó conmigo, y me preguntó si necesitaba algo. Le dije que quería trabajar dignamente, honradamente. Entonces, como agradecimiento del significado positivo que tuvo el monumento en su carrera, intercedió para que me consigan un puesto en el Ministerio. Este trabajo en el Gobierno me permite tener un ingreso estable y poder darme algunos gustos que previamente me eran imposibles de costear”.

A pesar de su felicidad por el trabajo, era totalmente consiente de las falencias y las miserias que ocurrían dentro del Organismo. Según Analía se lo podría llamar el “Ministerio de la Contención”, ya que sostenía que lo único que buscaba era hacer lo mínimo indispensable para satisfacer las necesidades más básicas de la población; un mínimo paliativo que, aunque en términos absolutos no era nada, en términos relativos, para quienes siempre habían tenido carencias, era de significancia. Y para las elites políticas más.

“Aunque soy agradecida, sé que no va a cambiar nada. Sobre todo, lo más importante, la mentalidad de una población estructuralmente ignorante”, fueron sus últimas palabras antes de subirse al micro. Entonces, mientras miraba tras la ventanilla como se acomodaba en su asiento, no podía dejar de pensar que el peor analfabeto, es el analfabeto político.

De Retiro me tomé el colectivo hasta la casa donde vivían los padres de Daniel. Dani, como amigo de mi padre, más allá del trágico final que los unió, era parte de mi vida. Y también Graciela y Benjamín fueron más que importantes: mamá, aunque no me habló mucho de ellos, me había dicho que el viaje a Finlandia que le cambió la vida – y por ende la mía – fue gracias a su financiamiento.

Toqué el timbre. Nadie me atendió. Mamá me había dado el telé-

fono que tenía de Graciela, que, aunque hacía años que no se comunicaban, ella creía que lo mantenía porque era muy conservadora; le molestaban mucho las modificaciones, de cualquier tipo. La llamé dos veces, pero no recibí respuesta.

Me quedé unos segundos en la puerta, mientras pensaba como poder conseguir el celular de Benjamín. De no poder hacerlo, volvería más cerca del atardecer. “Hola, ¿a quién buscás?”, siento que me preguntan desde atrás cuando ya me estaba yendo. Me di media vuelta y la observé. Era una chica joven, que no llegaba a los treinta años. Morocha, ojos claros, pelo lacio. Una hermosa sonrisa, labios rojos. “Soy Bruno, el hijo de Julieta y Javier. Vengo a visitar a la familia de Daniel”.

Su sonrisa se apagó, pero no sentí que fuera de mala manera; sus cejas se fruncieron y quedó pensativa, pero no me decía nada: solo me observaba atentamente. Después de unos segundos, me dirigió la palabra: “Soy la hermana de Dani, Amelie, mucho gusto. ¿Viniste por algo en particular?”. “Nada, simplemente conocerlos en persona, y a su vez agradecerles por todo lo que hicieron por mi madre. Y, por supuesto, por transitividad, a mi persona”, fue mi sincera respuesta.

Volieron a pasar unos segundos mientras me miraba pensativa. “¿Querés pasar? Si tenés tiempo charlamos un rato”. Por supuesto acepté la invitación y le agradecí por la misma. Ella entró primero, y luego yo ingresé lentamente detrás de ella.

“Sentate donde quieras, ¿te gustaría tomar algo?”, me dijo mientras se dirigía a la que creo, por lo que se veía de lejos, era la cocina. “Lo que tengas, te agradezco mucho. Antes que me olvide, traje unos chocolates finlandeses para la familia”. Se dio media vuelta y me miró con una sonrisa: “Muchas gracias Bruno”.

Me senté en una de las sillas del medio de una larga mesa hecha de un mármol colorido por un dibujo celeste difuso, ubicada en el living. Volvió con dos vasos de agua. “Tengo café que hice hoy a la

mañana, ¿te gustaría probar?”. Aunque había tomado bastante mate hacía un rato, sentí que decirle que no era mostrar alguna forma de desprecio.

Después de un par de minutos, volvió con las dos tazas y un plato con unas galletas azucaradas de vainilla. Se sentó frente a mí y, mientras miraba concentrada la vertiente de edulcorante que caía con fuerza sobre su café, comenzó su alocución: “Bueno, te cuento Bruno. Mis padres, los padres de Dani, fallecieron en un accidente de tránsito hace cinco días”.

“Lo siento mucho, de veras”, atiné a decirle, mientras intentaba mirarla disimuladamente. Igualmente, no se le notaba una gran tristeza; más bien era una cara de resignación. “Por ahí no debería decirte esto, porque recién nos conocemos. Pero bueno, me inspirás, y la verdad que no tengo nadie cercano con quien pueda hablar. Y vos, de algún modo, sos también parte de mi historia”. Estaba enmudecido por sus palabras, pero más sorprendido por la muerte de Graciela y Benjamín.

“Al otro día del accidente, llegó un mensaje de texto a mi teléfono celular. ‘Tu papá tuvo lo que se merecía. Vos mejor pórtate bien’. Sabía que estaba en algo raro, siempre participó en partidos políticos de derecha, incluido en este gobierno fascista. Perdón que te hable con tanta crudeza, no sé si te interesa o cuál es tu posición política, pero es parte de su historia, y lo que lo llevó a él y a mi madre a este desenlace fatal. Estoy convencida de que lo que ocurrió no fue un accidente por una falla de mi padre, o un desperfecto mecánico ‘normal’. Acá hubo algo más”.

“Como te sinceraste conmigo, yo también lo haré con vos. Me interesa la política, y creo que el régimen actual de Occidente es altamente dañino para las mayorías. Más aún, por lo que estudié y lo que entiendo, es injusto, perverso, e inmoral”. Se sonrió. Entendió que estábamos, al menos a grandes rasgos, del mismo lado.

“Para evitarme problemas, no cuestioné el informe oficial y or-

ganicé un entierro rápido con los familiares y amigos más cercanos. Ya bastante tengo con mi militancia en pos de los derechos de los seres humanos clonados, como para verme involucrada en algo más. Mis padres están muertos y punto. Ya nadie me los va a devolver”.

“Te entiendo perfectamente. Me hubiera gustado conocerlos, tener una charla sobre lo que habían vivido con su hijo y, por supuesto, con mi padre. Pero bueno, si tenés ganas, contame lo que quieras sobre ellos”. Entonces Amelie me explicó que tuvo una relación relativamente buena con su madre, pero que no era nada del otro mundo. En realidad, tanto Graciela como Benjamín estaban bastante en desacuerdo con su forma de vida, sus ideas; y ese era el principal conflicto.

Yo los entendía de alguna manera: después de todo lo que pasaron con Daniel - las drogas, la guerra, su muerte -, querían a su hija ‘sana y salva’, alejada de cualquier tipo de problemas. Como dice el dicho: el miedo suele ser más efectivo que la razón y el corazón.

Luego de que terminara de contarme la relación con sus padres, Amelie misma rompió el hielo de la congoja y, dando un giro de ciento ochenta grados, enseguida me preguntó por mi madre, mi vida en Finlandia, el monumento. La verdad que fue una charla amena, distendida. Ella mostraba interés. Y yo también.

“Tengo un trabajo normal, preparo carpetas de clientes en una empresa de seguros. Hice una tecnicatura en Administración de Empresas, pero solo para hacer algo. No sé si sabés, pero las carreras de Ciencias Sociales están prohibidas. En realidad, no están ‘técnicamente prohibidas’, más bien diría que se encuentran ‘obstaculizadas’: redujeron las opciones en las Universidades, los programas son analizados permanentemente y deben encontrarse alineados a lo que autorice el gobierno, profesores y Directores son perseguidos. No es nuevo, suele pasar en la historia argentina con relativa frecuencia. Lo van regulando, según el humor social. Pero nunca dejan que estalle. Solo les preocupa que la difusión de la teoría y la praxis

que implica el encuentro de seres pensantes, no se transforme en la llama de la subversión, como está ocurriendo hoy en día”.

La miré con cierta sorpresa. “La verdad es que lo que contás es muy interesante. Pero más que interesante, es muy triste”. Al ver mi interés por el tema, continuó su explicación: “Es tácito, porque básicamente no está explicitado en ningún lado. Pero la realidad es que, a los programas y a los profesores actuales, los obligan a cuantificar todo, sin ningún miramiento de tipo cualitativo que permita analizar el más allá, que piense en los problemas diarios de las personas. Nada que sea aplicable en un diálogo cara a cara, donde se priorice la sensibilidad y la moral como eje rector de las políticas hacia los individuos y la comunidad toda”.

Para entonces, la conversación introductoria se había transformado en una larga charla, con picada y gaseosa de por medio. “Creo que pensamos de manera similar Bruno, por eso me atrevo a decirte que siento que ningún proyecto que se pretenda emancipador debe hacernos elegir entre el pensar o el actuar; por ende, hace un tiempo que tengo en claro que debo involucrarme. Como diría Piero Gobetti, la verdadera palanca de libertad, el alma de la política, son las grandes movilizaciones y levantamientos populares que se expresan bajo esa solidaridad entre personas que tienen algo en común que defender; y, por sobre todo, por lo que luchar”.

Su cara se endureció; reflejaba una seriedad diferente a la sonrisa ‘cuasi pegada en su rostro’ que me había mostrado durante todas estas horas de diálogo ameno y profundo. Me pidió absoluta reserva en lo que me iba a comentar; que por favor no salga de nosotros dos: “Comencé a ir a reuniones clandestinas del trotskista Movimiento Argentino Revolucionario (MAR), una escisión del FIRA - su principal diferencia era que el MAR era ‘más político y dialoguista -. Allí encontré un modo de encarar la vida que me cerraba; muchas ideas con las cuales estaba totalmente de acuerdo”.

Increíblemente, o mejor dicho de casualidad, sentí que había en-

contrado la forma de contactarme con mi búsqueda política en Argentina. Entonces interrumpí su relato para contarle mi historia, mi viaje a China, mi idea de poder colaborar, como sea – aunque no lo tenía muy claro –, desde un lugar tan remoto como Finlandia.

“Qué bueno todo lo que me decís. Si querés, seguramente encontraremos en el MAR la forma que puedas sumar tus ideas, tus ganas revolucionarias. En mi caso, por todo lo que le pasó a Dani, siempre me interesó el tema de la clonación y el rol de la tecnología en general para con un mundo más justo. Cuando les expliqué de mi interés, me ofrecieron que prepare un programa político específicamente sobre ello: la historia, sus porqués, beneficios y daños, ideas para aplicar en el presente, y prospectivas de futuro. Siento que en el movimiento encontré mi lugar en el mundo; donde poner mis energías, mis expectativas, mis deseos. Ojalá algún día podamos llegar al poder, por las buenas o por las malas, y pueda aplicar todo lo que tengo en mente”.

Entonces Amelie me preguntó cómo era la clonación en Finlandia; le respondí con sinceridad que realmente no sabía del tema. Ella me contó que, en la actualidad, para el gobierno argentino, después de la gran guerra, era mejor discursivamente no continuar con el programa de clonación. “Igualmente, aunque estamos en una época de paz, te imaginarás que este gobierno no se iba a quedar con los brazos cruzados en términos de un reaseguramiento del aparato represivo del Estado. Las relaciones internacionales continúan endeble, y nunca se sabe quién va a volver a tirar la primera piedra”, continuó explicándome lentamente y con gran dedicación.

Le interesaba ser clara; mi interés requería una comprensión cabal del escenario situacional argentino. “Por ello los militares buscaron una alternativa para conseguir soldados. No fue muy difícil. Realizaron ‘militancia y adoctrinamiento’ en los barrios vulnerables, convenciendo a miles de jóvenes empobrecidos que convertirse en hombres de armas, era lo mejor que podían hacer para escapar de la

miseria y la indigencia. Les decían que el riesgo de una nueva guerra era bajo, y que el beneficio de ser un militar toda la vida, aunque sea de un rango menor, era tener asegurada la comida, facilidades para adquirir una vivienda, una obra social que le brinde un mínimo de salubridad. Todo era básico, precario, pero era mejor que nada. Y sus propios familiares, sin otras posibilidades, vitoreaban esta elección con alegría. Su destino sería seguramente más prolifero; y ello había que festejarlo”.

Dentro de mí pensaba en términos de la tragedia social que acarrea lo que estaba escuchando. Falsas soluciones mágicas como vía de escape. De la pobreza extrema, a ser carne de cañón de conflictos miserables, de los que los desposeídos nada entienden. Acá no había vocación. Tampoco posibilidad de capacitarse, de aprender. Solo adoctrinamiento en pos de un sistema de coerción. Muerte; o, si se tiene la suerte de sobrevivir, terribles secuelas psíquicas. Cicatrices que el combatiente lleva en su alma todo el resto de su vida.

No quise hacerme más malasangre pensando, reflexionando sobre todo lo conversado. Entonces giré mi cabeza para observar por la ventana y poder apreciar el anochecer. “¿Querés quedarte a cenar?”, se adelantó Amelie, al ver que posteriormente moví mis ojos hacia las agujas del reloj de pared.

“Te agradezco, pero ya quedé que iba a cenar con quien fuera una gran amiga de mi abuela Claudia. Si te parece, podemos seguir otro día”, le respondí con una tenue sonrisa. “Cuando quieras”, me dijo mientras levantaba la vajilla de la merienda para llevarla a la cocina. Noté su decepción. “¿Mañana te parece? Dejame que te ayudo a lavar los platos antes de irme”, retruqué inmediatamente. “Dale, te agradezco. Buenísimo. Mañana a la mañana nos mensajemos y coordinamos”. Mi propuesta le había cambiado el humor.

La cena con la amiga de mi abuela fue amena, pero no muy extensa. Me contó historias hermosas sobre su vida: como era apasionada por todo lo que hacía, el afecto que tenía por Andrea, la manera que

educaba a mi padre. Sin embargo, yo estaba muy cansado. Cerca de medianoche, ya me encontraba de regreso en la casa de Analía. Solo atiné a pegarme una ducha antes de quedar rendido en la cama que me había dejado preparada, con mucho amor, mi abuela.

Al otro día le escribí temprano a Amelie. Coordinamos para encontrarnos en una pizzería a la noche. Ambos llegamos con puntualidad. Hablamos mucho. Esta vez no tanto de política, sino más bien de cuestiones íntimas, de deseos. Propios, aunque también algunos colectivos. Y después de varias horas charlando, la acompañé hasta la casa. Nos despedimos, pero solo por un momento. Porque nos vimos al día siguiente, y al otro.

“Perdoname Bruno, pero no aguanté más y les conté de vos. Al Comando Central le interesó mucho tu historia, tus conocimientos, lo que podrías aportar como ciudadano finlandés”, me dijo a la semana de conocernos. Estaba contenta, entusiasmada. Me pareció que estaba bien, que lo podíamos ir trabajando de a poco, pero nada más. Mejor dicho, yo también estaba entusiasmado, pero por ella. Por eso le seguí el juego, su deseo.

Entonces comenzamos a hablar sobre la temática de su trabajo en cuestión: cómo la clonación debería ser activamente positiva para cumplir con los requerimientos que implican el bienestar colectivo. Para ello era fundamental comprender no solo el rol de la tecnología, sino también la necesidad de que las máquinas y los hombres se aúnen en la tarea mancomunada de mejorar la vida de todas las personas; sobre todo de las mayorías empobrecidas.

“Creo que es importante no olvidar nunca que si ya el tiempo de trabajo necesario para que el sistema funcione se reduce al mínimo porque la tecnología hace por nosotros lo que antes era posible por la acción humana. ¿Quién se apropia de ese tiempo disponible que la humanidad ha liberado con la revolución tecnológica? Ya sabemos la respuesta. Las elites miserables que nos gobiernan”, comenzó, sin titubear y yendo ‘al hueso’, su explicación Amelie.

Luego continuó proveyéndome datos empíricos que solidificaban su tesis. Para, finalmente, regresar al análisis cualitativo. O más bien, diría filosófico: “Mirá Bruno, estoy convencida que el problema no se encuentra en la propia tecnología, sino en la humanidad: por ende, se debe trabajar, a conciencia y puntiliosamente, sobre la ética; aquella que permita un sistema más justo, equitativo y cuidadoso con nuestro planeta y para con las relaciones socio-económicas. En definitiva, que mejore nuestra calidad de vida y la haga más cómoda”.

Me quedé pensando que ello también aplica a la historia de mi padre y Daniel. Porque, en definitiva, el destruir y someter a hombres es solo el deseo de otros seres humanos y no de máquinas. En este caso, los sometidos, utilizados como máquinas de matar, fueron los seres humanos clonados que los poderosos utilizaron para desatar una guerra despiadada.

“¿Te puedo hacer una pregunta Bruno?” Por supuesto, le respondí con cierto asombro por el tono dubitativo de su pedido. “¿Vos pensás que es posible alcanzar un mundo mejor? Estuviste en China y me comentaste que la utopía socialista es un signo de interrogación, una promesa que se hace esperar en detrimento del siempre creciente capitalismo de Estado que todo lo abarca; inclusive una discursiva – construida de tal manera que sus explicaciones parecen adecuadas y sostenibles a los ojos de un gran público receptivo - que resalta la amplitud total del desarrollo humano, pero que carece de ciertos valores que solo una pluralidad totalizadora lo puede dar. Por mi parte, no me quedan dudas de que el verdadero progreso socialista es la existencia de una democracia sustantiva en todos los niveles de la sociedad”. Me quedé sin respuestas, con la mente en blanco; un silencio derivado de la ternura que me transmitía su mirada, su rostro, sus palabras.

“Te lo pregunto porque del otro lado, en Occidente, lo único que tenemos es un sistema que dio como resultado la subordinación mo-

ral y ética a la dictadura hueca del valor de cambio y la competencia despiadada, bajo rígidas inequidades intrínsecas referidas a la distribución del poder político y económico. Lo único que hay, cada tanto, son cambios marginales, coyunturales, cosméticos, líquidos. Espejos de colores que abrillantan una realidad sustancialmente opaca. Esporádicos, a veces llamativos, pero realmente insuficientes, ya que no solucionan nunca las cuestiones de fondo”.

“No lo sé”, le respondí con un suspiro. “Lo que si te puedo decir es que, cuando no encuentro una respuesta política, filosófica, o ideológica, me trato de refugiar en lo esencial, lo que da vida. Y ello, según mi visión, es el amor. Porque el amor implica dar lo que no se tiene, lo que no entra en ninguna contabilidad ni cálculo; es lo que no se compra ni se vende, lo único que resiste la lógica del discurso capitalista”.

Sus ojos se tornaron brillosos. Me daba placer, me generaba una sensación de bienestar, como que sentíamos una especie de admiración mutua. “Tenés razón Bruno. Creo que en el fondo a mí también me gustaría que los seres humanos puedan dejar de lado las miserias, se libren del odio, y reconozcan al otro; en definitiva, se muestren capaces de construir un sentido común para crear un mundo en el que todos vivamos mejor”.

Dirigí mi rostro hacia el piso. Luego levanté el torso, focalizando mi norte en el infinito anochecer estrellado. No quería ser negativo, derrumbar su ilusión. Pero entendí que era importante ser siempre sincero, sobre todo si uno desea generar una relación duradera. “¿Sabés lo que pasa Amelie? Los mandatos morales que podríamos dejarles como sociedad a las futuras generaciones, hoy son terriblemente dificultosos de alcanzar. Estamos ante una situación de desamparo, donde el mundo está en peligro; un peligro difuso, más ruin, más desalmado. Que, aunque a veces no sea palpable, claramente existe”.

“Es más, te voy a decir algunas palabras que alguna vez leí del

escritor Antoni Gutierrez-Rubi, las cuales siento tan rigurosas como certeras”, continué ante su atenta mirada: ‘Hasta ahora viene ganando una manera de entender la vida, en donde los adversarios son enemigos, la realidad una creencia, el Estado un lastre, y la vida una competición descarnada y sin contrapesos en la que el mérito no define el éxito. Viene ganando un estilo, un modo de ser y de vivir. Una identidad. Una manera masculinizada, agresiva y desacomplejada de relacionarse con los demás, en donde el insulto o el griterío hiriente substituyen los argumentos y las razones. Mientras viene ganando el miedo y la rabia, ha perdido la confianza colectiva y el nosotros incluyente. Mientras gana mi verdad, pierde la verdad’.

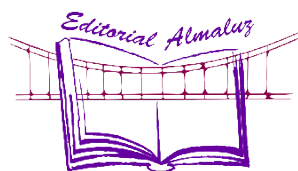
Hubo un silencio. Giré mi cabeza y la miré fijamente a los ojos. “Más allá de ello, igualmente creo que nunca debemos rendirnos. Levantarnos todas las veces que sea necesario, hasta que se acabe la vida. Buscar la redención. Ese amor, esa pasión, que nos llene de ganas de disfrutar cada minuto en este mundo. En definitiva, creo que de eso se trata, todo ¿no? La luz de la luna iluminó su sonrisa. Sus dientes blancos, brillantes, me generaron una dulzura y un deseo que ya no podía contener.

Tomé aire para intentar capturar del medio ambiente toda la voluntad posible. Entonces me decidí a hablarle: “Yo sé que tenés unos años más que yo, que venimos de mundos diferentes, y que hace poco nos conocemos; pero la verdad es que siento una gran atracción por vos. Me pareces un ser especial”. Luego acerqué mis labios a su boca, y la besé con pasión.

Por primera vez había besado a una mujer. Sentí una extraña sensación, hermosa, aunque me era difícil de explicar. Así pues, recordé las palabras de Khaled Hosseini, quien en su libro ‘cometas en el cielo’, escribió: ‘Tengo mucho miedo porque me siento feliz. Una felicidad así asusta. Solo te permiten ser así de feliz cuando están preparándose para llevarse algo de ti. Yo no quería que me arrebatén nada. Todo lo contrario: quería sumar amor, vida, esperanza’.

Cuando la estaba por abrazar en su cintura, sonó mi teléfono celular. Extrañamente, era mi madre: ella solo me llamaba luego de que me preguntara por mensaje de texto si yo podía hablar. Es más, habíamos acordado que solo me comunicaba telefónicamente al momento que llegaba a Argentina - cosa que hice y en seguida me contestó -, y que luego yo iba a llamarla un par de semanas más tarde, como cuando hice en mi viaje a China, con el objetivo de poder conectarme realmente con totalidad de mi cotidianeidad finlandesa.

Atendí sorprendido lo más rápido que pude: “¿Mamá todo bien?” “¿Usted es Bruno, el hijo de Julieta?, me hablaron en un perfecto finés. “Soy la Capitana Virtanen, Jefa de la policía de Mohko. Lamento decirle que tengo una mala noticia para usted”.



Tel: (011) 4952-7082
www.editorialalmaluz.com.ar
editorialalmaluz@gmail.com

